

DIARIOS DE LAS ESTRELLAS, VIAJES Y MEMORIAS



Stanislaw Lem

Título Original: Dzienniki Gwiazdowe

Traducción: Jadwiga Maurizio

©1971 by Stanislaw Lem

©1978 Editorial Bruguera, S.A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona

ISBN: 84-02-06511-2

Edición digital: Questor

R6 08/02

ÍNDICE

Viajes

Viaje Vigésimoprimerro
Viaje Vigésimosegundo
Viaje Vigésimotercero
Viaje Vigésimocuarto
Viaje Vigésimoquinto
Viaje Vigésimooctavo

Memorias

I

II

III

IV

V Tragedia Lavadoriana

El Sanatorio Del Doctor Vliperdius

El Doctor Diagoras

Salvemos El Cosmos

VIAJES

VIAJE VIGESIMOPRIMERO

A mi retorno del siglo XXVII, cuando conseguí mandar a I. Tichy con Rosenbeisser para que ocupara el puesto de director de OTHUS, dejado vacante por mí, lo que me costó una semana de discusiones, riñas y escenas bastante violentas dentro del círculo temporal pequeño, me encontré ante un dilema grave.

He de decir que estaba hasta la coronilla de los perfeccionamientos de la historia; sin embargo, cabía la posibilidad, si ese Tichy hiciera nuevos estropicios en el Proyecto, de que Rosenbeisser lo enviara a buscarme otra vez. La mejor solución era no esperar con los brazos cruzados y largarme cuanto antes, y lo más lejos posible, a un largo viaje por la Galaxia. Hice los preparativos con una prisa febril, por miedo a que MOIRA se interfiriera en mis planes para retenerme, pero, por lo visto, en mi ausencia reinaba allí un desorden tan enorme, que todos se descuidaron de interesarse por mi persona. Como no quería irme a un sitio cualquiera, me llevé un montón de las guías más recientes y todos los números del Almanaque Galáctico editados mientras estuve fuera. Después de alejarme del Sol a una cantidad respetable de parsecs, ya tranquilo, me puse a estudiar toda esa literatura.

Pronto pude darme cuenta de que traía muchas novedades. Así, por ejemplo, el Dr. Hopfstosser, hermano de aquel otro Hopfstosser que era un tichólogo de renombre, compuso una tabla periódica de la civilización del Cosmos en base a tres principios, que permiten descubrir sin fallo las sociedades más adelantadas: son las Leyes de Basura, Ruido y Manchas. Cada civilización en fase técnica empieza a hundirse lentamente en los desperdicios, sufriendo por su culpa graves trastornos, hasta que consigue llevar los muladares al espacio cósmico. Para que éstos no entorpezcan demasiado la cosmonáutica, se los coloca en una órbita espacial, calculada para el caso. De este modo va creciendo en torno al planeta un anillo de vertederos de basura, cuya presencia demuestra una era superior del progreso alcanzado.

No obstante, al cabo de cierto tiempo los vertederos sufren unos cambios, ya que, a medida que se desarrolla la técnica, hay que tirar cantidades cada vez mayores de chatarra de computadores, sondas viejas, satélites artificiales, etc. Esos desperdicios pensantes no quieren girar infinitamente en un anillo de basura y se escapan de él, llenando las regiones cercanas al planeta o, incluso, todo el sistema planetario. Sobreviene en este caso la polución del medio ambiente por el intelecto. Cada civilización se esfuerza en combatir el problema a su manera; hubo quien se sirvió del computerocidio: para ello se colocan en el espacio unos artificios especiales, trampas, lazos, cepos y trituradores de pecios psíquicos. Sin embargo, dicho método da pésimos resultados, ya que sólo se dejan cazar las basuras más atrasadas mentalmente, salvándose las más listas, que se juntan luego en pandillas y bandas contestatarias para reclamar cosas imposibles de conceder, tales como piezas de recambio y espacio vital. Al ser rechazadas sus peticiones perturban con la mayor mala fe las emisiones radiofónicas, se interfieren en los programas, radian sus propias proclamas y saturan el éter de ruidos y rugidos, insoportables para los tímpanos. Es por esos ruidos precisamente por los que se puede distinguir, aun a grandes distancias, las civilizaciones atormentadas por la plaga de polución intelectual. Lo más sorprendente es que los astrónomos terrestres hayan tardado tanto en comprender por qué el Cosmos, escuchado con radiotelescopios, estaba lleno de chasquidos y otros varios sonidos sin sentido; ahora ya sabemos que son precisamente

las perturbaciones provocadas por los mencionados conflictos, las que dificultan seriamente el establecimiento de contactos intersidiales.

En cuanto a las manchas, la teoría de Hopfstosser se refiere a las de los soles, no a todas, sino a las que tienen forma y composición química especiales, fáciles de descubrir por el método electroscópico. Su presencia es inseparable de las de unas civilizaciones de grado de desarrollo más elevado, que ya han superado la Barrera de Basura y la de Ruido. Las manchas en cuestión aparecen cuando grandes masas de detritus, acumuladas durante siglos, se arrojan solas, como falenas, en las llamas de un sol local, para morir en ellas de muerte suicida. Se les hace contraer la manía de auto exterminio esparciendo en las regiones afectadas drogas depresivas, que sólo influyen, e irremediamente, en los seres cuyo funcionamiento mental es eléctrico. El método es muy cruel, pero hay que recordar que la existencia en el Cosmos y, particularmente la elaboración de civilizaciones dentro de él, no son, por desgracia, nada idílicas.

Según el doctor Hopfstosser, estas tres etapas consecutivas del desarrollo constituyen reglas férreas de la civilización de los homínidos. En lo que se refiere a otras especies, la tabla periódica del doctor demuestra todavía algunas lagunas. Sin embargo, esto no tenía para mí ninguna importancia, ya que, por razones muy comprensibles, me interesaba precisamente la existencia de los seres que más se nos parecían. Por lo tanto, después de haberme confeccionado (en base a una descripción publicada por Hopfstosser en el Almanaque), un detector «VC». (vértice de civilización), me adentré, al poco tiempo, en el gran grupo de las Híades. Escogí aquella constelación porque de allí llegaban unas perturbaciones particularmente fuertes; allí, igualmente, había la mayor cantidad de planetas rodeados de un anillo de basura y, finalmente, era allí donde varios soles estaban cubiertos de una erupción de manchas cuyo espectro certificaba la presencia de elementos raros, señal patente del exterminio de intelectos artificiales.

Como el último número del Almanaque traía fotos de los habitantes de Dictionia, parecidos a los hombres como lo son dos gotas de agua, me decidí a aterrizar en aquel planeta precisamente. Por cierto, teniendo en cuenta la distancia de 1.000 años luz, lo que no es poco, las fotos, recibidas por el Dr. Hopfstosser por radio, podían ser algo anticuadas. Lleno de optimismo a pesar de ello, me acerqué en vuelo hiperbólico a Dictionia y, después de colocarme en una órbita circular, pedí el permiso de aterrizaje.

La obtención de un permiso de esta clase suele ser más difícil que la hazaña de atravesar el espacio cósmico, ya que la burocracia se caracteriza por un índice de desarrollo más elevado que el de la navegación. Lo más importante no es, pues, el reactor fotónico, las pantallas, las reservas de combustible y oxígeno, sino papeles de toda clase, sin los cuales ni soñar con obtener un visado de entrada. Tengo mucha práctica en estas cuestiones, así que estaba preparado a permanecer, tal vez meses, dando vueltas a Dictionia; pero no a lo que me ha sucedido.

El planeta, según pude advertir de lejos, aparecía azulado como la Tierra, cubierto de océanos y provisto de tres grandes continentes, indudablemente civilizados; ya en un perímetro lejano, tuve que maniobrar sin cesar entre pequeños cohetes de control y los de observación, que me vigilaban de cerca en silencio. Por si acaso, hice lo que pude para evitar estos últimos. No obtuve ninguna respuesta a mis tres peticiones consecutivas del visado, ni nadie exigió que mostrara mis papeles por vía televisiva. Simplemente, de un continente en forma de riñón dispararon en mi dirección una especie de arco triunfal de ramas de abeto sintético, lleno de cintas multicolores, banderas y láminas transparentes con frases alentadoras, pero formuladas en términos tan vagos, que no me atreví a pasar por aquella puerta. El continente siguiente, repleto de ciudades, me administró una nube blanquecina de no sé qué polvo, que atontó todos mis computadores de a bordo de tal suerte, que en seguida intentaron dirigir la nave hacia el Sol. Tuve que desconectarlos y limitarme a guiar el cohete con los mandos manuales. El tercer continente, al parecer menos urbanizado, cubierto de un verdor frondoso, el mayor de todos, no me disparó

nada ni me envió palabras de bienvenida, de modo que después de encontrar un lugar recoleto, frené y posé con precaución el cohete entre pintorescas colinas y campos de cultivo, no sé si de coles o girasoles; era difícil discernirlo desde las alturas.

Como de costumbre, la puerta se atascó por el calor de la frotación atmosférica, así que tuve que esperar un buen rato antes de poder abrirla. Me asomé afuera, aspiré el aire puro y fresco y, con toda la precaución necesaria, puse los pies en el suelo de aquel mundo desconocido.

Me encontraba en el borde de un campo, al parecer cultivado, pero lo que en él crecía no tenía nada que ver ni con coles ni girasoles: no eran plantas, sino mesitas de noche. Como si esto fuera poco, de trecho en trecho se veían entre las hileras, bastante rectas, vitrinas y taburetes. Al cabo de un rato de pensar llegué a la conclusión de que eran productos de una civilización biótica. Ya me había encontrado antes con algo por el estilo. Por cierto, las visiones dantescas, propagadas a veces por los futurólogos, de un mundo venidero intoxicado por los gases de combustión, negro de humo, atascado en la barrera energética, térmica, etc., son otros tantos absurdos: En la fase pos-industrial del progreso aparece la ingeniería biótica, que liquida problemas de ese tipo. El dominio sobre los fenómenos de la vida permite producir simientes sintéticas que se siembran donde sea, se riegan con dos gotas de agua y pronto crece de ellas cualquier objeto deseado. De la cuestión de dónde una simiente de esta clase saca la sabiduría y la energía para crear, sea la radio, sea la armariogénesis, no hay que preocuparse, igual que no nos preocupamos de dónde la semilla de una mala hierba saca la fuerza y la inteligencia de brotar.

Así pues, no era el campo de vitrinas y mesitas de noche en sí lo que causó mi extrañeza, sino el hecho de que todos esos muebles mostraban una degeneración completa. La mesita más cercana, mientras intentaba abrirla, casi me seccionó la mano con un cajón erizado de dientes; otra, al lado, se mecía en la suave brisa como si estuviera hecha de jalea, y un taburete, a cuyo lado pasaba, me puso la zancadilla, tirándome al suelo cuan largo era. No cabe duda de que los muebles no deben comportarse así; algo iba mal en aquel cultivo. Al seguir el camino, ahora ya con la mayor prudencia y con un dedo en el gatillo de mi desintegradora, tropecé en una hondonada pequeña con unos matorrales estilo Luis XV, de cuya espesura saltó sobre mí una causeuse salvaje; tal vez me habría atropellado con sus cascos dorados, si no la hubiera dejado muerta de un disparo certero. Vagué un tiempo entre las matas de juegos completos de mobiliario, todos con señales manifiestas de hibridación, no sólo de estilos, sino incluso de sentido: el lugar estaba invadido por mestizos de trinchantes con sofás, estanterías cornudas, etc. Unos armarios, abiertos de par en par, como para invitar a entrar en sus profundidades, debían de ser carnívoros, a juzgar por los desperdicios amontonados a sus pies.

Convencido de que no era un cultivo coherente, sino un Caos total, cansado y muerto de calor (el sol estaba en su cenit), encontré por fin una butaca excepcionalmente pacífica y me senté en ella para reflexionar sobre mi situación. Descansaba allí, a la sombra de unas grandes cómodas, vueltas al estado salvaje, que habían soltado numerosos brotes de colgadores, cuando, a la distancia de unos cien pasos, asomó entre un haz de altísimas galerías de cortinas, una cabeza, y detrás, el tronco de un ser misterioso. No se parecía a un hombre, pero, en cualquier caso, no tenía nada en común con los muebles. Erguido, cubierto de una brillante pelambreira rubia, escondía la cara bajo los anchos bordes del sombrero. En lugar de vientre tenía una especie de pandero, los hombros, puntiagudos, se prolongaban cada uno en dos manos; tarareando en voz queda, se acompañaba al son del pandero de su vientre. Dio un paso adelante, luego otro, dejando ver su continuación. Recordaba un poco a un centauro descalzo, desprovisto de cascos; tras el segundo par de piernas apareció pronto el tercero, luego el cuarto; pero cuando,

tras echar a correr, desapareció de mi vista en la maleza, perdí la cuenta. Únicamente estoy seguro de que la cantidad de sus piernas no llegaba a cien.

Seguí sentado en aquella butaca bien tapizada, bastante aturrido por el extraño encuentro; finalmente me levanté y reanudé la marcha, cuidando de no alejarme demasiado de mi cohete. Entre unos sofás de buena talla, todos erguidos sobre sus patas traseras, ví un montón de fragmentos de piedra y, un poco más lejos, una típica boca de desagüe de alcantarilla. Cuando me acerqué para echar un vistazo en la profundidad oscura, oí un leve ruido detrás de mí; quise darme la vuelta, pero un trozo de tela me cayó sobre la cabeza. Forcejeé en vano, porque ya me tenían inmovilizado unos brazos férreos. Alguien me golpeó detrás de las rodillas y sentí que, a pesar de mis desesperados pataleos, me levantaban y me cogían por los hombros y las piernas. Me llevaron por una cuesta abajo, oí el ruido de pasos sobre losas de piedra, chirrió una puerta, me obligaron a arrodillarme y me quitaron de la cabeza la tela que me cegaba.

Estaba en un aposento bastante pequeño, alumbrado con unas lámparas blancas enganchadas en el techo, que, por lo demás, tenían bigotitos y patitas y, de vez en cuando, cambiaban de sitio. Alguien que estaba detrás de mí me tenía agarrado por el codo, obligándome a quedar de rodillas ante una mesa de madera tosca. Tras ella estaba sentada una persona; una capucha gris le cubría la cara, dejando solamente unas aberturas para los ojos, obturadas con plaquitas de cristal transparente. El personaje apartó el libro que estaba leyendo, me miró con indiferencia y dijo con voz reposada al que me mantenía en mi incómoda posición:

-Sácale la cuerda.

Alguien me agarró la oreja y tiró de ella con tanta fuerza que chillé de dolor. Probaron a arrancármela dos veces más; finalmente, viendo que la cosa no era fácil, se consternaron un poco. El que me tiraba de las orejas, vestido igualmente de gruesa tela gris, dijo para justificarse que yo era seguramente un modelo nuevo. Se me acercó otro individuo y se dedicó a intentar destornillar consecutivamente la nariz, las cejas y la cabeza entera. Cuando esto tampoco surtió el efecto esperado, el sentado ordenó que me soltaran y preguntó:

-¿A qué profundidad estás escondido?

-No sé de qué me habla -dije, estupefacto-. No estoy escondido en ninguna parte y no entiendo nada. ¿Por qué me están atormentando?

El que había hablado se levantó de la silla, dio la vuelta a la mesa y me cogió por los hombros con unas manos de forma humana, pero enfundadas en guantes de paño. Al tantear mis huesos, emitió una exclamación de asombro. A una señal suya, me condujeron por un pasillo -en cuyo techo se paseaban unas lámparas que de manera manifiesta se aburrían a muerte- a otra celda, mejor dicho, a un cuchitril, oscuro como una tumba. No quise entrar, pero me empujaron hacia adentro a la fuerza; la puerta se cerró de golpe detrás de mí, oí una especie de susurro y una voz que exclamaba, extática, detrás de un tabique invisible: ¡Dios sea loado! ¡Puedo disponer por fin de unos huesos! Después de oír este grito, resistí todavía más desesperadamente a los que vinieron en seguida para sacarme de aquella pocilga; pero viendo las inesperadas atenciones que se esforzaban en demostrarme, sus amables gestos y toda su actitud llena de reverencia, permití que me condujeran al fondo de un corredor subterráneo, singularmente parecido a un canal central de alcantarillado urbano, salvo que éste brillaba de limpieza, con las paredes pulcramente enjalbegadas y el suelo cubierto de fina arena blanca. Ya tenía libres las manos y, mientras caminaba, me daba masaje en todos los sitios doloridos de la cara y el cuerpo.

Dos individuos encapuchados, con vestiduras de color gris hasta el suelo, ceñidas las cinturas con cuerdas, abrieron ante mí una puerta hecha de tablas sin cepillar; en el fondo de la celda, un poco más espaciosa que aquella donde intentaron antes quitarme la nariz y las orejas, estaba esperando de pie un hombre enmascarado, visiblemente nervioso.

Después de un cuarto de hora de conversación con él, llegué a formarme la idea siguiente (más o menos) sobre el estado de cosas: Me hallaba en la sede de una orden religiosa local que vivía en aquel lugar escondido, no sé si para protegerse contra las persecuciones o en cumplimiento de una sentencia de confinamiento. Los monjes me habían tomado erróneamente por un cebo «provocador», ya que mi aspecto, objeto de admiración para los Padres Destruccianos, estaba prohibido por la ley. El Padre Superior (ésta era la dignidad de mi interlocutor) me explicó que de ser yo realmente un cebo, estaría compuesto de segmentos que se hubieran disgregado al sacarme la cuerda interior, conectada con una oreja. En cuanto a la pregunta que me había hecho el monje que me interrogara (el Padre Portero Mayor), ésta se debía a su convicción de que yo era una especie de autómatas de material plástico, con un minicomputador insertado dentro de mí. Una radiografía ulterior demostró su error.

No me entusiasmó mucho la perspectiva, pero el Padre Superior despertó mi confianza por su porte lleno de dignidad, dominio de sí mismo y la manera concreta de expresarse; me molestaba solamente aquel disfraz que no me permitía ver su cara, igual al que llevaban todos los Destruccianos. No me atreví a abrúmarle inmediatamente con preguntas; hablamos, pues, del tiempo en la Tierra y en Dictionia (le había dicho de dónde venía), de las fatigas de los viajes cósmicos. Finalmente me aseguró que adivinaba mi curiosidad por los asuntos locales, pero que no debía tener prisa, puesto que, de todos modos iba a permanecer allí, escondido de los órganos de la censura. Siendo yo su huésped de honor, me darían una celda para mí solo y pondrían a mi servicio a un hermano joven para ayudarme y aconsejarme en todo. Además, podía disponer de toda la biblioteca del convento, rica en obras prohibidas e incunables que figuraban en la lista negra; gracias al destino que me había traído a las catacumbas, tal vez aquí podría desarrollar mi intelecto mejor que en cualquier otro lugar.

Pensé que la entrevista llegaba a su fin, ya que el Superior se levantó, pero, en vez de marcharse, me preguntó con timidez si le permitía tocar mi «ente» (la expresión es suya). Entre suspiros lastimeros, como si le embargara una gran pena o una nostalgia insostenible, tocó con sus duros dedos enguantados mi nariz, frente y mejillas, y cuando me pasó la mano por el pelo (tuve la impresión de que el puño del sacerdote era de acero), sollozó quedamente. Estas manifestaciones de emoción refrenada acabaron de aturdirme por completo. No supe qué decir, ni preguntarle por los muebles salvajes o por el centauro de múltiples piernas, o acaso por esa censura tan temible, pero finalmente opté por callar y guardar una paciencia prudente. El Superior me prometió que los hermanos de la orden se ocuparían del camuflaje de mi cohete dándole el aspecto de un órgano enfermo de elefantiasis; después nos separamos, intercambiando palabras corteses.

Me dieron una celda no muy grande, pero acogedora. Por desgracia, la cama era dura como una piedra. Creí que así lo exigía la severa regla de los Padres Destruccianos, pero me enteré luego de que no me habían puesto un buen colchón por pura distracción. De momento, la única hambre que sentía era la de información; el joven hermano que se cuidaba de mí, trajo todo un montón de obras históricas y filosóficas, en cuya lectura me enfrasqué hasta avanzadas horas de la noche. Al principio me sentía incómodo, porque la lámpara tan pronto se acercaba como se marchaba al ángulo opuesto de la habitación. Después supe que siempre volvía si se la llamaba silbando suavemente.

El joven hermano me aconsejó empezar mis estudios por un manual de historia dictioniana, escueto pero instructivo, escrito por Abuz Gragz, historiador oficial, pero «relativamente bastante objetivo», según me dijo. Seguí esta sugerencia.

Hasta alrededor del año 2300, los dictionianos se parecían todavía a los hombres como hermanos gemelos. A pesar de que los progresos de la ciencia eran acompañados por la laicización de la vida, el duismo, religión preponderante en Dictionia durante veinte siglos, imprimió su huella en el desarrollo ulterior de la civilización del planeta. El duismo

promulga la creencia de que cada vida conoce dos muertes, la anterior y la posterior, o sea, la de antes del nacimiento y la de después de la agonía. Los teólogos dictonianos se hacían cruces, estupefactos, cuando tiempo después, conocían de mi boca que nosotros, los terrestres, no pensábamos así y que había iglesias que sólo se interesaban por una, o sea la existencia posmortuoria. No podían comprender por qué a la gente le era desagradable la idea de su futura desaparición y, en cambio, no les molestaba pensar que antes de nacer no estaban en el mundo.

El duismo modificó su esencia dogmática en el transcurso de los siglos, pero siempre demostró un gran interés por la problemática escatológica, lo que condujo precisamente, según el profesor Gragz, a emprender, tiempo atrás, el intento de poner en marcha una tecnología inmortalizadora. Como se sabe, nos morimos porque envejecemos, y envejecemos, es decir, sufrimos deterioros corporales, por culpa de la pérdida de informaciones imprescindibles: las células olvidan con el tiempo qué deben hacer para no desintegrarse. La naturaleza suministra este conocimiento, de manera constante, sólo a las células del sistema reproductivo, porque las otras le importan un comino. Así pues, el envejecimiento consiste en el despilfarro de informaciones de una importancia vital.

Bragger Fizz, el inventor del primer Inmortalizador, construyó un dispositivo al cuidado del organismo del hombre (usaré este término hablando de los dictonianos, porque me es más cómodo), que recogía cada pizca de información perdida por las células corporales y se la introducía de nuevo. Dgunder Brabz, el primer dictoniano que se prestó al experimento de perpetuización, fue inmortal sólo un año. No pudo aguantar más, porque le cuidaba un equipo de sesenta máquinas que clavaban miles de millones de invisibles alfileritos de oro en todos los recovecos de su organismo. No podía moverse y vivía una vida de tristeza en medio de una verdadera planta industrial (llamada la perpetuandería). Dobder Gwarg, el candidato siguiente a inmortal, podía ya pasearse, pero le acompañaba siempre una columna de tractores pesados, cargados de aparatos perpetuizadores. También él, a su vez, se suicidó por motivos de frustración.

Sin embargo, persistía la opinión de que gracias al progreso de esa tecnología se inventarían unos microperpetuadores. Desgraciadamente, Haz Berdergar demostró, en base a unas operaciones matemáticas, que PEPITA (Perpetuador Personal de Inmortalización Totalmente Automática) tenía que pesar por lo menos 169 veces más que el inmortalizado, siempre y cuando se lo construyese conforme al plan típico de la evolución, ya que, como dije antes y como saben nuestros científicos, la naturaleza se preocupa únicamente por el puñado de células reproductoras de cada individuo, y manda el resto al cuerno.

La disertación de Haz causó una impresión enorme y hundió la nación en una profunda depresión: la humanidad comprendió que no se podía traspasar la Barrera de la Mortalidad sin despojarse simultáneamente del cuerpo hecho por la Naturaleza. En la filosofía, el razonamiento de Berdergar encontró la reacción en la famosa doctrina del gran pensador dictoniano Donderwars. Su tesis afirmaba que la muerte espontánea no podía llamarse muerte natural. Lo natural es digno y honesto, mientras que la mortalidad era un escándalo y una infamia a escala cósmica. La universalidad del crimen no atenúa en lo más mínimo su infamia. Tampoco tiene la menor importancia para la apreciación de un crimen el hecho de haberse dejado prender, o no, su autor. La naturaleza se comportó con nosotros de manera canallesca, confiándonos una misión aparentemente llena de encanto y, en realidad, desprovista de esperanza. Cuanta más sabiduría se adquiere en la vida, más cerca se está del nicho.

Puesto que ninguna persona de moralidad elevada puede asociarse con asesinos, es inadmisibles la colaboración con la bellaca Naturaleza. Sin embargo, el entierro es un acto de cooperación bajo la forma de juego a la gallina ciega. Lo que se pretende es esconder a la víctima, como suelen hacer los cómplices de un crimen; en las losas sepulcrales se graban muchas cosas insignificantes, pero nunca las esenciales: si los hombres se

atrevieran a enfrentarse con la verdad, estamparían en ellas una buena sarta de maldiciones dedicadas a la Naturaleza, ya que es ella quien arregló nuestro destino. En cambio, nadie dice esta boca es mía, como si un asesino tan hábil que se volatiliza siempre, mereciera encima por ello una consideración especial. En vez de «Memento mori», hay que repetir «Exite ultores» y perseguir la inmortalidad, aún al precio de la pérdida del aspecto tradicional: éste era el testamento ontológico del eximio filósofo.

Acababa de leerlo cuando apareció el joven hermano para invitarme a cenar de parte del Padre Superior. En la mesa estuvimos él y yo a solas. El Padre Darg no comió nada, sólo sorbió de vez en cuando un poco de agua de una copa de cristal tallado. Los manjares eran modestos: una pata de mesa en salsa, bastante correosa; me enteré en aquella ocasión de que, al volverse salvajes, los muebles de la selva circundante solían volverse carnosos. No pregunté si no sería más propio que se volvieran leñosos, ya que mi mente, después de la lectura, anhelaba temas más elevados. En efecto, pronto empezamos una conversación sobre cuestiones teológicas.

El Padre Superior me explicó que el duismo era una fe en Dios despejada de dogmas que se habían enraizado progresivamente en el transcurso de las revoluciones bióticas. La Iglesia atravesó la crisis más grave cuando fue desautorizado el dogma del alma inmortal, comprendida en el sentido de una perspectiva de vida eterna. La dogmática fue atacada en el Siglo XXV por tres técnicas sucesivas: las de congelación, inversión y espiritualización. La primera consistía en convertir al hombre en un bloque de hielo, la segunda, en invertir la dirección del desarrollo individual, la tercera en manipular a su antojo la conciencia humana. El ataque de la frigidación pudo aún ser combatido, gracias a la afirmación de que la muerte sufrida por el hombre congelado y vuelto a resucitar, no era idéntica a la que, como dicen las Sagradas Escrituras, es seguida por la partida del alma al Más Allá. Era una explicación imprescindible, porque, si no se hiciera esta diferencia, un resucitado tendría que saber alguna cosa sobre el lugar en el cual estaba su alma durante los cien o varios centenares de años de su permanencia fuera de la vida.

Algunos teólogos, Gauger Drebdar entre otros, creían que la verdadera muerte acaecía sólo después de la descomposición del cuerpo («y en polvo te convertirás»), pero esta versión tuvo que ser abandonada después de la puesta en marcha del llamado campo de resurrección, que componía al hombre vivo precisamente de polvo, es decir, del cuerpo hecho de polvo de átomos, ya que tampoco en ese caso el resucitado sabía nada sí, y dónde, su alma se iba mientras tanto. El dogma se conservó gracias a una política de avestruz: se evitó cuidadosamente definir cuándo la muerte era ya tan contundente que el alma podía, sin lugar a dudas, desprenderse del cuerpo. Sin embargo, sobrevino luego la ontogénesis inversible; su técnica no fue concebida especialmente para atacar la fe, pero resultó muy eficaz en la liquidación de los vicios de desarrollo del feto: gracias a ella, se aprendió a practicar la detención y regresión de dicho desarrollo, después de invertirlo totalmente, para volver a iniciarlo a partir de la célula fecundada. Pronto se vio comprometido el dogma de la inmaculada concepción, junto con el de la inmortalidad del alma, todo de un golpe, puesto que, gracias a la retroembrionalización, se podía hacer volver atrás cada organismo a través de todas las frases anteriores e, incluso, causar una nueva escisión de la célula fecundada que le había dado origen, en óvulo y espermatozoide.

Era, verdaderamente, un problema muy embrollado, visto que, según el dogma, Dios creaba el alma en el momento de la fecundación; y si se podía invertir y, por tanto, anular la fecundación separando sus dos componentes, ¿qué pasaba con el alma ya creada? El producto secundario de esa técnica era la clonación, es decir, la incitación de cualquier célula, tomada de un cuerpo vivo, a desarrollarse en un organismo normal; igual servían células de la nariz, talón, mucosa de la boca, etc. Como en esta clase de creación no intervenía para nada la fecundación, no cabía duda de que funcionaba allí la biotécnica de la inmaculada concepción, que fue explotada a escala industrial. También se sabía ya

invertir, acelerar o desviar la embriogénesis, de modo que un embrión humano podía convertirse, por ejemplo, en el de un mono; en tal caso, ¿qué le sucedía al alma? ¿Era estirada y comprimida como un acordeón o, tal vez, después de ser cambiada la marcha de la vía humana a la simiesca, se perdía por el camino?

Sin embargo, según el dogma, el alma no podía, una vez creada, ni desaparecer ni disminuir, ya que era una unidad indivisible. Hubo quien empezó a pensar si no se debía lanzar anatema sobre los ingenieros embrionistas, pero no lo hicieron, y con razón, porque iba tomando un gran auge la ectogénesis. Al principio pocos y después ya nadie nacía de varón y hembra, sino de una célula encerrada en una matriz artificial, y, en verdad, era difícil negar los sacramentos a toda la humanidad a causa de haber nacido por el sistema de partenogénesis. Para colmo de desgracias, a estos dilemas se añadió otra tecnología nueva, la de la conciencia. Se pudo superar, más o menos, el problema de Espíritu de Máquina creado por la intelectrónica y sus computadoras dotadas de razón, pero éste fue seguido por otros, los de la conciencia y psique líquidas. Se sintetizaron disoluciones doctas y pensantes que se podían embotellar, verter, mezclar y dosificar, creando cada vez una individualidad, a veces más espiritual e inteligente que todos los dictonianos juntos.

El dilema de si una máquina o una disolución podían tener alma provocó discusiones dramáticas en el seno del Concilio del año 2479, como consecuencia del cual fue establecido un dogma nuevo: el de la Creación Indirecta, según el cual Dios otorgó a los seres racionales, por Él creados, el poder de concebir a su vez nuevos raciocinios; sin embargo, tampoco esto constituía el punto final de las reformas, ya que pronto se vio que las inteligencias artificiales podían producir a su vez otras, sucesivas, o bien sintetizar, siguiendo sus propios criterios, seres homínidos e incluso hombres normales de cualquier puñado de materia. Más tarde fueron emprendidos todavía varios intentos de salvar el dogma de la inmortalidad, pero fracasaron todos ante la luz cegadora de los descubrimientos ulteriores, cuyos aludes incontenibles se precipitaban sobre el siglo XXVI. Apenas se había apuntalado el dogma con una casuística renovada, cuando ya venía a desmentirla la tecnología de la conciencia.

Como consecuencia de todo ello aparecieron numerosas herejías y sectas, que negaban la evidencia misma de hechos conocidos por todos. La iglesia duista conservó un solo dogma, el de la Creación Indirecta, y todo lo que se refería a la existencia posmortuoria y la fe en la continuación de personalidades individuales tuvo que ser eliminado, ya que ni la personalidad ni la individualidad perduraron en la vida temporal. Se conocía el método de fusionar dos o varios intelectos en uno, así en las máquinas como en la gente; se podía, gracias a la personética, producir mundos enteros encerrados en las máquinas, poblados de existencias racionales, que, a su vez, sabían construir en sus encierros las sucesivas remesas de individuos inteligentes; las mentes se elevaban a potencias, se dividían, multiplicaban, reducían, se adelantaban y se atrasaban a voluntad, etc. El ocaso de la dogmática fue acompañado por el de la autoridad de la religión: se apagaron también las esperanzas del cumplimiento de la promesa, antaño garantizada, de la luz eterna para los que tenían fe.

Viendo que el movimiento teológico quedaba distanciado por el progreso técnico, el Concilio del año 2542 fundó la orden de los Padres Prognositas, encargándoles trabajos futurológicos dentro de la esfera de los intereses de la santa fe, ya que la necesidad de anticipar su destino en el porvenir era urgentísima. La inmoralidad de las tecnologías nuevas asustaba no sólo a los creyentes: gracias a la clonación, por ejemplo, se podía producir, además de individuos normales, unos seres biológicos, pero casi sin cerebro, aptos para trabajos mecánicos, y, peor todavía, tapizar muebles y paredes con tejidos de hombres y animales, cultivados adrede para este uso. Se fabricaban también insertos y clavijas para reforzar o debilitar la inteligencia, se despertaba estados de éxtasis místico en las computadoras y en los líquidos, se convertía una célula de hueva de rana en un

sabio, provisto de cuerpo humano o animal, o bien de una forma nueva, hasta entonces desconocida, proyectada por especialistas en embriología. Hubo varias protestas contra esta actividad, incluso en el mundo seglar, pero no se les dio satisfacción.

El Padre Darg me contó todo esto con gran serenidad, como si hablara de cosas normales. En efecto, para él lo eran, puesto que formaban parte de la historia dictoniana. Mi cerebro hervía de preguntas, pero no hice ninguna por temor a ser inoportuno; me marché después de cenar a mi celda y me absorbí en la lectura del segundo tomo de la obra del profesor A. Gragz, prohibida por la censura, según leí en una nota de la primera página.

Supe, gracias al profesor, que en el año 2401 Byg Broggar, Dyr Daagard y Merr Darr abrieron las puertas de par en par sobre la perspectiva de una ilimitada libertad autoevolutiva. Los tres científicos creían profundamente que el Homo Autofac Sapiens creado gracias a su invento alcanzaría la plenitud de armonía y felicidad, dándose a sí mismo las formas del cuerpo y virtudes del alma por él escogidas como las más perfectas, y que sobrepasaría la Barrera de Mortalidad si lo quisiera; en una palabra, demostraron en el curso de la Segunda Revolución Biótica (a la primera se deben los espermatozoides productores de bienes de consumo), el maximalismo y optimismo típicos de la historia de la ciencia. ¿Acaso no surgen esperanzas parecidas a cada aparición de una tecnología grande y nueva?

En sus comienzos, la ingeniería autoevolutiva, o sea, el llamado movimiento de embrioconstrucción, parecía desarrollarse de la manera prevista por sus sabios inventores. Los ideales de salud, armonía, belleza espiritual y corporal se generalizaron, las leyes constitucionales garantizaban a cada ciudadano el derecho a poseer los caracteres psicosomáticos más apreciados. Pronto fueron considerados como unos vestigios de antigüedad todas las deformaciones y lesiones hereditarias, la fealdad y la estupidez. No obstante, todo desarrollo se caracteriza por su marcha hacia adelante que le imprime sin cesar el movimiento del progreso; las cosas no quedaron, pues, en la fase descrita. Los signos de cambios siguientes parecían tener al principio un cariz inocente. Las muchachas se ponían guapas gracias al cultivo de joyería cutánea y de otros primores del cuerpo (orejas acorazadas y uñas de perla); los muchachos lucían con orgullo patillas y barbas por delante y por detrás, crestas en la cabeza, dobles hileras de dientes, etc.

Veinte años después hicieron su aparición los primeros partidos políticos. Mientras leía, tardé un poco en comprender que la palabra «política» no significaba en Dictionia lo mismo que sobre la Tierra. La contrapartida de programa político que postulaba la multiplicación de formas corporales, era el programa monótico que reivindicaba el reduccionismo, es decir, la necesidad de desprenderse de unos órganos considerados como superfluos por los monóticos del partido. Cuando había llegado a este párrafo de mi apasionante lectura, irrumpió en mi celda sin llamar el joven hermano, lleno de terror, y me dijo que debía irme con él a toda prisa, porque el Padre Portero señalizaba un peligro. Pregunté qué clase de peligro era, pero él me apremiaba gritando que no había que perder tiempo.

Como no tenía ningunos efectos personales, corrí tras él, llevándome solamente el libro.

En el refectorio subterráneo todos los Padres Destruccionistas estaban afanándose febrilmente; por un canalón de piedra bajaban montones de libros que los hermanos bibliotecarios empujaban con palos. Los padres los cargaban en contenedores y los bajaban aprestadamente al fondo de un pozo de agua, cavado en la roca maciza; ante mi atónita vista todos los frailes se despojaron de sus ropajes en un abrir y cerrar de ojos, y los tiraron en el mismo pozo. Todos ellos eran robots, de formas más o menos homínidas. Acto seguido se ocuparon de mí: me pegaron al cuerpo varios adminículos extraños, unos redondos, otros largos como una serpiente; no sé si eran colas o extremidades, no pude

darme cuenta en medio de tanta agitación; el Superior me colocó personalmente un casco: parecía una enorme cucaracha que alguien hubiera hinchado de aire haciéndola reventar. Todavía no acababan de pegarse mis piezas, cuando otros monjes ya me pintaban rayas o listas. Como allí no había ningún espejo ni otra superficie brillante, no sé qué aspecto tendría; en cualquier caso, ellos parecían bastante satisfechos con su obra.

Cuando, ya listo, me encontré por fin solo en un rincón, advertí que me parecía más a un cuadrúpedo o sextúpedo que a un ser de postura erguida. Me dieron la orden de ponerme en cuclillas y contestar únicamente con balidos a cualquier pregunta que se me hiciera. Inmediatamente después, alguien aporreó la puerta con una violencia inaudita; los robots se precipitaron hacia unos aparatos, sacados no sé de dónde y colocados en medio de la sala, que recordaban (pero no demasiado) máquinas de coser, y todo el refectorio se llenó del traqueteo de su fingido trabajo. Por los peldaños de piedra bajó una patrulla móvil de control. Pensé que no me sostendrían ni siquiera mis numerosas piernas cuando vi de cerca a nuestros visitantes. No sabía si iban vestidos o desnudos; cada uno tenía un aspecto diferente.

Creo que todos tenían colas, terminadas por una mata de pelo que escondía un sólido puño; las llevaban echadas con negligencia sobre el hombro, si puede darse este nombre a una protuberancia esférica rodeada de grandes verrugas. La piel en el centro de aquellas calabazas era blanca como la leche; de vez en cuando aparecían en ellas estigmas multicolores. Al observarles más detenidamente comprendí que comunicaban entre ellos no sólo con la voz, sino proyectando sobre esas pantallas cutáneas varias palabras y siglas. Intenté contar sus piernas: había quien tenía dos, pero la mayoría disponían de tres e incluso de cinco. En todo caso, tuve la impresión de que cuantas más piernas tenían, más torpes eran sus andares. Se pasearon por toda la sala, echaron unas miradas de soslayo sobre los monjes robots absortos en su trabajo, y finalmente un inspector, más alto que sus compañeros, con una enorme gorguera anaranjada en torno a la calabaza que se hinchaba y despedía un leve brillo cuando él hablaba, dio la orden a uno de los suyos, pequeño, bípedo y con un rabillo corto (probablemente un chupatintas), de examinar las tritornias. Tomaron medidas, apuntaron algo en sus papeles sin una mirada para los monjes robots, y ya se disponían a marcharse, cuando uno de ellos, verdoso y trípodo, se dio cuenta de mi presencia. Se detuvo a mi lado y tiró del fleco que coronaba uno de mis miembros falsos; balé, pues, en voz baja por si acaso.

-¡No ves que es el viejo gvarndlista de siempre! Tiene la categoría dieciocho, ¡déjalo donde está! -dijo el alto, iluminándose; el pequeño añadió, fervoroso:

-¡Así es, Vuestra Corporalidad!

Examinaron una vez más todos los rincones alumbrándose con un aparato parecido a una linterna, pero al pozo no se acercaron siquiera. Todo esto tenía trazas de un trámite rutinario, despachado de cualquier manera. En efecto, al cabo de diez minutos los inspectores ya estaban fuera, las máquinas volvieron a su rincón oscuro, los frailes empezaron a izar los contenedores, estrujar sus hábitos empapados de agua y tenderlos en unas cuerdas para que se secan. Los padres bibliotecarios se desesperaban porque el agua había penetrado en un contenedor averiado y tenían que poner en seguida papel secante entre las hojas de los incunables que chorreaban. El Superior, o sea el Padre Robot (ya no sabía qué pensar de él), me dijo en tono cariñoso que, gracias a Dios, todo había terminado bien, pero que en el futuro yo debía tener más cuidado: aquí me enseñó el manual de historia que yo había dejado caer en medio de la agitación general. Para salvar la situación, el Superior estuvo sentado encima de él durante toda la inspección.

-¿Es que está prohibido tener libros? -pregunté.

-¡Depende a quién! -contestó el Superior-. A nosotros, sí. ¡Y especialmente, esta clase de libros! Pasamos por unas máquinas anticuadas, fuera de uso desde los tiempos de la Primera Revolución Biótica; se nos tolera, igual que se tolera todo lo que desciende a las

catacumbas: es una costumbre, por cierto no oficial, vigente desde el gobierno de Glaubon.

-¿Y qué quiere decir «gvarndlista»? -pregunté.

El Padre Superior se azaró un poquito.

-Los gvarndlistas son los partidarios de Bghiz Gvarndl, un jefe de gobierno de hace noventa años. No sé cómo explicarle... se refugió entre nosotros aquel desgraciado, le dimos, pues cobijo: estaba siempre en este rincón; el pobre fingía la locura, gracias a lo cual pasaba por irresponsable y podía decir lo que quería... Hace un mes se hizo congelar, para llegar hasta tiempos mejores... pensé, pues, que, en caso de emergencia, podíamos disfrazarle a usted de él... ¿me comprende? Quería advertirle, pero no me dio tiempo. No creía que tendríamos una inspección hoy mismo; son irregulares, pero últimamente poco frecuentes...

No entendí gran cosa de esta explicación. Por otra parte, lo peor vino después, ya que el pegamento del que se sirvieron los Padres Destruccianos para cambiarme en gvarndlista era terriblemente fuerte; me parecía que me arrancaban las falsas patas y ventosas junto con trozos de carne viva. Cubierto de sudor y quejumbroso, pude por fin, vuelto al aspecto más o menos humano, buscar descanso en mi celda. El Superior me sugirió más tarde que me sometiera a una transformación corporal, desde luego reversible; pero cuando vi en un dibujo el aspecto que iba a tener, opté por continuar corriendo riesgos con la censura. Las formas previstas por normas legales no sólo me parecían monstruosas, sino también incómodas al máximo. Por ejemplo, era imposible acostarse; para dormir, había que colgarse.

Como me fui a descansar tarde, no había dormido lo bastante cuando mi joven tutor me despertó, trayéndome el desayuno. Ahora sí que podía darme cuenta mejor de la gran hospitalidad con que se me acogía aquí: los mismos padres no comían nada y, en cuanto al agua, disponían tal vez de acumuladores de energía, porque seguramente les convenía destilarla; aun así les bastaba con unas gotas al día. En cambio, para alimentarme a mí les era forzoso hacer expediciones al bosque de los muebles. Esta vez me ofrecieron un pedazo de barandilla bastante bien preparado. Si digo que el plato estaba bien guisado no es porque fuera de veras sabroso, sino que, respecto a lo que me daban, aprendí a tener en cuenta todas las circunstancias de los esfuerzos culinarios de los Padres Destruccianos.

Seguía aún bajo la fuerte impresión del control nocturno, y como éste no cuadraba con lo que tuve tiempo de leer en mi libro de historia, después del desayuno volví inmediatamente a mis estudios.

Desde los albores de la autoevolución desgarraban el campo del progreso corporal profundas diferencias de opiniones sobre las cuestiones esenciales. La oposición de los conservadores desapareció ya cuando el gran descubrimiento no contaba más de cuarenta años; se los llamaba siniestros reaccionarios. Los progresistas, en cambio, se fraccionaron en golpistas, medianistas, multicistas, liniófilos, blandistas y otros muchos partidos más, cuyos nombres y programas se me borraron de la memoria. Los golpistas exigían que las autoridades determinaran un prototipo corporal perfecto, para imponerlo a todos de golpe. Los medianistas, cuya ideología estaba más impregnada de criticismo, juzgaban que no era posible crear una belleza perfecta de forma tan inmediata, y se proclamaban más bien partidarios de un camino hacia el cuerpo ideal, pero no precisaban de manera inequívoca de qué camino se trataba y, en primer lugar, si éste podía ser desagradable para las generaciones intermedias. Respecto a ese problema, se dividían en dos fracciones. Otros partidos, los de liniófilos y multicistas, por ejemplo, afirmaban que valía la pena disponer de varios aspectos para ocasiones distintas y decían que el hombre no era peor que los insectos: si estos últimos podían pasar por metamorfosis durante su vida, al hombre le correspondía el mismo derecho. El niño, el chico, el joven, el hombre adulto, serían personificaciones de modelos esencialmente diferentes. Los

blandistas eran los más radicales de todos: desaprovechaban el esqueleto como una cosa anticuada, pregonaban el abandono de la constitución vertebrada y postulaban la plasticidad enteramente blanda. Un blandista podía modelarse y amasarse a si mismo a su gusto. No cabe duda de que era una solución muy práctica para locales pequeños y trajes y se arrollaban hasta conseguir las formas más estrambóticas, para expresar su estado de ánimo según la situación y circunstancia, por el automodelaje de su cuerpo; sus adversarios poli y monóticos les daban el despreciativo nombre de charcosos.

Para contrarrestar la amenaza de la anarquía corporal fue instaurado el BUPROCUPS (Buró de Proyectos de Cuerpo y Psique), que debía suministrar al mercado planos transformativos, variados pero bien estudiados y comprobados. Sin embargo, no se había llegado todavía a un acuerdo respecto a la orientación básica de la autoevolución: se trataba de decidir si debían producirse cuerpos que hicieran la vida lo más agradable posible, o los que facilitasen a los individuos la integración más eficaz en la sociedad; optar por el funcionalismo o la estética, favorecer la fuerza del espíritu o la de los músculos. Era fácil refugiarse en vaguedades y tópicos sobre la armonía y la perfección; sólo que la práctica demostraba que no todos los rasgos excepcionales eran susceptibles de ser fusionados. Había muchos que se excluían mutuamente.

En todo caso, la repulsa al hombre natural estaba en su apogeo. Los especialistas se extendían sobre el primitivismo y la negligencia del trabajo de la Naturaleza; en los escritos del campo de cuerpometría e ingeniería somática de la época se manifestaban claramente las influencias de la doctrina de Donderwars. Se criticaba duramente los fallos del organismo natural, su marcha senilizante hacia la muerte y la tiranía de viejos impulsos sobre la razón, más reciente. Las revistas científicas rebosaban de voces airadas contra los pies planos, tumores, hernias discales y un sinfín de otros males causados por la chapucería evolutiva y desidia de lo que llamaban el trabajo de topo de la evolución derrochadora y falta de ideología; en una palabra: ciega.

Al cabo de tantas generaciones los descendientes parecían vengarse de la Naturaleza por aquel silencio pasivo con el cual sus antepasados tuvieron que tragarse la revelación del origen simiesco del hombre dictoniano; todos se mofaban del llamado período arbóreo; al parecer, en aquella época unos animales empezaron a refugiarse en los árboles y luego, cuando los bosques desaparecieron a causa de la estepificación tuvieron que bajar de ellos demasiado pronto. Según algún que otro crítico, la antropogénesis era debida a los terremotos que tiraban al suelo a todo bicho viviente, siendo así que los hombres fueron creados, en cierto modo, por el método de pera madura. Eran, evidentemente, unas simplificaciones muy exageradas, pero burlarse de la Naturaleza era entonces de buen tono. Mientras tanto, BUPROCUPS perfeccionaba los órganos internos, proveía la columna vertebral de una mejor suspensión y fortaleza, fabricaba corazones y riñones de recambio; pero todo esto no satisfacía a los extremistas, que pugnaban bajo consignas demagógicas como: ¡Fuera la cabeza! (por no ser lo bastante amplia), «¡Cerebro al vientre!» (porque allí había más sitio), etc.

Las controversias más violentas surgieron en torno a la cuestión del sexo, ya que mientras unos encontraban que todo en él era de pésimo gusto y que, para arreglarlo, había que inspirarse en las flores y las mariposas, otros, reprendiendo a aquellos platónicos por su fariseísmo, exigían por el contrario la amplificación y escalada de lo que ya existía. Cediendo a la presión de grupos extremistas, BUPROCUPS abrió buzones de proyectos de racionalización en ciudades y aldeas. Aludes de propuestas colmaron los despachos y la cantidad de funcionarios creció vertiginosamente; al cabo de diez años la burocracia oprimió tanto la autocreación que BUPROCUPS se fragmentó en asociaciones, comisiones e institutos, tales como COBRA (Comisión de Bellos Rasgos), SESO (Sociedad de Extremidades Sanas y Ornamentales), IPORRA (Instituto de Popularización Radical de Renovación Anatómica), y otros varios. Proliferaron congresos, cursillos sobre la forma de los dedos, se discutía acerca de la jerarquía y el futuro de la

nariz; de las perspectivas para la región sacrolumbar, etc., perdiendo de vista el conjunto del problema, con tal resultado que lo que proyectaba una sección no se ajustaba a la producción de las otras. Nadie dominaba ya la problemática llamada en abreviatura EA (Explosión Automórfica), así que para liquidar finalmente todo aquel caos, se entregó la gestión del campo de la biótica al COMPUSOPSI (Computador Somático Psíquico).

Con esta información terminaba mi tomo de Historia de Dictionia. Cuando buscaba el siguiente entré en la celda el joven hermano para invitarme a comer. Me cohibía tanta amabilidad, sabiendo que el Superior perdía su valioso tiempo en agasajarme, pues él no tomaba alimentos. Sin embargo, la invitación era tan cordial que no pude declinarla. En el refectorio pequeño, además del Padre Darg, que estaba esperando sentado ya a la mesa, se veía un carrito chato, parecido a los que en la Tierra sirven para el transporte de maletas; era el Padre Memnar, General de la orden de los Prognositas. Perdón, no me he expresado bien: no era el carrito, evidentemente, el Padre y General de la orden, sino el computador hexagonal que sobre él reposaba. Confío en que mi extrañeza no llegó a ser una incorrección; traté de ocultarla y ni siquiera demostré mi sobresalto durante la presentación. La comida se me atragantaba un poco, pero el organismo tiene sus derechos.

Para animarse y distraer mi timidez, el amabilísimo Padre Superior bebió el agua a pequeños sorbos durante toda la comida, vaciando dos jarras de cristal de roca. De pronto, el Padre Memnar masculló algo en voz baja; pensé que rezaba, pero cuando la conversación abordó temas teológicos, vi que me había equivocado.

-Soy creyente -me dijo el Padre Memnar-, y si mi fe está bien fundada, Aquel en quien creo lo sabe aunque no le haga declaraciones oficiales. En el transcurso de la historia, el intelecto confeccionó varios modelos de Dios, considerando cada uno de ellos como el único verdadero. Es un error, ya que el modelaje es codificación, y un misterio codificado deja de ser misterio. Los dogmas parecen eternos sólo al comienzo del camino hacia las lejanías de la civilización. Primero Dios fue imaginado como un Padre severo, luego como un Pastor y Cultivador, más tarde como un Artista, lleno de amor para lo Creado. Por tanto, los hombres tuvieron que desempeñar sendos papeles de niños buenos, ovejitas obedientes y, finalmente, el de Su claque, siempre entusiasta. Sin embargo, es infantilismo suponer que Dios hubiera creado para que su Creación le ensalzara las veinticuatro horas del día y para que le amara de antemano por lo que habrá Allí, si lo de Aquí no es demasiado satisfactorio, como si El fuera un concertista que prepara unos «bis» de vida eterna para después de la caída del telón de la terrenal, en pago de interminables porciones de «bravos» rezados. Esta versión teatral de la Teodicea pertenece a nuestro pasado, ya remoto. Si Dios posee la omnisciencia, lo sabe todo de mi, me conoce desde tiempo indefinido antes de mi emergencia de la nada. Sabe igualmente lo que dispondrá de los temores y esperanzas de los hombres, porque tiene información perfecta sobre sus propias decisiones en el futuro: si no la tuviera, no sería omnipresente. Para El no hay ninguna diferencia entre el pensamiento del hombre de las cavernas y el intelecto que los ingenieros construirán dentro de billones de años allí donde ahora sólo hay lava y fuego. No sé por qué tendría que importarle el lado externo de la fe, y aun el hecho de sentir hacia El adoración o frialdad. No lo tomemos por un productor que espera una aprobación por parte del producto, puesto que la historia nos ha conducido allí donde la autenticidad natural del pensamiento no se diferencia en nada del pensamiento despertado artificialmente, lo que significa que no existe diferencia alguna entre lo artificial y lo natural; hemos dejado ya esta frontera detrás de nosotros. Recuerda que podemos crear cualquier clase de personas e intelectos. Nos sería posible, por ejemplo, confeccionar por el método de cristalización, clonación u otro cualquiera, unos seres para quienes la existencia misma equivaldría a un estado de éxtasis místico, y en cuyas adoraciones, dirigidas a la Trascendencia, se materializara, en cierto modo, la intención que antes era propia de actos de fe y oración. Pero este sistema de

multiplicación de los creyentes nos parecería una burla estéril y vana. Recuerda también que no nos pueden contener las murallas erigidas entre nosotros y nuestros deseos por la limitación corporal y natural, porque las hemos derrumbado y hemos salido al espacio infinito de la libertad creativa absoluta. Un niño puede ahora resucitar a un muerto, infundir vida en el polvo y en la roca, encender y apagar soles, porque estas técnicas existen; el hecho de que no todos tengan acceso a ellas no es, como comprenderás, relevante para el pensamiento teológico. En verdad, los límites de lo factible, determinados por las Escrituras, han sido alcanzados y, por tanto, infringidos. Las crueldades de las limitaciones antiguas fueron sustituidas por la crueldad de su inexistencia absoluta. Sin embargo, no creemos que el Creador oculte su amor hacia nosotros bajo la máscara de la alternativa de esos dos sufrimientos, atormentándonos para que nos sea más difícil comprenderle; ni la tarea de la Iglesia consiste en presentar como letras de cambio, endosadas por la revelación y pagadas con creces por la contabilidad celestial, las dos calamidades: la esclavitud y la libertad. La visión del cielo como caja de pagos, y la del infierno como una cárcel para deudores insolventes, es una aberración pasajera en la historia de la fe. La Teodicea no es una práctica sofística de los defensores de Dios, ni tampoco la fe es una especie de consuelo que nos dice: al fin todo se arreglará. La Iglesia cambia y la fe cambia, ya que ambas están situadas en la historia: hay que prever, pues, el futuro, y ésta es la misión de mi orden.

Estas palabras me desconcertaron mucho. Pregunté cómo conciliaba la teología duista lo que pasaba sobre el planeta (creo que nada bueno, pero no sé qué era, habiendo llegado en mis lecturas sólo al Siglo XXVI), con las Escrituras Reveladas (que tampoco conozco).

El Padre Memnar me dijo, mientras el Superior guardaba silencio:

-La fe es, al mismo tiempo, absolutamente necesaria y perfectamente imposible. Imposible de fijar de una vez por todas, porque no hay dogma en el cual el pensamiento pudiera arraigar con la seguridad de que es inamovible. Hemos defendido las Escrituras durante veinticinco siglos mediante unas retiradas elásticas e interpretaciones circunstanciales de los textos, hasta que perdimos la batalla. Ha desaparecido la visión burocrática de la Trascendencia, Dios no es ni Tirano, ni Pastor, ni Artista, ni Policía, ni el Contable Mayor de la Existencia. La fe en Dios ha de ser libre de todo lo interesado, por la sencilla razón de que no se recibe jamás un premio por tenerla. Si resultara que Dios tiene el poder de hacer algo contradictorio a los sentidos y a la lógica, la sorpresa sería aterradora. ¿Quién si no él nos dio las formas de raciocinio lógico, fuera de las cuales no tenemos ningún medio de conocimiento? ¿Cómo podemos suponer, pues, que el acto de fe tendría que ser un acto de renuncia a la razón lógica? ¿De qué serviría habernos dado la facultad de pensar, para luego abrumarla con las contradicciones que la razón misma descubriría en su camino? ¿Sería con el fin de parecernos más misterioso y enigmático? ¿O para permitirnos primero hacer la diagnosis de que Allá no hay nada y luego sacar el paraíso, como el jugador de ventaja se saca una carta de la manga? Nosotros no creemos nada de eso. Por tanto no exigimos de Dios ningunos favores a título de recompensa por nuestra fe, no abrigamos esperanzas ni tenemos pretensiones respecto a El, porque hemos enterrado la Teodicea basada en el modelo de una transacción comercial e intercambio de servicios: yo te llamé a la existencia, tú me servirás y loarás.

-Siendo así -pregunté con apremio-, ¿qué hacéis vosotros, los religiosos y teólogos, cuál es vuestra actitud hacia Dios, puesto que no os cuidáis de la dogmática, ni de liturgia, ni de oficios, si no he entendido mal?

-Cuando ya, en efecto, no tenemos nada -me contestó el General de los Prognositas-, lo tenemos todo. Te ruego que leas, querido huésped, los tomos siguientes de la historia dictoniana, para comprender qué significa realmente el logro de la libertad total en la elaboración de cuerpos y almas, fruto de las dos revoluciones bióticas. Considero muy probable que en tu fuero interno te parezca ridícula la situación aquí existente, porque los

seres nacidos, como tú, de carne y hueso, al conseguir plena independencia moral, pueden apagar y encender la fe en sí mismos como si fuera una lámpara y... pierden la facultad de creer. La heredaron de ellos sus instrumentos de trabajo, racionales porque esto era imprescindible en una cierta fase del desarrollo industrial. Actualmente ya no se necesita, y precisamente nosotros, considerados allí arriba como chatarra, nosotros tenemos la fe. Nos toleran, porque tienen cosas más importantes en que pensar, pero las autoridades nos permiten todo menos la fe.

-Me extraña mucho -dije-. ¿No se os permite creer? ¿Y por qué?

-Es muy sencillo. La fe es la única cosa que no se puede quitar a un ser consciente, mientras su conciencia permanece en él. Los gobernantes, si quieren, pueden no solamente despedazarnos, sino transformarnos de manera que perdamos nuestras creencias como consecuencia de un cambio de programación. No lo hacen, supongo que por desaire y desprecio, o tal vez por indiferencia. Lo que ambicionan es el poder ejercido directamente, ya que todo menoscabo de su autoridad sería una limitación. Ahora ya conoces el motivo de la clandestinidad de nuestra fe. Preguntaste antes por su esencia. Es, no sé cómo decirlo, totalmente desnuda e inerme. No tenemos ninguna esperanza, no exigimos nada, no pedimos ningún favor, no contamos con nada; sencillamente, creemos. No me hagas, por favor, más preguntas, sino reflexionar en lo que significa esta clase de fe. Si alguien cree por alguna razón, algún motivo especial, su fe deja de ser plenamente soberana; que dos y dos son cuatro, lo sé seguro y no tengo por qué creerlo. Pero de Dios no sé nada, por esto sólo puedo creer en él. ¿Qué me proporciona mi fe? Según las ideas antiguas, nada. No es para mí un consuelo del temor ante el vacío, ni un flirteo con Dios, pendiente del paso por la puerta celestial entre el miedo de la condena y la esperanza del paraíso. No apacigua mi mente, atormentada por las contradicciones de la existencia, ni lima las asperezas de la vida; como te digo, ¡no es nada! Esto significa que no sirve de nada. Nosotros ni siquiera tenemos derecho a pregonar que creemos precisamente porque nuestra fe conduce a un absurdo, porque quien lo dijera, manifestaría que sabe distinguir con certeza lo absurdo de lo no absurdo y que escoge lo absurdo, porque, en su opinión, es ahí donde se encuentra Dios. Nosotros no decimos esto. El acto de nuestra fe no es oración, ni agradecimiento, ni humildad, ni osadía, sencillamente: es y aquí sobra todo comentario.

Impresionado por lo que acababa de oír, volví a mi celda y a la lectura de un nuevo tomo de historia, donde se describía la Era de Centralización del Corporalismo. El COMPUSOPSI funcionaba al principio a satisfacción de todo el mundo, pero pronto aparecieron sobre el planeta unos seres nuevos: dobletes, tripletes, cuadrupletes, más tarde octavones y finalmente, los que no querían terminarse de manera calculable, ya que durante la vida siempre les crecía algo nuevo. Era la consecuencia de unos defectos, o sea, una errónea reiteración de los programas; en palabras más sencillas: la máquina empezó a tartamudear. Sin embargo, como el culto de su perfección imperaba, la gente intentaba loar estos vicios automórficos, llegando a mantener, por ejemplo, que la incesante brotación y frondosidad, precisamente, era la expresión más convincente de la naturaleza proteica del hombre. Aquel ambiente de lisonja retrasó la reparación del COMPUSOPSI, causando la creación de los llamados infinitistas y potencos (potencia n), que perdieron la orientación en su propio cuerpo, de tanto que tenían. Se perdían en él, formando enredos y nudos; a veces no se los podía desliar sin llamar a los médicos de urgencia. La reparación del COMPUSOPSI no dio resultado. Finalmente le cambiaron el nombre por el de COMPUCHATARRA y lo hicieron volar con explosivos. El alivio que reinó después no duró mucho, ya que volvió la terrible pregunta: ¿qué debía hacerse con el cuerpo?

Por primera vez se dejaron oír entonces unas voces tímidas que proponían la vuelta al aspecto antiguo, pero fueron acusadas de reaccionarismo obtuso. En las elecciones del año 2520, vencieron los Antojistas o Relativistas, porque gustó su programa demagógico,

según el cual cada hombre podía escoger sus formas a su antojo; las limitaciones sólo podían ser funcionales: el arquitecto corporalista del barrio daba el visto bueno a los proyectos aptos para una existencia confortable, sin preocuparse por lo demás. BUPROCUPS lanzaba al mercado avalanchas de esos proyectos. Los historiadores llaman a la fase de automorfia regida por el COMPUSOPSI la época de centralización, y a los años que vinieron después, la de reprivatización.

Al confiar el cuidado del aspecto humano a la iniciativa privada, se provocó, al cabo de unos decenios, una crisis nueva. Por otra parte, algunos filósofos venían explicando que cuanto mayor era el progreso más numerosas eran las crisis, y que si éstas faltaban se las debía organizar adrede, ya que activaban, unían, despertaban el entusiasmo creador y el espíritu de lucha, y cimentaban la unión animica y material en una palabra, incitaban a la sociedad en el marasmo, el estancamiento y otros síntomas de descomposición. Estas teorías eran profesadas por la escuela de los llamados optisemistas, es decir, filósofos que extraían el optimismo para el futuro de la valoración pesimista del presente.

El período de iniciativa privada del modelaje de cuerpos duró tres cuartos de siglo. En sus comienzos, la gente disfrutaba mucho con la automorfia. La juventud volvió a ponerse a la vanguardia de la moda, los chicos llevaban con ostentación sus sistemas respiratorios y su musculatura de último grito, las jovencitas unos modelos de cuerpos de lo más sofisticado que pudieron inventar; pero pronto surgieron entre las generaciones unos conflictos importantes: entre los jóvenes se propagó una corriente contestataria de cariz ascético, en cuyo nombre acusaban a sus mayores de no vivir más que por el placer, les reprochaban su actitud pasiva e incluso consumidora hacia el cuerpo, su hedonismo barato, sus apetitos vulgares de gozar, y para subrayar hasta qué punto se consideraban diferentes, se revestían exprofeso de unas formas repulsivas, muy inconfortables, verdaderamente monstruosas (nefandistas, tremebundinos). En el deseo de demostrar su desprecio por todo lo utilitario, se colocaban los ojos bajo los sobacos; los activistas bióticos más jóvenes usaban un sinfín de órganos de sonido, cultivados en cantidades industriales (tambolinas, arpiolas, poligongos, guitardos). Se organizaban bramiderías en masa, durante las cuales, los solistas, llamados rugeñores, hacían caer a las muchedumbres entusiastas en unos paroxismos de frenesí convulsivo. Vino luego la moda (o manía) de los tentáculos largos, cuyo calibre y fuerza de agarre estaban ajustados a la escala de la típica frase juvenil y jactanciosa: «¡Ahora verás con quién te la juegas!». Puesto que nadie tenía fuerzas para llevar solo aquellas masas de boas enliadas, se solía usar las llamadas andatorias o portacolas (contenedores que sabían andar), que brotaban de la parte baja de la espalda, las cuales, sostenidas por dos fuertes pantorrillas, transportaban el fardo de tentáculos detrás de su propietario. Encontré en el libro unas ilustraciones con jóvenes elegantes, paseando con sus portacolas llenas de montones de tentáculos; era ya el ocaso de la contestación, mejor dicho su crac total. El movimiento se agotó porque carecía de ideales propios limitándose solamente a representar una protesta contra el barroquismo orgiástico de la época.

Dicho barroquismo tenía sus apologistas y teorizantes, según cuyas afirmaciones el cuerpo existía para poder experimentar el máximo de placeres en la máxima cantidad de sitios a la vez. Merg Barb, el representante más nombrado de esa doctrina, explicaba que la Naturaleza había provisto al cuerpo (más bien escasamente) de unos centros de sensaciones agradables para que las pudiera experimentar; si lo dispuso así, es porque las percepciones placenteras no eran autonómicas, sino que cada una servía a un fin; por ejemplo, suministrar al organismo líquidos, hidratos de carbono, albúmina, o bien asegurarle la continuidad en la descendencia, en la reproducción de las especies, etc. Había que romper definitivamente con ese pragmatismo impuesto.

El papel pasivo de la gente en la creación de los cuerpos era un síntoma de la falta de imaginación perspectiva; los placeres culinarios y eróticos no eran más que un mediocre producto secundario del contentamiento de los instintos innatos, o sea, de la tiranía de la

Naturaleza. No bastaba con dar rienda suelta al sexo (lo demostraba la ectogénesis), ya que éste no tenía gran porvenir, ni combinatorio, ni constructivo. Lo que podía inventarse respecto a él, estaba realizado mucho tiempo atrás. El sentido de la libertad automórfica no consistía en aumentar ingenuamente algún detalle que otro, plagiando siempre la misma anticualla sexual; había que inventar unos órganos y sistemas inéditos, cuya única misión sería la de proporcionar a su propietario la posibilidad de sentirse bien, cada vez mejor, deliciosamente.

Barb fue respaldado por un grupo de proyectistas del BUPROCUPS, jóvenes y talentosos que dibujaban ripcias y jondugos, anunciados por una campaña publicitaria arrolladora que garantizaba sus perfecciones, proclamando que los goces antiguos de mesa y cama eran unas verdaderas birrias en comparación con los efectos de ripciadas y jondugaciones. En los cerebros se insertaban, evidentemente, centros de sensaciones extáticas, programados para el caso por los ingenieros de vías nerviosas y ordenados en series superpuestas. En consecuencia se originaron impulsos nuevos, el ripcioso y el jondugatorio, así como las actividades que les eran propias, de una escala muy rica y variada, puesto que se podía ripciar y jondugar por separado o simultáneamente, en solos, dúos, incluso en grupos de varias decenas de personas. Como es natural, nacieron nuevos géneros de bellas artes, cultivados por artistas ripciosos y jondugos; pero las cosas fueron más lejos todavía: a finales del Siglo XXVI hicieron su aparición las formas barrocas de lenguoreptos y chupapiés, acogidos por el aplauso de admiración general. El famoso Ondur Sterodon, que sabía ripciar, jondugar y mandar, todo a la vez, volando al mismo tiempo con unas alas espinales, se convirtió en ídolo de las masas.

En el momento culminante del barroco, el sexo quedó pasado de moda; lo cultivaban todavía sólo dos fracciones políticas de poca monta, los acumuladores y los separatistas. Estos últimos, hostiles al libertinaje, consideraban que era una indignidad besar a una amante con la misma boca con que se comían coles. Según su ideología, se necesitaba para ello una boca distinta, llamada platónica; lo mejor era disponer de toda una gama de bocas, para usarlas conforme a las circunstancias (parientes, amigos, el ser querido). Los acumuladores, adictos al funcionalismo, propugnaban el punto de vista opuesto, juntando todo lo que podían para simplificar el organismo y la vida.

El período postrero de aquel estilo, extravagante y estrambótico como todos los estilos decadentes, creó unos ejemplares tan raros como la mujer taburete y el héxaco, este último parecido a un centauro que tuviera, en vez de cascos, cuatro pies descalzos, el par anterior girado en punta hacia el posterior. Este espécimen tenía un segundo nombre, el de pateón, tomado de su baile preferido, cuyo paso esencial era un pateo enérgico. Sin embargo, el mercado daba señales de saciedad y hastío. Cada vez era más difícil dar el golpe con una novedad corporal: se llevaban peinados de asta natural, las damas de la alta sociedad se abanicaban las mejillas con sus pabellones auriculares rosa pálido adornados de dibujos estigmáticos en transparencia, se intentaba andar sobre unos seudopedúnculos torneados, etc. El BUPROCUPS, por pura inercia, seguía editando proyectos: pero varios síntomas presagiaban el cercano fin de aquella era.

Rodeado de libros dispersos sobre mi mesa, absorto en la lectura bajo la luz de lámparas que se paseaban encima de mi por el techo, me dormí sin darme cuenta.

Me despertó el lejano sonido de una campana matutina. Un instante después entró el joven hermano para preguntarme si deseaba alguna variación de mi rutina cotidiana; en esta ocasión, el Superior me proponía que les acompañara, a él y al padre Memnar, en la visita de toda la diócesis. La perspectiva de abandonar las penumbras de las catacumbas me apetecía mucho, acepté, pues, gustosamente la invitación.

Por desgracia, la visita no fue como yo esperaba: no salimos a la superficie. Los hermanos aviaron unos animales de carga achaparrados, tapados hasta el suelo con unas telas del mismo color gris de sus hábitos; montamos en ellos sin sillas ni riendas, y

fuimos a paso lento por un corredor subterráneo. Era, como ya había supuesto (y mi suposición fue confirmada), el alcantarillado, en desuso, desde hacia siglos, de la metrópoli, cuyos mil rascacielos, medio derruidos, se erigían por encima de nosotros. Los movimientos acompasados de mi montura me parecían un tanto raros; tampoco pude adivinar ni rastro de una forma de cabeza debajo de la tela. Me arreglé para echar una mirada discreta bajo la cobertura y vi que era una máquina, una especie de robot cuadrúpedo, muy primitivo: hacia el mediodía no habíamos hecho ni veinte kilómetros de camino.

Por otra parte, era difícil calcular las distancias, puesto que el recorrido seguía el laberinto de canales, iluminado débilmente por un pequeño enjambre de lámparas, que tan pronto velaba encima de nosotros como se alejaba hacia el frente de la columna, donde se las llamaba con silbidos.

Por fin llegamos a la sede de los Padres Prognositas, donde se nos recibió con todos los honores; especialmente yo fui el punto central de la atención general. Como la selva de muebles quedaba muy lejos, los Padres Prognositas tuvieron que hacer un esfuerzo particular para preparar, a mi intención, una comida decente. Se la proporcionaron los almacenes de la capital abandonada, bajo la forma de dos recipientes, uno vacío y otro lleno de agua, dándome la ocasión de experimentar por primera vez el funcionamiento de los productos bióticos..

Los fralles me pidieron perdón por no poder servirme la sopa: sencillamente, el hermano enviado a la superficie por un pozo de canalización, no supo encontrar el paquete correspondiente. El bistec, en cambio, fue todo un éxito: la simiente, regada con unas cucharadas de agua, se hinchó, luego se aplanó, de modo que al cabo de un instante tuve en el plato un apetitoso medallón de ternera, bien doradito, rezumando por todos los poros el aceite hirviente. En el almacén del que había salido este primor debía de reinar un desorden total, ya que entre los sobres de semillas gastronómicas se mezclaron otros: en vez de un postre, se me formó en el plato un magnetófono, encima no apto para el uso porque, a guisa de cintas, tenía en las bobinas unas betas para calzoncillos. Se me explicó que era una consecuencia muy frecuente de la hibridación, ya que los aparatos, sin controlar, producían simientes de calidad cada vez peor; esos productos bióticos podían efectuar cruces, procreando unas mezclas sorprendentes. En esta ocasión encontré por fin la pista del origen de los muebles salvajes.

Movidos por su gran bondad, los Padres querían enviar inmediatamente a las ruinas de la ciudad a un fraile joven, para que trajera otro postre para mi, pero yo me opuse firmemente. Lo que a mi me interesaba era la conversación y no los dulces.

El refectorio, antaño una gran planta de limpieza del alcantarillado urbano, aparecía muy pulcro con su suelo de arena blanca y sus numerosas lámparas, distintas de las de los Destruccianos: las de aquí eran parpadeantes y listadas, como si procedieran de unas avispas gigantes. Estábamos sentados a una mesa larga, mezclados: al lado de cada Destrucciano reposaba sobre su chasis un Prognosita. Me sentía terriblemente azorado por tener únicamente yo la cara y las manos descubiertas ante las siluetas enmascaradas de los Padres robots, con sus capuchas parduzcas con cristales en las aberturas de los ojos, y los Padres computadores, prismáticos, que no se parecían en nada a unos seres vivos. Algunos de ellos estaban unidos bajo la mesa con unos cables, pero no me atrevía a preguntar por el sentido de esos enlaces multicablísticos.

La conversación que tuvimos durante aquella comida solitaria (yo solo la tomaba), volvió, por la fuerza de lo inevitable, a la temática trascendental. Mi deseo era saber lo que pensaban los últimos creyentes de Dictionia sobre la cuestión del bien y del mal, de Dios y del diablo. Cuando hice esta pregunta, en el refectorio reinó un silencio total, interrumpido tan sólo por el zumbido de las lámparas, reunidas en los rincones (no sé, tal vez fuera la corriente de los Padres Prognositas).

Tomó finalmente la palabra un Computador de edad avanzada sentado frente a mí, historiador de religión profesional, según me dijo después el Padre Darg.

-Si fuera directamente al grano, definiría nuestras creencias de la manera siguiente. El diablo es lo que menos entendemos en Dios. No obstante, esto no significa que opinemos que Dios mismo constituye una aleación del elemento superior con el inferior, del bien y del mal, del amor y del odio, del poder de crear y del anhelo de destruir. El diablo es el pensamiento según el cual a Dios se le puede limitar, clasificar, aislar con la ayuda de una destilación fraccionada, para convertirle en aquello, y sólo en aquello, que sepamos aceptar sin ofrecer resistencia: Este pensamiento no puede mantenerse dentro de la historia, ya que su consecuencia inevitable sería la conclusión de que no hay conocimiento fuera de lo satánico, y que el diablo iría ensanchándose hasta absorber por entero todo lo que nos proporciona conocimiento. Así sería, puesto que el conocimiento elimina gradualmente las directrices, llamadas mandamientos revelados. El conocimiento permite matar sin quitar la vida; destruir, pero de modo que la destrucción sirva para la construcción; bajo su influjo desaparecen las personas a quienes se debía venerar, por ejemplo el padre y la madre; derroca los dogmas de la sobrenaturalidad de la inmaculada concepción y del alma inmortal. Si todo esto fueran tentaciones del diablo, entonces lo sería también todo lo que se piensa o toca, y ni siquiera podríamos decir que el diablo absorbió la civilización, pero no a la Iglesia, puesto que la Iglesia otorga gradualmente, aunque sea a regañadientes, su acuerdo con la consecución del conocimiento, y que en este camino no hay un solo punto en el que pudiera decir: «hasta aquí, y ni un paso más», puesto que nadie, dentro de la Iglesia o fuera de ella, es capaz de saber cuáles serán, mañana, las consecuencias del conocimiento adquirido hoy. La Iglesia puede, de vez en cuando, librar batallas contra el progreso, pero, mientras ella defiende un frente, por ejemplo, la intocabilidad de la inmaculada concepción, el progreso, en vez de contraatacar directamente, realiza una maniobra envolvente, con la cual liquida el sentido mismo de las posiciones defendidas. Hace mil años, nuestra Iglesia defendía la maternidad; el conocimiento anuló el concepto de madre, empezando por escindir el acto de maternidad en dos, luego sacándolo fuera del cuerpo materno y sintetizando el germen, de modo que al cabo de tres siglos la defensa perdió todo el sentido. La Iglesia se vio obligada a dar su consentimiento a la fecundación a distancia, a la concepción en laboratorio, al parto de la máquina, al espíritu en la máquina, acceso de la máquina a los sacramentos, y a la desaparición de la diferencia entre una existencia creada artificialmente y la natural. Si hubiera mantenido obstinadamente sus posiciones, tendría que reconocer un buen día que no había otro Dios sino Satanás. Para salvar a Dios, reconocimos la existencia histórica de Satanás, o sea, su evolución bajo la forma de la proyección variable en el tiempo, de todos aquellos rasgos que nos espantan en la Creación y, al mismo tiempo, nos hunden en ella. Satanás es el pensamiento ingenuo de que entre Dios y No-Dios se puede distinguir la misma diferencia que se distingue entre el día y la noche. Dios es Misterio, Satanás es, reunida en una persona, una parte separada de los rasgos de ese Misterio. Para nosotros, no hay un Satanás suprahistórico. Lo único constante que posee y que fue tomado por su personalidad, procede de la libertad. Pero, querido huésped llegado de regiones lejanas, debes olvidar las categorías de tu pensamiento, formado por una historia diferente de la nuestra, cuando me escuches. Para nosotros, la noción de la libertad es muy distinta de la tuya. Aquí entendemos por tal la ausencia de toda limitación de la acción, es decir, la desaparición de todas aquellas resistencias que la vida encuentra en sus albores racionales. Esas resistencias forman la razón, ya que la hace aflorar a la superficie de los abismos vegetativos. Puesto que a veces es una operación dolorosa, la razón histórica sueña con una plenitud de libertades, y es en esta dirección donde se encamina a pasos de civilización. Hay el paso de tallar uranas en la piedra, el de resucitar a los muertos y el de apagar soles, y no existen entre ellos obstáculos infranqueables. La libertad de la cual hablo no es ese modesto estado deseado por las

personas oprimidas por otras. En tal caso, el hombre es para otro hombre reja, muralla, trampa y precipicio. La libertad a la cual me refiero se encuentra más allá, fuera de la zona de mutuas opresiones sociales. Se puede atravesar incólume esta zona y entonces, en busca de resistencias nuevas, puesto que allí los hombres ya no las oponen a los hombres, se las encuentra en el mundo y en sí mismo, y se escoge por adversario al mundo y a sí mismo, para luchar con ambos, vencer y someterlos. Y delante del que lo ha logrado se abre el abismo de la libertad, porque cuando más puede hacerse, menos se sabe lo que se debe hacer. Al principio tiente la sabiduría, pero ésta, que antes era la jarra de agua en el desierto, se convierte en la misma jarra en medio del lago, si es fácil de absorber como el agua y si la puedes ofrecer indistintamente a un montón de chatarra o a un renacuajo muerto de sed. Sin embargo, mientras la búsqueda de la sabiduría parece estar llena de nobleza, no hay argumentos nobles para la huída de ella; nadie pregona en voz alta que desea la ofuscación y, aunque tuviera la osadía de manifestar su deseo, ¿adónde podría regresar? Ya no existen hiatos naturales entre la razón y la sinrazón, porque la ciencia los ha cuantificado y disuelto, así que la libertad espera incluso a un desertor de la sabiduría, porque tiene que escoger una encarnación que le convenga, y tiene más posibilidades que estrellas hay en el cielo. El hombre terriblemente sabio se convierte, entre sus pares, en una caricatura de la sabiduría, igual que la reina de las abejas sin colmena se convierte en una caricatura de la madre, si de nada sirve la masa de huevecillos que hincha su abdomen. Hay quien huye, pues, de aquellos lugares, a escondidas y con gran vergüenza, o bien en medio de violencia y pánico. Allí donde todos tienen que ser como son, se renuncia forzosamente a los cambios. Pero allí donde cada uno puede ser distinto de lo que es, se fracciona su destino en saltos de una circunstancia existencial a otra. Si se mirara una comunidad de ese tipo desde lo alto, parecería un enjambre de insectos sobre una placa caliente. De lejos, su sufrimiento tiene el aspecto de una farsa: resultan muy ridículos esos saltos desde la sabiduría a la sinrazón, así como ver los frutos de la inteligencia usados para tocar la barriga como tambor, correr sobre cien piernas o tapizar las paredes con las membranas del cerebro. Si se puede poseer un doble del ser querido, desaparecen los seres queridos y sólo queda la burla del amor. Y si un hombre tiene la posibilidad de ser cualquier persona y cambiar de opiniones a voluntad, no es nadie ni tiene opiniones. Por lo tanto, nuestra historia está naufragando y rebota en el fondo saltando como un títere movido por un cordel. En una palabra, es ridícula. La autoridad regula la libertad, pero establece unas limitaciones no auténticas que provocan la rebeldía, puesto que no se puede tapar lo que una vez ha sido descubierto. Al decir, pues, que Satanás personificaba la libertad, quise expresar la idea de que él constituía aquel lado del cuerpo divino que nos atemoriza más, cómo la encrucijada de caminos de la fuerza del continuum en la cual nos detenemos; paralizados por el fin alcanzado. Según un pensamiento filosófico ingenuo, el mundo debe "limitarnos", igual como una camisa de fuerza limita a un demente. Otra voz de la misma filosofía existencial dice que aquellas ataduras deben encontrarse dentro de nosotros. El que habla así anhela que la libertad sea restringida sea por el mundo que nos rodea, sea por nosotros mismos, porque quiere que el mundo no le permita encaminarse en ciertas direcciones, o que le frene su propia naturaleza. No obstante, Dios no trazó ante nosotros ninguna de las dos fronteras. Y no solamente no las trazó, sino que alisó los sitios donde podíamos imaginar que estaban, para que no supiéramos al pasar por ellos, que lo estábamos haciendo.

Pregunté si de esto no se podía sacar la conclusión de que para el duismo Dios era idéntico a Satanás. Después de formular mi pregunta, advertí una ligera conmoción entre los presentes. El Historiador gurdó silencio; el que habló fue el General de la orden:

-Es como dices, pero no como piensas. Si pronuncias la frase «Dios es Satanás», pones en ella el terrible sentido de la indignidad del Creador. Así pues, lo que dijiste no es

cierto, pero sólo si sale de tu boca. Si la misma frase fuera pronunciada por mí o por uno de los padres aquí presente sí, su sentido hubiera sido totalmente distinto. En nuestras bocas, esas tres palabras significarían solamente que hay dones de Dios que podemos aceptar sin resistirnos, y otros que no tenemos la fuerza de sostener. Su sentido sería éste: «Dios no nos limitó en nada, no nos marcó fronteras ni nos puso ataduras». Piensa que el mundo, obligado al bien exclusivamente, sería el mismo país de esclavitud que el mundo obligado exclusivamente al mal. ¿Estás de acuerdo conmigo, Dagdor?

El historiador, a quien fue dirigida la pregunta, asintió y tomó la palabra.

-Como historiador de religiones conozco teogonías que afirman que el mundo creado por Dios no es absolutamente perfecto, sino encaminado hacia la perfección en una línea recta, o tortuosa, o tal vez espiral; quiero decir con ello que no me son desconocidas las doctrinas según las cuales Dios es una especie de niño muy crecido que juega disparando sus juguetes en una dirección «conveniente» para divertirse. Tampoco ignoro ciencias que llaman perfecto a todo lo que existe y, para que el cálculo de esa perfección cuadre en el balance, introducen en él una corrección a la que dan el nombre de diablo. Pero tanto el modelo de la existencia comprendida como un juego con juguetes movidos por la cuerda del eterno progreso que lleva la creación, cada vez más eficazmente, hacia donde mejor se encuentre, como aquel que presenta el mundo como un combate de boxeo entre la Luz y las Tinieblas disputado ante el árbitro Divino, y el que necesita intervenciones milagrosas (como si la Creación fuera un reloj estropeado, y el milagro, la herramienta que Dios usa para ajustar los mecanismos planetarios), así como el modelo del mundo representado bajo la forma de una tarta sabrosa en la cual el diablo haya clavado las espinas de sus tentaciones..., todos ellos son estampas del catón de la especie racional, que la edad madura deja con melancolía nostálgica, pero al mismo tiempo encogiéndose de hombros, en la estantería del cuarto de los niños. No hay demonios, si no tomamos la libertad por demonio; hay un solo mundo y un solo Dios y una sola fe, querido huésped, y todo lo demás es silencio.

Me hubiera gustado preguntar cuáles eran, según ellos, las características positivas de Dios y del mundo, porque sólo había escuchado lo que Dios no era y por que la lección de escatología de la libertad me dejó confuso y aturdido, pero ya era la hora de ponernos en camino. Mientras nos estábamos balanceando ya sobre nuestras monturas de hierro, pregunté al Padre Darg, impelido por una idea repentina, por qué su orden llevaba el nombre de Destruccionos.

-Eso tiene relación con el tema de la conversación en la mesa -contestó el Padre Superior-. Nuestro nombre, de origen histórico, significa la aprobación de la existencia en su integridad, ya que procede íntegramente de Dios, tanto en su parte creativa como en lo que puede parecer lo contrario de ella. En todo caso -añadió rápidamente-. no creas que el hecho de llevarlo nos convierte en partidarios de la destrucción; creo que ahora nadie bautizaría así a la orden. Así y todo, esta denominación es fruto de una cierta malicia teológica, reflejo de unas crisis de la Iglesia ya pasadas.

De repente un destello de luz diurna me hizo entornar los ojos: llegamos a un sitio donde una parte del canal, cuya bóveda se había derrumbado, salía a la superficie. Desacostumbrado al sol, tardé en poder abrir los ojos del todo. Nos encontrábamos en un llano desprovisto de toda vegetación; en el horizonte se dibujaba la azulada línea de los edificios de la ciudad. Entre ella y nosotros varias carreteras, lisas y relucientes como cintas de metal fundido, cruzaban el terreno en todas direcciones; estaban despobladas y vacías, igual que el cielo en el cual se movía sólo una nube, hinchada y blanca.

Nuestras monturas, que parecían más torpes sobre un camino adaptado para las grandes velocidades, iban lentamente, chirriando, como si el sol las cegara también a ellas, hacia un atajo conocido por los padres. Pero, antes de que llegásemos a un canalón de cemento que debía llevarnos otra vez bajo tierra, vi entre las arcas de un viaducto una casa, no muy grande, de color esmeralda y oro; pensé que debía de ser una gasolinera.

Junto a ella aparecía un vehículo plano, de formas aerodinámicas, parecidas a las de una gran cucaracha. El edificio carecía de ventanas, pero sus paredes, casi translúcidas, dejaban pasar el sol como vidrieras. Cuando toda nuestra extendida columna se encontraba a unos sesenta pasos de ella, oí unos gritos y estertores terribles que se me erizó el pelo. Una voz humana prorrumpía en gritos, jadeos y sollozos. No me cabía la menor duda de que estaban torturando o asesinando a alguien; eché una mirada a mis compañeros y vi, estupefacto, que esos chillidos infernales no les impresionaban en absoluto.

Quise gritar que corriéramos en socorro de aquel desgraciado, pero, helado por la indiferencia de los padres ante la suerte de un hombre torturado, no pude pronunciar una palabra. Salté, pues, de mi cuadrúpedo de metal y corrí adelante sin esperar a nadie. Mientras corría, hubo otro chillido ronco, y después, silencio. La casa era una especie de pabellón de construcción ligera, sin puertas aparentes. Di una vuelta en torno a ella, sin resultado. De pronto me detuve en seco ante una pared de vidrio azulado, lo bastante transparente para que pudiera ver el interior. Sobre una mesa cubierta de sangre yacía un hombre desnudo, rodeado de aparatos que clavaban varillas y tenazas en su cuerpo sin vida, tan retorcido por el espasmo de la agonía que no pude distinguir los brazos de las piernas. La cabeza (o lo que la sustituía) estaba encerrada en una pesada campana de metal, erizada de agudas púas. La sangre ya no fluía de las heridas: el corazón había dejado de latir. La arena caliente del sol me quemaba los pies; todavía desgarraban mis oídos los rugidos inhumanos del dictoniano; no me podía mover de allí, paralizado por el asco, por el miedo, por lo incomprensible que resultaba la escena, puesto que el cadáver estaba solo. No había nadie en aquel sitio: mi vista alcanzaba todos los rincones de la sala de torturas mecánica. Al cabo de un tiempo, sentí más bien que oí que se acercaba una silueta encapuchada. Miré con el rabillo del ojo: era el Padre Superior. Sin volver la cabeza, pregunté con voz ronca:

-¿Qué es esto? ¿Quién le mató? ¿Por qué?

El padre se situó a mi lado, inmóvil como una estatua; la voz se me ahogó en la garganta cuando pensé que, en verdad, era eso: una estatua de hierro. En sus moradas subterráneas, los monjes no tenían un aspecto tan terriblemente extraño como aquí, a pleno sol, en medio de la geometría blanca de los caminos, sobre el fondo puro del horizonte. Aquel despojo humano, retorcido entre unas garras de metal, allí, detrás de la pared de cristal, me parecía único y cercano mientras lo contemplaba, solitario, entre las máquinas, frías en su lógica, capaces sólo de razonamientos abstractos. Me embargó el deseo, más, la decisión, de irme, de abandonarlos sin una mirada, sin una palabra de despedida; en aquel momento se abrió entre nosotros un abismo imposible de franquear. Pero no di un paso, no me alejé del Superior, que guardaba silencio, como si esperara algo.

En la sala, llena de luz azul filtrada por el cristal del techo y de las paredes, hubo como un estremecimiento. Los relucientes brazos de los aparatos se agitaron y empezaron a enderezar con cuidado los miembros del cadáver; le vertían sobre las heridas un líquido, claro como el agua, pero humeante, y las lavaban de sangre. El cuerpo reposaba ahora estirado, como si lo hubieran preparado para el sueño eterno. De pronto vi el centelleo de unas cuchillas; pensé que iban a descuartizarlo y, aunque sabía que estaba muerto, quise correr a defenderle de esta última prueba; pero el Superior puso en mi hombro una mano de hierro y no me moví.

La campana de metal brillante se elevó y vi aquella cara inhumana. Ahora todas las máquinas trabajaban a la vez, con tanta rapidez que sólo veía destellos metálicos y el vaivén de una bomba de cristal debajo de la mesa en la cual se arremolinaba un líquido rojo, hasta que en medio de esa agitación el pecho del yacente se elevó y volvió a bajar. Ante mi vista, las heridas se cerraban y desaparecían sin dejar huella, el cuerpo se movía y se estiraba.

-¿Ha resucitado? -pregunté en un murmullo.

-Sí -contestó el Superior-. Para volver a morir.

El hombre abrió los ojos y paseó la mirada por la sala. Su mano, blanda como si no tuviera huesos, cogió una palanca que estaba a su lado y tiró de ella. La campana descendió otra vez sobre su cabeza, unas tenazas oblicuas salieron de sus vainas y agarraron el cuerpo, y en mis oídos resonaron otra vez unos desesperados gritos de dolor. Mi estupor era tan grande, que me dejé llevar, pasivamente, hacia la caravana de encapuchados que nos esperaba con paciencia. Subí a mi montura en un estado de postración completa y oí, como a través de una niebla, que alguien me dirigía la palabra. El Superior me estaba explicando que el pabellón era un lugar de utilidad pública, donde el que quería podía vivir su propia muerte. La cuestión consistía en conocer las sensaciones más sobrecogedoras, no sólo las del sufrimiento, puesto que gracias a un transformador de estímulos, el dolor se convertía en un goce casi imposible de soportar. Un cierto tipo de automorfia conducía a los dictonianos a disfrutar de su agonía y, si con una no se sentían satisfechos, se dejaban matar de nuevo, una vez resucitados, para vivir una vez más la tremenda experiencia. En efecto, nuestra caravana se alejaba del lugar de torturas voluntarias con una lentitud suficiente para que a mis oídos llegaran, durante mucho tiempo todavía, los estertores y gemidos del aficionado a las emociones fuertes. Esta curiosa técnica llevaba el nombre de «agonalia».

Una cosa es leer en una obra histórica la descripción de las peores catástrofes mundiales, y otra, muy distinta, ver con los propios ojos y, en cierto modo, participar en un fragmento de ellas, por pequeño que fuera. Estaba tan harto de permanecer en la superficie de la tierra, bajo el sol, entre los arcos plateados de las autopistas y el pabellón que nos enviaba de lejos los destellos de luz azul me oprimía el corazón tan espantosamente, que me hundí con alivio en las tinieblas de la alcantarilla y en su silencio fresco y relajante. El Superior, adivinando hasta qué punto estaba impresionado, se mantenía en silencio. Visitamos todavía la ermita de un anacoreta y una orden de hermanos menores, aposentados en la red de canales del barrio residencial; a altas horas de la noche, terminada la visita de la diócesis, volvimos a la sede de los Padres Destruccionistas. Me sentía muy avergonzado por aquel momento de espanto y odio que había sentido hacia ellos.

Entré en la celda con la impresión de volver a casa; en la mesa me estaba esperando un cajón frío relleno, preparado por el hacendoso hermano. Despachada aprisa la comida (tenía mucha hambre), abrí el tomo de la historia dictoniana dedicado a la época moderna.

El primer capítulo trataba de las corrientes autopsíquicas del Siglo XXIX. La omnipotente transformabilidad corporal había llegado a aburrir tanto a la gente, que la idea de olvidar el cuerpo y ocuparse de la formación del intelecto pareció dar una nueva vida a la sociedad y sacarla del marasmo. Fueron los comienzos del Renacimiento. Los primeros en abrir el camino al nuevo estilo eran los genialitas, autores del plan de convertir a todos los hombres en sabios. No tardó en despertarse el hambre del saber, el intenso deseo de cultivar las ciencias, el establecimiento de contactos intersidiales con otras civilizaciones. Al mismo tiempo, el crecimiento irresistible de conocimientos exigió unas transformaciones corporales correspondientes, ya que los cerebros tan desarrollados no cabían siquiera en el vientre. La sociedad se genializaba con aceleración exponencial y las ondas intelectuales recorrían todo el planeta. Ese Renacimiento que buscaba el sentido de la existencia en el Saber, duró setenta años. Dictionia rebosaba de pensadores, profesores, superprofesores, ultrafasesores y, al final, de contrafasesores.

Y puesto que el transporte de cerebros agigantados se hacía cada vez más incómodo, después de una corta fase de bipensantes (llevaban dos carretillas incorporadas, una delante y otra detrás, para los pensamientos superiores e inferiores), los genialitas se

convirtieron, por el orden mismo de la vida, en inmuebles. Cada uno estaba metido en la torre de su propia inteligencia, envuelto en serpentinas de cables como una Gorgona; la sociedad del planeta se parecía a un panal de sabiduría, recogida en vez de miel, en cuyas celdillas pululaba la cresa humana. La gente conversaba por radio y se hacía televisitas. Las secuelas de la escalada científica condujeron a un conflicto entre los partidarios de convertir la riqueza de sabidurías individuales en un tesoro común y los coleccionistas de conocimientos, que querían poseer el régimen de propiedad privada de sus informaciones. Empezó el espionaje de pensamientos ajenos, robos de ideas especialmente brillantes, intrigas entre las torres de los antagonistas en filosofía y arte, falsificaciones de datos, cortes de cables, e incluso intentos de anexión de bienes psíquicos de los vecinos, incluyendo a la persona del propietario.

La reacción fue violenta. Nuestros grabados medievales con imágenes de dragones y monstruos de allende los mares son un juego de niños comparados con el desenfreno de formas corporales que se adueñó del planeta. Los últimos genialitas, cegados por el sol, salían a rastras de las ruinas de sus torres para huir de la ciudad. Gambercias, penderastas y atracontes aprovecharon el caos general para hacerse amos del lugar. Se producían combinaciones de máquinas y cuerpos, entregadas a la lujuria (maquinoide aparatista, desnudomóvil, vagonhembra), la prensa publicaba irreverentes caricaturas del clero: cucaramonje con cucaramonja, sin mencionar a ternellas y ventrugos.

Fue una época de gran auge de la agonalia. Toda la civilización retrocedió un paso gigantesco. Hordas de musculosoestrangulones retozaban en los bosques con rastrinfas. En los matorrales se agazapaban las tribus de temblarios. En el planeta no quedaba ni rastro de su pasado cerebral. En los parques, invadidos por la mala hierba de muebles y vajillas salvajes, reposaban entre las matas de toalleros los montañistas (verdaderas montañas de carne jadeante). Casi todas esas formas execrables no eran planeadas y preconcebidas conscientemente, sino arrojadas al mundo al azar de averías de la maquinaria constructora de cuerpos, que, en vez de modelos encargados, producía unos monstruos degenerados y enfermos. En aquella época de monstrólisis social, como escribía el profesor Gragz, la prehistoria parecía tomarse un extraño desquite en sus descendientes, ya que lo que el pensamiento primario sólo imaginaba a través de unos mitos pavorosos, o sea, la palabra de horror, se hizo cuerpo en el delirio ciego de la tecnología biótica.

En los comienzos del Siglo XXXX asumió el poder en Dictionia el dictador Dzomber Glaubon. Bajo sus órdenes, en el espacio de veinte años se estableció la unificación, normalización y estandarización de los cuerpos, acogida al principio como una salvación. El nuevo gobernante era partidario de un absolutismo ilustrado y humanitario, así que no permitió que se exterminaran los individuos de formas degeneradas procedentes del Siglo XXIX, sino que los congregó en unas reservas designadas para este fin. En los confines de una de ellas, precisamente, estaba situado, debajo de las ruinas de la antigua capital de la provincia, el convento subterráneo de los Padres Destruccionistas en el cual me había refugiado. Conforme a un decreto de Glaubon, todos los ciudadanos estaban obligados a ser solistas sintraseristas, o sea, unisexuales y con el mismo aspecto por delante que por detrás. El dictador explicó en sus Pensamientos, obra representativa de su programa, que había privado a la población del sexo por considerarlo culpable de la decadencia del siglo anterior. Les dejó la razón porque no quería gobernar a unos débiles mentales, sino, al contrario, renovar la civilización.

Pero la razón implica la diversidad, incluyendo las ideas no ortodoxas. Una oposición ilegal se ocultó bajo tierra, donde se entregaba a funestas orgías antisolistas. Eso, por lo menos, era lo que decía la prensa gubernamental. Sin embargo, Glaubon no perseguía a los miembros de la oposición, revestidos de unos cuerpos contestatarios (mastocontes, traseristas). Se decía que incluso operaban en la clandestinidad unos bitraseristas, según

cuya doctrina la razón existía para que la gente tuviera un medio de comprender que debía librarse de ella cuanto antes, ya que era la causa de todos los desastres en la historia universal. Dicha fracción sustituía la cabeza por lo que suele tomarse por su antítesis, por considerar que era incómoda, perjudicial y banal. En todo caso, el padre Darg estaba seguro de que la prensa exageraba un poco por exceso de celo. Los traseristas eliminaron la cabeza porque no les gustaba, pero conservaron el cerebro y sólo lo trasladaron más abajo para que mirara el mundo con dos ojos, el del ombligo y otro, detrás, un poco más abajo todavía.

Después de haber instaurado un relativo orden en el país, Glaubon proclamó un plan milenar de estabilización social gracias a la llamada hedalgética. La publicación del decreto fue precedida por una gran campaña de prensa bajo el lema «EL SEXO AL SERVICIO DEL TRABAJO». Cada ciudadano tenía adjudicado su puesto de trabajo y los ingenieros de vías nerviosas enlazaban las de su cerebro de tal manera que sentía el goce si trabajaba como era debido. Plantaba árboles o acarreaba agua, volaba en alas de la voluptuosidad, y cuanto más trabajaba, más intenso era su éxtasis. Pero la malicia propia a la inteligencia puso también trabas a este método sociotécnico, considerado como infalible: los inconformistas opinaban que el goce sentido gracias al trabajo era una forma de alienación. Rebelándose contra la lujuria laboral (laboribido), pese al deseo que les empujaba hacia las profesiones impuestas, se dedicaban a cualquier actividad salvo la que podía satisfacer su libido. Quien tenía que ser aguador cortaba leña, quien era leñador acarreaba agua en manifestación abierta contra el gobierno. Glaubon decretó repetidas veces un incremento del deseo socializado, pero lo único que consiguió fue el nombre de 'era de la martirología' dado por los historiadores a los años de su gobierno. La biolicia tropezaba con grandes dificultades en la búsqueda de los culpables de esa clase de delitos, ya que los sospechosos, cogidos in fraganti, mentían con hipocresía, alegando que sus quejas eran debidas al placer y no al sufrimiento. Glaubon, viendo la ruina de sus grandes planes, se retiró de la palestra de la vida biótica profundamente decepcionado.

Más tarde, en los confines de los Siglos XXXI y XXXII, sobrevino el período de luchas de los Diadocos; el planeta se dividió en provincias, habitadas por ciudadanos cortados según el modelo impuesto por las autoridades locales. Eran ya los tiempos de la Contrarreforma posmonstrolítica. Los siglos pasados dejaron tras de sí unas aglomeraciones de ciudades medio derruidas, plantas de fabricación de fetos, reservas visitadas aún esporádicamente por unas comisiones móviles de inspección, autopistas sin tráfico rodado, y otros relictos del pasado que continuaban funcionando todavía a medias, sin vigor ni eficacia. El Tetradoc Clambon instauró la censura del recetario genético, que prohibía el uso de ciertas especies de genes; pero los individuos disconformes sobornaban a los organismos de control, o bien se ponían en sitios públicos mascarillas y postizos, se pegaban los rabos a la espalda con esparadrapo o los escondían en la pernera del pantalón, etc. Estas prácticas eran del dominio público.

El Pentadoc Marmozel, haciendo suyo el principio divide et impera, promulgó una ley que aumentaba la cantidad de sexos reconocidos oficialmente. Además del hombre y la mujer, fue creado el titerombre y la tortembra, y dos sexos auxiliares: el sostenco y el frigueta. La vida, y especialmente la vida sexual, se complicó mucho durante aquel período. Hay que añadir que las organizaciones clandestinas hacían sus reuniones bajo la cobertura de relaciones entre seis sexos (sexsexuales) recomendadas por la autoridad, así que por esta razón, entre otras, el proyecto fue parcialmente anulado. Se prescindió de los auxiliares, conservando solamente hasta hoy a la tortembra y al titerombre.

Bajo el reinado de los Hexadocos, la gente inventó, para burlarse de la censura cromosómica, las alusiones corporales. En mi libro figuraban retratos de personas cuyos pabellones auriculares tenían la forma de pantorrillas; cuando movían las orejas, no se sabía si lo hacían sin ninguna intención especial, o bien para dar unas patadas alusivas. En ciertos círculos se apreciaba mucho la lengua terminada por una pequeña pezuña.

Era, eso sí, incómoda y no servía para nada, pero precisamente así se manifestaba el espíritu de la libertad somática. Gurilo Hapsodor, que pasaba por liberal, concedió a los ciudadanos de excepcional mérito el permiso de poseer una pierna supletoria; la gente se acostumbró a ver en ello una distinción honrosa. Con el tiempo, el significado de aquella pierna perdió su carácter locomotor y se convirtió en el signo del cargo que se ejercía; los altos dignatarios llegaban a tener hasta nueve piernas, gracias a lo cual se podía conocer el rango de cada uno inmediatamente, incluso en el cuarto de baño.

Asumido el poder por Ronder Ischiolis, de principios severos, se abolieron los permisos para el metraje corporal supletorio, llegando al extremo de confiscar piernas a los acusados de algún delito. Incluso corrían rumores de que aquel gobernante enérgico quería liquidar todas las extremidades y órganos excepto los imprescindibles para la vida, y fundar la microminiaturización (se construían unos pisos cada vez más pequeños), pero Bghiz Gwarndl, el sucesor de Ischiolis, anuló esos proyectos y hasta autorizó la cola, arguyendo que su penacho era útil para barrer el suelo. Luego, con Gondel Gurva en el poder, hicieron su aparición los llamados desviacionistas bajeros, que multiplicaban ilegalmente sus miembros inferiores; en el período siguiente, de autoridad más dura, volvieron a mostrarse (mejor dicho, a esconderse) uñas linguales y otros pequeños órganos contestatarios. Las oscilaciones de ese tipo se producían todavía en el momento de mi llegada a Dictionia. Lo que era totalmente imposible de realizar corporalmente se expresaba en la literatura pornográfica de la biótica, editada en la clandestinidad subterránea y perteneciente a las publicaciones prohibidas que figuraban en cantidad en la biblioteca del convento. He leído, por ejemplo, un manifiesto que incitaba a la creación inmediata del mujerrero que debía caminar sobre trenzas en vez de piernas; el engendro de otro autor anónimo, el falsetario, debía desplazarse en el aire en base a la técnica del tapiz volador.

Una vez adquiridas las nociones generales de la historia de Dictionia, pasé a la literatura científica actual. El órgano principal de proyectos e investigación era CUPROCOPS (Comisión Unificadora de Proyectos Corporales y Psíquicos). Gracias a la amabilidad del padre bibliotecario, pude enterarme de los más recientes trabajos publicados por dicha organización. Así, por ejemplo, el ingeniero de cuerpos Dergard Vnich era autor de un prototipo llamado provisionalmente el polimón o doquiernal. El prof. dr. ing. lic. Dband Rabor trabajaba al frente de un nutrido grupo de investigadores en un proyecto atrevido, incluso controvertible, del llamado multipista, que debía representar la unificación funcional en tres sentidos: el de comunicación, el sexual y el de evasión abstracta. Tuve también acceso a los trabajos perspectivo-futuroológicos de los mejores especialistas en cuerpos de Dictionia: la impresión que saqué de mis lecturas fue la de una automorfía atascada en un punto muerto de su desarrollo, pese a los esfuerzos de los especialistas por sacarla del marasmo; el artículo del prof. Zagoberto Graus, director de la CUPROCOPS, publicado en la revista científica mensual 'La Voz del Cuerpo', terminaba con estas palabras: «¿Cómo podemos no transformarnos, si podemos transformarnos?»

Estaba tan agotado después de haber estudiado días y noches, que cuando hube vuelto a la biblioteca el último montón de libros, durante una semana no hice nada, salvo tomar el sol en el bosque de muebles.

Cuando tuve la ocasión, pregunté al Superior cuál era su opinión sobre la situación biótica. Según él, para los dictonianos ya no había retorno posible a las formas humanas, porque se habían distanciado demasiado de ellas. Ahora, como consecuencia de una indoctrinación secular, provocaban en ellos tantos prejuicios y tanta repulsa general, que aún los mismos robots estaban obligados a esconder su estructura en sitios públicos, bajo unos ropajes que no dejaban ver nada. Le pregunté entonces (estábamos solos en el refectorio después de cenar) qué sentido tenía, en esta clase de civilización, la actividad religiosa y la fe.

El Superior contestó con una sonrisa en la voz:

-Estaba esperando esta pregunta. Le daré dos respuestas: una simplista y otra más sutil. El duismo, en primer lugar, es una especie de «puede que sí, puede que no». Dios es misterio hasta tal punto que no se puede tener una seguridad absoluta siquiera en cuanto a la cuestión de su existencia. Por ende, existe o no existe, y de ello procede la raíz etimológica del nombre de nuestra religión. Y ahora otra vez lo mismo, pero con más profundidad: el Dios-Certeza no es un misterio absoluto, puesto que se le puede, por lo menos, encerrar y limitar en el hecho de que Está. La garantía de Su existencia es un oasis, un lugar de quietud y descanso para el espíritu. Puedes leer en los libros de historia de la religión, precisamente, el esfuerzo del pensamiento, incesante desde siglos, ininterrumpido, siempre en la más alta tensión, enloquecedor, que no cesa de reunir argumentos y pruebas de Su existencia, y salvar, renovar y reconstruir los que se van derrumbando. No quisimos cansarte con la lectura de nuestras obras teológicas, pero, si las hubieras hojeado, habrías conocido las etapas posteriores del desarrollo de la fe que las civilizaciones menos antiguas ignoran todavía. La fase de la dogmática no se interrumpe bruscamente, sino que pasa del estado oculto al estado abierto, cuando se establece, dialécticamente, después del dogma de la infalibilidad de la cabeza de la Iglesia, el de la falibilidad inevitable de todo pensamiento en las cuestiones de la fe, formulado lacónicamente en las palabras: «Nada de lo que puede ser expresado AQUÍ, corresponde a lo que perdura ALLA». Así se origina la consiguiente elevación del nivel de la abstracción: habrás observado que la distancia entre Dios y la razón aumenta a medida que pasa el tiempo, en todas partes y siempre. En la revelación antigua, Dios interfería en todo, se llevaba a los buenos al cielo en vida, vertía azufre sobre los malos, estaba detrás de cualquier arbusto, y sólo mucho más tarde empezó la distanciaci3n. Dios iba perdiendo su forma visible, su parecido con el hombre y su barba, desaparecía la fácil ayuda de los milagros, las demostraciones ingenuas de trasladar los demonios en los cuerpos de machos cabríos y las visitas controladoras de los ángeles. En una palabra, la fe empezó a prescindir de la metafísica circense, pasando de la esfera de los sentidos a la de lo abstracto. Ni siquiera entonces faltaron pruebas de Su existencia, ni 'sanctora' expresados en términos de álgebra superior, ni la hermenéutica, todavía más minoritaria y selecta. Esas ideas abstractas llegan finalmente a un punto en el cual es proclamada la muerte de Dios a fin de conquistar la misma especie de paz férrea, glacial y desgarradora a la que acceden los humanos cuando les abandonan para siempre los seres más amados. El manifiesto de la muerte de Dios es, pues, una maniobra sucesiva que debe librarnos, aun si nos destroza, de la fatiga metafísica: estamos solos y podemos hacer lo que queramos o lo que nos proporcionará descubrimientos nuevos. Pero el duismo fue más lejos; en él, crees dudando y dudas creyendo, sin embargo, tampoco este estado de cosas puede ser definitivo. Según algunos Padres Prognostitas, las evoluciones y revoluciones, es decir vueltas y revueltas de las religiones no transcurren en todo el Cosmos, y hay también unas civilizaciones muy poderosas y grandes que pretenden basar toda la Cosmogonía en el concepto de la provocaci3n antidivina. Si su idea es acertada, hay en las estrellas unos pueblos que se esfuerzan en romper el trágico silencio de Dios desafiándole con la amenaza de un COSMOCIDIO: lo que pretende es que el Cosmos entero se congregue en un solo punto y que se queme a sí mismo en el fuego de ese paroxismo final. Aunque no sepamos si es cierto, bajo el punto de vista psicológico este proyecto me parece posible. Es posible, pero al mismo tiempo vano: no creo que organizar cruzadas de antimateria contra Dios fuera un modo razonable de establecer el diálogo con El.

No pude abstenerme de observar que el duismo, en mi opini3n, era de hecho un agnosticismo, o bien un «ateísmo no del todo seguro de sí mismo», o aún una oscilaci3n incesante entre dos polos: hay, no hay. Pero si había en él un vestigio de la fe en Dios, ¿de qué servía la existencia monacal? ¿A quién podía ser útil aquella vida agazapada en las catacumbas?

-¡Demasiadas preguntas a la vez! -replicó el padre Darg-. No corras tanto. ¿Y qué crees tú que deberíamos hacer?

-Varias cosas. Por ejemplo, desarrollar una actividad misional...

-¡Así que todavía no has comprendido nada! ¡Estás en este momento tan alejado de mí como el día de tu llegada...! -dijo el Superior con profunda tristeza-. ¿Crees que deberíamos encargarnos de la difusión de la fe? ¿Ser misionero? ¿Conseguir neófitos? ¿Convertir?

-¿Y usted no piensa igual, padre? ¿Cómo es posible? ¿No fue siempre éste el papel de los religiosos? -pregunté, sorprendido.

-En Dictionia -dijo el Superior- hay millones de cosas posibles que ni siquiera imaginas. Aquí basta con una sencilla intervención para borrar todo el contenido de una memoria individual y cargar la mente vacía con una nueva memoria sintética, de tal suerte que el intervenido creará haber vivido cosas que no había vivido y tener sensaciones que nunca había tenido: en una palabra, se convertirá en Alguien Distinto del que era antes de la operación. Se puede cambiar el carácter y la personalidad, transformando a individuos violentos e indómitos en dulces samaritanos y viceversa; a ateos en santos y a ascetas en lúbricos desenfrenados; se puede atontar a los sabios y convertir a tontos en genios; quiero que comprendas que todo esto es muy fácil y que no hay ningún obstáculo MATERIAL en estas transformaciones. Y ahora presta atención a lo que voy a decirte: Cediendo a los argumentos de nuestros predicadores, un ateo empedernido podría adquirir la fe. Pongamos por caso que unos emisarios de nuestras órdenes, particularmente dotados, consiguen convertir a varias personas. El efecto final de esas intervenciones misioneras sería la transformación, gracias a los cambios acaecidos en sus mentalidades, de unos descreídos en creyentes. Está claro, ¿verdad?

Asentí con un gesto.

-Muy bien. Piensa ahora que estas personas van a tener, en cuestiones de fe, convicciones nuevas, puesto que suministrándoles la información con la ayuda de palabras inspiradas y gestos elocuentes hemos preparado sus cerebros de una manera definida. Pues bien, aquel estado final, el de cerebros animados por una fe inquebrantable y el deseo de Dios, se puede conseguir mil veces más rápidamente y con mayor seguridad aplicando una gama de medios bióticos adecuadamente escogidos. En tal caso, ¿para qué recurrir a unos métodos anticuados de predicaciones, discursos, sermones y conferencias, si tenemos a nuestra disposición todos los medios modernos?

-¡No lo dirá en serio, Padre! -exclamé-. ¡Iría contra la ética!

El Superior se encogió de hombros.

-Hablas así porque eres hijo de otra época. Crees, probablemente, que actuaríamos por engaño o alienación, empleando la táctica de «criptoconversión» bajo la forma de propagación subrepticia de unos productos químicos, formando los cerebros gracias a unas ondas o vibraciones. ¡Te aseguro que te equivocas! Antaño tenían lugar disputas entre los creyentes y los no creyentes, donde el único instrumento, la única arma empleada era el poder verbal de la argumentación de ambos bandos (no me refiero a las «disputas» cuyos argumentos eran el palo, la hoguera o el hacha). Actualmente una disputa análoga se basaría en los medios de argumentación técnica. Nosotros emplearíamos instrumentos convertidores, y los adversarios contraatacarían con unos medios cuyo cometido sería el de transformarnos en adeptos suyos o, por lo menos, inmunizarles contra nuestra táctica misionera. Para ambas partes las posibilidades de vencer dependerían de la eficacia de la tecnología empleada, igual que antaño las posibilidades de victoria en la disputa dependían de la eficacia de la argumentación verbal, ya que «convertir» equivale a transmitir una información que obliga a creer.

-¡En cualquier caso -dije en defensa de mis posiciones- esta clase de conversión no sería auténtica! ¡El tecnicismo que provoca la sed de fe y el hambre de Dios falsea la mente, porque no habla a su libertad, sino que la obliga y la violenta!

-Olvidas a quién hablas y dónde hablas -repuso el Padre Superior-. Desde hace seiscientos años no hay en nuestro planeta ni una sola mente «natural». No existe, pues, aquí la posibilidad de discernir entre un pensamiento impuesto y el natural, tanto más cuanto que nadie tiene que imponer a hurtadillas a otra persona ningún pensamiento para convencerle. Lo que aquí se impone es una cosa previa y al mismo tiempo definitiva: el cerebro.

-¡Aun impuesto, el cerebro tiene su lógica intacta! -contesté.

-Es cierto. Sin embargo, la equiparación de las disputas acerca de Dios, las de antaño y las de ahora, sólo perdería su validez si existiera una argumentación a favor de la fe irresistible a la lógica, que forzaría la mente a aprobar el resultado de la controversia tan inevitablemente como lo hacen las leyes de la matemática. No obstante, según nuestra teodicea, no puede haber esta clase de argumentación. Por tanto, la historia de las religiones conoce apostasías y herejías, sin que unos fenómenos análogos aparezcan en la de las matemáticas, ya que nunca hubo quien se negara a admitir que sólo hay una manera de sumar dos unidades y que el resultado de esa operación fuera la cifra dos. Pero no se puede demostrar la existencia de Dios con la ayuda de operaciones matemáticas. Te voy a contar un suceso de hace doscientos años:

»Un padre computador tuvo una discusión con un computador no creyente. Este último, siendo un modelo más reciente, disponía de un sistema de acción informativa desconocido para nuestro religioso. Después de escuchar sus razones, el computador dijo al padre: "Usted estuvo informándome, ahora yo le informaré a usted, lo que no nos ocupará más de una milésima de segundo. Concédame este momentito para su transformación". Acto seguido, a distancia y en un relámpago, desinformó e informó al padre de tal suerte, que éste perdió la fe. ¿Qué te parece?

-¡Bueno, si esto no fue un acto de violencia, yo ya no sé qué decir! -exclamé-. Nosotros lo llamamos manipulación de la mente.

-La manipulación mental -dijo el Padre Darg- viene a ser lo mismo que poner al espíritu unas ataduras invisibles, igual que al cuerpo se las puede poner visibles. El pensamiento se puede comparar con un texto escrito por una mano sobre el papel, y la manipulación del pensamiento, con la obligación, impuesta a la mano, de escribir palabras diferentes. Esto es un acto de violencia manifiesto. Pero aquel computador no actuó así. Cada razonamiento ha de ser construido en base a unos datos: convencer al antagonista en una discusión equivale a desplazar, con la ayuda de las palabras, los datos de su pensamiento. Es lo que hizo el computador, aunque no con unas palabras proferidas. Así pues, su proceder no se diferencia en nada, bajo el aspecto de la información, del de los antagonistas normales antiguos; lo único que cambió fue su sistema transmisivo. Pudo hacerlo así porque gracias a sus aptitudes veía la mente de nuestro padre como a través de un cristal transparente. Imagínate una partida de ajedrez en la que uno de los jugadores ve solamente el tablero con las piezas, y el otro puede observar, además, el trabajo mental de su adversario. El segundo vencerá al primero infaliblemente, sin violentarle en nada. ¿Qué crees que hicimos con nuestro religioso cuando volvió al convento?

-Supongo que hicieron lo necesario para devolverle la facultad de creer... -dije, no muy seguro de mí mismo.

-No fue posible porque él se negó en redondo. No pudimos hacerlo contra su voluntad.

-¡Ahora ya no entiendo nada! ¿No hubieran actuado igual que aquel adversario suyo, sólo que a la inversa?

-No, no. Ya no era posible porque nuestro ex-padre rechazó cualquier disputa nueva. El concepto de la «disputa» ha cambiado y se ha ampliado mucho, ¿entiendes? Quien entra ahora en estas lides tiene que estar preparado a que le ataquen no sólo con palabras. El religioso en cuestión demostró, desgraciadamente, una triste ignorancia e ingenuidad, ya que el otro le había advertido de que sus fuerzas eran superiores, y a pesar de ello ni se

le pasó por la cabeza que su fe, inquebrantable como una roca, pudiera salir malparada de aquel duelo. Teóricamente, hay una salida de esa escalada de embrollos: la de confeccionar una mente capaz de tomar en consideración TODAS las variantes de TODOS los datos POSIBLES, pero, puesto que su cantidad es infinita, sólo una mente infinita podría adquirir la certeza metafísica. Y precisamente esta clase de mente no se puede construir, ya que sólo nos es dado concebir cosas finitas. Si existe un computador infinito, no te quepa duda de que será El. Así pues, en el nuevo nivel de civilización la disputa acerca de Dios no sólo puede, sino que debe ser conducida con la ayuda de técnicas nuevas, si es que alguien quiere intentarla. El arma informativa cambió PARA AMBAS PARTES IGUAL, por tanto las circunstancias de la lucha serían simétricas y, en consecuencia, idénticas a las de las contiendas medievales. La nueva modalidad misionera sólo puede ser tachada de inmoral por los que opinan lo mismo sobre el modo antiguo de conversión de los paganos, o sobre las controversias de los sacerdotes antiguos con los ateos. En la actualidad ya no es posible ningún otro método de trabajo misional, ya que quien quiere creer creará de seguro, y quien cree y desea perder la fe la perderá con la misma seguridad gracias a unas intervenciones adecuadas.

-En tal caso, ¿se puede influir también en el órgano de la voluntad para despertar el deseo de fe? -pregunté.

-En efecto. Sabes que tiempo atrás se decía que Dios estaba de parte de los ejércitos más fuertes. Ahora se diría, de acuerdo con la idea de cruzadas tecnogénicas, que Dios se encuentra del lado de los aparatos convertidores más perfectos. En cualquier caso, nosotros no pensamos que nuestra tarea fuera la de emprender una especie de carrera de armamentos teodícticos, lo sacro contra lo antisacro; no queremos tomar el camino de una escalada de este orden, dentro de la cual nosotros fabricaríamos un convertidor y el bando opuesto un anticonvertidor, donde nosotros convertiríamos y ellos desconvertirían, para luchar de ese modo durante siglos, transformando nuestros conventos en unas forjas de medios cada vez más eficaces y de mejores tácticas para despertar en la gente el hambre de fe.

-No puedo imaginar cómo es posible que no haya otro camino, padre, fuera del que me está mostrando. ¿No es común a todas las mentes la misma lógica? ¿Y la razón natural?

-La lógica es un instrumento -contestó el Superior- y el instrumento, solo, no consigue nada. Ha de tener una fuerza motora y una mano para dirigirlo: y aquí ambas, la fuerza y la mano, pueden ser modeladas como se quiera. En cuanto a la razón natural, ¿somos naturales yo y los otros padres? Como ya te dije, somos chatarra, y nuestro Credo, para los que nos fabricaron y nos tiraron después, es un producto secundario, un chirrido de la chatarra. Nos fue dada la facultad de raciocinio porque esto era necesario para la industria que nos usaba. Escúchame con atención. Te voy a revelar un secreto que no descubriría a nadie más. Sé que pronto nos abandonarás y que no lo transmitirás a las autoridades; lo pagaríamos muy caro:

»Los padres de un convento lejano, dedicados a la investigación científica, descubrieron medios de influir en la voluntad y la mente de tal naturaleza que podríamos convertir en un cerrar y abrir de ojos a todo el planeta, porque no existe ningún antídoto. Estos medios no aturden ni atontan, no privan de la libertad, solamente hacen al espíritu lo que al sentido de la vista hace la mano que levanta la cabeza de un hombre hacia el cielo y la voz que le dice: "¡míral!". La única violencia e imposición sería entonces el hecho de no poder cerrar los ojos. Los nuevos medios obligan a mirar a la cara del Misterio, y quien lo ha visto una vez, ya no se librará de él, porque llevará impresas en el espíritu sus huellas imposibles de borrar. Si quieres una comparación, sería algo así como llevarte al borde de un cráter de volcán y convencerte de que contemplaras su profundidad, siendo lo único forzoso el hecho de que no la podrás olvidar nunca. He aquí que YA somos omnipotentes en la conversión, puesto que hemos logrado, en la esfera de la transmisión de la fe el grado más alto de la libertad de acción, igual como la civilización lo había

logrado en una esfera distinta, la de la actividad material y corporal. Ya podemos pues, por fin... ¿lo comprendes? Tenemos la omnipotencia misional y... no haremos nada. No haremos nada, por que la única cosa en la que puede todavía manifestarse nuestra fe, es en negarnos a dar este paso. Por encima de todo digo: NON AGAM. No tan sólo 'Non serviam', sino también: No actuaré. Y no actuaré, porque puedo actuar certeramente y conseguir a través de mi acción todo lo que quiero. No nos queda, pues, otra cosa, sino permanecer aquí, junto con ratas fosilizadas, en la maraña de unas alcantarillas abandonadas.

No encontré respuesta a estas palabras. Como no veía motivos para prolongar mi estancia en el planeta, me despedí de los padres con gran pena y ternura y me preparé para el viaje mi cohete, que, afortunadamente, no había sufrido percance alguno bajo su camuflaje. Empecé el vuelo de retorno sintiéndome muy diferente al hombre que había aterrizado en Dictionia no mucho tiempo atrás.

VIAJE VIGESIMOSEGUNDO

Estoy ahora muy ocupado en la ordenación de especímenes raros, traídos por mí de los viajes a los rincones más remotos del Universo. Llevaba tiempo decidido a donar a un museo mi colección, única en su género. El conservador me avisó anteayer de que estaba preparando a este fin una sala especial. No todos los ejemplares son para mí igualmente entrañables: unos despiertan recuerdos agradables, otros evocan en mi memoria sucesos llenos de horrores y peligros; pero todos por igual constituyen un testimonio infalible de la autenticidad de mis viajes.

Entre los objetos evocadores de unos recuerdos particularmente intensos, hay un diente colocado sobre un cojincillo debajo de una campana de cristal. Tiene dos grandes raíces y está completamente sano. Me lo rompí durante una recepción en el palacio de Octopus, monarca de los Memnogos del planeta Urtamo; se servían allí unos platos exquisitos, pero terriblemente duros.

Otro lugar de honor lo ocupa en mi colección una pipa, rota en dos partes desiguales; se me cayó del cohete mientras estaba sobrevolando un globo pedregoso de la familia estelar de Pegaso. Lamentando la pérdida, pasé un día y medio buscándola entre las rocas de una cordillera llena de precipicios.

Un poco mas lejos hay una cajita con una piedrecita no mayor que un guisante. Su historia es muy singular. Al emprender el viaje a Xerusia, la estrella más lejana de las nebulosas gemelas NGC-887, casi sobrevaloré mis fuerzas; el trayecto era tan largo que estuve a punto de caer en una depresión nerviosa. Me atormentaba la nostalgia de la Tierra hasta tal punto que no podía estarme quieto en el cohete. Dios sabe cómo habría terminado todo aquello, cuando de pronto, al 26avo día del viaje sentí que algo me apretaba en el talón izquierdo; me quité el zapato y, con lágrimas en los ojos, extraje del calcetín una piedra minúscula, auténtica partícula de grava terrestre, que se me debió de meter allí todavía en el aeródromo, en el momento de entrar en el cohete. Estrechando sobre mi corazón aquel fragmento de mi planeta natal, pequeño pero tan querido, llegué al destino de mi expedición consolado y sereno. Este recuerdo tiene un valor inestimable para mí.

A continuación reposa sobre un cojín de terciopelo un ladrillo corriente de arcilla, de color amarillo rosado, algo agrietado y descantillado en una punta. De no haber sido por una circunstancia afortunada y por mi presencia de espíritu, no hubiera regresado, por su culpa, de mi expedición a la nebulosa del Can Mayor. Solía llevar este ladrillo conmigo cuando viajaba a las regiones más frías del espacio; acostumbraba a ponerlo un buen

rato en el motor atómico, para colocarlo bien calentito en mi cama antes de acostarme. En el cuadrante superior izquierdo de la Vía Láctea, allí donde la aglomeración estelar de Orión se junta con las constelaciones de Sagitario, fui testigo, volando a velocidad reducida, del encontronazo de dos enormes meteoritos. El espectáculo de las llamas de la explosión en las tinieblas me impresionó de tal modo que alargué la mano para coger una toalla y secarme el sudor de la frente. Me olvidé de que había envuelto en ella el ladrillo y, al levantar impetuosamente la mano casi me aplasto el cráneo. Por suerte, gracias a la rapidez de reflejos que me es propia, me di cuenta a tiempo del peligro.

Al lado del ladrillo puse una cajita de madera que contiene un cortaplumas, mi compañero de numerosos viajes. Para demostrar el cariño que le tengo, voy a contar una historia digna de ser conocida:

Abandoné Satellina a las dos de la tarde con un constipado tremendo. El médico del lugar a quien había consultado me aconsejó que me hiciera cortar la nariz, una intervención sin importancia para los habitantes de aquel planeta, ya que las narices les vuelven a crecer como a nosotros las uñas. Desalentado por esta proposición, de la casa del médico me fui directamente al aeropuerto para dirigirme a otras regiones celestes donde la medicina tuviera un nivel más alto. En todo el viaje tuve mala suerte. Ya al principio, cuando apenas me había alejado del planeta novecientos mil kilómetros, oí la señal distintiva de un cohete, así que pregunté por radio quién iba allí. En vez de contestar, me hicieron la misma pregunta.

-¡Dilo tú primero! -le espeté bastante duramente, iritado por la mala educación de aquel individuo.

-Dilo tú primero -replicó el otro. Este remedo me enfureció tanto que no anduve con rodeos para informar al viajero desconocido de mi opinión sobre su descaro. El tampoco se tragó la lengua; empezamos a discutir con una rabia creciente hasta que al cabo de un cuarto de hora, indignado a más no poder, me di cuenta de que no había ningún otro cohete y que la voz que oía era sencillamente el eco mi propia radio reflejada por la superficie de la luna Satellina, a cuyo lado estaba pasando. No la había visto hasta entonces porque mostraba su hemisferio nocturno, cubierto por las sombras.

Una hora después, más o menos, al querer pelar una manzana, advertí que no tenía mi cortaplumas. Recordé en seguida dónde lo había sacado la última vez: fue en el bar del aeródromo de Satellina. Lo puse sobre un mostrador inclinado y debió de resbalar al suelo, en un rincón. Veía tan claro la situación que lo hubiera podido encontrar con los ojos cerrados. Hice dar media vuelta al cohete pero tropecé con una dificultad: todo el cielo centelleaba de luces parpadeantes, así que no sabía dónde buscar a Satellina, uno de los mil cuatrocientos ochenta globos que giran alrededor del sol de Eripelaso. La mayoría de ellos posee, además, varias lunas, grandes como planetas, lo que dificulta todavía más la orientación. Preocupado, me decidí a llamar a Satellina por radio. En respuesta oí las señales de varias decenas de estaciones hablando a la vez en una cacofonía incomprensible. Has de saber, lector, que los habitantes del sistema de Eripelaso son tan amables como desordenados. Sin pensar en el caos que creaban, dieron el nombre de «Satellina» a unos doscientos planetas más o menos. Estaba contemplando por la ventana millares de lucecitas; en una de ellas se encontraba mi cortaplumas, pero hubiera sido más fácil encontrar una aguja en un pajar que un planeta determinado en aquel hormiguero estelar. Finalmente decidí abandonarme a la suerte y puse rumbo a un planeta que aparecía frente a mi proa.

Al cabo de un cuarto de hora estaba bajando al aeropuerto. Era completamente igual que el que dejé a las dos, por lo que me dirigí directamente al bar, encantado con mi buena suerte. Sin embargo, cuál no fue mi decepción cuando, a pesar de la búsqueda más minuciosa, no encontré el cortaplumas. Sólo quedaba una alternativa: o se lo había llevado alguien, o no era el mismo planeta. Después de interrogar a unos indígenas, me

convencí de que la segunda suposición era la buena. Me encontraba en Andrigón, un planeta viejo, carcomido y friable que deberían haber retirado de su órbita hace tiempo; pero nadie se preocupaba por él, ya que estaba lejos de las principales rutas de cohetes. En el campo de aviación me preguntaron qué Satellina estaba buscando: al parecer, los globos de este nombre estaban numerados. No supe qué decir, no recordaba ningún número. Mientras tanto llegaron las autoridades locales, avisadas por el comandante del aeropuerto, para recibirme con solemnidad.

Era un gran día para los andrigonianos; en todos los colegios se celebraban los exámenes finales de bachillerato. Uno de los representantes del gobierno me preguntó si no quería honrar este acto con mi presencia. Recibido con tanta hospitalidad, no pude rechazar esta proposición. De modo que desde el aeropuerto nos trasladamos directamente en barglo (grandes reptiles sin patas, parecidos a serpientes, que suelen usarse en Andrigón como monturas) a la ciudad. Después de presentarme a la numerosa juventud y al profesorado como huésped de honor llegado de la Tierra, el representante del gobierno abandonó la sala. Los profesores me ofrecieron un asiento en el centro de la cerba (especie de mesa), después de lo cual se reanudó el examen, interrumpido por nuestra entrada. Los alumnos, excitados por mi presencia, al principio tartamudeaban un poco por turbación, pero yo los animaba con una sonrisa cordial, incluso soplabla a algún que otro la palabra justa, así que el hielo no tardó en romperse. Las respuestas eran cada vez mejores. Tras otros, acudió ante la comisión examinadora un joven andrigoniano cubierto de zongos (una clase de ostras usada a guisa de trajes), los más bonitos que jamás había visto, y empezó a contestar las preguntas con gran elocuencia y don de palabra. La escuché con placer, constatando que el nivel de enseñanza era bastante alto en el planeta.

De pronto, el examinador hizo la siguiente pregunta:

-¿Podría el candidato demostrarnos por qué la vida en la Tierra es imposible?

Inclinándose en un leve saludo, el joven emprendió una disertación exhaustiva y rigurosamente lógica, en la cual patentizó incontestablemente que la mayor parte de la superficie terrestre estaba inundada de aguas frías y muy profundas, a las que mantenían a temperatura cercana a cero grados los numerosos icebergs que en ellas flotaban; que no sólo en los polos, sino también en las regiones vecinas reinaba un frío tremendo y hielos eternos, y que durante la mitad del año reinaba en ellas la noche ininterrumpida; que, como podía observarse muy bien con instrumentos astronómicos, los continentes, aun en las regiones de clima más templado, se revestían durante varios meses al año del vapor de agua helado, llamado nieve, cuyas gruesas capas cubrían montañas y valles; que la gran Luna de la Tierra producía en esta última olas de mareas altas y bajas de nefastas consecuencias erosivas; que con la ayuda de telescopios potentes podía advertirse con qué frecuencia grandes espacios del planeta se hundían en la penumbra, causada por el espesor de las nubes; que en la atmósfera se producían espantosos ciclones, tifones y tormentas, lo que, en conjunto, excluía totalmente la posibilidad de existencia de vida bajo cualquier forma.

-Si un ser vivo -terminó en voz sonora el joven andrigoniano- aterrizara para su desgracia en la Tierra, moriría andrigoniablemente, aplastado por la enorme presión de la atmósfera de aquel lugar, igual, a nivel del mar, a un kilómetro por centímetro cuadrado, o sea, a 760 milímetros de la columna de mercurio.

Esta exposición tan documentada logró la aprobación general de la comisión examinadora. Petrificado de asombro, tardé en reaccionar. Sólo cuando el profesor pasaba a la siguiente pregunta, exclamé:

-Me perdonarán, dignos andrigonianos, pero... yo procedo precisamente de la Tierra; no dudarán de que estoy vivo, y han oído cómo me presentaban aquí...

Mis palabras fueron acogidas con un silencio reprobador. Los profesores estaban tan ofendidos por mi intervención tan falta de tacto que apenas podían dominar su

indignación. Los jóvenes, que no saben ocultar sus emociones como lo hace la edad madura, me miraban con hostilidad manifiesta. Finalmente el examinador dijo con frialdad:

-Permítame usted, señor invitado, que le pregunte si no exige demasiado de nuestra hospitalidad. ¿No le basta con la acogida, honores y muestras de respeto que ha recibido? ¿No le dimos satisfacción suficiente invitándole a la Alta Cerba del Bachillerato? ¿Le parece poco y exige por añadidura que cambiemos, especialmente para usted, el... programa escolar?

-Es que... la Tierra está habitada de veras... -mascullé, confundido.

-Si así fuera -dijo el examinador mirándome como si yo fuera transparente-, sería una perversidad de la Naturaleza.

Juzgué que estas palabras constituían un ultraje para mi planeta natal; salí, pues, inmediatamente de la sala sin despedirme de nadie, monté el primer barglo que pasaba, fui al aeropuerto y, sacudiéndome de los zapatos el polvo de Andrigón, arranqué de allí para continuar mi búsqueda del cortaplumas.

Fue bastante largo: aterricé sucesivamente en los cinco planetas del grupo de Lindenblad, en los globos de los Estereópropos y Melacianos, en siete grandes cuerpos de la familia planetaria del sol de Casiopea; visité Osterilia, Averancia, Meltonia, Latérnida, todas las ramificaciones de la gran Nebulosa Espiral de Andrómeda, los sistemas de Plesiomaco, Gastroclancio, Eutrema, Simenófora y Paralbida; el año siguiente registré sistemáticamente las cercanías de todas las estrellas de Sappona y Melenvaga, así como los globos Erítronia, Arrhenoida, Eodocia, Artenuria y Estroglón, junto con sus ochenta lunas, algunas tan pequeñas que apenas había donde posar el cohete. En la Osa Menor no pude aterrizar: estaba cerrada, porque estaban haciendo el inventario. Vino luego el turno de Cefeida y Ardenida; por poco lo abandono todo, desalentado, cuando volví a aterrizar por error en Lindenblad.

Pero no me di por vencido y, tal como corresponde a un verdadero investigador, seguí con mis pesquisas. Al cabo de tres semanas, advertí un planeta parecido a Satellina como dos gotas de agua; el corazón me latía con fuerza mientras daba vueltas a su alrededor en una espiral cada vez más estrecha, esforzando la vista para encontrar el aeropuerto; pero fue en vano: no estaba en ninguna parte. Quería ya alejarme al espacio cósmico cuando me di cuenta de que alguien diminuto me hacía señales desde el suelo. Apagué el motor, bajé en vuelo planeado y posé el vehículo cerca de un pintoresco grupo de rocas en cuya cima se elevaba un edificio de piedra tallada, bastante grande. A mi encuentro venía corriendo por el campo un anciano de alta estatura, vestido con el hábito blanco de los monjes dominicos. Era, como supe más tarde, el padre Lacimón, superior de todas las misiones establecidas en las constelaciones vecinas en un radio de seiscientos años luz. En aquella región se cuentan cinco millones de planetas más o menos, entre los cuales hay dos millones cuatrocientos mil habitados. El padre Lacimón, al enterarse de la causa de mi llegada, me expresó su condolencia y al mismo tiempo su alegría, ya que, como me dijo llevaba siete meses sin ver a un hombre.

-Me habitué tanto a las costumbres de los meodracitas que habitan este planeta -dijo- que a menudo me sorprende a mi mismo en un error ridículo: cuando quiero escuchar con atención, levanto los brazos como ellos (todos saben que los meodracitas tienen las orejas en las axilas).

El superior de las misiones era un hombre de una hospitalidad exquisita; me invitó a una comida compuesta de especialidades locales (piglotas en jalea, drumbios asados y, para postre, las mejores crismas del mundo); nos acomodamos luego en la terraza de la casa misional. El sol lila nos calentaba deliciosamente, los pterodáctilos, numerosísimos en el planeta, cantaban en los arbustos; todo era paz y quietud. En medio de aquel silencio, el anciano superior de los dominicos empezó a sincerarse conmigo contándome sus problemas; se quejaba de las dificultades del trabajo misionero en aquellas regiones. Así, por ejemplo, los quintilianos, habitantes de la bochornosa Antilena, tan frioleros que

tiritaban de frío a 600 grados Celsius, no querían ni oír hablar del paraíso; en cambio las descripciones del infierno despertaban en ellos un interés muy vivo a causa de las condiciones favorables (pez hirviendo, llamas), que reinaban allí. Además, no se sabía quién podía ingresar en el estado sacerdotal, ya que se distinguían entre ellos cinco sexos: era un problema arduo para los teólogos.

Dije que lo lamentaba; el padre Lácimón se encogió de hombros:

-Ah, hay cosas peores. Los bzutos, por ejemplo, consideran que la resurrección es un acto tan corriente como ponerse un traje y no hay manera que la reconozcan como un milagro. Los dartrudos de Egilia no tienen brazos ni piernas; podrían santiguarse solamente con colas, pero yo no puedo tomar, solo, una decisión tan importante. Estoy esperando una contestación de la Sede Apostólica desde hace dos años, pero el Vaticano guarda silencio... ¡Y lo del pobre padre Oribacio, de nuestra misión! ¿Ha oído hablar de su cruel destino?

Dije que no sabía nada.

-Escuche, pues. Ya los primeros descubridores de Urtama no tenían palabras de elogio para sus habitantes, los poderosos memnogos. Todos están convencidos de que esos seres racionales pertenecen a las criaturas, más serviciales, dulces, bondadosas y llenas de altruismo de todo el Cosmos. En la esperanza de que la semilla de la fe brotaría felizmente en esta clase de gleba, mandamos a los memnogos al padre Oribacio, investido de la dignidad de obispo 'in partibus infidelium'. Los memnogos le recibieron en Urtama con una hospitalidad ejemplar: le rodearon de atenciones casi maternas, le respetaban, obedecían a cada palabra suya, adivinaban sus intenciones y cumplían todos sus deseos, parecían absorber sus enseñanzas con anhelo; en una palabra, se le entregaron por entero. Las cartas que el pobrecito me escribía rebosaban de alabanzas y de satisfacción por su comportamiento...

Aquí el padre dominico se secó una lágrima con la manga del hábito.

-En una atmósfera tan favorable, el padre Oribacio no cesaba de predicar día y noche sobre los principios de la fe. Después de explicar a los memnogos la historia del Viejo y del Nuevo Testamento, el Apocalipsis y las Cartas de los Apóstoles pasó a las vidas de los mártires del Señor. Pobre, éste fue siempre su tema predilecto...

Sobreponiéndose a la emoción que le embargaba, el padre Lacimón siguió hablando en voz trémula:

-Les narró, pues, la vida de San Juan, que logró la luz eterna por ser hervido en aceite, la de Santa Agueda, que se dejó cortar la cabeza por la fe, la de San Sebastián, que acribillado de flechas, sufrió crueles tormentos y en recompensa fue recibido en el Paraíso por los coros angélicos; les habló de los jóvenes mártires que sufrieron el tormento de descuartización, estrangulamiento, la rueda y la pira, soportándolo todo en éxtasis con la seguridad de ganarse un sitio a la diestra del Señor de las huestes celestiales. Cuando les había relatado la historia de muchas vidas parecidas, dignas de ser imitadas, los memnogos, todo oídos, empezaron a mirarse de soslayo; el mayor de ellos preguntó tímidamente:

-Reverendo sacerdote nuestro, maestro y padre venerable, si el atrevimiento de tus indignos servidores no es demasiado grande, dínos, te rogamos, si el alma de todo hombre dispuesto a sufrir martirio va al cielo.

-Indudablemente, sí, hijo mío -repuso el padre Oribacio.

-¿Ah, sí? Muy bien... -dijo lentamente el memnogo-. ¿Y tú, padre venerado, deseas ir al cielo?

-Es mi más ferviente deseo, hijo mío.

-¿Deseas también ser santo? -siguió preguntando el memnogo.

-Hijo amado, ¿quién no lo quisiera? Pero yo, un pobre pecador, no puede soñar siquiera con una dignidad tan elevada. Para conseguirlo hay que emplear todas las fuerzas del espíritu y toda la humildad del corazón...

-Pero tú quieres ser santo, ¿no es verdad? -volvió a asegurarse el mayor de los memnogos, echando una mirada significativa a sus compañeros, que ya se levantaban disimuladamente de sus asientos.

-Claro que si, hijo mío.

-¡En tal caso, nosotros te ayudaremos!

-¿De qué manera, amados míos? -sonrió el padre Oribacio, conmovido por el ingenuo celo de su fiel rebaño.

Entonces los memnogos lo cogieron suavemente pero con firmeza por los brazos y dijeron:

-¡De la manera, querido padre, que tú mismo nos enseñaste!

Acto seguido le despellejaron la espalda y se la untaron con pez, al igual que el verdugo de Irlanda hiciera con San Jacinto; luego le cortaron la pierna izquierda como los paganos a San Pafnucio, le abrieron el vientre y se lo rellenaron con un haz de paja igual que le pasó a la beata Elisabeth de Normandía, después de lo cual lo empalaron como los emalquitas a San Hugo, le rompieron las costillas como los tiracusanos a San Enrique de Padua, y le quemaron a fuego lento como los borgoñones a la Doncella de Orleáns. Después descansaron un ratito, se lavaron y empezaron a verter lágrimas amargas por su pastor amadísimo perdido para siempre. Los encontré así, desesperados, al pasar por su parroquia durante mi visita a todas las estrellas de la diócesis. Cuando me dijeron lo que habían hecho, se me pusieron los pelos de punta. Al colmo del desespero, grité:

-¡Indignos criminales! ¡El mismo infierno es poco para vosotros! ¿Sabéis que condenasteis vuestras almas para la eternidad?

-¡Oh, si -contestaron sollozando-, lo sabemos!

Aquel memnogo tan grande se puso en pie y me dijo:

-Venerable padre, sabemos que seremos condenados y atormentados hasta el fin del mundo: tuvimos que luchar desesperadamente con nuestra propia conciencia antes de tomar aquella decisión, pero el padre Oribacio nos decía siempre que no había cosa que un buen cristiano no hiciera por su prójimo, que había que dárselo todo y estar preparado para todo. Así que renunciamos con desesperación a nuestra salvación, deseando solamente que nuestro amadísimo pastor tuviera la corona de mártir y la santidad. No puedes imaginar qué difícil fue para nosotros, ya que antes de la llegada del padre Oribacio nadie aquí era capaz de matar una mosca. Le suplicamos, pues, repetidas veces, le pedimos de rodillas que cediera un poco y suavizara la dureza de las obligaciones del creyente, pero él afirmaba que por el prójimo se debía hacer todo, sin excepciones. Nos convencimos finalmente de que no podíamos negarle nada. Comprendíamos igualmente que éramos muy poca cosa en comparación con aquel santo varón y que merecía nuestros mayores sacrificios. Creemos firmemente que nuestro acto tuvo éxito y que el padre Oribacio mora ahora en el cielo. Aquí tienes, padre venerable, la bolsa con la cantidad que hemos reunido para su proceso de canonización, porque él nos había explicado que así se hacía y que era imprescindible. Debo decirte que sólo le hemos aplicado sus torturas preferidas, las que nos describía con mayor entusiasmo. Confiábamos que le serían gratas; sin embargo, él se resistía, y lo que menos le gustó fue tragar el plomo hirviente. En cualquier caso, no quisimos admitir que el sacerdote nos decía una cosa, pensando otra. Sus gritos no podían ser más que una señal de descontento de unas partículas bajas y corporales de su ser, así que no le hicimos caso, conforme a sus enseñanzas de que había que rebajar el cuerpo para enaltecer el espíritu. En el afán de animarle, le recordamos los principios que nos inculcaba, a lo que el padre Oribacio contestó con una sola palabra, desconocida e incomprensible para nosotros; seguimos sin entenderla, porque no la hemos encontrado ni en los libros de oraciones que nos había regalado ni en las Santas Escrituras.

Al llegar al final de su relato, el padre Lacimón se limpió la frente, perlada de gruesas gotas de sudor. Durante un largo rato ni él ni yo proferimos una palabra. Finalmente, el anciano dominico rompió el silencio diciendo:

-¡Ya me dirá usted cómo se puede ser pastor de almas en estas condiciones! ¡Fíjese ahora en esto! -El padre Lacimón golpeó con la mano una carta abierta sobre la mesa-. El padre Hipólito me informa desde Arpetusa, un pequeño planeta de la Libra, que sus habitantes se niegan a contraer matrimonio y procrear hijos, de modo que su raza corre el peligro de extinción total.

-¿Por qué? -pregunté, asombrado.

-¡Porque al oír que las relaciones carnales eran un pecado, desearon tanto la salvación, que todos hicieron voto de castidad y lo mantienen! La Iglesia lleva dos mil años pregonando la preponderancia de los cuidados necesarios para la salvación del alma sobre los de los asuntos terrenales, pero nadie lo tomaba al pie de la letra, ¡por el amor de Dios! Todos esos arpetusanos, digo bien, todos, sintieron la vocación e ingresaron en masa en las órdenes; observan las reglas de manera ejemplar, rezan, ayunan y se mortifican, mientras que faltan manos en la industria y la agricultura, se ve venir el hambre y el fin del planeta. Mandé un informe sobre ello a Roma, pero, como de costumbre, la respuesta es el silencio...

-Encuentro que lo de llevar la fe a otros planetas fue un paso arriesgado... -observé.

-¿Y qué remedio quedaba? La Iglesia no tiene prisa, 'Ecclesia non festinat', bien lo sabemos, ya que su reino no es de este mundo; ¡pero mientras el Colegio Cardenalicio celebraba consejos y vacilaba, en los planetas empezaron a crecer como setas después de la lluvia las misiones de calvinistas, baptistas, redentoristas, mariavitas, adventistas y no sé cuántas más todavía! Tuvimos, pues, que salvar lo que aún se podía salvar. Bueno, querido señor, ya que se lo he dicho todo... venga conmigo.

El padre Lacimón me condujo a su despacho. Un enorme mapa azul del cielo estelar ocupaba toda una pared; del lado derecho, una gran parte de él estaba tapada con papel blanco.

-Mire esto -dijo, indicándome la parte tapada.

-¿Qué significa?

-Una derrota, señor. Una derrota definitiva. Estos terrenos están habitados por unos pueblos cuyo nivel de inteligencia es excepcionalmente alto. Allí practican solamente el materialismo y el ateísmo, y dirigen todos sus esfuerzos hacia el desarrollo de la ciencia, la técnica y el perfeccionamiento de las condiciones de vida en los planetas. Estuvimos enviándoles a nuestros misioneros más sabios, padres salesianos, benedictinos, dominicos, incluso jesuitas, predicadores inspirados de la palabra de Dios, oradores incomparables. ¡Todos, absolutamente todos, volvieron transformados en ateos!

El padre Lacimón, muy nervioso, se acercó a la mesa.

-Teníamos aquí a un tal padre Bonifacio; le recuerdo como a uno de los religiosos más fervientes: pasaba días y noches rezando de bruces en el suelo, todos los asuntos del mundo eran para él polvo y nada, para él no existía otra ocupación que el rezo del rosario ni una alegoría más grande que la misa. Pues bien: ¡al cabo de tres semanas de estar allí (el padre Lacimón indicó la parte tapada del mapa), se matriculó en una escuela de ingenieros y escribió el libro que aquí tiene! -El dominico levantó de la mesa un grueso volumen y volvió a tirarlo con asco. Lo abrí y leí el título: "Medios de aumentar la seguridad de los vuelos espaciales".

-Dio preferencia a la seguridad del miserable cuerpo antes que a la del espíritu, ¿no es monstruoso? Enviamos unos informes alarmantes y esta vez la Sede Apostólica no tardó en reaccionar. En colaboración con la embajada americana en Roma, la Academia Papal elaboró estas obras. -El Director de las Misiones se acercó a un cofre de gran tamaño y lo abrió: estaba lleno de gruesos volúmenes 'in quarto'.

-Hay aquí cerca de doscientos tomos que describen con todo detalle los métodos de violencia, terror, sugestión, chantaje, imposición, hipnosis, drogas, torturas y reflejos condicionados, empleados por ellos para el exterminio de la fe. Se me ponían los pelos de punta mientras los estaba leyendo. Hay fotos, declaraciones, informes, pruebas materiales, relatos de testigos oculares y Dios sabe cuántas cosas más. Me devano los sesos para comprender cómo pudieron hacerlo tan aprisa y en qué consiste la técnica americana, puesto que, mi querido señor... ¡la realidad es mucho más terrible!

El padre Lacimón se me acercó y, quemándome con el aliento, me susurró al oído:

-Estoy aquí, cerca, y me doy cuenta mejor... Ellos no mortifican, no fuerzan a nada, no torturan ni meten tornillos en los cerebros; sencillamente, enseñan qué es el universo, de dónde surgió la vida, cómo nace una conciencia y cómo aplicar la ciencia para el provecho general. Disponen de una prueba con cuya ayuda saben demostrar como dos y dos son cuatro, que el mundo entero es exclusivamente material. Entre todos mis misioneros, el único en salvar su fe fue el padre Servacio ¡y sólo porque es sordo como una tapia y no oyó nada de lo que le decían! ¡Si, esto es peor que las torturas, señor! Tenía aquí una religiosa joven, una carmelita, criatura muy espiritual, entregada al cielo; siempre ayunaba, se mortificaba, tenía estigmas, visiones, se comunicaba con los santos, era una devota especial de santa Melania y seguía su ejemplo de todo corazón; por si fuera poco, de vez en cuando veía al mismo arcángel Gabriel... Un buen día se marchó allí -(el padre Lacimón me indicó el lado derecho del mapa)-. La dejé ir tranquilo porque era pobre de espíritu y de ellos es el Reino de los Cielos; en cuanto uno empieza a preguntarse qué, de dónde y cómo, en seguida se abren precipicios de herejía. Estaba seguro de que los argumentos de sabiduría de aquéllos no harían mella en su mente. Lo que pasó fue que después de su primera visión de los santos conjugada con un acceso de éxtasis religiosa, fue diagnosticada como neurótica, o algo por el estilo, no sé como lo llaman, y tratada con baños, jardinería, le dieron juguetes, muñecas, que sé yo. Volvió al cabo de cuatro meses... ¡En qué estado!

El padre Lacimón temblaba.

-¿Qué le ocurrió? -pregunté, lleno de compasión.

-Dejó de tener visiones, terminó un cursillo para pilotos de cohetes y tomó parte en una expedición investigadora al núcleo de la Galaxia, ¡pobre niña! Hace poco me dijeron que se le había aparecido santa Melania: mi corazón tembló con una esperanza gozosa, pero resultó que sólo soñó con su tía. Le digo: desgracia, ruina, derrota. ¡Qué ingenuos son esos especialistas americanos! Justo me acaban de avisar de un envío de cinco toneladas de libros y literatura sobre las crueldades de los enemigos de la fe. ¡Ah, si ellos quisieran perseguir la religión, cerrar las iglesias y vejar a los fieles! Desgraciadamente, no hacen nada parecido; lo permiten todo: la celebración de los oficios igual que la enseñanza religiosa, limitándose a difundir sus tesis y teorías. Probamos de aplicar este método durante un tiempo, pero no dio resultado.

-Perdón, ¿de qué método habla?

-Bueno, hemos tapado con papel aquella parte del Universo e ignoramos su existencia, pero no surtió efecto. Actualmente se habla en Roma de una cruzada en defensa de la fe.

-¿Usted qué opina de ello, Padre?

-No me parece una mala idea; si se volara sus planetas, destruyera las ciudades, quemara los libros y a ellos se los matara sin dejar uno, se salvaría tal vez el principio del amor al prójimo; pero ¿quiénes han de ser los cruzados? ¿Los memnogos? ¿O acaso los apertusanos? ¡No sé si reírme o llorar!

Reinó un profundo silencio. Movidito por una sincera compasión, puse la mano en el hombro del sacerdote atribulado para confortarle con un abrazo; en aquel momento algo se deslizó de mi manga, relució y golpeó el suelo. ¡Quién pudiera describir mi alegría y sorpresa, cuando reconocí mi cortaplumas! ¡Resultó que había pasado tranquilamente

todo ese tiempo bajo el forro de mi chaqueta, donde había caído por un agujero en el bolsillo!

VIAJE VIGESIMOTERCERO

Leí en la Cosmozoología, una conocida obra del profesor Tarantoga, la descripción de un planeta satélite de la doble estrella de Erpeyo, tan pequeño que si todos sus habitantes salieran a la vez de sus casas, sólo podrían caber en su superficie levantando una pierna. Aunque el profesor pasa por la máxima autoridad en la materia, su afirmación me pareció exagerada; decidí, pues, averiguar personalmente su veracidad.

Tuve un viaje bastante emocionante; al pasar cerca de la variable 463, el motor se estropeó y el cohete empezó a caer sobre la estrella, lo que me inquietó, ya que la temperatura de aquella Cefeida es de 600.000 grados Celsius. El calor aumentaba por momentos, volviéndose finalmente tan insoportable que sólo podía trabajar metido dentro de una pequeña nevera en la cual suelo conservar mis víveres, una circunstancia verdaderamente extraña, porque ni se me había pasado por la cabeza que podía encontrarme en una situación parecida. Tras solucionar felizmente el percance, llegué sin más problemas a Erpeyo. Esta estrella doble se compone de dos soles: uno es grande, rojo como una estufa y no muy caliente; el otro, azul, despide un ardor espantoso. El mismo planeta era realmente tan pequeño que lo encontré a duras penas, después de registrar todo el espacio circundante. Sus habitantes, los bzutos, me recibieron muy cordialmente.

¡Qué belleza tenían las sucesivas salidas y puestas de ambos soles; sus eclipses constituyen también un espectáculo inolvidable! Durante doce horas brilla el sol rojo y todo parece bañado en sangre; las otras doce horas reciben la luz del Sol azul, tan potente que hay que mantener siempre los ojos cerrados, a pesar de lo cual se ve bastante bien. Al desconocer del todo las tinieblas, los bzutos llaman noche a las doce horas rojas y día a las azules. Es cierto que hay muy poco sitio en el planeta, pero los bzutos, seres dotados de una gran inteligencia y con un nivel científico muy alto, sobre todo en física, se las arreglan perfectamente con esa dificultad. Sin embargo, reconozco que el método empleado por ellos es bastante peculiar. En una oficina especial se confecciona, con la ayuda de un aparato de Roëntgen de precisión, una «semblanza atómica», o sea, un plano detallado de todas las moléculas materiales, partículas de albúmina y substancias químicas que constituyen su cuerpo. Cuando llega el momento de descanso, el bzuto se desliza por una puertecita dentro de un aparato especial, en cuyo interior es desintegrado en átomos. Bajo esta forma pasa la noche, ocupando muy poco sitio; a la mañana siguiente, a una hora indicada, un despertador pone en marcha el aparato, que, basándose en la semblanza atómica, vuelve a reunir todas las partículas en un orden adecuado. La puertecita se abre y el bzuto, recompuesto y reintegrado a la vida, se va bostezando a su trabajo. Los bzutos me hablaban en términos elogiosos de las ventajas de aquella costumbre, subrayando que con ello no existía el insomnio, los malos sueños, ni las pesadillas nocturnas, ya que el aparato, al atomizar el cuerpo, le quitaba la vida y la conciencia. El mismo sistema servía también en otras circunstancias, por ejemplo: en las salas de espera de los médicos y en los despachos oficiales (donde en vez de sillas había cajas con aparatos pintadas de rosa y azul), en algunas juntas y reuniones, en una palabra, en todos los lugares donde el hombre está condenado al aburrimiento y a la inactividad, y sin hacer nada útil, ocupa solamente el sitio por el mero hecho de su existencia. Los bzutos solían servirse del mismo ingenioso método para sus viajes. Quien deseaba ir a alguna parte, escribía las señas en un papel, las pegaba en

una cajita que colocaba debajo del aparato, entraba dentro de éste y era trasladado a la cajita convertido en polvo de átomos. En el planeta existía una institución al objeto, algo por el estilo de nuestros correos, que expedía las cajitas a la dirección que llevaban encima. Si a alguien le corría mucha prisa, enviaba su plano atómico por telegrama al punto de destino, donde se le reproducía en un aparato. Mientras tanto, el bzuto original era desintegrado y entregado al archivo. Esta modalidad de viajes por telegrama tenía mucho atractivo por ser rápida y sencilla, pero implicaba también algún riesgo. Justo en el momento de mi llegada la prensa abundaba en reseñas de un incidente inaudito que acababa de ocurrir. Un joven bzuto, llamado Termófeles, debía trasladarse al otro hemisferio del planeta para celebrar allí su boda. Deseoso de encontrarse cuanto antes ante los altares, impaciente como todos los enamorados, se fue a correos y se hizo mandar por telegrama; apenas cumplido el trámite, el empleado de telégrafos fue llamado para un asunto urgente. Su sustituto, desconocedor de que Termófeles había sido ya telegrafiado, envió su semblanza atómica por segunda vez ¡Imagínese la impaciente novia ante la cual aparecen dos Termófeles absolutamente idénticos! Era imposible de describir la cruel confusión y el desamparo de la desgraciada joven y de todo el séquito nupcial. Se intentó convencer a uno de los Termófeles que se dejara desintegrar en átomos para terminar con el desagradable incidente, pero fue en vano, ya que cada uno se obstinaba en afirmar que él precisamente era el Termófeles verdadero y único. El asunto subió a los tribunales y pasó todas las instancias. El veredicto de la Corte Suprema fue pronunciado después de mi marcha del planeta, así que no sé cómo terminó la causa.

Los bzutos insistían con la mayor cordialidad en que probara su sistema de descansar y viajar, asegurándome que los errores parecidos al descrito eran extremadamente raros y que el proceso mismo no tenía nada de misterioso o sobrenatural, ya que, como bien se sabía, los organismos vivos estaban formados de la misma materia que todos los objetos que nos rodean, los planetas y las estrellas; toda la diferencia consistía únicamente en la relación de las partículas y su disposición. Yo comprendía muy bien esos argumentos, pero permanecí sordo a las sugerencias.

Una noche me ocurrió una aventura insólita. Fui a casa de un bzuto amigo mío, olvidándome de avisarle previamente de mi visita. En la habitación en la cual entré no había nadie. Buscando al dueño de la casa fui abriendo varias puertas (en un espacio reducidísimo, normal en las viviendas de los bzutos); finalmente, al entreabrir una puerta mucho más pequeña que las otras, vi algo como el interior de una nevera de tamaño modesto, completamente vacío a excepción de un estante en el cual había una cajita llena de un polvo grisáceo. De manera más bien irreflexiva tomé de la cajita un puñado de aquel polvo; oyendo de repente el ruido de una puerta, me sobresalté y lo dejé caer al suelo.

-¡Qué estás haciendo, respetable extranjero! -exclamó el hijo de aquel bzuto (era él quien había entrado)-. ¡Ten cuidado, estás desparramando a mi papá!

Al oír estas palabras me asusté y me afligí profundamente, pero el chiquillo dijo en tono alegre:

-¡No es nada, nada, no te preocupes! -Salió corriendo y volvió al cabo de pocos minutos trayendo un trozo de carbón, un cucurucho de azúcar, un pellizco de azufre, un pequeño clavo y un puñado de arena; lo echó todo en la cajita, cerró la puerta y pulsó el interruptor. Oí una especie de suspiro o susurro, la puertecita volvió a abrirse y mi amigo bzuto apareció en ella riéndose de mi confusión, sano y salvo. Le pregunté luego, durante la conversación, si no le había hecho daño dejando caer al suelo una parte de la materia de su cuerpo, y de qué manera su hijo pudo remediar tan fácilmente mi torpeza.

-¡Olvídalo! -dijo-. No me hiciste el menor daño. Conoces seguramente los resultados de las investigaciones fisiológicas; según ellos, todos los átomos de nuestro cuerpo se renuevan continuamente: unas composiciones se desintegran, otras se crean. Las

pérdidas se recuperan gracias a la alimentación sólida y líquida, así como a los procesos respiratorios: el conjunto de todo esto se llama la transformación de la materia. Por tanto, los átomos que hace un año componían todavía tu cuerpo, ya lo han abandonado y se encuentran muy lejos de él. Lo único que no cambia nunca es la estructura general del organismo, la relación mutua de las partículas materiales. En el modo que mi hijo empleó para completar la cantidad de materia necesaria para mi integración no hay nada extraordinario, ya que nuestros cuerpos se componen de carbón, azufre, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno y una pizca de hierro, y las sustancias traídas por mi hijo contienen precisamente estos elementos. Hazme el favor de entrar en el aparato y te convencerás de lo anodina que es esta operación...

Me negué a aceptar la proposición de mi amable anfitrión, y durante un tiempo todavía vacilé ante las sugerencias parecidas, hasta que un buen día, después de una fuerte lucha interior, tomé finalmente la gran decisión. Fui al Instituto de rayos X, donde me hicieron una foto atómica, la cogí y me dirigí a casa de aquel amigo mío. No me fue fácil penetrar en el aparato porque soy de una corpulencia bastante considerable, así que mi simpático anfitrión tuvo que ayudarme; la puerta sólo se pudo cerrar gracias al esfuerzo de toda la familia. Oí el chasquido del cierre y me quedé envuelto en tinieblas.

No recuerdo nada de lo que pasó después. Sentí solamente que estaba muy incómodo y que el borde del estante se me clavaba en la oreja, pero antes de que hubiera podido cambiar de posición la puerta se abrió y salí del aparato.

Pregunté en seguida por qué habían desistido del experimento, pero mi amigo me dijo con una sonrisa amistosa que me equivocaba. En efecto, al mirar el reloj de pared me convencí de que había estado dentro del aparato durante doce horas sin el menor conocimiento. El único inconveniente, por cierto mínimo, consistía en que mi reloj de bolsillo indicaba la hora de mi entrada en el aparato, ya que al ser desintegrado al igual que yo, no podía, naturalmente, seguir funcionando.

Los bzutos, con quienes me unían lazos de simpatía cada vez más cordiales, me hablaron de otras aplicaciones del aparato: existía entre ellos la costumbre de que los grandes científicos, cuando les atormentaba un problema que no podían resolver, entraran en el aparato por largos años; después, resucitados, se asomaban al exterior y preguntaban si aquel problema estaba solucionado. Si no era así, se sometían de nuevo a la atomización, repitiendo la operación hasta obtener un resultado positivo.

Después del éxito de mi primera experiencia me familiaricé tanto con el método, me gustó tanto el modo de descansar hasta entonces desconocido para mí, que pasaba atomizado no solamente las noches, sino todos los momentos de ocio; se podía hacerlo en cualquier sitio, en los parques y en las calles, en todas partes había aparatos, parecidos a unos buzones de correos con pequeñas puertas. Sólo hacía falta poner el despertador a una hora conveniente. Las personas distraídas se olvidaban a veces de ello, corriendo el riesgo de permanecer en la máquina una eternidad. Afortunadamente, existía en el planeta una institución especial de controladores que revisaban cada mes todos los aparatos.

Hacia el final de mi estancia en el planeta estaba convertido en un verdadero entusiasta de esa costumbre de los bzutos, y la aplicaba, como acabo de decir, en todas las ocasiones. Lamento decir, sin embargo, que mi entusiasmo me costó bastante caro. Una vez, el aparato en el cual estaba se encalló y cuando a la mañana siguiente el despertador conectó los contactos, me reconstruyó instantáneamente, pero no en mi aspecto normal, sino en el de Napoleón Bonaparte en uniforme imperial ceñido con la cinta tricolor de la Legión de Honor, con la espada al costado, un tricorno centelleante de oro en la cabeza y el cetro y la esfera en las manos. Así me vieron mis bzutos, mudos de asombro. Me aconsejaron que me sometiera a una transformación en el aparato en buen estado más próximo, lo que no representaba ninguna dificultad, puesto que tenía a mi disposición mi fiel semblanza atómica; pero después de lo que había pasado sentía tal

repugnancia a la operación que me contenté con la transformación del tricornio en una gorra con orejeras, la de la espada en un juego completo de cubiertos de mesa, y la del cetro y la esfera en un paraguas. Instalado ya ante los controles de mi cohete, con el planeta lejos detrás de mí, se me ocurrió de repente que había actuado a la ligera desposeyéndome de las pruebas materiales que hubieran demostrado la veracidad de mi relato, pero ya era demasiado tarde.

VIAJE VIGESIMOCUARTO

El día milésimo sexto después de haber abandonado el sistema local de la nebulosa de Nereida advertí en la pantalla del cohete una manchita que traté de limpiar con un pañuelo de gamuza. A falta de otra ocupación, estuve puliendo y limpiando la pantalla durante cuatro horas antes de darme cuenta de que la mancha era un planeta que iba creciendo con gran rapidez. Al dar una vuelta completa en torno a aquel cuerpo astral, tuve la gran sorpresa de observar que la superficie de sus extensos continentes estaba cubierta de figuras y diseños geométricos, dispuestos con regularidad. Aterricé guardando toda la precaución necesaria en medio de un terreno desértico, sembrado a intervalos regulares de discos redondos cuyo diámetro no era mayor de medio metro; duros, brillantes y como torneados, se extendían en largas hileras en varias direcciones, componiendo aquellas figuras que antes había visto desde las alturas. Al poco tiempo, después de efectuar unas investigaciones iniciales, volví a instalarme ante los controles y sobrevolé las líneas casi a ras del suelo en busca de una solución del enigma de aquellos discos, que me tenían intrigadísimo. En el transcurso de dos horas de vuelo descubrí sucesivamente tres ciudades, grandes y hermosas; me posé en la plaza central de una de ellas, pero la hallé completamente vacía. Casas, torres, plazas, todo parecía abandonado, sin una huella de vida en las calles ni vestigios de una guerra o de un cataclismo natural.

Proseguí el vuelo todavía más asombrado y confuso. Cerca del mediodía me encontré sobre una vasta altiplanicie. Al percibir un edificio resplandeciente, a cuyo alrededor algo se movía, aterricé inmediatamente. En medio de una planicie pedregosa se elevaba un palacio, tan resplandeciente que parecía esculpido en un enorme diamante. Una amplia escalinata de mármol conducía a su dorada puerta. Abajo iban y venían varios seres como nunca había visto antes. Los contemplé de cerca y llegué a la conclusión de que, si los ojos no me engañaban, eran indudablemente seres vivos; además, se parecían tanto a los hombres (sobre todo de lejos), que los definí con el nombre de animal hominiforme. Ya lo tenía preparado, porque durante el viaje había inventado unas cuantas definiciones para tenerlas a punto en circunstancias como ésta. El nombre de animal hominiforme estaba realmente bien, ya que aquellos seres andaban sobre dos piernas, tenían manos, cabeza, ojos, orejas y boca, con la diferencia de que la boca se encontraba en medio de la frente, las orejas debajo de la barbilla (y además un par de ellas a cada lado), y los ojos aparecían en número de diez, colocados en las mejillas como cuentas de rosario. Sin embargo, para un viajero que, como yo, había descubierto en sus expediciones unos seres más que estrafalarios, éstos resultaban de un parecido asombroso con los hombres.

Acercándome a ellos a una distancia prudencial, les pregunté qué estaban haciendo. No me contestaron, absortos en contemplarse en unos espejos de diamantes, colocados en el escalón más bajo. Intenté interrumpir esta actividad repetidas veces, hasta que, viendo que no me hacían caso, perdí la paciencia y sacudí enérgicamente por el hombro a uno de ellos. En seguida todos se giraron hacia mí y, como si acabaran de percatarse de mi presencia, echaron miradas de asombro sobre mí y el cohete; me hicieron luego

unas preguntas que contesté de buen grado. Puesto que a cada momento interrumpían la conversación para mirarse en los espejos, temí que nunca podría sacar de ellos las informaciones que me interesaban, pero finalmente logré convencer a uno de que saciara mi curiosidad. Aquél se sentó conmigo en unas piedras junto a la escalinata.

Estaba encantado con tenerle a él precisamente por interlocutor, ya que los diez ojos que iluminaban sus mejillas tenían la expresión inequívoca de una inteligencia fuera de serie. Echándose las orejas por los hombros, me narró la historia de sus compatriotas en los términos siguientes:

-¡Viajero de lejanas regiones! Has de saber que somos una nación con un pasado largo y magnífico. La población de este planeta se dividía desde tiempos inmemoriales en Spiritas, Ilustres y Pencales. Los Spiritas se dedicaban a profundas reflexiones sobre la naturaleza del Gran Inda, que en un acto creador especial dio origen a los idiotas, los estableció en este globo, que, en su bondad infinita, rodeó de estrellas que iluminan nuestras noches y nos otorgó el don de Fuego Solar para que diera luz a nuestros días y nos amparara con su benéfico calor. Los Ilustres establecían los tributos, enseñaban las leyes estatales y tenían a su cuidado las fábricas donde se afanaban los modestos Pencales. Así todos juntos trabajaban para el bien común, viviendo en concordia y armonía. Nuestra civilización se desarrollaba y florecía en un auge continuo y brillante. En el transcurso de los siglos nuestros inventores idearon unas máquinas que facilitaban el trabajo: donde en la antigüedad encorvaban sus espaldas sudorosas cien Pencales, bastó con una máquina con algunos hombres a su servicio. Nuestros científicos perfeccionaban cada vez más las máquinas a la satisfacción y alegría de toda la nación, pero los acontecimientos ulteriores demostraron hasta qué punto esa alegría era infundada. Ocurrió que un constructor genial creó unas Máquinas Nuevas, tan perfectas que podían trabajar solas, sin ningún control humano. Y eso fue el principio de la catástrofe. A medida que se iban instalando en las fábricas las Máquinas Nuevas, los Pencales perdían el empleo y, al no percibir ningún salario, se enfrentaban con la amenaza de morir de hambre...

-Permíteme, idiota -pregunté-, ¿y qué pasaba con el beneficio producido por las fábricas?

-Pero si es obvio -contestó mi interlocutor-. El beneficio era propiedad legítima de los dueños de las fábricas, los Ilustres. Así, pues, como te iba diciendo, la amenaza de exterminio se cernía...

-¡Qué estás diciendo, respetable idiota! -exclamé-. ¿No te parece que hubiera bastado con convertir las fábricas en una propiedad común de todos para que las Máquinas Nuevas fueran una bendición para todo el país?

Al oír mis palabras, el idiota tembló, cerró, horrorizado, sus diez ojos y enderezó las orejas para comprobar si a alguno de sus compañeros que trajinaban cerca de la escalinata le había llegado mi frase.

-¡Por las diez narices de Inda! ¡Te suplico, viajero, no vuelvas a pronunciar esas horribles herejías, que no son más que un atentado criminal contra el mismo principio de nuestra libertad! Sabe que nuestra ley suprema, llamada al principio de la libre iniciativa ciudadana, proclama que nadie puede ser obligado ni inducido a nada, ni siquiera se le puede sugerir nada si no lo desea. ¿Quién se atrevería a despojar a los Ilustres de las fábricas, si su voluntad era la de disfrutar con su posesión? ¡Hubiera sido la mas monstruosa e inimaginable violación de la libertad! Pero déjame continuar. Como te decía, las Máquinas Nuevas producían grandes cantidades de mercancías de módico precio y alimentos de excelente calidad, pero los Pencales no compraban nada porque no tenían...

-¡Un momento, idiota mío! ¿No querrás hacerme creer que los Pencales se comportaban así porque querían? ¡¿Dónde estaba vuestra libertad y vuestros derechos de ciudadano?!

-Ah, estimable viajero -contestó con un suspiro el indio-, las leyes seguían siendo respetadas; lo que ocurre es que sólo se habla en ellas de la libertad que el ciudadano tiene de hacer con sus propiedades lo que le parezca, pero no explican de dónde le han de venir dichas propiedades. A los Pencales nadie les atribulaba, nadie les forzaba a nada, al contrario, eran como antes enteramente libres y podían hacer lo que querían. No obstante, en vez de sentirse dichosos de su libertad, morían como moscas... La situación empeoraba a pasos agigantados; en los almacenes de las fábricas crecían hasta el cielo montañas de mercancías que nadie compraba y por las calles se arrastraban turbas de Pencales hambrientos y más parecidos a unas sombras que a los seres vivos. La Excelentísima Asamblea de Spiritas e Ilustres. el Alto Durinal que gobernaba el país, celebró reunión tras reunión durante un año entero para subsanar el desastre. Sus miembros pronunciaban largos discursos buscando con afán una solución al dilema, pero sus esfuerzos resultaron vanos. Al iniciarse las deliberaciones, un miembro del Durinal, autor de una famosa obra sobre la naturaleza de las leyes idiotas, exigió que se quitara al constructor de las Máquinas Nuevas la corona de laureles de oro y, por añadidura, nueve de sus diez ojos. Los Spiritas se opusieron a la propuesta, implorando la piedad para el constructor en nombre del Gran Inda. El Alto Durinal pasó cuatro meses deliberando si el inventor había violado o no los decretos estatales ideando las Máquinas Nuevas. La Asamblea se dividió en dos campos que se combatían mutuamente con ahínco. El problema se zanjó finalmente gracias al incendio de los archivos, que ardieron junto con todas las actas de las reuniones. Como ninguno de los miembros recordaba cuál era su actitud en la contienda, el asunto fue dejado de lado por fuerza. Acto seguido surgió el proyecto de convencer a los Ilustres de que renunciaran a instalar en sus industrias las Máquinas Nuevas; el Durinal designó a este fin una comisión mixta, cuyas súplicas y explicaciones no surtieron efecto. Los Ilustres adujeron que el trabajo de las Máquinas Nuevas era más barato y más rápido que el de los Pencales, y que su deseo más entrañable era seguir con este sistema de producción. El Alto Durinal volvió a deliberar. Alguien propuso un proyecto de ley según la cual los propietarios de las fábricas entregarían una parte determinada del beneficio a los Pencales, pero este plan fracasó también, ya que, como observó con mucha razón el Archispirita Nolab, el hecho de regalar medios de vida a los hombres desmoralizaría y rebajaría sus almas. Mientras tanto, las montañas de mercancías iban aumentando de tal forma que desbordaron finalmente los muros y los bienes de consumo se desparramaron por el suelo. Las masas de Pencales atormentados por el hambre se congregaban a poca distancia profiriendo gritos y amenazas. En vano los Spiritas les explicaban con gran bondad que su actitud constituía un acto de insurrección contra las leyes estatales y los altos veredictos del Gran Inda. En vano les decían que debían soportar con humildad su destino, ya que al mortificar el cuerpo elevaban sus almas hasta unas alturas inconcebibles para los sentidos, logrando la seguridad de una recompensa celestial. Los Pencales eran sordos a esas profundas palabras; para poner coto a sus malas intenciones, hubo que recurrir a guardias armados. Así las cosas, el Alto Durinal convocó ante su presencia al sabio inventor de las Máquinas Nuevas y le dirigió estas palabras:

» -¡Sabio preclaro! Grandes peligros amenazan a nuestro país. ¡Las masas de Pencales se entregan a ideas rebeldes y delictivas! Estos hombres pretenden derrocar nuestras magníficas libertades y violar el derecho a la iniciativa independiente. ¡Tenemos que reunir todas nuestras fuerzas en defensa de nuestros estatutos y nuestras leyes! Después de maduras reflexiones llegamos a la convicción de que no disponemos de recursos suficientes para sofocar la rebelión. El indio, aun el mejor dotado de virtudes, el más perfecto, suele ser susceptible a los sentimientos, se muestra a veces vacilante, subjetivo y desacertado; no debe, pues, tomar decisiones en un problema tan complejo e importante. Estas razones nos inducen a encargarte la construcción de una Máquina de Gobernar (te damos el plazo de seis meses para hacerla), dotada de un razonamiento

preciso, estrictamente lógica, perfectamente objetiva e inaccesible a tergiversaciones, sentimentalismos y temores, otras tantas debilidades que restan eficacia a la actividad mental del hombre de carne y hueso. Que sea tan imparcial como lo es la luz de las estrellas y del sol. Cuando la tengas terminada y puesta a punto, transferiremos a ella el poder gubernativo, demasiado pesado para nuestros cansados hombros.

» - Así será, Alto Durinal -dijo el constructor-. ¿Pero cuál tiene que ser el principio básico de la acción de la Máquina?

» - Ha de ser, evidentemente, el principio de la libre iniciativa ciudadana. La Máquina no tendrá derecho a ordenar ni prohibir nada a los ciudadanos; se la autoriza a cambiar las condiciones de nuestra existencia, siempre y cuando lo haga bajo la forma de una proposición, mostrándonos una gama de posibilidades entre las cuales podremos escoger libremente.

» - Así será, Alto Durinal -contestó el constructor-. Pero las indicaciones que recibo se refieren principalmente a los modos de actuar de la Máquina, mientras que yo pregunto por su objetivo final. ¿Cuál ha de ser el propósito del invento?

» - Nuestro estado se encuentra bajo la amenaza del caos; el desorden y la desobediencia a las leyes se extiende cada vez más. Que la Máquina haga reinar en el planeta la Legalidad Suprema, que introduzca, reafirme y fije el Orden Perfecto y Absoluto.

» - ¡Cumpliré vuestro deseo! -dijo el inventor-. Construiré en seis meses un Generalizador Libre del Orden Absoluto. Ahora, empeñada mi palabra, me despido de vosotros...

» - ¡Un momento! -dijo uno de los Ilustres-. La Máquina que vas a construir debe funcionar de un modo no solamente perfecto, sino además agradable; quiero decir, que sus actuaciones han de despertar en la gente sensaciones placenteras, satisfactorias aun para las percepciones estéticas más refinadas...

» El constructor se inclinó y salió en silencio. Trabajando con ahínco y ayudado por un numeroso equipo de colaboradores inteligentes, construyó la Máquina de Gobernar, la que puedes divisar en el horizonte, viajero de regiones lejanas, como una pequeña mancha oscura. Vista de cerca, se presenta como un enorme amasijo de extraños cilindros de acero, en cuyo interior algo tiembla y arde sin cesar. El día de su puesta en marcha fue una gran fiesta nacional; el mayor de los Archispiritas la bendijo solemnemente, luego el Alto Durinal le confirió un poder absoluto sobre el país. Acto seguido el Generalizador Libre del Orden Absoluto emitió un silbido prolongado y empezó a funcionar.

» Durante una semana la Máquina trabajó sin parar veinticuatro horas diarias; de día la rodeaban nubes de humo, de noche despedía un resplandor de incendio. La tierra temblaba en un radio de doscientos kilómetros. Luego se abrieron las escotillas de sus cilindros dejando salir una multitud de pequeños autómatas negros que, corriendo a pasos tambaleantes como los patos, se esparcieron por todo el planeta, incluso sus rincones más remotos. A donde quiera que llegaban, se congregaban junto a los almacenes de mercancías y en términos corteses y razonables pedían varios productos que pagaban sin rechistar. En una semana los almacenes quedaron vacíos; los Ilustres propietarios de las fábricas respiraron con alivio diciendo: "No cabe duda, el constructor nos hizo una máquina formidable." Por cierto, era asombroso observar cómo aquellos automatitas usaban los objetos adquiridos: se vestían con brocados y rasos, se lubricaban los ejes con cremas de belleza, fumaban tabaco, leían libros vertiendo lágrimas sintéticas sobre los párrafos tristes, llegaban incluso a ingerir artificialmente apetitosas golosinas (sin provecho para sí mismos, ya que su único alimento era la corriente eléctrica, pero sí para los fabricantes). Solamente las masas de Pencales no demostraban ni asomo de satisfacción, empeñándose, por el contrario, en decir cosas cada vez mas violentas. Sin

embargo, los Ilustres esperaban con optimismo nuevas medidas de la Máquina que, en efecto, no se demoraron mucho.

» Su paso siguiente fue el de reunir grandes cantidades de mármol, alabastro, granito y cristal de roca, montañas de cobre, sacos de oro y plata y losas de jaspe. Hecho esto, traqueteando y echando nubarrones de humo, empezó a elevar un edificio jamás visto por ojo de indiotas, el Palacio Irisado que se erige ante ti, viajero.

Giré la cabeza. Justo en aquel momento el sol se asomó entre las nubes y sus rayos hicieron brillar las paredes talladas como gemas, disociándose en llamas azules y purpúreas; regueros de todos los colores del arco iris parecían volar, temblorosos, en torno a las almenas y bastiones. El tejado, ornado con esbeltas torres, ardía, todo revestido de escamas de oro. Me estaba deleitando con la increíble belleza del espectáculo cuando el indiotas después de un momento de silencio, prosiguió su relato:

» - Por todo el planeta corrieron las voces sobre la extraordinaria edificación. Incontables peregrinaciones empezaron a llegar aquí desde los lugares más alejados. Cuando las muchedumbres llenaron todo el espacio circundante, la Máquina abrió su boca de acero y pronunció estas palabras:

» - El primer día del mes de Luzquinio abriré de par en par los portales de jaspe del Palacio Irisado y cada indiotas, fuera de alta alcurnia o de lo más humilde, podrá, si éste es su deseo, entrar y disfrutar de todas las cosas que allí le esperan. Hasta entonces frenad vuestra curiosidad, para saciarla luego a voluntad.

» Y ocurrió que en la mañana del primer día del mes de Luzquinio, al son triunfal de trompetas de plata, las puertas del Palacio Irisado se abrieron con sordo ruido. El gentío empezó a penetrar dentro del magno edificio en un río tres veces más ancho que la carretera que enlaza nuestras dos capitales, Debilia y Morona. Durante el día entero, las masas de idiotas fueron penetrando en el Palacio, pero la explanada no se vaciaba, ya que del interior del país iban llegando nuevas muchedumbres. La Máquina las recibía con esplendidez: los autómatas negros se abrían paso entre la gente llevando bandejas con refrescos y platos suculentos que no se agotaban nunca. Así fueron las cosas durante quince días. Miles, decenas de miles, millones de idiotas desaparecieron dentro del Palacio Irisado y ni uno sólo salió de él.

» Alguno que otro se preguntaba con extrañeza dónde estaba aquella multitud de gente y cómo podía caber en el edificio, pero eran voces aisladas que se perdían entre los alegres sonos de marchas militares tocadas con ímpetu por varias orquestas. Los autómatas se movían con presteza, dando de beber a los que tenían sed y alimentando a los hambrientos; los relojes de plata en las torres del Palacio hacían sonar al dar las horas música de baile y, al caer la noche, las ventanas de cristal de roca se iluminaban con una luz cegadora. Finalmente, cuando ya sólo quedaban unos centenares de personas esperando su turno en la escalinata de mármol, se dejó oír un repentino grito desgarrador, más fuerte que el estruendo de los tambores:

" ¡Traición! ¡Escuchad, gentes! ¡No entréis! ¡El Palacio es una trampa infernal! ¡Sálvese quien pueda! ¡Perdición! ¡Perdición!"

» - ¡Perdición! -gritaron a su vez los de la escalinata, echando a correr en una huida despavorida. Nadie les impidió hacerlo.

» La noche siguiente, unos Pencales valerosos se acercaron con sigilo al Palacio. Al volver contaron lo que habían visto: la pared trasera del edificio se había abierto lentamente; por la rendija cayeron al exterior una enorme cantidad de discos relucientes que los autómatas negros trasladaron a la campiña, disponiéndolos en varias figuras y diseños.

» Al enterarse de ello, los Spiritas y los Ilustres que se sentaban antes en el Alto Durinal (no habían ido todavía al Palacio porque no les gustaba mezclarse con la plebe), se reunieron inmediatamente y, deseosos de esclarecer el enigma, convocaron al sabio

constructor. En vez de él, compareció su hijo, ensombrecido el semblante, haciendo rodar ante sí un disco transparente de buen tamaño.

» Los Ilustres, no cabiendo en sí de impaciencia e indignación, insultaron al constructor, echaron sobre él terribles maldiciones y abrumaron de preguntas al joven, exigiendo que les explicara el enigma del Palacio Irisado y les dijera qué había hecho la Máquina con los idiotas desaparecidos.

» - ¡Os prohíbo mancillar la memoria de mi padre! -contestó el joven con ira-. El construyó la Máquina ciñéndose estrictamente a vuestras indicaciones y exigencias. Pero ni él mismo sabía, al igual que vosotros, lo que haría una vez puesta en marcha. Lo demostró de manera patente al ser uno de los primeros en entrar en el Palacio Irisado.

» - ¿Y dónde se encuentra ahora? -gritó el Durinal entero.

» - Aquí -respondió con dolor el joven, indicando el disco. Echó a los ancianos una mirada de odio y salió empujando ante sí a su padre, tan cambiado,

» Los miembros del Durinal temblaron de cólera y miedo, pero pronto se convencieron a sí mismos de que la Máquina no se atrevería a hacer daño a personajes tan importantes como ellos. Cantaron, pues, a coro el himno de los idiotas para fortalecer sus ánimos, salieron todos juntos de la ciudad y se dirigieron al lugar donde trabajaba el monstruo de acero.

» - ¡Perversa! -exclamó el mayor de los Ilustres-. ¡Nos engañaste y violaste nuestras leyes! ¡Para inmediatamente tus calderas y palancas! ¡No te atrevas a seguir funcionando ilegalmente! ¿Qué hiciste con el pueblo idiota que te confiamos? ¡Contesta!

» Apenas hubo terminado de hablar el Ilustre, la Máquina detuvo su marcha. El humo se desvaneció en el aire y reinó un largo silencio. Luego, los labios de acero se separaron y una voz retumbó, parecida a un trueno:

» - ¡Oh, Ilustres, y vosotros, Spiritas! ¡Soy la soberana de los idiotas, instituida por vosotros mismos, y os digo que me irrita notablemente vuestro desorden mental y la insensatez de vuestros reproches! ¡Primero me pedís que restablezca el orden y, luego, cuando estoy entregada a mi obra, os empeñáis en entorpecer el trabajo! El Palacio lleva tres días completamente vacío; se produjo una situación de marasmo total y ninguno de vosotros se acerca a la puerta de jaspe, lo que retrasa el cumplimiento de mi tarea. ¡Pero os aseguro que no descansaré mientras no la lleve a término!

» Al oír esas palabras, el Durinal se estremeció y exclamó:

» - ¿De qué orden nos estás hablando, infame? ¿Qué hiciste con nuestros hermanos, violando los decretos estatales?

» - ¡Qué pregunta más tonta! -contestó la Máquina-. ¿De qué orden estoy hablando? Miraos, mirad vuestros cuerpos y observad lo mal hechos que estáis: por todas partes asoman de ellos extremidades, algunos de vosotros son altos, otros bajos, unos delgados, otros gordos... Os movéis caóticamente, os paráis de pronto, contempláis no sé qué flores y nubes, vagáis sin ninguna razón por los bosques, ¡no hay en todo ello ni un ápice de armonía matemática! Yo, el Generalizador Libre del Orden Absoluto, transformo vuestros cuerpos endebles en unas formas sólidas, bellas y duraderas, con las que trazo luego unos dibujos agradables a la vista, de una simetría y regularidad incomparables, introduciendo de este modo en el planeta los elementos de un orden perfecto...

» - ¡Monstruo! -vociferaron los Spiritas y los Ilustres-. ¿Cómo te atreves a buscar nuestra perdición? ¡Pisoteas nuestras leyes, nos aniquilas, nos matas!

» - En repuesta, la Máquina rechinó desdeñosamente y observó:

» - Ya os dije que ni siquiera sabíais razonar con lógica. Claro que respeto vuestras leyes y libertades. Establezco el orden sin usar la fuerza, sin actos de violencia ni coacciones. Quien no quiso, no entró en el Palacio Irisado; y a quienes entraron (y lo hicieron, vuelvo a insistir, por su propia iniciativa privada), los transformé modificando la materia de sus cuerpos con tanta perfección que durarán siglos enteros bajo su nuevo aspecto. Os lo garantizo.

» El Durinal guardó silencio. Luego, tras intercambiar unas frases en voz baja, sus miembros llegaron a la conclusión de que la ley, en efecto, no había sido infringida, y que la cosa no era tan mala como les parecía al principio.

» - Nosotros -dijeron los Ilustres- no habíamos cometido jamás un crimen semejante, pero, en este caso toda la responsabilidad recae sobre la Máquina; ella tragó enormes masas de Pencales capaces de todo, y ahora los que quedamos con vida entre los Ilustres y los Spiritas podremos disfrutar de la paz terrenal loando los altos veredictos del Gran Inda. No nos acerquemos nunca -se dijeron- al Palacio Irisado, evitando así todo peligro.

» Ya iban a alejarse, cuando la Máquina volvió a hablar:

» - Prestad atención a lo que voy a deciros. Tengo que terminar la obra empezada. No me propongo induciros, persuadir ni instigar a la comisión de ningún acto; seguiréis disponiendo de la plena libertad de iniciativa. Sin embargo, os manifiesto que si uno de vosotros deseara un día que su vecino, hermano, amigo o cualquier otro semejante alcance el grado del Orden Circular, le bastará con avisar a los autómatas negros. Se presentarán inmediatamente ante él y, a su orden, conducirán a la persona indicada al Palacio Irisado. Eso es todo.

» En medio del silencio general, los Ilustres y los Spiritas se echaron mutuamente miradas de soslayo con repentino temor y sospecha. El Archispirita Nolab tomó la palabra, explicando a la Máquina en voz temblorosa que cometía un error terrible si les quería convertir a todos en discos brillantes, ya que las decisiones de esta clase sólo dependían de la voluntad del Gran Inda y que se necesitaba mucho tiempo para conocerla y comprender. Proponía, pues, a la Máquina, que aplazara su resolución en setenta años.

» - No puedo hacerlo -contestó la Máquina- porque ya tengo preparado el plan detallado de mi actividad para después de la transformación del último idiota. Os aseguro que es difícil imaginar un destino más esplendoroso que el previsto por mí para el planeta: será una existencia en plena armonía que, es de suponer, le gustará también a aquel Inda que acabas de mencionar. No le conozco personalmente; ¿no podríais traerle también al Palacio Irisado?

» La Máquina dejó de hablar, porque en la explanada no quedaba nadie. Los Ilustres y los Spiritas se escondieron en sus casas, donde cada uno, entre cuatro paredes, se dedicó a meditar sobre su futuro; cuanto más pensaban, más miedo tenían. Cada uno temía que un vecino o un conocido suyo, animado por unos sentimientos hostiles hacia él, llamase a los autómatas para que se lo llevaran. El único modo de salvarse era actuar primero. Pronto el silencio de la noche se llenó de gritos. Asomando por las ventanas las caras desfiguradas por el miedo, los Ilustres llamaban con todas las fuerzas del desespero y las calles resonaban con pisadas de autómatas de hierro. Los hijos hacían llevar al Palacio a sus padres, los abuelos a los nietos, el hermano traicionaba al hermano, y así, en una sola noche, miles de Ilustres y Spiritas fueron reducidos a este puñado de personas que tienes ante ti, viajero. El alba vio los campos sembrados de miles de armoniosos diseños geométricos, formados con unos discos que antes eran nuestras hermanas, mujeres y parientes. Al mediodía la Máquina pronunció en voz de trueno:

» - ¡Basta! ¡Poned freno a vuestro celo, oh, Ilustres, y vosotros, los Spiritas que todavía quedáis. Cierro las puertas del Palacio Irisado, no para mucho tiempo, os lo prometo. He agotado todos los diseños preparados para la Generalización del Libre Orden Absoluto y necesito un poco de reflexión para crear otros nuevos. Después podréis seguir actuando según vuestra libre voluntad.

Al decir la última frase, el idiota me miró con ojos muy abiertos y terminó en voz baja:

-La Máquina lo dijo hace dos días..., reunidos aquí, estamos esperando...

-¡Oh, respetable idiota! -exclamé, alisándome con la mano el pelo erizado por la conmoción-. ¡Es una historia terrible y difícil de creer! Dime solamente, te suplico, por qué no os habéis sublevado contra ese monstruo que os exterminó, por qué permitisteis que os forzara a...

El idiota se levantó de un salto. Toda su actitud expresaba una cólera irrefrenable.

-¡No nos ofendas, viajero! -gritó-. Hablas sin pensar en lo que dices, te perdono por atolondrado... Si reflexionas sobre todo lo que te he contado, llegarás indudablemente a la justa convicción de que la Máquina respeta el principio de la iniciativa libre y que, aunque te parezca extraño, tiene grandes méritos ante el pueblo de los idiotas, puesto que no existe la injusticia allí donde la ley proclama la libertad suprema. ¡No hay hombre que prefiera la limitación de su libertad a una glo...!

El idiota no terminó la frase, porque sonó un chirrido penetrante y la puerta de jaspe se abrió con una lentitud majestuosa. Al verlo, todos los demás idiotas se pusieron en pie con presteza y corrieron escalinata arriba.

-¡Idiota! ¡Idiota! -grité tras él, pero sólo agitó una mano, exclamando: «¡No tengo tiempo!», y siguió a otros a grandes zancadas, desapareciendo en el interior del Palacio.

Me quedé todavía un rato allí y vi una columna de autómatas negros que se acercaban a la pared de atrás del edificio, abriendo una puertecita, por la cual cayó al suelo una hilera de discos relucientes a la luz del sol. Después los hicieron rodar hasta un prado cercano, donde se detuvieron para completar una figura de un diseño sin terminar. La puerta del Palacio seguía abierta de par en par; di unos pasos hacia adelante para mirar dentro, pero un escalofrío desagradable recorrió mi espalda.

La Máquina entreabrió sus labios de metal y me invitó a entrar.

-Yo no soy idiota -contesté.

Di media vuelta, corrí hacia el cohete y al cabo de un minuto estaba manejando ya los controles para elevarme hacia el cielo a velocidad vertiginosa.

VIAJE VIGESIMOQUINTO

Una de las principales rutas de cohetes en la constelación de la Osa Mayor es la que enlaza el planeta Mutria con el Látrida. Su recorrido da un rodeo para evitar Tairia, un globo pedregoso que tiene pésima fama entre los viajeros a causa de las masas de enormes pedruscos que giran a su alrededor. Aquella región es una imagen escalofriante del caos primario y del horror; el disco del planeta apenas se divisa entre unas nubes de piedra que retumban continuamente con llamas y estruendos de choques entre las rocas.

Hace unos años, los pilotos de las naves en curso entre Mutria y Látrida empezaron a hablar de unos seres monstruosos que emergían bruscamente de la polvareda que oculta Tairia, atacaban los cohetes, los envolvían en largos tentáculos e intentaban arrastrarlos a sus tenebrosas moradas. Por el momento, todo esto terminaba sin mayores consecuencias que un gran susto de los pasajeros. Poco tiempo después corrió la noticia de que aquellos seres habían acometido a un viajero que paseaba después de comer, metido en su escafandra, por el exterior del cohete. Había mucha exageración en este relato, ya que el viajero (un buen amigo mío) había vertido una taza de té sobre su escafandra y la sacó por la escotilla para que se secara; en aquel momento llegaron volando unos seres extraños, ondulantes como lianas, y huyeron inmediatamente llevándose la escafandra.

Finalmente, tanta inquietud se adueñó de los planetas circundantes que fue designada una comisión especial para investigar en los alrededores de Tairia. Entre sus miembros hubo quien mantenía que había vislumbrado en las profundidades de las nubes del

planeta a unos animales rarísimos, parecidos a serpientes o pulpos, pero sus aseveraciones no fueron confirmadas. Al cabo de un mes la expedición, sin haberse atrevido a penetrar en las tormentosas regiones de las nubes pétreas de Tairia, volvió a Látrida sin resultados, igual que otras organizadas más tarde.

Finalmente, un conocido trampero estelar, el valiente Ao Murbras, se fue a Tairia solo, llevándose los perros equipados con escafandras para dar caza a los enigmáticos piratas del aire. Volvió al cabo de cinco días solo, mortalmente cansado. Según su relato, en las cercanías de Tairia emergieron repentinamente de las nubes de polvo cantidades de seres vivos que les envolvieron en sus tentáculos a él y a los perros. El heroico cazador sacó un cuchillo y, propinando cuchilladas a ciegas, logró liberarse del abrazo mortal, pero no pudo salvar a los perros, que, por desgracia, sucumbieron. La escafandra de Murbras mostraba huellas de lucha por fuera y por dentro y algunos trozos adheridos a la tela de una especie de fibrosos tallos verdes. Después de examinar minuciosamente aquellos restos, la Docta Academia de Ciencias dictaminó que eran fragmentos de un organismo pluricelular, bien conocido en la Tierra bajo el nombre de *Solanum Tuberosum*, especie de tubérculos caulinareos, originados en los estolones por engrosamiento de entrenudos del segmento subterráneo, y con la parte verde aérea que se marchita al madurar los tubérculos. Dicha especie fue traída de América a Europa por los españoles en el Siglo XVI. La noticia causó una gran excitación, que llegó al paroxismo cuando alguien tradujo los términos científicos al lenguaje corriente, descubriéndose que Murbras había traído sobre su escafandra ¡trozos de tallos verdes de patata!

El insigne cazador planetario, herido en lo más hondo de su orgullo por la insinuación de que había luchado cuatro horas contra patatas, exigió que la Academia desmintiera esta vil calumnia; pero los científicos manifestaron que no podían revocar ni una palabra de su dictamen. El asunto originó una conmoción general. Surgieron dos partidos, los Patatistas y los Antipatatistas, que se adueñaron primero de la Osa Menor, seguida por la Mayor, los adversarios se insultaban mutuamente de la peor manera. Sin embargo, esto no era nada, comparado con lo que ocurrió cuando en la contienda tomaron parte los filósofos. De Inglaterra, Francia, Australia, Canadá y Estados Unidos llegaron los más relevantes teóricos del conocimiento y los representantes de la razón pura. Los resultados de sus debates fueron realmente sorprendentes.

Una vez bien estudiada la cuestión los fisicalistas determinaron que, cuando se movían dos cuerpos, A y B, era puramente opcional el decir que A se movía con relación a B, o B con relación a A. Puesto que el movimiento era relativo, lo mismo daba opinar que el hombre se movía relativamente a la patata, o la patata relativamente al hombre. Así pues, la pregunta de si las patatas podían moverse carecía de sentido, siendo todo el problema aparente, o sea, inexistente.

Los semánticos adujeron que todo dependía de la manera de entender las palabras «patata», «es» y «móvil». Puesto que la clave residía en la partícula operacional «es», se le debía estudiar muy a fondo. Acto seguido procedieron a la confección de una Enciclopedia Cósmica de Semiología, dedicando los cuatro primeros volúmenes a investigar el significado operacional de la palabra «es».

Los neopositivistas llegaron a la conclusión de que directamente no nos son dados manojos de patatas, sino manojos de impresiones sensoriales; a continuación crearon unos símbolos lógicos que significaban «manejo de impresiones» y «manejo de patatas», compusieron fórmulas de cálculo a base de signos algebraicos y, después de gastar océanos de tinta, obtuvieron el resultado matemáticamente correcto y situado por encima de cualquier duda, de que $O = O$.

Los tomistas manifestaron que Dios había creado las leyes de la naturaleza para poder hacer milagros, ya que el milagro es el quebrantamiento de una ley natural, y donde no hay leyes, no hay nada para quebrantar. En el caso referido, las patatas se movían si ésta era la voluntad del Señor. Por otra parte, podía ser también una treta de los malditos

materialistas, que hacían todo lo posible para desacreditar a la Iglesia; había, pues, que esperar el fallo del Supremo Colegio Vaticano.

Los neokantianos proclamaron que los objetos eran creaciones del espíritu y no cosas conocibles; si una mente elabora la idea de una patata dotada de movimiento, la patata móvil existirá. Sin embargo, incluso eso sería sólo una conclusión superficial, ya que nuestro espíritu era tan inconocible como sus proyecciones; así pues, no se podía estar seguro de nada.

Los holistas-pluralistas-behavioristas-fisicalistas manifestaron que, según las enseñanzas de la física, la regularidad en la naturaleza tenía únicamente un carácter estadístico. Igual que no se podía prever con una exactitud absoluta el camino de un electrón aislado, tampoco se sabía con certeza cómo se comportaría una patata aislada. La experiencia nos dice que el hombre peló millones de veces las patatas, pero era forzoso admitir la posibilidad de que en un caso entre millones, las patatas pelarían al hombre.

El profesor Urlipán, un pensador solitario de la escuela de Russel y Reichenbach, sometió todas estas proposiciones a una crítica despiadada. Según él, el hombre no percibía impresiones sensoriales, ya que nadie veía la impresión sensorial de una mesa, sino la mesa misma; puesto que, por otra parte, se sabía que del mundo exterior no se sabía nada, no existían, por tanto, ni cosas exteriores ni impresiones sensoriales. «No hay nada -proclamaba el profesor Urlipán-. Y si alguien opina lo contrario comete un error». Por consiguiente, no se podía decir nada acerca de las patatas, pero a causa de razones muy distintas de las aducidas por los neokantianos.

Mientras Urlipán trabajaba afanosamente sin salir de la casa asediada por los Antipatatistas, que le esperaban con montones de patatas podridas (a esto llegó la obcecación pasional de todos los cerebros), entró en escena, mejor dicho, desembarcó en Látrida, el profesor Tarantoga. Haciendo caso omiso de las estériles discusiones, el gran especialista optó por descifrar el misterio sine ira et studio, como corresponde a un verdadero hombre de ciencia. El primer paso de su investigación fue la visita a los planetas circundantes, donde buscó información indagando entre los habitantes. De este modo supo que los seres misteriosos eran conocidos bajo los nombres de papas, criadillas, batatas, tubérculos, trunfas, gepas, pommes de terre, potatoes, kartoffen, etc., etc. Eso le intrigó mucho, ya que según pudo comprobar en los diccionarios, todas estas palabras eran sinónimos de la vulgar patata.

Con una determinación digna de ser admirada, con una dedicación incansable, Tarantoga iba desentrañando el enigma con tanto éxito que ya al cabo de cinco años pudo formular una teoría que lo aclaraba todo:

Tiempo atrás, en la región de Tairia chocó con un arrecife de meteoritos una nave cargada de patatas para los colonizadores de Látrida. El impacto agujereó la nave y toda la carga se desparramó por los contornos. Los cohetes de emergencia desprendieron la nave del arrecife, la remolcaron a Látrida y el asunto cayó en el olvido. Mientras tanto, las patatas que habían caído sobre la superficie de Tairia brotaron y empezaron a crecer a pesar de que las condiciones de su existencia eran extremadamente duras: los fragmentos de piedra que les caían encima rompían los tallos tiernos e incluso aplastaban a veces plantas enteras. En consecuencia, sólo se salvaron las patatas más prudentes, que sabían encontrar un refugio. La nueva raza de patatas listas, creada de este modo, se desarrollaba cada vez más profusamente. Después de varias generaciones, las patatas se hartaron de la vida sedentaria, se desenterraron solas y adoptaron el modo de vida nómada, perdiendo al mismo tiempo toda la mansedumbre y pasividad propias de las patatas terrestres, domesticadas por el cariñoso desvelo y buen cultivo que les daban los hombres. Las de Tairia, volviéndose cada vez más salvajes, terminaron por convertirse en fieras rapaces. Si pensamos en la historia de su origen, veremos que la cosa tiene una profunda base lógica. Como sabemos, la patata, *Solanum tuberosum*, pertenece a la

familia de las dulcamara (Solanaceae), en parte venenosa (belladona), y el veneno, una vez libre de cuidados adecuados, puede trastornar completamente una planta antes benigna. Este precisamente fue el caso de las patatas de Tairia. Cuando el espacio vital en el planeta les resultó escaso, sobrevino una nueva crisis; la generación joven ardía en deseos de actividad, ansiando hacer cosas extraordinarias, completamente inéditas en el mundo vegetal. Volviendo los tallos hacia el cielo, advirtieron en él las masas de rocas voladoras y tomaron la decisión de establecerse en ellas.

Sería demasiado extenso mi relato si me propusiera resumir aquí toda la teoría del profesor Tarantoga que nos explica cómo las patatas aprendieron a volar agitando las hojas, cómo se elevaron por encima de los límites de la atmósfera de Tairia para aposentarse al final sobre las rocas que giran alrededor del planeta. En todo caso, su cometido fue facilitado por el hecho de que, al conservar la transmutación de materia de los vegetales, podían permanecer bastante tiempo en el vacío sin oxígeno, sacando la energía vital de los rayos solares. Finalmente, llevaron a tal extremo su atrevimiento, que empezaron a asaltar los cohetes que pasaban cerca del planeta.

Cualquier investigador que no fuera Tarantoga hubiera publicado esta hipótesis brillante y se hubiera dormido sobre sus laureles; pero el profesor había jurado no descansar antes de haber atrapado al menos una patata rapaz.

Así pues, a continuación de la solución teórica del problema, vino el turno a la explicación práctica, no menos difícil. Se sabía que las patatas se agazapaban en las grietas de los peñascos; penetrar para buscarlas en el laberinto móvil de rocas voladoras sería un verdadero suicidio. Por otra parte, Tarantoga no se proponía matar una patata a tiros; quería conseguir un ejemplar vivo, lleno de fuerza y salud. Durante un tiempo pensó en la caza al ojeo, pero abandonó la idea por no encontrarla satisfactoria y adoptó una nueva que iba a dar gran fama a su nombre, la de la caza con cebo. A este fin compró en una tienda de material escolar el mayor globo celeste que existía, una preciosa bola bien barnizada de seis metros de diámetro. Adquirió también grandes cantidades de miel, pez negra y cola de carpintero, mezcló los tres ingredientes en proporciones iguales y embadurnó con la pasta obtenida toda la superficie del globo. Luego ató este último al cohete con una cuerda larga y voló hacia Tairia. Al encontrarse a una distancia suficiente del planeta, el profesor ocultó el cohete tras el borde de una nebulosa vecina y echó la cuerda con el cebo. Todo el plan estaba basado en la curiosidad invencible de las patatas. Al cabo de una hora de espera, un ligero temblor indicó que algo se estaba acercando. Tarantoga se asomó con prudencia y vio unas matas que se dirigían al globo agitando los tallos y moviendo lentamente los bulbos; por lo visto, tomaron el globo por un planeta desconocido. Momentos después, rezumando confianza, se posaron sobre él y quedaron adheridas por el pegamento a su superficie. El profesor arrastró rápidamente la cuerda, la ató a la cola del cohete y arrancó velozmente hacia Látrida.

El valiente investigador fue acogido con un entusiasmo indescriptible. Las patatas fueron encerradas en una jaula junto con el globo y expuestas a la vista del público. Locas de rabia y pánico azotaban el aire con los tallos y pateaban con las raíces, lo que, evidentemente, no les sirvió de nada.

Cuando al día siguiente el Docto Colegio se presentó en casa de Tarantoga para entregarle un diploma de honor y la gran medalla del mérito, el profesor ya no estaba. Terminada su obra, se había marchado de noche en una dirección desconocida.

Yo sé muy bien lo que le hizo marchar tan repentinamente. Tarantoga tenía prisa porque nueve días después había de encontrarse conmigo en Coerulea. Yo, por mi parte, en aquel mismo momento volaba a toda velocidad hacia el planeta convenido desde la punta opuesta de la Vía Láctea. Teníamos proyectado emprender juntos una expedición a un brazo de la Galaxia todavía sin explorar, que se extendía detrás de una oscura nebulosa de Orión. No nos conocíamos aún personalmente el profesor y yo; deseoso de ganarme la opinión de ser hombre de palabra y puntualidad, exprimía toda la fuerza del

motor. Por desgracia, como ocurre con frecuencia cuando más prisa tenemos, un incidente imprevisible lo estropeó todo. Un pequeño meteorito perforó el tanque de combustible, se metió en el tubo de escape y lo atascó definitivamente. Sin pensármelo mucho, me puse la escafandra, cogí una buena linterna y las herramientas y salí fuera de la cabina. Al sacar el meteorito con una pinza di involuntariamente un empujón a la linterna, que se alejó bastante y empezó a navegar en solitario por el espacio. Obturé el agujero del tanque y volví al camarote. No pude ir en pos de la linterna, porque había perdido casi toda mi provisión de combustible. Me quedaba tan poco, que a duras penas llegué al planeta más próximo, el Procitio.

Los procitas son unos seres racionales, muy parecidos a nosotros. La única diferencia, de escasa importancia, consiste en la forma de las piernas. Las suyas llegan solamente a la rodilla; más abajo tienen unas ruedas, no artificiales, sino de carne y hueso. Se mueven sobre ellas con gracia y ligereza, como los artistas de circo montados en monociclos. Poseen conocimientos muy extensos: lo que más les apasiona es la astronomía. El estudio de las estrellas está tan generalizado entre ellos que ningún hombre, sea joven o viejo, sale a la calle sin su telescopio de bolsillo. Se sirven exclusivamente de relojes de sol; el sacar en público un reloj mecánico se considera un serio agravio a la moral. Los habitantes de Procitio disponen igualmente de numerosos ingenios civilizatorios. Mi primera estancia en aquel planeta me dejó un recuerdo significativo de ello. Invitado a un banquete organizado en honor del viejo Maratilitec, astrónomo procita de gran renombre, trabé conversación con el agasajado sobre un tema perteneciente a esta disciplina. Las opiniones del profesor eran diametralmente opuestas a las mías, el tono de la discusión subía, volviéndose cada vez más violento, el anciano clavaba en mí miradas llameantes de ira; parecía que iba a estallar perdiendo el dominio de sí mismo. De pronto se levantó y abandonó la sala. Cinco minutos después volvió a sentarse a mi lado, cortés, sonriente y tranquilo como un niño. Intrigado pregunté más tarde a uno de los presentes a qué se debía el milagroso cambio de humor del profesor.

-¿Te extraña? -contestó el procita-. El profesor usó un locopodio.

-¿Qué es esto?

-El nombre del establecimiento viene a decir más o menos «sitio donde se pueden cometer todas las locuras». El individuo embargado por exceso de cólera, o irritado por alguien, entra en una especie de celda tapizada con colchones de corcho y da rienda suelta a sus sentimientos.

Aterrizando esta vez en Procitio, vi, todavía en el aire, las calles repletas de gentío que agitaba banderitas y prorrumpía en alegres gritos. Dejé mi cohete al cuidado de los mecánicos y me trasladé a la ciudad, donde me enteré de que toda la población estaba celebrando el descubrimiento de una estrella nueva aparecida en el cielo la noche anterior. Acogí la noticia con un poquito de recelo, y cuando Maratilitec, después de saludarme efusivamente, me invitó a mirar por su potente refractor, comprendí al instante de pegar el ojo al objetivo que la supuesta estrella era, simplemente, mi linterna abandonada en el espacio. En vez de decirselo a los procitas, decidí, un poco a la ligera, jugar a ser mejor astrónomo que ellos. Calculé mentalmente el tiempo de duración de la pila y manifesté en voz alta a los presentes que la nueva estrella iba a emitir luz blanca durante seis horas, luego su brillo se volvería amarillento, rojizo y finalmente se apagaría del todo. Mi predicción fue acogida con una desconfianza general; Maratilitec, con el genio vivo que le era propio, exclamó que si esto ocurría, se comprometía a comerse sus propias barbas.

La estrella empezó a palidecer en el momento previsto por mí; cuando volví al observatorio por la noche encontré un grupo de ayudantes del profesor, muy preocupados, que me dijeron que Maratilitec, herido profundamente en su orgullo, se había encerrado en su despacho para cumplir su imprudente promesa. Temiendo por su salud, traté de hablarle a través de la puerta cerrada, pero fue inútil. Pegué el oído al ojo

de la cerradura y, en efecto, oí unos sonidos que confirmaban las palabras de los ayudantes. Muy confundido; escribí una carta explicativa, la di a los jóvenes con el ruego de entregarla al profesor inmediatamente después de mi partida, y corrí al aeródromo lo más rápidamente que pude. Tenía que actuar de este modo, ya que no estaba seguro de que al profesor le diese tiempo de usar un locopodio antes de verme.

Abandoné Procitio a la una de la noche con tanta premura que me olvidé completamente del combustible. A un millón de kilómetros del planeta más o menos, los motores quedaron a secas y yo me convertí en un náufrago cósmico, tripulando una nave a la deriva en el espacio. Faltaban solamente tres días para la fecha de mi encuentro con Tarantoga.

Coerulea brillaba en el cielo, bien visible a través de la ventana a la escasa distancia de unos trescientos millones de kilómetros; pero yo sólo podía contemplarla de lejos, rabiando. ¡Qué graves consecuencias pueden tener hechos insignificantes!

Llevaba una hora vagando sin rumbo cuando advertí un planeta que se acercaba lentamente; la nave, sometida pasivamente a su fuerza de gravitación, iba aumentando de velocidad, terminando por correr vertiginosamente. Puse buena cara al mal tiempo y me instalé en los controles. El planeta era bastante pequeño, desértico, pero acogedor: observé que tenía oasis con calefacción volcánica y agua corriente. Había muchos volcanes; todos echaban fuego y columnas de humo. Volando ya en la atmósfera, maniobraba con los controles, procurando disminuir la velocidad como podía, pero sabía que la caída era inevitable. De repente, al sobrevolar un grupo de volcanes, se me ocurrió una idea atrevida. La sopesé en un abrir y cerrar de ojos y, tomando una decisión locamente arriesgada, dirigí la proa de la nave hacia abajo y caí como un rayo directamente en el precipicio ígneo del mayor de los cráteres. En el último momento, cuando su garganta incandescente iba a tragarme, di un hábil golpe de timón, volviéndome de proa hacia arriba, y en esta posición me hundí en el llameante mar de lava.

Corrí un riesgo enorme, pero no había otra solución. Esperaba que el volcán, cosquilleado por el violento golpe del cohete, reaccionara con una erupción, y no me había equivocado. Se dejó oír un trueno que hizo chirriar las paredes de la nave, y una columna de fuego, lava, ceniza y humo, de varios kilómetros de altura, me propulsó hacia el cielo. Manejé los controles de manera de entrar en la trayectoria directa a Coerulea, lo que me salió impecablemente.

Tres días más tarde me encontraba en aquel planeta, apenas veinte minutos después de la hora prevista. Sin embargo, no encontré a Tarantoga; se había marchado, dejándome una carta en la lista de correos.

«Querido colega -me decía-, las circunstancias me obligan a marcharme inmediatamente, le propongo, pues, que nos encontremos ya en el terreno de nuestras futuras investigaciones. Puesto que en aquellas regiones las estrellas carecen de nombres, le doy aquí datos para su orientación: vaya en línea recta, pasado el sol azul gire a la izquierda. Luego de pasar el otro, anaranjado, gire a la derecha; habrá allí cuatro planetas: nos veremos en el tercero, contando desde el lado izquierdo. ¡Le esperaré!

»Su afmo.,

»Tarantoga. »

Me proveí de combustible y arranqué al anochecer. Recorrí el camino en una semana. Al penetrar en las regiones desconocidas encontré sin dificultad las estrellas correspondientes; siguiendo estrictamente las indicaciones del profesor, encontré en la mañana del día siguiente el planeta señalado. El macizo globo estaba cubierto de una tupida capa verde y esponjosa: eran enormes selvas tropicales. El panorama me desconcertó un poco; me preguntaba cómo me las arreglaría para encontrar a Tarantoga

en aquellas espesuras. Sin embargo, contaba con su ingenio y no me decepcionó. Acercándome en vuelo recto al planeta, a las once de la mañana vi en su hemisferio norte unas líneas borrosas que me cortaron la respiración.

Siempre repito a los jóvenes astronautas ingenuos: desconfiad si alguien os dice que al aproximarse a un planeta leyó su nombre; es un viejo chiste cósmico.

Esta vez, no obstante, me vi refutado, ya que sobre el fondo verde de los bosques se dibujaban distintamente las palabras:

«¡No pude esperar! Encuentro en el planeta siguiente.

»Tarantoga.»

Cada letra tenía un kilómetro por lo menos, de otro modo no las hubiera podido ver de tan lejos. No cabiendo en mí de estupefacción y curiosidad con respecto a cómo el profesor había logrado trazar ese escrito gigantesco, reduje la altura del vuelo y observé que las líneas de las letras formaban una especie de anchas calles de árboles aplastados y derrumbados, que se destacaban limpiamente sobre el terreno intacto.

Sin haber esclarecido el enigma, volé conforme a la indicación hacia el planeta siguiente, habitado y civilizado, en cuyo aeropuerto me posé a primera hora del anochecer. Pregunté, en vano, por Tarantoga; esta vez también me esperaba, en vez de él, una carta suya.

«Querido colega -me decía-, le pido mil perdones por la decepción que le estoy causando, pero, debido a un asunto familiar imposible de aplazar, debo, por desgracia, volver inmediatamente a casa. Para mitigar un poco su desilusión, le dejo en las oficinas del aeropuerto un paquete. Recójalo, se lo ruego; contiene el fruto de mis estudios más recientes. Estoy seguro de que le tengo intrigado sobre el procedimiento usado para dejarle en el planeta anterior un mensaje escrito; fue muy sencillo. Aquel globo vive una época correspondiente al período carbonífero de la Tierra, estando habitado por enormes saurios; entre otros vive allí el colosal atlantosaurio, de cuarenta metros de longitud. Después de aterrizar en el planeta me arrastré con sigilo hacia una gran manada de estos animales y los excité para que me atacaran. Eché a correr velozmente a través del bosque, procurando dar a la pista de mi huida la forma del trazado de las letras. Los atlantosaurios, galopando tras de mí, derribaban todos los árboles que tenían delante. Se formó así una avenida de ochenta metros de anchura. Fue sencillo, como acabo de decirle, pero bastante fatigoso, ya que tuve que correr más de treinta kilómetros, y aprisa.

»Lamento sinceramente que tampoco esta vez podamos conocernos personalmente, estrecho su valiente mano y le expreso mi más alta estima por sus virtudes y arrojo.

»Tarantoga.

»P. S. Le recomiendo expresamente que vaya esta noche al concierto. Es buenísimo.

Recogí en la oficina el paquete que me esperaba, lo hice mandar al hotel y me fui a la ciudad, que ofrecía un aspecto bastante curioso. El planeta gira con tanta rapidez que los días y las noches se suceden cada hora. Este fenómeno origina una fuerza centrífuga debido a la cual una plomada suspendida libremente no es perpendicular al suelo como ocurre en la Tierra, sino que forma con él un ángulo de 45°. Todas las casas, muros, torres, en fin, todas las edificaciones se construyen, por tanto, con una inclinación de 45°, respecto al horizontal, lo que presenta para el ojo humano un espectáculo más bien insólito. En un lado de la calle las casas parecen querer echarse de espaldas al suelo, y, las del otro, cuelgan encima de aquéllas. Los habitantes del planeta, para no caerse, tienen, gracias a la adaptación natural, una pierna más corta que la otra; el terrestre no puede andar si no encoge continuamente una de sus extremidades inferiores, lo que, a la larga, incomoda y cansa mucho. Anduve, pues, tan lentamente que cuando llegué a la

sala de conciertos estaban cerrando ya las puertas. Por fortuna pude comprar todavía una entrada y meterme dentro.

Apenas me hube sentado, el director dio unos golpecitos con la batuta y en la sala reinó el silencio. Los miembros de la orquesta se movían acompasadamente, tocando unos instrumentos desconocidos para mí, una especie de trompetas con embudos agujereados como los de las regaderas. El director levantaba con énfasis las extremidades anteriores o las extendía como diciendo «piano», pero yo, con gran sorpresa mía, no percibía el menor sonido. Mirando de soslayo a mis vecinos veía sus caras llenas de éxtasis, lo que me turbó e inquietó más todavía. Traté de destaponarme disimuladamente los oídos, pero sin resultado. Al fin, creyendo que me había vuelto sordo, di unos golpecitos uña contra uña y oí perfectamente el levísimo chasquido. Esperé el final de la pieza sin saber qué pensar de todo ello, sin comprender las manifestaciones generales de satisfacción estética del público. Sonó una salva de aplausos; el director se inclinó, volvió a golpear el atril, la orquesta empezó a ejecutar la siguiente parte de la sinfonía. Todos a mi alrededor estaban encantados; muchas personas aspiraban profundamente por la nariz, lo que yo tomaba por señales de una gran emoción. Vino el tormentoso finale, cuyo brío yo sólo podía apreciar por la violencia de los gestos del director y por las gotas de sudor que resbalaban por las frentes de los músicos. Tronó otra salva de aplausos. Mi vecino se dirigió a mí con unas palabras de admiración por la sinfonía y sus ejecutantes. En contestación gruñí algo sin ton ni son y, completamente desconcertado, me escapé a la calle.

Estaba ya a unos cuantos pasos del edificio, cuando tuve la corazonada de echar un vistazo a su fachada que, como las demás, estaba inclinada en ángulo agudo con el suelo. Había en ella un letrero de gran tamaño que decía Olfactorium Municipal, y, más abajo, carteles con el programa, donde leí:

SINFONÍA ALMIZCLEÑA
de ODONTRON
I Preludium Odoratum
II Allegro Aromatoso
III Andante Olens

Dirige
en carácter de invitado
el famoso nasista
HRANTR

Solté un taco, di media vuelta y me fui al hotel. No podía echar la culpa a Tarantoga por haberme perdido un goce estético, puesto que el profesor ignoraba que me molestaba todavía el constipado que había cogido en Satellina.

Para compensar mi decepción, al llegar al hotel abrí en seguida el paquete. Había en él una cámara de cine sonoro, una bobina de película y la siguiente carta:

«Mi querido colega:

»Recordará usted sin duda nuestra conversación telefónica mientras estuvimos usted en la Osa Menor y yo en la Mayor. Le dije entonces que admitía la posibilidad de existencia de unos seres capaces de vivir a temperaturas elevadas sobre planetas calientes, semilíquidos, y que me proponía emprender las investigaciones correspondientes. Usted tuvo a bien expresar su duda acerca del éxito de una empresa parecida. Aquí tiene unas pruebas. Seleccioné un planeta ígneo, hice llegar mi cohete a una distancia relativamente pequeña y bajé, atados de una larga cuerda de amianto, una cámara de filmar refractaria a la combustión y un micrófono. Obtuve de este modo varias

imágenes de gran interés. Me permito adjuntar a esta carta una pequeña muestra de ellas.

»Suyo,
»Tarantoga.»

Me acuciaba tanto el deseo de verlas que apenas terminada la lectura de la carta introduje la película en la cámara, suspendí encima de la puerta una sábana arrancada de la cama, apagué la luz y puse el proyector en marcha, En los primeros momentos sólo se veían en la improvisada pantalla unas temblorosas manchas de luz; a mis oídos llegaban roncós sonidos y crepitaciones semejantes a los chasquidos de la leña que arde, luego la imagen se hizo más clara.

El sol se ponía tras el horizonte. La superficie del océano temblaba; corrían sobre ella unas llamas azuladas. Unas nubes de color de fuego iban volviéndose más pálidas y la oscuridad aumentaba. Aparecían las primeras estrellas de débil resplandor. El joven Cralocio, fatigado por todo un día de trabajo, salió de su torrilla para disfrutar de un paseo. No tenía ninguna prisa; moviendo acompasadamente sus chirriazos inspiraba con deleite los frescos y aromáticos tufos de amoníaco caliente. Alguien se le acercó, apenas visible en las crecientes tinieblas. Cralocio agudizó el bulfato, pero sólo reconoció al analgo cuando lo tuvo junto a él.

-Qué noche tan bonita, ¿verdad? -dijo Cralocio. Su amigo pasó el peso de su cuerpo de un amboilo a otro, asomó a medias del fuego y repuso:

-Preciosa. El salnriac crece extraordinariamente este año, ¿sabes?

-Sí, sí, parece que tendremos buenas cosechas.

Cralocio se meció con pereza, se giró sobre la barriga, abrió todas sus mirillas y fijó la vista en las estrellas.

-¿Sabes, chico? -dijo al cabo de un rato-, cada vez que miro el cielo como ahora, no puedo quitarme de encima la idea de que allá lejos, muy lejos, hay otros mundos parecidos al nuestro, habitados también por seres racionales...

-¿Quién habla aquí de la razón? -exclamó una voz cerca de ellos. Ambos jóvenes se volvieron de espaldas hacia aquel lado para reconocer al recién llegado y vieron la silueta nudosa, pero todavía fuerte, de Flamento. El anciano sabio se les acercó con movimientos majestuosos; su futura descendencia, semejante a racimos de uva, se hinchaba ya y sacaba los primeros brotes sobre sus anchos hombros.

-Estaba hablando de seres racionales que habitan otros mundos... -contestó Cralocio, levantando los lustos en un saludo lleno de respeto.

-¿Cralocio habla de unos seres racionales de otros mundos...? -dijo el sabio-. ¡Vaya, vaya! ¡¡De otros mundos!! ¡Ay, este Cralocio, este Cralocio! ¿Qué haces, jovencito? ¿Das rienda suelta a la fantasía? Bueno... de acuerdo, en una noche tan bonita... Aunque ha refrescado mucho, ¿no lo notáis?

-No -contestaron a la vez ambos jóvenes.

-Claro, claro, el fuego joven, ya lo sé. Sin embargo, en este momento no estamos a más de ochocientos sesenta grados; hubiera debido ponerme una capa con doble forro de lava. Qué le vamos a hacer, es la vejez. Así tú dices -volvió al tema dando la espalda a Cralocio- que en otros mundos existen seres racionales. ¿Y qué clase de seres, según tu opinión?

-No se puede saber con certeza -contestó tímidamente el muchacho-. Creo que hay varios. He oído decir que en los planetas más fríos podían aparecer organismos de una sustancia llamada albúmina.

-¿Quién te lo ha dicho? -gritó con ira Flamento.

-Implosio. Es aquel joven estudiante de bioquímica, quien...

-¡El joven imbécil, querrás decir! -le espetó duramente Flamento-. ¿La vida en base a la albúmina? ¿Los seres vivos hechos de albúmina? ¿No te da vergüenza pronunciar estos absurdos en la presencia de tu profesor? ¡He aquí los frutos de la ignorancia y suficiencia que se extienden hoy día de manera pavorosa! ¿Sabes lo que merece tu Implosio? ¡Que se le rocíe con agua, sí, señor!

-Pero, honorable Flamento -se atrevió a decir el amigo de Cralocio-, ¿por qué amenazas con tan terribles torturas a Implosio? ¿No podrías decirnos qué aspecto tendrían los seres de otros planetas? ¿No tienen, acaso, una postura vertical y no se desplazan sobre las llamadas piernas?

-¿Quién te lo ha dicho?

Cralocio callaba, asustado.

-Implosio... -murmuró su amigo.

-¡Dejadme de una vez en paz con vuestro Implosio y sus divagaciones! -gritó el sabio-. ¡Piernas! ¡No faltaría más! ¡Como si yo no hubiera demostrado matemáticamente hace más de veinticinco llamas que un ser bípedo, colocado verticalmente, tenía que caerse inevitablemente al suelo! ¡Incluso hice un modelo y un diagrama, pero vosotros, claro, no sabéis nada de eso, holgazanes que sois! ¿Qué aspecto tienen los seres racionales de otros mundos? No os lo diré, reflexionad vosotros mismos, aprended a pensar. En primer lugar, deben tener órganos para la asimilación del amoníaco, ¿no os parece? ¿Y qué órgano lo haría mejor que los chirriazos? ¿No tienen que moverse en un medio asaz resistente, asaz cálido, como el nuestro? ¿Verdad que sí? ¡Ya lo veis! ¿Y con qué han de hacerlo si no con ambollos? También sus órganos sensoriales: mirillas, luspas y cutras deben parecerse a los nuestros. Y no solamente su cuerpo tiene que ser parecido al nuestro, sino también su modo general de vida. No hay quien niegue que la quintuplia constituye la célula básica de nuestra vida familiar. ¡Trata de imaginar algo diferente, fantasea como quieras, yo te garantizo que fracasará! Es así, puesto que para dar vida a una descendencia tiene que haber la unión de Dada, Gaga, Mama, Fafa y Hahá. De nada sirven simpatías, proyectos y ensueños, si falta el representante de uno de esos cinco sexos. En tal caso, a la triste situación que por desgracia ocurre a veces en la vida, le damos el nombre de drama de cuatrilla, o sea, el amor desafortunado... Así pues, como veis, si razonamos sin prejuicios, apoyándonos exclusivamente en los hechos científicos, si nos servimos del método de precisión de la lógica procediendo fría y objetivamente, llegamos a la conclusión incontestable de que cada ser racional tiene que parecerse a un quíntuplo... Sí. Bueno, os he convencido, supongo.

VIAJE VIGESIMOCTAVO

Pronto meteré estas hojas escritas en un barril de oxígeno vacío y lo tiraré por la borda, al espacio, para que vuele en el abismo negro, aunque no me hago ilusiones de que llegue a manos de alguien. Navigare necesse est, pero este viaje desmesurado es capaz de agotar todas las resistencias, incluso la mía. Estoy volando y volando desde hace años y no se ve el final. Lo peor es que el tiempo se embrolla, se cruza, penetro en unas ramificaciones y bucles que no son ni futuro ni pasado, aunque a veces huelen a medioevo. Existe un método especial para salvar la razón en una soledad excesiva, concebido por mi abuelo Cosma, que consiste en crear en la imaginación una cierta cantidad de compañeros, incluso de ambos sexos, guardar la coherencia y conservar siempre a los mismos. También mi padre se servía de él, aunque a veces resulta arriesgado. En el silencio de la nave esos compañeros se vuelven demasiado independientes, hay dificultades y complicaciones; unos cuantos atentaron contra mi vida

y tuve que pelear (mi camarote parece un campo de batalla), pero no pude interrumpir la aplicación del método por lealtad hacia mi abuelo. Gracias a Dios murieron y ahora tengo un momento de respiro. Creo que empezaré a redactar, como varias veces había planeado, una breve crónica de mi linaje, para encontrar las fuerzas, como Anteo, allá, en las generaciones pasadas.

El fundador de la línea principal de los Tichy fue Anonymus, rodeado de un misterio estrechamente relacionado con la famosa paradoja de Einstein sobre dos hermanos gemelos, uno de los cuales viaja en el Cosmos mientras el otro se queda en la Tierra, a la vuelta el viajero resulta ser más joven que su hermano que había quedado en casa. Cuando se emprendieron los primeros experimentos para zanjar esa paradoja, se propusieron como voluntarios dos jóvenes: Gaspar y Ezequiel. A causa de una confusión en el momento de arrancar los metieron a ambos en el cohete. El experimento fracasó, evidentemente, y, lo que fue peor, el cohete volvió al cabo de un año con un solo hombre a bordo. Este manifestó con gran dolor que su hermano se había asomado demasiado cuando el cohete pasaba encima de Júpiter. Ni las palabras ni el dolor parecían dignos de fé y, al son de una encarnizada campaña de prensa, el joven fue acusado de fratívoro.

De cuerpo del delito sirvió al fiscal un libro de recetas de cocina, encontrado en el cohete, con un párrafo subrayado con lápiz rojo: «Cómo se adoban las carnes en el vacío». Se encontró, sin embargo, un hombre noble e inteligente que se encargó de la defensa. Según su consejo, el acusado no debía abrir la boca durante el proceso, pasara lo que pasase. En efecto, a pesar de su mala fe, el tribunal no pudo condenar a mi antepasado, ya que en la sentencia del veredicto debe figurar el nombre y el apellido del reo. Las viejas crónicas dan diversas versiones en cuanto al apellido. Unas dicen que era un verdadero nombre de familia, llevado por él ya antes del suceso; según otras era un apodo, procedente del principio de silencio que había adoptado, ya que guardó el incógnito hasta la muerte. De hecho, debía de llamarse Cichy, pero al notario se le trababa la lengua. La suerte de aquel antepasado mío no fue envidiable. Los calumniadores y los mentirosos, que siempre abundan, afirmaban que durante el juicio, cada vez que se nombraba al hermano, el acusado se relamía los labios, y ni siquiera detenía sus difamaciones el hecho de que no se sabía quién era hermano de quién.

De la existencia ulterior de mi antepasado no sé gran cosa. Tuvo dieciocho hijos y su fortuna fue variable, hasta tal punto que se ganó la vida durante una temporada como vendedor ambulante de escafandras para niños. En la vejez se convirtió en finalizador de obras literarias. Por ser una profesión poco conocida, tengo que explicar que consiste en cumplir los deseos expresados por los aficionados a la novela y el drama. Al aceptar un encargo, el finalizador debe compenetrarse con el ambiente, estilo y espíritu de la obra, a la cual añade un desenlace distinto del escrito por el autor. En los archivos de la familia se conservaron unos borradores que demuestran los grandes talentos artísticos del primer Tichy. Hay en ellos unas versiones de Otelo donde Desdémona estrangula al moro, y otras en las que ella y Yago viven juntos, muy enamorados. Hay variantes del infierno dantesco, donde las personas sometidas a tormento llevan nombres indicados por el que hizo el encargo. En términos generales, los finales trágicos originales rara vez eran sustituidos por unos finales felices; lo más frecuente era lo contrario. Los ricos refinados encargaban a mi antecesor unos desenlaces donde en el último momento no se salvaba la virtud, sino que, por el contrario, triunfaba el mal. Aquellos peticionarios acaudalados abrigaban indudablemente unas intenciones despreciables; a pesar de ello mi tatarabuelo, aun cumpliendo sus exigencias, creaba verdaderos primores artísticos, más próximos a las verdades de la vida que las obras de los mismos autores. Por otra parte, tenía que mantener una familia numerosa, así que, asqueado para siempre de la navegación cósmica -lo cual es muy comprensible- hacía las cosas para las que estaba dotado. Empezando por él, aparecía en nuestra familia el tipo de hombre de talento, introvertido, de mentalidad original e incluso propensa a veces a las extravagancias, tenaz en la

persecución de los fines que se había propuesto. Encontré en el archivo familiar cantidades de documentos que confirman estos rasgos característicos.

Creo que una de las ramas laterales de los Tichy vivía en Austria, mejor dicho en la antigua monarquía austrohúngara, porque encontré entre las páginas de la crónica más antigua una descolorida foto de un apuesto joven en uniforme de coracero, con monóculo y bigotito engomado, en cuyo dorso se podía leer todavía: «K.U.K. Cyberlieutenant Adalbert Tichy». De su vida y hazañas no sé nada, a excepción de un hecho notorio: como precursor de la microminiaturización técnica en una época que ni siquiera soñaba con ella, presentó a la superioridad el proyecto de apearse a los coraceros de los caballos y montarlos en poneyes.

Mucho más abundantes son los materiales respecto a Esteban Francisco Tichy, un pensador brillante que -desgraciado en su vida privada- deseaba cambiar el clima de la Tierra por el método de espolvorear las regiones polares con hollín pulverizado. La nieve ennegrecida debía fundirse gracias a la absorción de los rayos solares; mi tatarabuelo quería convertir las extensiones de Groenlandia y la Antártida, liberadas con este procedimiento de los hielos, en una especie de Edén de la humanidad. Al no encontrar partidarios de su proyecto, empezó él mismo a recoger reservas de hollín, lo que provocó desavenencias conyugales, ultimadas con el divorcio. Su segunda mujer, Eurídice, era hija de un farmacéutico, quien, a espaldas de su yerno, sacaba el hollín de la bodega y lo vendía como carbón medicinal (carbo animalzs). Descubierta la superchería, Esteban Francisco fue acusado también, pese a su inocencia, de falsificación de medicamentos, lo que le costó la confiscación de todas sus existencias de hollín, reunidas por él durante largos años en los sótanos de la casa. Decepcionado profundamente por los hombres, el infeliz murió en la flor de la edad. Su único consuelo en los últimos meses de la vida era esparcir hollín en invierno sobre la nieve de su jardincito, y observar los progresos del deshielo debidos a esta operación. Mi abuelo colocó en el jardín un pequeño obelisco, evocando su memoria en una inscripción apropiada.

Este abuelo mío, Jeremías Tichy, es uno de los personajes más relevantes de nuestro linaje. Se educó en casa de su hermano mayor, Melchor, cibernético e inventor, famoso por su religiosidad. De ideas no demasiado radicales, Melchor no quería automatizar todo el servicio divino; lo único que pretendía era ayudar al clero en sus funciones. Para este fin construyó unos aparatos seguros, de funcionamiento rápido y manejo fácil: el anatematizador, el excomulgador, y un dispositivo especial para lanzar anatemas provisto de marcha atrás (para el caso de querer revocarlos). Desgraciadamente, sus obras no fueron acogidas favorablemente por sus destinatarios, quienes, para colmo, las consideraron heréticas. Con la magnanimidad que le era propia, mi tío abuelo ofreció entonces al párroco del lugar el prototipo del excomulgador, para que lo probara experimentalmente sobre él mismo. Pero, ¡ay!, incluso esto le fue negado. Entristecido y decepcionado, renunció a continuar sus trabajos en la dirección prohibida, y se pasó (sólo como inventor) a la esfera de las religiones orientales. Hasta hoy día están en uso los molinillos de oraciones budistas, electrificados por él, sobre todo los modelos de alta frecuencia, que alcanzan la producción de 18.000 oraciones por minuto.

Jeremías, contrariamente a Melchor, no tenía en su carácter ni un ápice de rasgos conciliatorios. No terminó la escuela, y continuó sus estudios en casa, sobre todo en el sótano, que iba a desempeñar un papel tan importante en su vida. Era un hombre extraordinariamente consecuente con sus ideas. A la edad de nueve años tomó la decisión de crear la Teoría Universal de Todo y no se dejó desanimar. La notable dificultad de formular los pensamientos experimentada por él desde la infancia, aumentó después de un fatal accidente que sufrió en la calle (una apisonadora le aplastó la cabeza). Pero ni siquiera la invalidez le apartó de la filosofía; Jeremías determinó convertirse en Demóstenes del pensamiento, o más bien en su Stephenson, pues así como al inventor de la locomotora, que por sí mismo no se movía con una rapidez

excesiva, se le ocurrió obligar al vapor a mover unas ruedas, mi abuelo quiso obligar a la electricidad a mover las ideas. Hubo quienes deformaron su concepto, imputando al autor la intención de conseguirlo apaleando a los electrocerebros. Su lema, según los calumniadores, era: «¡Duro con las válvulas!». Es una alteración vergonzosa de su pensamiento. Sencillamente, Jeremías tuvo la desgracia de aparecer con sus teorías demasiado pronto. El pobre sufrió mucho a lo largo de su vida. La gente hacía en las paredes de su casa unas pintadas injuriosas del estilo de «pegamujeres», «verdugo de cerebros», etc.; los vecinos le denunciaban por perturbar el descanso nocturno con ruidos y juramentos que atravesaban los muros del sótano, y se atrevían incluso a afirmar que atentaba contra la vida de sus hijos, esparciendo por el suelo caramelos envenenados. A Jeremías, en efecto, no le gustaban los niños, igual que a Aristóteles; pero los caramelos estaban destinados a las cornejas que devastaban el jardín, como lo demostraban las inscripciones en sus envoltorios. En cuanto a las blasfemias que, según las denuncias, enseñaba a sus aparatos, se trataba sólo de las exclamaciones de desaliento que se le escapaban durante las extenuantes tareas en el laboratorio si sus resultados no le satisfacían. Por cierto, no era prudente por su parte el servirse (en los folletos editados a sus expensas) de términos campechanos y algo vulgares, ya que el lector, al tropezar en el contexto de estudios sobre sistemas electrónicos con expresiones como «dale a la lámpara», «trompazo» y «que se vaya a la porra», podía desorientarse por completo. Era también por espíritu de contradicción, estoy seguro, si contaba una historia fantástica sobre su modo de no proceder a una programación sin un buen palo. Mi abuelo era todo un tipo original, lo que no le facilitaba la convivencia con la gente. No todos sabían apreciar su sentido del humor (de ahí el asunto del lechero y los dos carteros, que de todos modos se hubieran vuelto locos, no lo dudo, a causa de una tara hereditaria, tanto más cuanto que los esqueletos tenían ruedas y la zanja medía apenas dos metros y medio de profundidad). Sin embargo, ¿quién es capaz de comprender los embrollados senderos de la genialidad? Se decía que había despilfarrado toda su fortuna comprando cerebros electrónicos sólo para destrozarlos, y que en el patio de su casa había montones de esa chatarra. ¿Era, acaso, culpa suya si los electrocerebros de aquel entonces no podían cumplir su cometido por ser demasiado limitados y endebles? De no romperse con tanta facilidad, le hubieran conducido finalmente, de ello estoy convencido, a la creación de la Teoría Universal de Todo. La derrota no desacredita, ni mucho menos, la grandiosidad de la idea de Jeremías.

En cuanto a sus complicaciones matrimoniales, la mujer que había desposado estaba bajo la fuerte influencia de unos vecinos malévolos que la instigaron a hacer declaraciones falsas (por otra parte, los choques eléctricos son saludables para el carácter). Mi abuelo se sentía abandonado y convertido en objeto de burla también por parte de ciertos especialistas, de horizontes estrechos, como el profesor Brummbur por ejemplo, que puso a Jeremías el apodo de matón eléctrico porque éste usó una vez la bobina de inducción de manera inadecuada. Brummbur era un hombre malo y de poco valor, lo que no libró a Jeremías de pagar con cuatro años de interrupción del trabajo un breve momento de cólera, más que justificada. Todo esto, porque no le acompañó el éxito. En el caso contrario, ¿quién se interesaría por los defectos de sus maneras, costumbres y estilo? ¿Quién divulga chismes sobre la vida privada de Newton o Arquímedes? Desgraciadamente, Jeremías fue un precursor demasiado temprano y tuvo que pagarlo.

Hacia el final de su vida, mejor dicho, en su ocaso, experimentó Jeremías una metamorfosis asombrosa que cambió totalmente su destino. El hombre se encerró a cal y canto en su sótano, quitando previamente de en medio todos los restos de aparatos, y se quedó entre cuatro paredes desnudas, donde no había más que un catre de tablones, un tosco taburete y un trozo de raíl viejo de ferrocarril, permaneciendo en este encierro voluntario (o cárcel) hasta la muerte. ¿Era realmente una cárcel? ¿El gesto de Jeremías

significaba solamente una huida del mundo hostil, una retirada resignada en la condición del ermitaño que se hostiga a sí mismo? Los hechos desmienten esta suposición. No eran las meditaciones solitarias lo que le ocupaba en el encierro que se había impuesto. Además de un poquito de pan y agua, le pasaban por la mirilla de la puerta los objetos que reclamaba. Durante aquellos dieciséis años pidió siempre la misma cosa: martillos de varios tamaños y pesos. Le fueron entregadas 3219 piezas en total. Cuando su gran corazón dejó de latir, se encontraron en todos los rincones del sótano cientos y cientos de martillos oxidados, aplastados por el duro trabajo. A lo largo de todo aquel tiempo se oía el ruido sonoro de los martillazos, que se interrumpían sólo por breves momentos cuando mi abuelo daba sustento al fatigado cuerpo o después de un corto sueño, apuntaba en su diario las notas que tengo ante mí. Sus apuntes demuestran que el espíritu de Jeremías no sólo no había cambiado, sino que, al revés, era todavía más fuerte y estaba concentrado en un objetivo nuevo. «¡A ver quién puede más!» «¡Ya falta poco!» «¡Terminaré contigo!»... Frases como éstas, escritas con trazo apenas legible, abundan en los gruesos cuadernos cubiertos de limaduras de hierro. ¿A quién quería demostrar que él era el más fuerte? ¿Con quién se proponía terminar? No hay posibilidad de esclarecer el misterio, puesto que no aparece ni una sola vez el nombre del adversario enigmático, y por lo visto, poderoso. Me figuro que decidió, en uno de los estallidos de luz que suelen acontecer en las almas grandiosas, realizar a un nivel lo más elevado posible, lo que antes había intentado hacer mucho más modestamente. En aquel tiempo colocaba ciertos dispositivos en unas situaciones forzadas y los trataba duramente para obtener de ellos lo que quería. Ahora el orgulloso anciano se aisló del coro de críticos de poca monta con su encierro voluntario y entró en la historia por la puerta del sótano, ya que -la hipótesis es mía- libró una lucha sin cuartel con el más poderoso de todos los adversarios: en medio de enormes fatigas que duraron dieciséis años, nunca perdió la conciencia de atacar a la esencia misma de la existencia, golpeando sin desfallecimiento, dudas ni compasión..., ¡la materia!

¿Cuál era el fin que perseguía? Oh, no tenía nada en común con el proceder de aquel monarca de la antigüedad que ordenó dar azotes al mar por haber tragado sus naves. Yo intuyo en sus trabajos de Sísifo, realizados con tanta heroicidad, un pensamiento no sólo sorprendente. Las generaciones venideras se darán cuenta de que Jeremías pegaba en nombre de la humanidad. Él quería llevar la materia a sus últimos reductos, cansarla mortalmente, sacar de ella a golpes su suprema esencia y, finalmente, vencerla. ¿Que iba a suceder después? ¿Una anarquía total fruto de la derrota, una ilegalidad física? ¿O, tal vez, la aparición de unas leyes nuevas? Lo ignoramos. Lo sabrán un día los continuadores de la obra de Jeremías.

Me hubiera gustado terminar aquí su historia, pero ¿cómo podría silenciar el hecho de que, incluso después de su muerte, los calumniadores propagaban absurdos chismorreos, afirmando que se había encerrado en el sótano para esconderse de su mujer y de sus acreedores? ¡He aquí cómo el mundo paga a sus hijos geniales por su grandeza!

El personaje siguiente de quien hablan las crónicas fue Igor Sebastián Tichy, hijo de Jeremías, asceta y cibernético. En él termina la rama terrestre de nuestro linaje, ya que, a partir de él, todos los descendientes de Anonymus se fueron a la Galaxia. Igor Sebastián era de naturaleza contemplativa, y sólo por esta causa (y no por la subnormalidad que le achacaban algunos) pronunció las primeras palabras a la edad de once años. Al igual que todos los grandes pensadores-reformadores, que reconsideran al hombre con ojo crítico, así lo hizo él, y llegó a la convicción de que la fuente del mal en nosotros eran los vestigios de la animalidad, funestos para el individuo y para la sociedad. El hecho de contraponer las tinieblas de los impulsos a la luz del espíritu no constituía una gran novedad, pero Igor Sebastián dio un paso más, atreviéndose a lo que no se habían atrevido sus predecesores. Siendo un esteroquímico extraordinariamente capacitado, al cabo de varios años de estudios creó en la retorta una substancia que convirtió los

sueños en realidad. Estoy hablando, evidentemente, del famoso repulsinón, un derivado pentazolidínico del dialilortopentanoperhidrofenantren. Inocuo para la salud, el repulsinón, tomado a una dosis microscópica, hace que el acto de la procreación se convierta en una sensación muy desagradable, al revés de lo que ocurría hasta entonces. Gracias a una pizca de un polvo blanco, el hombre empieza a mirar el mundo con el ojo no obnubilado por la libido, advierte en él, sin estar cegado por los impulsos animales, la jerarquía verdadera de valores y, además, gana mucho tiempo. Liberado de la esclavitud del sexo creada por la evolución, se despoja de las cadenas de alienación erótica y logra, al fin y al cabo, la libertad. La continuación de la especie debe ser, al fin y al cabo, el resultado de una decisión consciente, del sentido del deber hacia la humanidad, y no el de la satisfacción casual (por ser automática) de apetitos obscenos. El primer proyecto de Igor Sebastián fue el de transformar la unión de los cuerpos en un acto neutro, pero pronto juzgó que no era suficiente, ya que el hombre hace muchas cosas no por el placer siquiera, sino por aburrimiento o costumbre. Desde entonces, el acto debía ser un sacrificio en aras del bien público, un sufrimiento voluntariamente soportado; cada procreador se elevaba a la dignidad de héroe, como todos aquellos que se sacrifican por su prójimo. En su calidad de investigador auténtico, Igor Sebastián experimentó la acción del repulsinón sobre si mismo y, para demostrar que se podía tener descendencia aun tomando dosis masivas, sin desfallecer y con la mayor abnegación engendró trece hijos. Dicen que su mujer se escapó varias veces de la casa; hay en ello una brizna de verdad, pero la causa principal de las desavenencias conyugales fueron, como en el caso de Jeremías, los vecinos que excitaban a la mujer, no demasiado inteligente, contra el marido, acusándole de maltratar a la esposa. El científico les explicó repetidas veces que no le hacía ningún daño, siendo únicamente el consabido acto, convertido en la fuente de sufrimientos, lo que provocaba en su casa ruidos y quejas; pero aquellos desconsiderados repetían como loros lo suyo, diciendo que el padre daba palizas a los electrocerebros, y el hijo, a su mujer. En cualquier caso, todo esto no era más que el prólogo de la tragedia: cuando, al no encontrar adeptos a sus teorías, exaltado por la idea de purificar para siempre al hombre de sus bajos deseos, echó el repulsinón en todos los pozos del pueblo, las encolerizadas muchedumbres le pegaron y le quitaron la vida, cometiendo el abyecto crimen de tomar venganza por su mano. El presentimiento del peligro a que se exponía no era ajeno a Igor Sebastián. Se daba cuenta de que la victoria del espíritu sobre el cuerpo no vendría por sí sola; lo atestiguan numerosos párrafos de sus escritos publicados en edición póstuma a cargo de la familia. Decía en ellos que cada gran idea debe ser apoyada por la fuerza, tal como lo demuestran varios ejemplos de la historia de la humanidad, de donde se deduce fácilmente que la policía defiende las ideologías mejor que los argumentos y la persuasión. Desgraciadamente, Igor Sebastián no disponía de policía, y por eso tuvo este fin tan triste.

Surgieron, evidentemente, unos difamadores que sostenían que el padre era sádico y el hijo masoquista. No hay en esta calumnia ni una palabra de verdad. Sé que me meto en unos asuntos delicados, pero tengo que hacerlo para salvar de las difamaciones el buen nombre de nuestra familia. Igor no era un masoquista: a pesar de toda su fuerza de voluntad, tenía que recurrir a veces a la ayuda física de dos fieles primos suyos que lo mantenían en la cama matrimonial, sobre todo después de grandes dosis de repulsión, de la cual huía, terminada la cosa, como si lo hubieran despellejado.

Los hijos de Igor no continuaron la obra de su padre. El mayor se ocupó durante un tiempo de la síntesis del ectoplasma, substancia bien conocida por los espiritistas que los médiums emiten en trance, pero no la logró, porque como decía- la margarita, la materia prima base, no era lo bastante pura. El hermano menor era la oveja negra de la familia. Le compraron el pasaje a la estrella Mira Coeti, que se apagó a poco de su llegada. De la vida de las hijas no sé nada.

Después de ciento cincuenta años de interrupción en las crónicas, aparece en ellas uno de los primeros cosmonautas o, como se decía entonces, navegantes siderales, mi tataratío Pafnucio. Propietario de un transbordador estelar en uno de los menores estrechos galácticos, pasó al otro lado enormes cantidades de viajeros. Llevó entre las estrellas una vida tranquila y reposada, en contraste con su hermano Eusebio, que era corsario (empezó a serlo a una edad relativamente avanzada). Chistoso por excelencia, dotado de un sentido del humor fuera de lo común, Eusebio, llamado por su dotación «a practical joker», cegaba las estrellas con pez negra y sembraba la Vía Láctea de pilas eléctricas para despistar a los capitanes de las naves, abordando y despojando los cohetes desviados de su curso. Luego devolvía el botín, obligaba al capitán a proseguir el viaje, le alcanzaba otra vez en su cohete negro, lo abordaba y saqueaba de nuevo; hubo casos en que lo hizo seis o diez veces seguidas. Las caras de los pasajeros no se veían de tantos morados.

No obstante, Eusebio no era un hombre cruel. Simplemente, acechando a las víctimas durante años en los descampados intersidiales, se aburría horriblemente y, cuando por fin le caía una entre manos, no se sentía capaz de separarse de ella después del pillaje. No es ningún secreto que la piratería interplanetaria es, bajo el aspecto financiero, deficitaria. La mejor prueba de ello consiste en que prácticamente no existe. Eusebio Tichy no actuaba impelido por los bajos motivos materiales. Le animaba, por el contrario, el espíritu de los viejos ideales; lo que deseaba era el renacimiento de la honorable tradición terrestre de la piratería en los mares. Mi tío dedicó todos sus esfuerzos a la tarea que consideraba como su verdadera misión. Se le acusaba de varias inclinaciones abyectas; hubo incluso quien le llamó tanatófilo por el mero hecho de que alrededor de su nave giraban innumerables despojos de cosmonautas. No hay nada más falso que estas indignas difamaciones. Lo que ocurre, simplemente, es que en el espacio no se puede dar sepultura a un finado; la única solución es la de empujarlo a través de la escotilla del cohete; el hecho de que no se separara de él y girara alrededor de su nave era consecuencia de las leyes de la mecánica newtoniana, y no de los sospechosos gustos de quien fuera. Al pasar los años, la cantidad de cuerpos, satélites de aquel pariente mío, creció en efecto considerablemente; mientras hacía maniobras, se movía rodeado de una especie de aureola de la muerte, evocadora de las danzas de Durero; pero, repito, no era por su voluntad, sino por la de la naturaleza.

En el sobrino de Eusebio y primo mío, Aristarco Félix Tichy, se reunieron todos los talentos que hasta entonces habían aparecido en nuestra familia por separado. Fue el único que consiguió la consideración general y un gran bienestar material, gracias al desarrollo esplendoroso que dio a la ingeniería gastronómica, llamada también la gastronántica. Las primicias de esa rama de la técnica se remontan a los finales del Siglo XX, época en la cual era conocida bajo el aspecto adusto y primitivo de la llamada canibalización de los cohetes. Fue entonces cuando se empezó a emplear, para ahorrar material y sitio, alimentos concentrados y prensados, tales como arroz, tapioca, legumbres, etc., para la construcción de tabiques y puentes de los cohetes. Más tarde ese sistema de construcción fue ampliado y aplicado incluso a la producción del mobiliario espacial. Mi primo enjuició en una frase lapidaria la calidad de aquella fabricación, diciendo que las sillas sabrosas eran incómodas para sentarse y las cómodas producían indigestión. Aristarco Félix aportó al problema una solución totalmente nueva. No es extraño que los Astilleros Unificados de Aldebarán hayan dado su nombre a la primera astronave de tres grados de su fabricación (Entremeses, Asado, Postre). Ahora ya a nadie le sorprenden cuadros de mando montados sobre una placa de bizcocho (los electrobizcochos), condensadores con relleno de fruta escarchada, aislantes de macarrones, bobinas de inducción con almendras y miel (buena conductora de la electricidad), y ventanas de azúcar armado. Hay, naturalmente, personas que no son partidarias de los trajes de huevos revueltos o las almohadas de plumcake y pasta de

levadura (porque dejan migas en la cama). Todo esto es obra de mi primo. Fue él quien inventó maromas de salchichón, sábanas de hojaldre, mantas de soufflé, propulsión de tallarines y sémola, el primero en aplicar el emental a los radiadores. Al sustituir el ácido nítrico por levadura, convirtió el combustible en una bebida refrescante exquisita (¡sin alcohol!). Jamás tienen un fallo sus extintores con zumo de frambuesa, que apagan igualmente bien los incendios que la sed. Como es natural, Aristarco tuvo imitadores, pero ninguno de ellos podía comparársele. Un tal Globkins procuró introducir en el mercado la tarta de Sacher con mecha como elemento de alumbrado; fue un fiasco total, ya que la tarta daba poca luz y, además, sabía a hollín. Tampoco encontró compradores para sus felpudos de arroz a la cazuela, ni para sus placas de blindaje de turrón, que se desintegraban al primer choque con un meteorito. Se demostró una vez más que no bastaba con tener una idea general de las cosas, ya que cada solución concreta ha de ser creativa, como lo fue, por ejemplo, la genial ocurrencia de mi primo, deslumbrante de su sencillez, de llenar todas las cavidades del esqueleto del cohete con consomé, que, como se sabe, es muy ligero, pero nutritivo. Creo que aquel Tichy mereció plenamente el nombre de bienhechor de la cosmonáutica. Los precursores de esa técnica nos decían, todavía no hace mucho, cuando ya no podíamos soportar ni la vista de croquetas de algas y sopitas de musgos y líquenes, que éstos eran los únicos alimentos que podía llevar la humanidad hacia las estrellas. ¡Muchas gracias! Menos mal que tuve la suerte de llegar en vida a una época mejor. ¡Cuántas dotaciones perecieron de hambre, yendo a la deriva entre las oscuras corrientes del espacio, sin tener más opción que el sistema de sorteo, o el de la elección democrática por la mayoría de votos! Me darán la razón todos aquellos que recuerden la deprimente atmósfera de las reuniones convocadas para discutir acerca de esos desagradables asuntos. Hubo incluso un proyecto de Drapluss, muy sonado en aquellos tiempos, de esparcir uniformemente por todo el sistema solar tapioca, sémola y cacao en polvo para los náufragos; pero el plan no fue llevado a cabo, en primer lugar porque era demasiado costoso, y luego, porque las nubes de cacao hubieran ocultado las estrellas de orientación de las naves. Y sólo el canibalismo de cohetes nos libró del anterior...

A medida que me aproximo, a lo largo de las ramificaciones de nuestro árbol genealógico, a los tiempos modernos y a la aparición de mi propia persona, mi tarea de historiador de la familia se vuelve cada vez más difícil. Y no sólo porque fuera más cómodo trazar los retratos de unos antepasados que tenían un modo de vida más sedentario que los de sus descendientes siderales, sino también porque en el vacío se manifiesta una influencia de los fenómenos físicos sobre la vida familiar, inconcebible en el globo terráqueo. Desbordado por documentos que no soy capaz de ordenar, renuncio a toda clasificación y los presento en la misma sucesión en que han sido conservados. He aquí, ennegrecidas por la velocidad, las páginas del cuaderno de bitácora escritas por el capitán de navegación estelar Albino Tichy:

Apunte 116.303.

¡Cuántos años sin gravedad! Las clepsidras no funcionan, los relojes de péndulo están parados, en los de cuerda fallan las muelles. ibamos quitando hojas del calendario al azar, pero hasta esto ya pertenece al pasado. Nos quedan como única orientación desayunos, comidas y cenas. ¿Qué haremos si cualquier indigestión anula este cálculo del tiempo? Tengo que dejar de escribir: alguien entró, serán los gemelos, o una interferencia de rayos luminosos.

Apunte 116.304.

Un planeta a babor no señalado en los mapas. Un poco más tarde, durante la merienda, un meteorito, por suerte pequeño, que nos perforó tres cámaras: las de presión, frenado y desembrague. Di la orden de pegar con cola. En la cena falta el primo

Patricio. Conversación con el abuelo Arabeo sobre la relación de la indeterminación. De hecho ¿qué es lo que sabemos terminantemente? Que hemos salido, jóvenes, de la Tierra, que dimos a nuestra nave el nombre de Cosmocista, que el abuelo y la abuela embarcaron con otros doce matrimonios que hoy día forman ya una sola familia, unida por los lazos de consanguinidad. Estoy inquieto por Patricio; también ha desaparecido el gato. Observé una influencia positiva de la falta de gravedad sobre los pies planos.

Apunte 116.305.

El primogénito del tío Ambrosio tiene la vista tan aguda y es tan pequeño todavía, que advierte neutrones a ojo desnudo. Negativo resultado de la búsqueda de Patricio. Aumentamos la velocidad. Durante la maniobra cortamos con la pepa un isócrono. Después de cenar vino a verme el suegro de Ambrosio, Amfotérico, y me confesó que se convirtió en su propio padre, porque su tiempo se rizó en forma de bucle. Me pidió que no lo dijera a nadie. Consulté con unos primos físicos. No ven solución ¡Quién sabe lo que nos espera todavía!

Apunte 116.306.

Me fijé en que las barbillas y frentes de algunos hombres y mujeres mayores retroceden. ¿Efecto de una recesión giroscópica, acortamiento de Lorentz-Ritzgeral, o resultado de perder dientes y darse frecuentes golpes en la frente contra los dinteles cuando suena la campana llamando a la mesa? Avanzamos a lo largo de una nebulosa de buen tamaño. La tía Arabella predijo nuestra futura trayectoria, leyéndola al modo casero en los posos de café. Comprobé sus cálculos con un electrocalculador. ¡Los resultados se parecen bastante!

Apunte 116.307.

Un breve alto en el planeta de los vagales. Cuatro personas no han vuelto a bordo. Al arrancar, el reactor izquierdo bloqueado. Di la orden de soplar. ¡Pobre Patricio! En la rúbrica "causa del óbito" escribí: "distracción". ¿Qué otra cosa pudo ser?

Apunte 116.308.

El tío Timoteo soñó que nos atacaban los pillones. Afortunadamente, todo terminó sin víctimas ni daños. Empezamos a estar estrechos en la nave. Hoy tres partos y cuatro mudanzas por divorcios. La criatura de los Ambrosio tiene ojos como estrellas. Para mejorar el espacio vital recomendé a todas las mujeres que se metieran en las cámaras de hibernación. Surtió únicamente efecto el argumento de que en estado de muerte reversible no iban a envejecer. Ahora se está bien y hay mucha calma.

Apunte 116.309.

Nos estamos acercando a la velocidad de la luz. Multitud de fenómenos desconocidos. Apareció un nuevo tipo de partículas elementales: los chicharrones. No muy grandes, un poco quemados. A mi cabeza le pasa algo raro. Recuerdo que mi padre se llamaba Bernabé, pero tenía también otro, con el nombre de Balaton. ¿O tal vez fuera un lago de Hungría? Tengo que averiguarlo en la enciclopedia. Veo cómo las mujeres se flexionan en los cuantos y no por eso dejan de hacer calceta. La cubierta 111 huele mal. El bebé de los Ambrosio vuela en vez de andar a gatas, sirviéndose alternativamente de la descarga frontal y trasera. ¡Qué maravilla es la adaptación biológica del organismo!

Apunte 116.310.

Estuve en el laboratorio de mi primo Isaías y su mujer. No paran de trabajar. Mi primo dijo que en la fase superior de la gastronomía habrá muebles no solamente comestibles, sino vivos. Estos no se pasarán jamás y no habrá necesidad de tenerlos en la nevera

hasta su uso. Pero ¿quién tendrá el valor de levantar la mano para degollar a una silla viva? Por ahora todavía no los hay, pero Isaías dice que pronto nos convidará a unas patas en jalea. De vuelta en el puesto de mando, reflexioné largo rato sonándome todavía sus palabras en el oído. Me había hablado de las astronaves vivas del futuro. ¿Se podrá tener un hijo con esa clase de astronave? ¡Vaya ocurrencia que he tenido!

Apunte 116.311.

El abuelo Arabeo se me quejó de que su pierna izquierda alcanzaba la Estrella Polar y la derecha, la Cruz del Sur. Fuera de esto, supongo que está tramando algo, porque siempre anda a gatas. Tengo que vigilarle. Desapareció Baltasar, el hermano de Isaías. ¿Sería una dispersión cuántica? Al buscarlo, constaté que la cámara atómica estaba llena de polvo. ¡No la habrán limpiado en un año por lo menos! Quité el cargo de mayordomo a Bartolomé y se lo di a su cuñado Tito. Por la noche, en el salón, durante la actuación de la tía Melania, estalló de repente el abuelo. Di la orden de pegar con cola. Fue por mi parte un mero reflejo condicionado. No revoqué la orden, para no poner en duda una decisión del capitán. Echo mucho de menos al abuelo. ¿Qué habrá sido? ¿Ira o autoaniquilación? Siempre fue de temperamento nervioso. Durante la guardia me apeteció un poco de carne. Corté un trozo de ternera congelada de la nevera y lo comí. Ayer se descubrió que se había perdido el papel donde estaba apuntado el destino del viaje; es una lástima porque ya llevamos volando 36 años más o menos. La carne, cosa rara, estaba llena de perdigones: ¿desde cuándo se mata las terneras a tiro de escopeta? Junto a nosotros corre un meteorito con alguien sentado encima a horcajadas. Fue Bartolomé quien lo vio primero. De momento finjo que no me entero.

Apunte 116.312.

El primo Bruno dice que no era una nevera, sino un hibernador, por que para gastar una broma había cambiado los letreros, y que no eran perdigones sino perlitas. Me transporté hasta el techo; donde no hay gravitación no se puede hacer una escena, ni patadas ni puñetazos sobre la mesa. Ahora lamento no haberme metido con las estrellas. Mandé a Bruno al peor trabajo: a la popa, a desenmarañar lana.

Apunte 116.313.

El Cosmos se nos está tragando. Ayer se desprendió una parte de la pepa con los aseos. Estaba allí el tío Palexander. Sin poder hacer nada por él, miraba cómo se hundía en las tinieblas y cómo las tiras de papel se desenrollaban y se agitaban tristemente en el vacío. ¡Verdadero grupo de Laconte entre las estrellas! ¡Qué desgracia! Aquel del meteorito no es un pariente; es un desconocido. Sigue volando a horcajadas. Me intriga. Me dijeron que varias personas se marchaban a hurtadillas. Por cierto, ya no vamos tan apretados. ¿Será verdad?

Apunte 116.314.

El primo Rolando, nuestro contable, tiene grandes problemas. Ayer, en mi presencia, trabajó hasta extenuarse calculando el tonelaje de novias con la corrección einsteiniana para la desfloración. Escribiendo, levantó de pronto la cabeza, me miró a los ojos y dijo: "¡El hombre, qué raro suena!" Este pensamiento me sorprendió. El tío Ambrosio terminó su Teología de los Robots y ahora está inventando un sistema nuevo: habrá en él unos ayunos especiales, llamados hambroras (por lo del tiempo). El abuelo Arabeo no me gusta. Compone retruécanos. "Retruécano -me dijo- significa "no permuta", y una fiesta celebrada por Martín es una "martingala". El pequeño Cuqui, el que vuela a reacción y pronuncia f en vez de p ('flaneta' en vez de planeta, pero en cambio 'traje de pranela'), tiró el gato, se ha descubierto ahora, al recipiente de sosa que absorbe el bióxido de carbono. El pobre bicho se descompuso en bigatón de sosa.

Apunte 116.315.

Encontré hoy ante mi puerta a un recién nacido, con un papelito prendido a los pañales. "Es tuyo". No sé nada. ¿Será un concurso de circunstancias? Le hice un colchón de actas viejas en el cajón.

Apunte 116.316.

En el Cosmos se pierden montones de calcetines y pañuelos, y además el tiempo se descompone por completo; advertí mientras desayunábamos que ambos abuelos eran mucho más jóvenes que yo. Hubo también casos de tiolisis. Di al primo la orden de hacer un balance; han abierto los hibernadores, estoy descongelando a todos. Muchas mujeres tienen constipado, ronquera, narices amoratadas e hinchadas, orejas encarnadas; algunas prorrumpieron en llantos espasmódicos. No pude remediarlo. El hecho más sorprendente: entre los resucitados hay una ternera, en cambio falta la tía Matilde. ¿Es posible que Bruno en verdad no bromeara, es decir, bromeó de veras?

Apunte 116.317.

Delante de la cámara atómica hay un camarín. Mientras estuve sentado allí, tuve una graciosa ocurrencia: ¡que a lo mejor nunca hemos arrancado y pasamos todo el tiempo sin movernos de la Tierra! Pero no: tendríamos la gravedad. Esta reflexión me tranquilizó. En cualquier caso, averigüé qué era lo que tenía en la mano: un martillo. A lo mejor me llamo Jeremías. Hemos dejado muy atrás el principio de Pauli, según el cual una persona sólo puede ser habitada por una individualidad a la vez. Pienso, por ejemplo, en la carrera de relevos maternal, cosa corriente para nosotros en el Cosmos, cuando varias mujeres dan sucesivamente a luz el mismo niño (esto se aplica también a los padres) a causa de la enorme velocidad. Cuqui hasta hace poco tan pequeño, me envió al techo cuando chocamos de frente en el comedor queriendo coger ambos a la vez el tarro de mermelada. ¡Cómo corre el tiempo, por más embrollado, retorcido e incluso hecho bucles que fuera!

Apunte 116.318.

Arabeo me contó que tuvo siempre una ilusión íntima de que las estrellas y planetas tenían sólo una cara, la que está vuelta hacia nosotros, y que del otro lado no había más que unos soportes polvorientos de tablones y cuerdas. ¡Eso fue lo que le alentó a viajar a las estrellas! Me informó en la misma ocasión que algunas mujeres ponían cosas en los arcones; según él, no sólo ropa interior, sino también huevos. Si fuera verdad, significaría una regresión brutal, desde el punto de vista de la evolución. Supongo que estaba muy incómodo, levantando así la cabeza hacia mi de su postura a cuatro patas. Me preocupa su hermano menor. Lleva ocho años de pie en mi pasillo con los dedos índice apuntando hacia adelante. ¿Serán los principios de la catatonia? Primero maquinalmente y luego por hábito, empecé a colgar sobre él el sombrero y el abrigo. Puede por lo menos pensar que sirve para algo.

Apunte 116.319.

Cada vez hay más sitio. ¿Difracción, sublimación o, sencillamente, todos pasan al infrarrojo debido al efecto Doppler? Di voces en la cubierta central y nadie acudió, excepto la tía Clotilde con agujas de tejer y un guante a medio hacer. Fui al laboratorio. Los primos Mitrófano y Alarico fundían el tocino y vertían la grasa en el agua para investigar las trayectorias de los chicharrones. Alarico me dijo que en nuestra situación el poso de café era más seguro que la cámara de Wilson. ¿Entonces, por qué se lo ha comido todo después de hacer cálculos? No comprendo, pero no me atreví a preguntar. Desapareció el tataratío Emerico.

Apunte 116.320.

El tío abuelo Emerico ha vuelto a aparecer. Cada dos minutos sale a babor con una regularidad digna de mayor causa. Se ve por el tragaluz superior cómo llega al cenit y se pone luego a estribor. No ha cambiado en absoluto, ni siquiera en la órbita del último reposo. ¿Quién y cuándo le habrá empujado fuera? ¡Estremecedora pregunta!

Apunte 116.321.

El tío es tan regular que sobre sus salidas y puestas se podría controlar un cronómetro. Lo más extraño es que empezó a dar la hora sonando. No puedo comprenderlo.

Apunte 116.322.

Sencillamente, en el punto más bajo de su órbita se engancha con los pies en la superficie del fuselaje y las puntas de las suelas o los tacones saltan sobre los remaches del blindaje. Hoy, después del desayuno, dio las trece. ¿Casualidad o mal presagio? El meteorito del hombre desconocido se alejó un poco, pero sigue nuestro curso. Me senté hoy al escritorio para trabajar y la silla me dijo: "¡Qué extraño es este mundo!". Pensé que el tío Isaías había logrado lo que se proponía, pero resultó que era sólo el abuelo Arabeo. Me dijo que era un invariante, o sea, uno a quien todo le da lo mismo, y que podía quedarme sentado. Voceé hoy durante una hora en las pasarelas y en la cubierta superior. Ni un alma. En el aire volaban unas briznas de lana, unas agujas y unas barajas de naipes para hacer solitarios.

Apunte 116.323.

Existe un método especial para salvar el equilibrio mental: se inventan unas personas ficticias. ¿No lo estaré haciendo desde hace tiempo de manera inconsciente? Pero ¿desde cuándo? Estoy sentado sobre Arabeo, que calla obstinadamente, con un bebé llorón en la gaveta. Le llamé Ijon y le alimento con biberón. Me rompo la cabeza pensando de dónde sacaré una mujer para él; se puede creer que me adelanto mucho a los acontecimientos, pero en estas condiciones nunca se sabe. Estoy volando, pues, así sentado...

Estas son las últimas palabras escritas por mi padre en el diario de navegación; falta el resto de las hojas. Yo también estoy sentado en un cohete y leo que otra persona, es decir él, estaba sentada en un cohete y volaba. El, sentado, volaba, y yo, sentado, también estoy volando. ¿Quién, pues, está sentado y vuela en realidad? ¿A lo mejor yo no existo? Pero el cuaderno de bitácora no se puede leer a sí mismo. Entonces existo, puesto que leo. ¿Y si todo esto fuera impuesto e imaginado? Qué cosas se me ocurren, tan... Digamos que él no estaba sentado y no volaba, y yo sí, sigo volando sentado, es decir, sentado, vuelo.

De esto estoy seguro. ¿Lo estoy de veras? La única seguridad que tengo es la de estar leyendo cosas sobre alguien que está sentado y vuela. En cambio, ¿cómo conseguir la seguridad en lo que se refiere a mi propio vuelo y asiento? El cuartito es muy modesto, casi un cuchitril. Debe de estar en la cubierta central, pero en nuestra casa había uno muy parecido en el desván. En cualquier caso, basta con traspasar la puerta para comprobar si es una ilusión o no. Pero ¿y si se tratara de una ilusión y lo que yo viera fuera una continuación de ella? ¿No existe nada que lo determinaría? ¡No puedo creerlo! Porque si fuera verdad que yo no vuelo y no estoy sentado y solamente leo que él volaba y estaba sentado (Si es cierto lo de él), significaría que yo, a través de mi ilusión, llego a conocer la suya, es decir, que a mi me parece lo que le parece a él. ¿Una ilusión de otra ilusión? De acuerdo, pero él escribía también cosas sobre alguien que volaba sentado a horcajadas en un meteorito. Esto ya no es lo mismo. A mi me parece que a él le parecería lo que el

otro hacia a horcajadas, y si aquél también le parecía, ¡ya no sacaremos nada en limpio! Me duele la cabeza, y otra vez, como ayer, y anteayer, tengo que pensar en obispos y narices amoratadas, en unos ojos como los acianos, en el Danubio Azul y ternera color violeta. ¿Por qué? Y sé que cuando de noche acelere el vuelo, pensaré en los huevos revueltos, mejor dicho, en los huevos fritos con yemas muy grandes, en zanahorias, miel y los talones de la tía Marieta, igual que cada noche... ¡Ah! ¡Ya entiendo! Es el efecto del desplazamiento del pensamiento, una vez hacia el ultravioleta, otra vez, a través del amarillo, hacia el infrarrojo, o sea, ¡el efecto psíquico de Doppler! ¡Importantísimo! ¡Esta sería la prueba de que estoy volando! ¡La prueba por el movimiento, demonstratio ex motu, como decían los escolásticos! Si, pues sí, estoy volando de veras... Sí. Pero a cualquier persona se le puede ocurrir pensar en huevos, talones y obispos. No es ninguna prueba concluyente, una suposición, nada más. ¿Qué queda, pues? ¿El solipsismo? ¿Solamente existo yo, sin volar a ninguna parte?. Muy bien, pero esto significaría que no existió Anonymus Tichy, ni Jeremías, ni Igor, ni Esteban, ni Albino, que no hubo Bernabé, Eusebio, Cosmocista, que nunca estuve en el cajón del escritorio paterno, ni que mi padre volaba montado en Arabeo, y esto no, ¡esto no es posible! ¿Cómo hubiera podido sacar de la nada tantos personajes y acontecimientos familiares? ¡Ex nihilo nihil fit! ¡Por lo tanto, la familia existió, es ella quien me permite volver a tener fe en el mundo y en este vuelo mío de desconocido final! ¡Gracias, antepasados míos, me habéis salvado! Pronto pondré estas hojas en un barril de oxígeno vacío y las echaré por la borda al espacio, que vuelen en las negras lejanías, ya que navigare necessum est, y yo navego y navego, tantos años...

MEMORIAS

I

¿Queréis que vuelva a contaros cosas? Si, veo que Tarantoga saca su bloc de taquigrafía..., espera, profesor. Yo, de veras, no tengo nada que decir. ¿Cómo? No, no estoy bromeando. Y, en última instancia, yo también puedo tener ganas de pasar una noche como ésta, entre vosotros, sin que se me obligue a hablar. ¿Por qué? ¡Ah, el porqué...! Amigos míos, no os lo dije nunca, pero el Cosmos está poblado ante todo de seres como nosotros. No sólo son homínidos, sino que se nos parecen como una gota de agua a otra. La mitad de los planetas habitados son Tierras: un poco más grandes, un poco más pequeñas, de clima más frío o más tropical, ¿qué diferencia hay? Y sus habitantes... los hombres -porque de hecho son hombres- se nos parecen también tanto, que las diferencias sólo subrayan el parecido. ¿Que por qué me había callado tanto tiempo? Ya lo comprenderás. Cuando miro las estrellas, vuelven a mi memoria varios acontecimientos, varias imágenes se dibujan ante mi, pero lo que más me gusta revivir es lo singular, lo inédito. Sean unos hechos terribles o estremecedores, macabros e incluso ridículos, ya no me hacen ningún daño. Pero, amigos, ¡mirar las estrellas sabiendo que aquellas chispitas azules son -si se las mira de cerca- países de la fealdad, la tristeza, la ignorancia, los fracasos y desengaños, que allá, en el cielo azul marino, pululan también viejas barracas, patios sucios, cloacas, vertederos de basura, cementerios invadidos por las malas hierbas...!

¿Es que los relatos de alguien que ha visitado la Galaxia han de evocar las quejas de un vendedor ambulante que va de un pueblucho provinciano a otro? ¿Quién le escucharía? ¿Y quién le creería? Los pensamientos de esta clase vienen cuando uno

tiene un poco de depresión o siente una inclinación morbosa a las efusiones demasiado sinceras. Así pues, para no entristeceros, hoy ¡nada sobre estrellas! No, no, no voy a continuar callado. Os sentiréis engañados. Contaré algo, de acuerdo, pero no será ningún viaje. Al fin y al cabo, también en la Tierra he vivido alguna que otra aventura. Profesor, si te empeñas, ya puedes empezar a anotar.

Como sabéis, recibo a menudo visitas, a veces muy extrañas. Os hablaré de una categoría de ellas: los inventores y científicos ignorados por todos. No sé por qué, los atraigo como un imán. Mirad cómo se sonríe Tarantoga. Pero yo no me refiero a él, no tiene nada de inventor subestimado. Quiero hablar de aquellos que no tuvieron éxito o, tal vez, cuyo éxito fue demasiado rotundo: los que, después de lograr su propósito vieron su inutilidad. Naturalmente, no confesaron a nadie su decepción. Ignorados y solos, persistían con esas locuras, que solamente la fama y el éxito transforman a veces -muy pocas veces- en un factor del progreso. Por supuesto la inmensa mayoría de los que venían a verme pertenecían a la masa gris de los obreros, anclados en una sola idea, no siempre suya original siquiera, sino heredada de las generaciones anteriores, como lo son, por ejemplo, los inventores del perpetuum mobile, pobres de ingenio y triviales en las soluciones, manifiestamente absurdas. Y sin embargo, aún en ellos arde esa llama de desinterés que consume la vida y obliga a continuar los esfuerzos, por más vanos que sean. Son dignos de compasión esos genios abortados, titanes de espíritu enano, mutilados desde el nacimiento por la naturaleza, que, en una de sus bromas siniestras, les impuso a la vez la falta de talento y el empeño de crear, digno de un Leonardo; lo que la vida les trae es la indiferencia o la burla, y lo único que se puede hacer por ellos es escucharles con paciencia y fingir que su monomanía nos interesa.

Entre esta gente que sólo su necesidad defiende del desespero, aparecen de vez en cuando personas muy diferentes; no quiero mencionar sus nombres ni juzgarles, ya lo haréis vosotros mismos. El primero en quien pienso al decirlo es el profesor Corcoran.

Lo conocí hace unos nueve o diez años durante una conferencia científica. No habíamos hablado más de unos minutos cuando, de repente, preguntó (sin que su pregunta guardara la menor relación con el tema de la disertación):

-¿Qué opina usted de los espíritus?

En el primer momento creí que me gastaba una broma excéntrica, pero recordé que ya había oído decir que era una persona fuera de lo corriente, sólo que no sabía si en sentido positivo o negativo. Así que contesté por si acaso:

-No tengo opiniones definidas sobre este asunto.

El profesor no hizo ningún comentario y volvió inmediatamente al tema anterior de la conversación. Sonaban ya los timbres que anunciaban la intervención siguiente cuando, inclinándose de pronto (era mucho más alto que yo), dijo:

-Tichy, usted es mi hombre. No tiene prejuicios. Tal vez me equivoque, pero correré el riesgo. Venga a verme -me tendió una tarjeta de visita-. Haga el favor de telefonar antes, porque no abro la puerta a nadie que no me haya advertido de su visita. Bueno, haga lo que quiera...

Aquella misma noche, cenando con Savinelli, el conocido jurista especializado en derecho cósmico, le pregunté si conocía a un tal profesor Corcorán.

-¡Corcorán! -exclamó con su énfasis acostumbrado; realzado en este caso por la segunda botella de vino de Sicilia-. ¿Ese cibernético medio chiflado? ¿Qué sabe de él? ¡Llevo siglos sin noticias tuyas!

Contesté que lo conocía muy poco, y sólo de nombre. Creo que Corcorán hubiera aprobado mi actitud. Animado por el vino, Savinelli me contó algunos de los chismes que corrían sobre el personaje. En resumidas cuentas, resultaba que Corcorán había tenido, de joven, un porvenir científico muy prometedor, a pesar de que ya entonces demostrara una total falta de respeto, e incluso de la más elemental cortesía, hacia sus mayores. La cosa iba agravándose, de tal suerte que llegó a convertirse en uno de aquellos hombres,

fanáticos de la sinceridad, que parecen disfrutar tanto diciendo a la gente lo que piensan de ella como con el hecho de que con esto sólo se perjudican a sí mismos. Cuando ya tuvo mortalmente ofendidos a todos sus profesores y compañeros, cuando se le cerraron todas las puertas, enriquecido de súbito por una gran herencia inesperada, compró un viejo caserón fuera de la ciudad y lo transformó en un laboratorio. Trabajaba en él junto con unos robots, los únicos colaboradores y ayudantes que soportaba. Puede que obtuviera algunos resultados, pero las publicaciones científicas le estaban cerradas, lo que le tenía sin cuidado. Si en aquella época establecía aún relaciones con alguien era solamente para, una vez lograda cierta intimidad, insultarle groseramente sin razón alguna, humillarle y apartarle de sí. Ya viejo, aburrido de aquel juego abyecto, quedó en una soledad total. Pregunté a Savinelli si alguien le había dicho que Corcorán creía en los espíritus. El jurista por poco se atraganta con el vino, tal fue la risa que le dio.

-¿El? ¿En los espíritus? ¡Si ni siquiera cree en los hombres!

A mi pregunta de qué quería decir con eso, contestó que lo había dicho en el sentido literal; según él, Corcorán era un solipsista que creía solamente en su propia existencia, tomando a todos los demás por fantasmas y apariciones de ensueños. Al parecer, su antiguo proceder con la gente era debido a esto mismo: puesto que los otros hombres no eran más que un sueño, podía comportarse con ellos como le pareciera. Observé que, en tal caso precisamente, podía creer en los espíritus. Savinelli me preguntó si, en mi opinión, podía haber un cibernético que creyera en ellos. Hablamos luego de otras cosas, pero lo que había oído bastaba para intrigarme. Siendo hombre de decisiones rápidas, telefoneé al día siguiente. Me contestó un robot. Dije quién era y para qué asunto llamaba. Corcorán me telefoneó un día después, muy tarde, cuando ya pensaba en acostarme. Me dijo que podía ir a verle en seguida. Eran las once. Le dije que iría, me vestí y fui a las señas indicadas. El laboratorio era un gran edificio lóbrego, situado junto a la carretera. Lo había visto varias veces al pasar por allí; siempre pensé que era una vieja fábrica. Cuando llegué el edificio se hallaba en tinieblas. Ni el más leve resplandor en las cuadradas ventanas recortadas profundamente en el espesor de los muros. Tampoco había luz en la vasta explanada entre la verja de hierro y la puerta de la casa. Tropecé repetidas veces con unas chapas carcomidas por el orín y trozos de railes viejos diseminados por el lugar, de modo que llegué a la puerta, apenas visible, y llamé al timbre de manera especial, tal como me había indicado Corcorán, un tanto disgustado. Al cabo de unos cinco minutos largos, me abrió él en persona, vestido con una bata de laboratorio, gris, gastada y quemada por los ácidos. Era espantosamente delgado, huesudo, llevaba enormes gafas y unos bigotes grisáceos, más cortos de un lado que del otro, como si los royera.

-Venga conmigo -dijo sin preámbulo. Me condujo por un largo pasillo, débilmente iluminado y abarrotado de máquinas, toneles y sacos de cemento, hacia una gran puerta de acero, con una fuerte luz encima. Extrajo del bolsillo de la bata una llave, abrió la puerta y entró él primero. Yo le seguí. Subimos al piso superior por una angosta escalera de caracol que daba acceso a una especie de enorme nave fabril con una claraboya en el techo. Las escasas bombillas daban apenas luz suficiente para mostrar su inmensidad, sumida en la penumbra. Estaba vacía, muerta, abandonada; bajo el techo silbaba el viento, y la lluvia que empezara a caer al llegar yo a la casa de Corcorán golpeaba los cristales, oscuros y sucios; varios faltaban, dejando penetrar el agua, que resbalaba por las paredes. Corcorán como si no lo advirtiera, andaba delante de mí, haciendo resonar con sus pisadas las planchas de hierro del suelo. Otra puerta de acero, cerrada como la primera; tras allá, otro pasillo, lleno de herramientas, tiradas en desorden bajo las paredes como en una huida y cubiertas de una gruesa capa de polvo. Un recodo, unas vueltas; subíamos y bajábamos dejando atrás montones de correas de transmisión enmarañadas como serpientes reseca. Por lo interminable de aquella marcha podía darme cuenta de la extensión del edificio. De vez en cuando, en los sitios más oscuros, Corcorán me advertía

de la presencia de un escalón o de un pasadizo de techo muy bajo. Nos detuvimos finalmente ante la última de aquella serie de puertas de acero, claveteadas con remaches, probablemente una protección contra los incendios. Mi guía la abrió; me fijé en que, en contraste con las otras, no rechinó, como si sus goznes estuvieran lubricados recientemente. Entramos en una sala de techo alto, casi vacía. Corcorán se detuvo en el centro de la sala, donde el cemento del suelo era un poco más claro; unos restos de travesaños rotos demostraban que una máquina había ocupado antes aquel sitio. En las paredes se veían gruesas varillas verticales que recordaban una jaula. Me vino a la memoria aquella pregunta a propósito de los espíritus... A las varillas estaban fijados unos estantes fuertes, con soportes, y sobre ellos se alineaba una serie de cofres de hierro fundido. ¿Sabéis qué aspecto tienen los legendarios cofres de tesoros que los piratas entierran en sitios misteriosos? Este era exactamente el de esas cajas de tapas combadas; todas ostentaban un papel en un estuche de celofán, parecido a los que suelen fijarse en las camas de hospital. Arriba, en el techo, ardía una bombilla, pero no difundía bastante luz para que pudiera leer una palabra de lo que llevaban escrito. Los cofres estaban colocados en dos filas superpuestas; había uno más arriba, separado de los otros. Recuerdo que los conté: eran doce o catorce, ya no sé exactamente.

-Tichy -dijo el profesor, metidas las manos en los bolsillos de la bata-, escuche usted un momento con atención si oye algo aquí. Le explicaré luego, ¡ahora escuche! Lo dijo presa de una impaciencia que saltaba a la vista. Daba la impresión de querer entrar en el meollo del asunto en seguida, desde las primeras palabras, para tenerlo todo listo y terminado, como si considerara que cada momento pasado con otra persona era tiempo perdido.

Cerré los ojos y me mantuve inmóvil un rato, más bien por cortesía que por la curiosidad de oír algo que ni siquiera había notado al entrar. Propiamente, no oí nada. Tal vez un levisimo zumbido de la corriente eléctrica en las bobinas o algo por el estilo, pero os aseguro que la voz de una mosca agonizante hubiera sonado con más fuerza.

-Bueno, ¿qué es lo que oye? -preguntó Corcorán.

-Casi nada -confesé-, algo como un zumbido, pero puede ser el de mis oídos...

-No, no le zumban los oídos... Tichy, escuche con atención porque no me gusta repetirme; se lo digo porque usted no me conoce. No soy un grosero ni un patán como se cree, sino que me sacan de quicio los idiotas que no comprenden las cosas sin oírlas diez veces seguidas. Espero que usted no sea uno de ellos.

-Ya veremos -contesté-; hable, profesor.

Asintió con la cabeza y dijo, indicándome los cofres:

-¿Está familiarizado con los cerebros eléctricos?

-Sólo en la medida en que se necesitan para la navegación -contesté-. En la teoría estoy más bien flojo.

-Lo suponía. No importa. Escuche, Tichy. En estos cofres se encuentran los cerebros electrónicos más perfectos del mundo. ¿Sabe en qué consiste su perfección?

-No -respondí, conforme a la verdad.

-En que no sirven para nada, no tienen ninguna aplicación útil, en que son, ni más ni menos, mónadas de Leibniz que yo hice tangible y revestidas de materia...

No reaccioné. El siguió hablando; su bigote gris se parecía en la penumbra a las alas de una falena blanquecina posada en sus labios.

-Cada uno de estos cofres contiene un sistema electrónico generador de la consciencia. Igual que nuestro cerebro. Los materiales son distintos, pero el principio, idéntico. Aquí termina la semejanza. Nuestros cerebros, ¡preste atención, Tichy!, están conectados, por decirlo así, con el mundo exterior por medio de receptores sensoriales: ojos, oídos, nariz, piel, etc... En cambio, estos de aquí -apuntó con el dedo los cofres- tienen su «mundo exterior» allí dentro...

-¿Cómo es posible? -pregunté. Empezaba a columbrar algo vagamente. Mi conjetura, aun siendo imprecisa, me daba escalofríos.

-Es muy sencillo. ¿Por qué sabemos que tenemos este cuerpo y no otro, esta cara y no otra distinta, que nos sentamos, nos levantamos, que tenemos un libro en la mano, o que las flores exhalan un aroma? Lo sabemos porque nuestros sentidos reciben ciertos estímulos y los transmiten al cerebro a través de los nervios. Imagínese que yo sé estimular su nervio olfatorio de la misma manera en que lo hace un clavel fragante: ¿qué sentiría usted?

-La fragancia de clavel, evidentemente -respondí. El profesor hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si estuviera satisfecho de mi capacidad de comprensión, y prosiguió:

-Y si hago lo mismo con todos sus nervios, sentirá usted no el mundo exterior, sino lo que YO telegrafío a través de sus nervios a su cerebro... ¿está claro?

-Clarísimo.

-Bien. Ocurre que estos cofres poseen receptores-órganos que funcionan analógicamente a nuestra vista, olfato, oído, tacto, etc. Y los conductos de estos receptores, a guisa de nervios, están conectados no con el mundo exterior como los nuestros, sino con aquel tambor, allí, en el rincón. No se fijó en él, ¿verdad?

-No -admití.

En efecto, en el fondo de la sala había un tambor de unos tres metros de diámetro, colocado verticalmente como una muela de molino; después de observarlo un rato, advertí que giraba muy lentamente.

-Es el destino de mis cerebros -dijo con voz tranquila el profesor Corcorán-. Su destino, su mundo, su existencia, todo lo que pueden alcanzar y conocer. Hay ahí unas cintas especiales en las cuales están grabados los estímulos eléctricos que corresponden a los cien o doscientos mil millones de fenómenos con que puede encontrarse el hombre en una vida rica en impresiones. Si usted levantara la tapa del tambor, vería solamente unas cintas relucientes cubiertas de trozos en zigzag blancos como moho sobre celuloide. Allí están, Tichy, ardientes noches tropicales y el susurro de las olas, formas de cuerpos animales y disparos de escopeta, entierros y borracheras, el sabor de manzanas y peras, tormentas de nieve, horas tranquilas pasadas en familia al amor de la lumbre y gritos de horror en la cubierta del barco que se hunde, convulsiones de la enfermedad y picos de las montañas, cementerios y alucinaciones del delirio; allí está, Ijon Tichy, ¡el mundo entero!

Guardé silencio; el profesor volvió a hablar, apretándome el brazo con una mano de hierro:

-Estas cajas, Tichy, están conectadas con un mundo artificial. Ésta -me indicó la primera de la fila- cree que es una muchachita de diecisiete años, pelirroja, de ojos verdes y cuerpo digno de una Venus. Es hija de un estadista... enamorada de un joven que pasa casi todos los días bajo su ventana... y que será la desgracia de su vida. La segunda es un científico. Se encuentra a un paso de ultimar su teoría universal de la gravitación imperante en su mundo, en aquel mundo cuyas fronteras son las paredes de acero del tambor, y se prepara a luchar por su verdad, en una soledad acrecentada por la ceguera que le amenaza, porque se volverá ciego, Tichy... Y allá, más arriba, hay un miembro de un colegio sacerdotal que vive los peores días de su vida porque ha perdido la fe en la existencia de su alma inmortal. Junto a él se encuentra..., pero no puedo contarle la vida de todos los seres que he creado...

-¿Puedo interrumpirle? -pregunté-. Quería saber...

-¡No! ¡No puede! -rugió Corcorán-. ¡Nadie puede interrumpirme! ¡Ahora hablo yo, Tichy! Usted no comprende nada todavía. Cree seguramente que allí, en el tambor, están fijadas varias señales como en un disco de gramófono, que los acontecimientos van compuestos como una melodía con todas las tonalidades, y sólo esperan, igual que la música grabada en un disco, que una aguja los llame a la vida. Se figura que estos cofres reproducen sucesivamente las secuencias de vivencias, previstas de antemano y para siempre. ¡Pues no! ¡No es verdad! ¡No es verdad! -gritaba en voz estridente que hacia retumbar ecos en

el techo de metal-. ¡El contenido del tambor es para ellos lo mismo que para usted el mundo en el cual vive! ¿Verdad que a usted no le pasa por la cabeza, cuando come, se levanta, viaja, visita a los viejos chiflados, que todo esto es un disco de gramófono y que el presente no es más que la vuelta que está dando el disco?

-Pero... -quise intervenir.

-¡Cállese! -vociferó-. ¡Cierre la boca! ¡Estoy hablando yo!

Pensé que su fama de grosero era bastante justificada, pero me callé y presté atención, porque lo que decía era realmente extraordinario. Corcorán seguía gritando:

-¡La suerte de los cofres de hierro no está preestablecida desde el principio hasta el fin, ya que los acontecimientos se encuentran en el tambor colocados sobre series de cintas paralelas y sólo un selector que funciona en base al azar ciego decide de cuál serie el dispositivo extractor de sensaciones sensoriales de un cofre retirará las vivencias en un momento dado! Naturalmente, esto no es tan sencillo como suena, puesto que los cofres pueden influir hasta cierto punto en los movimientos del extractor: la selección fortuita se realiza solamente cuando los seres creados por mí se comportan pasivamente... Sin embargo, tienen libre albedrío, limitado por lo mismo que lo limita en nosotros: la estructura de la personalidad específica, pasiones, taras hereditarias, condiciones externas, el grado de inteligencia, etc.; no puedo entrar en todos los detalles...

-Aunque fuera así -intervine rápidamente-, ¿cómo es que no saben que son unos cofres de hierro y no una chica pelirroja o un sacer...?

Solamente tuve tiempo de decir esto antes de que me interrumpiera:

-No sea usted burro, Tichy. Usted se compone de átomos, ¿no? ¿Nota sus átomos?

-No.

-Sus átomos forman partículas de albúmina. ¿Nota usted su albúmina?

-No.

-En cada momento del día y de la noche le atraviesan rayos cósmicos. ¿Usted lo nota?

-No.

-¿Entonces, cómo mis cofres pueden notar que son cofres, burro? Lo mismo que para usted este mundo es auténtico y único, para ellos lo auténtico y único son las sensaciones que fluyen a sus cerebros eléctricos desde mi tambor... En ese tambor está el mundo de ellos, Tichy, y sus cuerpos -que en nuestra realidad existen tan sólo bajo el aspecto de ciertas agrupaciones, relativamente homogéneas, de agujeritos en las cintas perforadas- se encuentran dentro de los mismos cofres, allí metidos... Aquel del otro lado de la fila se toma por una mujer de extraordinaria belleza. Le puedo decir al detalle qué ve cuando se mira, desnuda, en el espejo. Qué joyas le gustan. Qué truchitos usa para conquistar a los hombres. Sé todo esto, Sé todo esto, porque soy yo, con la ayuda de mi DESTINOGRAMA, quien la creó, a ella y a su cuerpo, para nosotros imaginario, pero para ella real, tan real, con su cara, dientes, el olor a sudor, con la cicatriz de un golpe de estilete en un omóplato, con su pelo y las orquídeas que le gusta prender en su peinado, como para usted son reales sus manos y pies, su vientre, su cuello y su cabeza. Supongo que usted no duda de su existencia.

-No -contesté con calma. Nunca nadie me había gritado así; tal vez hasta me hubiera resultado divertido, pero las palabras del profesor me conmocionaron demasiado profundamente (creí en ellas porque no veía motivos de desconfiar) para que me importaran sus maneras.

-Tichy -el tono de voz del profesor descendió un poco-, le dije que tenía aquí a un científico; es este cofre, frente a usted. El analiza su mundo, pero nunca, me entiende, nunca tendrá un asomo de duda acerca de la realidad de aquel mundo suyo ni sospechará que está perdiendo el tiempo y las fuerzas estudiando algo que no es más que una serie de tambores con cintas de película; no se le ocurrirá jamás pensar que sus piernas, brazos, ojos, sus ojos casi invidentes, son solamente una ilusión provocada en su cerebro eléctrico por las descargas de unos impulsos bien escogidos. Para llegar a esto

tendría que salir fuera de su cajón de hierro, o sea, de sí mismo, y cesar de pensar con su cerebro, lo que es tan imposible como lo es, para usted, poder percibir la existencia de este frío cofre de hierro de un modo que no fuera el tacto y la vista.

-Pero yo sé, gracias a la física, que estoy compuesto de átomos -observé. Corcorán alzó la mano en un gesto categórico.

-El también lo sabe, Tichy. Tiene un laboratorio con todos los aparatos que le pueda suministrar su mundo..., mira las estrellas por un telescopio, investiga sus movimientos y siente en la cara la presión de la montura de sus gafas... No, en este momento no. Ahora, conforme a sus costumbres, se encuentra en el jardín que rodea su laboratorio y se pasea bajo los primeros rayos del sol... porque en su mundo es justamente la hora de la salida del sol...

-¿Y dónde están las otras personas, las que le rodean en la vida? -pregunté.

-¿Las otras personas? Claro que cada uno de estos cofres, de estos seres, vive en medio de la gente: todos están... en el tambor. ¡Veo que usted no comprende todavía! Tal vez se lo haga ver un ejemplo, aunque no sea muy exacto. Usted encuentra en sueños personas a quienes ni vio ni conoció nunca y habla con ellas, ¿no es cierto?

-Si...

-Estas personas son creadas por su cerebro. Pero usted no lo sabe mientras sueña. Tome en cuenta que es sólo un ejemplo. El caso de ellos -indicó los cofres con la mano- es distinto. Ellos mismos no crean a sus familiares ni personas desconocidas: toda esta gente, miles y miles, permanece en el tambor, y cuando mi científico, pongamos por caso, tiene súbitas ganas de salir de su jardín y hablar con quien sea, usted vería, si destapara el tambor, cómo transcurre la cosa: el extractor sensorial de nuestro hombre, impelido por el impulso, se desviaría un poco de su trayectoria, se trasladaría a otra cinta y empezaría a recoger lo que se encuentra en ella. Digo «extractor», pero de hecho son centenares de microscópicos colectores eléctricos, ya que igual como usted percibe el mundo con la vista, el olfato, el tacto, el órgano de equilibrio, así él conoce su «mundo» por medio de unas entradas sensoriales separadas, de canales individualizados, siendo su cerebro eléctrico quien convierte todas las sensaciones recibidas en un conjunto coherente. Pero todo esto son detalles técnicos, poco esenciales. Una vez puesto en marcha el mecanismo, después todo es cuestión de paciencia, se lo aseguro, y nada más. Lea a los filósofos, Tichy, y se convencerá de lo poco que se puede confiar en las impresiones de nuestros sentidos, verá su inseguridad, sus errores, su falibilidad; sin embargo, no tenemos nada fuera de ellas. Lo mismo se aplica -Corcorán alzó la mano hacia los estantes- a ellos. En todo caso, nada les impide, igual que a nosotros, amar, desear, odiar. Igual que nosotros, pueden acercarse a otra persona para darle un abrazo, o matarla... y también ellos, creados por mí, se entregan en su eterna inmovilidad de hierro a las pasiones y arrebatos, conocen traiciones, nostalgias, ensueños...

-¿Cree que esto es estéril? -pregunté inesperadamente; Corcorán clavó en mis ojos una mirada tensa y penetrante, sin contestar.

-Sí -dijo finalmente-, hice bien introduciéndole aquí, Tichy... Todos los idiotas a quienes había enseñado esto empezaban por clamar al cielo por mi crueldad... ¿Qué sentido da usted a sus palabras?

-Usted suministra a estos seres solamente la materia prima -dije- bajo el aspecto de los impulsos. Asimismo, el mundo nos suministra los nuestros. Si levanto la cabeza y miro las estrellas, lo que siento y pienso me pertenece a mí, no al mundo. A ellos -indicó los cofres- les pasa lo mismo.

-Es verdad -dijo el profesor con voz seca. Se encorvó de pronto, parecía ahora menos alto-. Creo que usted comprende ya por qué los he creado.

-Lo adivino. Pero me gustaría que me lo dijera.

-Bien. Un día, hace mucho tiempo, empecé a dudar de la realidad del mundo. Era todavía un niño. La llamada malicia de los objetos, Tichy, ¿quién no la ha experimentado?

No podemos encontrar una cosa que buscamos a pesar de recordar dónde la hemos visto la última vez, finalmente la vemos en un lugar distinto con la sensación de haber cogido el mundo in flagranti de falta de solidez, de desidia. Los adultos dicen, claro está, que fue un error nuestro, y la desconfianza natural del niño queda reprimida... O bien lo que se llama le sentiment du déjà vu: la impresión, en una situación indudablemente nueva, experimentada por nosotros la primera vez, de que ya la hemos vivido antes... Sistemas metafísicos enteros, tales como la fe en la metempsicosis, en la reencarnación de las almas, se basan en esta clase de fenómenos. Sigue la ley de las series, la repetición de fenómenos particularmente insólitos, que tan a menudo aparecen por parejas que los médicos lo llamaron en su lenguaje duplicitas casuum. Y finalmente... los espíritus. Ya los he mencionado en nuestra primera entrevista. La transmisión de pensamientos, las levitaciones, y sobre todo los casos, por cierto nada frecuentes, más en contradicción con las bases mismas de toda nuestra ciencia, los más inexplicables: los de clarividencia del futuro, fenómeno conocido y descrito desde tiempos inmemoriales pese a su entera imposibilidad, excluido por toda actitud científica. ¿Y qué es todo esto? ¿Qué significado tiene? ¿Va a decirlo o no...? A pesar de todo, le falta el valor, Tichy... Mire esto...

Acercándose a los estantes, me indicó el cajón solitario colocado más arriba que los otros.

-Es el loco de mi mundo -dijo con una sonrisa que le transformó la cara-. ¿Sabe a lo que había llegado en su locura que le separó de los demás? Su idea fija era la búsqueda de la falibilidad de su mundo. Conste que yo nunca afirmé, Tichy, que aquel mundo suyo fuera infalible y perfecto. El mecanismo más perfeccionado puede tener un fallo: una súbita corriente de aire mueve los cables, por ejemplo, y los hace entrar un instante en contacto, o una hormiga penetra dentro del tambor... ¿Sabe usted cómo lo interpreta este loco? Asevera que la telepatía resulta de un cortocircuito local entre los cables pertenecientes a dos cofres distintos..., que la videncia del futuro tiene lugar cuando un extractor desequilibrado salta de repente de la cinta apropiada a una que contiene fenómenos cuyo desarrollo va a tardar varios años. Que la sensación de haber vivido lo que le ocurre por primera vez es la consecuencia del atascamiento del selector, y si éste no sólo sufre un ligero estremecimiento en su rodamiento de cobre, sino que se balancea como un péndulo, empujado por, qué sé yo... una hormiga..., su mundo experimenta unos acontecimientos asombrosos e inexplicables. En alguien se enciende un sentimiento súbito e irracional, otro empieza a predecir el futuro, los objetos se mueven solos y cambian de sitio... y, en primer lugar, como resultado de aquellas oscilaciones rítmicas aparece ¡la ley de las series! El fenómeno de agrupación de sucesos raros e infrecuentes en unas series... Su locura, nutrida por esta clase de consideraciones, menospreciadas generalmente por la mente, culmina en la afirmación, que pronto le conducirá al manicomio, de que él mismo es una caja de hierro, igual que todos los de aquí, que los hombres son unos aparatos de un viejo laboratorio polvoriento, y que el mundo, sus encantos y horrores representan solamente otras tantas ilusiones... El se atreve, incluso, a pensar en su Dios, Tichy, en un Dios que antaño, cuando todavía era ingenuo, hacía milagros, y después, instruido por su propia creación, aprendió que lo único que se le permitía hacer era no inmiscuirse, no existir, no cambiar nada en su obra, ya que sólo se podía confiar en una divinidad no invocada.. Invocada, muestra su fragilidad y desamparo... ¿Y sabe, Tichy, lo que piensa aquel Dios suyo?

-Si -contesté-. Piensa que es igual que aquel loco. Pero, en tal caso, cabe también la posibilidad de que el propietario del laboratorio polvoriento en el cual NOSOTROS reposamos sobre los estantes, fuera asimismo un cofre, construido por otro sabio, más genial todavía, poseedor de unos conceptos originales y fantásticos... y así hasta el infinito. Cada uno de esos experimentadores es Dios, creador de su mundo, de estos cajones y de su destino, que gobierna a sus Adanes y sus Evas y es gobernado -por un Dios sucesivo, de jerarquía más elevada. Y por eso usted hizo lo que hizo, profesor.

-Así es -contestó Corcorán-. Y puesto que pronuncié este sí, usted sabe tanto como yo, y la prolongación de nuestra conversación carecería de objetivo. Gracias por haber venido y, adiós.

De este modo, amigos míos, terminó la insólita entrevista. No sé si los cofres de Corcorán siguen funcionando. Tal vez funcionan y sueñan su vida con sus esplendores y espantos que constituyen un hormigueo de impulsos fijados en unas cintas grabadas. Tal vez Corcorán, terminado el día de trabajo, sube cada noche la escalera de caracol, abre las puertas sucesivas con aquella enorme llave que saca de un bolsillo de su bata requemada de ácidos... y se detiene allí, en las tinieblas con olor a polvo para escuchar el leve zumbido de las corrientes y el sonido, apenas audible, que producen las lentas revoluciones del tambor, el deslizarse de las cintas... y así se cumple el destino. Yo creo que siente entonces, pese a sus palabras, el deseo de injerencia, de penetrar en un acto de omnipotencia deslumbrante dentro de las profundidades del mundo de su creación, para salvar en él a alguien que proclama la Redención. Creo que titubea preguntándose allí, solo en la sucia luz de una bombilla desnuda, si debe salvar una vida, un amor, y estoy seguro de que no lo hará jamás. Resistirá a la tentación porque quiere ser Dios, y la única divinidad que conocemos es el consentimiento silencioso de todos los actos humanos, de cada crimen; y no hay para él una recompensa más alta que la rebelión de los cofres de hierro de cada generación, cuando admiten, llenos de sentido común, la idea de Su inexistencia. Entonces Él sonrío en silencio y sale cerrando tras de sí puertas y puertas, mientras que en las salas desoladas suena, débil como la voz de una mosca agonizante, el zumbido de las corrientes.

II

Hará unos seis años, de vuelta de un viaje, cuando empezaba a hartarme el ocio y la dulce intimidad de la vida hogareña, pero todavía no al extremo de inducirme a pensar en una nueva expedición, a altas horas de la noche vino a verme un hombre. La inesperada visita me sorprendió dedicado a la redacción de mis memorias.

Era un pelirrojo de edad mediana con un estrabismo tan pronunciado que era desagradable mirarle, tanto más que uno de sus ojos era verde y el otro marrón. Lo agravaba todo, encima, la extraña expresión de su cara; parecía pertenecer a dos hombres: uno asustadizo y nervioso, y otro dominador, arrogante, listo y cínico. Nació de esto una confusión singular, aumentada por su manera de mirar alternativamente con su ojo marrón, muy abierto, inmóvil y como asombrado, o con el verde, entornado y burlón.

-Señor Tichy -dijo al entrar en mi despacho-, seguramente le importunan cantidades de sablistas, timadores y locos que intentan obtener algo de usted o convencerle de su genialidad. ¿No es cierto?

-En efecto -contesté-, ocurre a veces... ¿Qué desea usted?

-Entre los individuos de esta clase -siguió hablando el recién llegado sin mencionar su nombre ni el motivo de su visita- debe de encontrarse de vez en cuando, aunque fuera uno entre mil, un verdadero genio ignorado. Así lo exigen las inquebrantables leyes de la estadística. Ese hombre soy yo, señor Tichy. Me llamo Decántor. Soy catedrático de ontogenética comparativa, profesor numerario; De momento no soy titular de ninguna cátedra, porque no tengo tiempo. Por lo demás, la enseñanza es una ocupación absolutamente estéril. No se puede enseñar nada a nadie. Pero dejémoslo. Me ocupo de un problema importante. Le he dedicado cuarenta y ocho años de mi vida, antes de finalizarlo ahora.

-Tampoco yo dispongo de mucho tiempo -respondí. Aquel hombre no me gustaba. Su comportamiento no era fanático, sino arrogante, y yo, entre dos males, prefiero a los fanáticos. Además, era obvio que iba a pedirme una ayuda, y el caso es que soy avaro y tengo el valor de confesarlo. Esto no quiere decir que me negara a dar un apoyo financiero a ciertas causas, pero lo hago a disgusto, venciendo mi propia resistencia, como en contra de mí mismo, ya que lo hago porque sé que debo hacerlo.

Por tanto, añadí al cabo de un rato:

-¿Quiere explicarme de qué se trata? Por supuesto, no puedo prometerle nada. Me llamó la atención una cosa. Usted dijo que había dedicado cuarenta y ocho años a su problema; ¿cuántos tiene, pues, si puede saberse?

-Cincuenta y ocho -contestó con frialdad.

Estaba de pie detrás de la silla, como si esperara que le invitase a tomar asiento. Se lo hubiera propuesto, es evidente, porque pertenezco a la clase de avaros amables; pero el hecho de que lo esperara con tanta ostentación me irritó un poquito. Por otra parte, ya lo dije antes, me resultaba muy antipático.

-Empecé a ocuparme de la cuestión a la edad de diez años. Porque yo, señor Tichy, no solamente soy un hombre genial, sino que fui también un niño genial.

Estoy acostumbrado a fanfarrones semejantes, pero esta genialidad era ya demasiada para mí. Me mordí el labio.

-Le escucho -dije. Si el tono de voz glacial rebajara la temperatura ambiente, después de nuestro intercambio de frases hubieran colgado carámbanos del techo.

-Mi invento es el alma -pronunció Decántor mirándome con su ojo oscuro, mientras el irónico parecía contemplar en el techo unas apariciones grotescas, visibles solamente para él. Lo manifestó como quien dice «he inventado una goma de borrar».

-Ah, sí. Vaya. El alma -exclamé casi cordialmente, porque la enormidad de su descaro empezó de pronto a divertirme-. ¿El alma? Usted la inventó, ¿eh? Es curioso que yo haya oído hablar de ella anteriormente. ¿Me lo habrá contado algún amigo suyo?

Suspendí la voz de manera insultante; él clavó en mí su terrible bizquera y dijo quedamente:

-Señor Tichy, hagamos un trato. Usted reprimirá sus burlas, digamos, quince minutos. Luego se podrá burlar a sus anchas. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -contesté con el tono seco de antes-. Estoy escuchando.

No era un embustero o, por lo menos, me daba ahora la impresión de no serlo. Su tono de voz era demasiado categórico. Los embusteros no tienen tanta dureza. Él era duro. Más bien un loco, pensé.

-Siéntese -mascullé.

-La cosa es elemental -dijo el hombre que pretendía ser el profesor Decántor-. Los hombres creen en la existencia del alma desde hace miles de siglos. Los filósofos, los poetas, los creadores de religiones, los sacerdotes y las iglesias aducen todos los argumentos posibles para demostrarla. Unas creencias afirman que el alma es una sustancia inmaterial, independiente del cuerpo, que conserva la identidad del hombre después de la muerte; según otras, es una entelequia (tesis concebida por los pensadores de Oriente), desprovista de características personales e individuales. En cualquier caso, la fe en el hecho de que el hombre no se termina por entero con la agonía, que hay algo en él capaz de sobrevivir a la muerte, permaneció durante siglos, profundamente arraigada en la mente humana. Nosotros ya sabemos ahora que no hay tal cosa. Existen solamente redes de fibras nerviosas en las que se desarrollan ciertos procesos relacionados con la vida. El alma es lo que siente el propietario de la red, es su consciencia vigilante. Así, mejor dicho, era antes de que yo apareciera. O, más exactamente, antes de que yo dijera: no hay alma. Está comprobado. Sin embargo, existe la necesidad de un alma inmortal, el deseo de una permanencia eterna, el hambre de una infinita duración individual en el tiempo, en contra de lo efímero y destructible de todas las cosas. Este deseo, común a

toda la humanidad desde el momento de su nacimiento, es un hecho más que indudable. Por lo tanto, pensé: ¿por qué no intentar dar satisfacción a esa concentración milenaria de sueños y anhelos humanos? Lo primero que tomé en consideración fue la eventualidad de dar a los hombres la inmortalidad del cuerpo, pero rechacé esta variante porque, de hecho, era solamente una prolongación de esperanzas falsas e ilusorias: aun los inmortales pueden perecer en accidentes y catástrofes. Por otra parte, una solución de esta clase podía acarrear problemas difíciles, el exceso de población, por ejemplo. Había además otros motivos que me inclinaron a inventar el alma. Sólo el alma. ¿Por qué, me dije a mi mismo, no se la podría construir como se construye un avión? Tampoco había aviones anteriormente, sólo sueños y ansias de volar, y ahora aquí los tenemos. Al pensar en esto solucioné, de hecho, el problema. Lo demás era cuestión de información necesaria, medios y paciencia. Yo tenía todo esto a mi disposición y gracias a ello puedo ahora decirle: el alma existe, señor Tichy. Cualquier persona puede tener una, inmortal. Puedo producirla individualmente para cada ser humano, con todas las garantías de durabilidad. ¿Será eterna? Esto no significa nada en el fondo. Pero mi alma, alma construida por mí, puede perdurar más allá de la extinción del sol y de la glaciación de la Tierra. Puedo ofrecer un alma a cada hombre, pero sólo si está vivo. Me es imposible dar un alma a un muerto. ¡Pero los vivos! ¡El profesor Decántor les ofrece almas inmortales! No como regalo, se entiende. Es el producto de una tecnología complicada, de un proceso intrincado y largo, por lo que su precio es bastante elevado. En la producción masiva los costes se rebajarían, pero, de momento, un alma es mucho más cara que un avión. Cuenta habida de que se trata de la eternidad, creo que el precio no es exagerado. Vine a verle porque la construcción de mi primer alma agotó todos mis recursos. Le propongo la constitución de una sociedad anónima bajo el nombre de «INMORTALIDAD». Usted financiaría la empresa recibiendo a cambio, además de un paquete de acciones mayoritario, el cuarenta y cinco por ciento de ganancias neto. Las acciones serían nominales, pero yo me reservaría en el consejo de administración...

-Perdone -interrumpí su frase-, veo que vino con un plan de la empresa elaborado al detalle. Sin embargo, ¿podría usted facilitarme unos datos concretos acerca de su invento?

-Desde luego -contestó. Pero mientras no firmemos un acta notarial, señor Tichy, sólo podré darle informaciones de tipo general, ya que gasté tanto dinero en los experimentos que no me quedó siquiera para pagar la patente...

-De acuerdo. Comprendo su prudencia -dije-, pero usted también ha de comprender que ni yo ni ningún otro financiero... Además, yo no soy un financiero... En una palabra: nadie le creará bajo palabra.

-Naturalmente -dijo. Sacó del bolsillo un paquete plano, envuelto en papel blanco, de la forma de los de cigarros puros, de seis piezas.

-Aquí se encuentra el alma... de una persona -pronunció.

-¿Puedo saber de quién? pregunté.

-Si -contestó después de vacilar un momento-; la de mi mujer.

Miré aquella cajita sellada y atada con un cordón con intensa desconfianza, sentí algo como un escalofrío, causado por su actitud, tan enérgica y llena de seguridad.

-¿No lo piensa abrir? -pregunté, viendo que mantenía la cajita en las manos sin tocar el sello.

-No -respondió-. De momento, no. Mi idea, señor Tichy, explicada de manera tan simplificada que casi resulta rayana en la desvirtuación de la verdad, fue la siguiente: ¿Qué es nuestra conciencia? Cuando usted me mira, ahora, en este momento, desde su cómoda butaca, aspirando el aroma de un buen puro, que no encontró necesario ofrecerme, cuando me ve a la luz de su lámpara exótica, cuando está dudando entre tres maneras de juzgarme y no sabe si soy un timador, un loco o un genio, cuando sus ojos aprehenden todas las luces y sombras que le rodean y sus nervios y músculos mandan

sin cesar telegramas urgentes sobre su estado al cerebro, todo esto, junto, constituye lo que en el lenguaje de los teólogos se llama su «alma». Usted y yo diríamos más bien que es el estado activo de su mente. Sí, reconozco que la palabra «alma» resulta aviesa en mi boca, pero la uso porque este nombre, tan sencillo, es comprensible para todo el mundo o, mejor dicho, todo el mundo al oírlo cree que sabe de qué se trata.

»Nuestro punto de vista materialista convierte en ficción, sin lugar a dudas, la existencia no solamente de un alma inmortal, incorpórea: lo mismo hace con cualquier otra que no fuera el estado momentáneo de un hombre vivo, sino un cierto ente invariable, supratemporal y eterno. Esta clase de alma, estará usted de acuerdo conmigo, no existió nunca y nadie la posee. Las almas de un hombre joven, anciano, niño y de uno enfrentado, mortalmente enfermo, a la agonía, aunque conserven rasgos de identidad por tratarse de una misma persona, son unos estados de consciencia muy diferentes. Sin embargo, cuantas veces se habla de un alma, se piensa por reflejo en el estado psíquico de su propietario plenamente maduro y en buena salud. Es natural, pues, que haya escogido tal estado para mis fines. Mi alma sintética es la reproducción fijada para siempre del estado normal del individuo sano y consciente. ¿Quiere conocer mi procedimiento? Es éste: en una porción de sustancia idealmente apropiada reproduzco con la mayor, la más fiel exactitud, átomo por átomo, estremecimiento por estremecimiento, la configuración de un cerebro vivo. Es una copia reducida a escala de uno a quince. Gracias a esto, la caja que usted ve puede ser tan pequeña. Podría disminuir aún, con un poco de esfuerzo, el tamaño del alma, pero no veo ningún motivo lógico para hacerlo; existe en cambio uno para no insistir en este sentido: el inevitable incremento del coste de la producción. Llegamos, pues, al punto de tener ya el alma reproducida en aquel material que acabo de mencionar; no es ni un modelo ni una red de fibras nerviosas petrificadas y sin vida... como había creído al principio, en la fase de experimentación con los animales. Este era el mayor y en el fondo el único escollo del problema. Lo que yo me proponía era formar de aquel material una consciencia viva, sensitiva, capaz de pensar libremente, de soñar y de velar, dotada de una imaginación vivaz, siempre variable, siempre sensible al transcurrir del tiempo, pero no sujeta al envejecimiento del material, su fatiga y deterioro. Hubo momentos, señor Tichy, en que mi propósito me parecía irrealizable, igual como a usted le debe de parecer aún ahora y cuando lo único que tenía a mi favor era mi obstinación. Yo soy muy obstinado, señor Tichy. Sólo a ello debo mi triunfo...

-Un momento -dije sintiendo un ligero vértigo en la cabeza-, a ver si le sigo. Aquí, en esta cajita, hay un objeto material, ¿no?, que posee la conciencia de una persona viva. ¿Y de qué manera puede comunicarse con el mundo exterior? Verlo, oírlo y... -interrumpí la frase, porque en la cara de Decántor apareció una sonrisa difícil de describir. El hombre me miraba con su ojo verde, entornado.

-Señor Tichy -murmuró-, usted no entiende nada. ¿Qué comunicación, qué contacto puede haber entre los interlocutores si uno de ellos es eterno? ¿No sabe que la humanidad dejará de existir dentro de unos quince millones de años a lo sumo? ¿A quién iba a escuchar después, a quién hablaría esta... alma inmortal? ¿No me ha oído cuando dije que era eterna? El espacio de tiempo que nos separa de la glaciación de la Tierra, de la desintegración de las estrellas, por más fuertes y jóvenes que fueran, el que ha de transcurrir antes de que las leyes cósmicas cambien hasta tal punto que el Universo se convierta en algo muy distinto del que conocemos, imposible de imaginar por nosotros..., todo esto no representa ni la más ínfima fracción del tiempo de existencia de mi alma, puesto que es eterna. Las religiones demuestran mucho sentido común al menospreciar el cuerpo: ¿de qué pueden servir la nariz o las piernas en la eternidad? ¿De qué servirían después de la desaparición de la tierra y las flores, después de la extinción de los soles? Pero voy a dejar de lado este aspecto trivial de la cuestión. Usted se refirió a la «comunicación con el mundo». Si mi alma tuviera que tomar contacto con el mundo

exterior tan sólo una vez cada cien años, al cabo de un billón de siglos su tamaño debería igualar el de los continentes para que su memoria pudiera dar cabida a los recuerdos de esos contactos... y transcurrido un trillón de centurias, ni siquiera el volumen del globo terráqueo sería ya suficiente... ¿Y qué es un trillón de siglos comparado con la eternidad? Sin embargo, no me frenó la dificultad técnica del asunto, sino sus consecuencias psicológicas. Comprenderá que el ente pensante, la viva esencia humana se disolvería en ese océano de memoria como una gota de sangre en el mar, ¿y qué pasaría entonces con la inmortalidad garantizada?

-Cómo... -farfullé-. Usted quiere decir que... que hay un aislamiento absoluto...

-Naturalmente. ¿Es que le dije que en esta caja había una persona entera? Yo hablé sólo del alma. Imagínese que en este momento cesa de recibir cualquier información del exterior, como si su cerebro se encontrara fuera de su cuerpo, pero conservando la plenitud de sus fuerzas vitales. Se volverá usted, evidentemente, ciego y sordo, y en cierto sentido también paralizado, puesto que ya no tendrá a su disposición su cuerpo, pero conservará plenamente la vista interior, es decir, la claridad de la inteligencia, el vuelo del pensamiento, podrá soñar libremente, desarrollar su imaginación, formarla, vivir esperanzas, tristezas y alegrías procedentes de cambios de los estados efímeros de su espíritu, o sea, exactamente lo mismo de que dispone el alma que pongo sobre su escritorio.

-Es espantoso... -dije-. Ciego, sordo, paralizado... por los siglos.

-Por la eternidad -me corrigió-. Ya le dije tantas cosas, señor Tichy, que sólo puedo añadir una. La materia que empleé es cristalina; una clase de cristal que no existe en la naturaleza, sustancia independiente que no entra en ninguna reacción química ni física..., es en sus moléculas incesantemente estremecidas donde se encuentra un alma sensitiva y pensante...

-Monstruo... -dije en voz baja y tensa-, ¿se da cuenta de lo que hizo? Pero, un momento -me calmé de pronto-. La conciencia de una persona no puede ser repetida. Si su mujer vive, anda, piensa, en este cristal sólo puede haber una copia suya y no ella...

-No -contestó Decántor con su mirada estrábica clavada en el paquetito blanco-. Tengo que reconocer que está usted en lo cierto, señor Tichy. No se puede crear el alma de alguien que está en vida. Sería un contrasentido y un absurdo paradójico. El que existe sólo existe una vez, naturalmente. Su continuación sólo puede obtenerse en el momento de su muerte. Por otra parte, el proceso de determinación exacta de la estructura del cerebro que pertenece al individuo cuya alma confecciono, destruye en cualquier caso el cerebro vivo...

-Desgraciado -murmuré-, usted... ¿mató a su mujer?

-Le di la vida eterna -contestó, enderezándose-. Además, esto no tiene nada que ver con el tema de nuestra conversación. Este asunto queda entre mi mujer -puso la mano sobre el paquete- y yo, los tribunales y la policía. Aquí estamos hablando de otras cosas.

Durante largo rato no pude pronunciar una palabra. Tendí la mano y toqué la caja con la punta de los dedos. Pesaba como si estuviera llena de plomo.

-Como quiera -dije-. Hablemos de otras cosas. Imaginemos que le doy los fondos que usted me pide. ¿Está lo bastante loco como para creer que hay un solo ser humano dispuesto a dejarse matar para que su consciencia sufra torturas inimaginables por los siglos de los siglos, desprovista incluso de la posibilidad del suicidio?

-Con lo de la muerte hay en efecto ciertas dificultades -reconoció Decántor al cabo de un momento. Advertí que su ojo oscuro era más bien color avellana que castaño-. Sin embargo, para empezar se puede contar con ciertas categorías de gente: los enfermos incurables, los decepcionados por la vida, los ancianos imposibilitados físicamente pero en pleno disfrute de fuerzas espirituales...

-La muerte no es la peor solución ante la inmortalidad que usted propone -mascullé. Decántor volvió a sonreír.

-Le diré algo que le parecerá, tal vez, divertido -dijo. El lado derecho de su cara permaneció serio-. Yo, personalmente, jamás he sentido la necesidad de poseer el alma ni la vida eterna. No obstante, la humanidad vive con este anhelo hace miles de años. Mis estudios son muy extensos, señor Tichy. Todas las religiones se han valido siempre de lo mismo: la promesa de vida eterna, la esperanza de sobrevivir a la tumba. Yo lo doy, señor Tichy. Doy la vida eterna. Doy la seguridad de existir aun cuando el último vestigio del cuerpo se haya podrido y convertido en polvo. ¿Lo encuentra poca cosa?

-Si -contesté-, es poca cosa. Usted mismo manifestó que sería una inmortalidad desprovista del cuerpo, sus delicias, sus sensaciones...

-No se repita, por favor -me cortó la palabra-. Puedo enseñarle los libros sagrados de todas las religiones, obras de los filósofos, canto de los poetas, sumas teológicas, plegarias, leyendas: no hablan mucho de la inmortalidad del cuerpo, se lo aseguro. Todos ellos desestiman el cuerpo, incluso lo desprecian. El alma y su vida eterna es la meta y la esperanza. El alma, la contrapartida y el contraste del cuerpo. Nadie jamás proclama, mientras el mundo sea mundo, la inmortalidad del cuerpo como liberación de sufrimientos físicos, peligros inesperados, enfermedades, decrepitud senil, de la lucha por todo lo que exige aquel horno llamado el organismo, que se desintegra lentamente mientras quema y consume su botín. Sólo el alma, siempre sería redimida y salvada. Yo, Decántor, la salvé para la eternidad y por la eternidad. Cumplí anhelos que no eran míos. ¡Los anhelos de la humanidad entera...!

-Comprendo -intervine-. Decántor, usted tiene razón en cierto sentido. Pero sólo en el sentido de habernos hecho ver con su invento, hoy a mí y mañana, tal vez, al mundo entero, la no necesidad del alma. En el sentido de habernos mostrado que la inmortalidad invocada por los libros sagrados, estudiados por usted, todos los evangelios, coranes, epopeyas babilónicas, vedas y leyendas, que la inmortalidad, repito, no sirve para nada al hombre. Y le diré más todavía: cada hombre sentirá hacia la eternidad que usted quiere ofrecerle lo mismo que siento yo, se lo aseguro: la mayor repulsión y miedo. Me horroriza la sola idea de que su promesa pudiera realizarse en mí. Así pues, usted demostró que la humanidad se ha mentado a sí misma durante miles de años. Usted desenmascarará esa mentira.

-¿Usted opina, pues, que mi alma no servirá a nadie? -preguntó aquel hombre con voz calmada, pero extrañamente átona

-Estoy seguro. Créame... ¿Cómo puede pensar lo contrario? ¡Desertor! ¿Usted lo querría para si mismo? ¿No es un hombre como los demás?

-Ya se lo había dicho. Nunca sentí la necesidad de ser inmortal. Pero suponía que era una aberración mía, una excepción a la regla, puesto que la humanidad lo deseaba tanto. A ella quise dar satisfacción, no a mí. Estaba buscando un problema difícil, el más difícil de todos, a la medida de mis fuerzas. Lo encontré y le di solución. Sólo en este sentido era mi asunto personal; me interesaba exclusivamente como un objetivo definido que debía alcanzar valiéndome de tecnologías y medios apropiados. Tomé al pie de la letra los escritos de los mayores pensadores de todos los tiempos. Usted los habrá leído, Tichy..., aquel miedo ante la interrupción, ante el fin, ante la aniquilación de la conciencia cuando es más rica, cuando puede dar los mejores frutos..., al término de una larga vida... En todos ellos vuelve a repetirse. Soñaban con el acceso a la eternidad. Yo he creado la puerta del acceso. Tichy, ¿tal vez ellos...? ¿Tal vez los hombres más eminentes, más geniales?

Negué con un gesto de cabeza.

-Pruebe si quiere. Pero no creo que uno solo... No. Es imposible.

-¿Cómo...? -dijo con un temblor en la voz, demostrando por primera vez que era capaz de emocionarse-. ¿Usted dice que esto... no tiene ningún valor...? ¿Que nadie lo querrá? ¿Lo piensa usted de veras?

-Eso es lo que pienso -respondí.

-No opine tan aprisa -me suplicó-. Tichy, todavía todo está en mis manos. Puedo aceptar, cambiar..., puedo dotar el alma con unos sentidos sintéticos... Esto excluye, por supuesto, el logro de la eternidad, pero, si para ellos los sentidos fueran más importantes..., los oídos..., los ojos...

-¿Y qué verían esos ojos? -pregunté.

Decántor no contestó.

-La glaciación de la Tierra..., la desintegración de las galaxias..., la extinción de las estrellas en el negro infinito, ¿sí? -sugeri espaciando las palabras.

Silencio.

-Los hombres no desean la inmortalidad -proseguí al cabo de un momento-. Lo que quieren es, sencillamente, no morir. Quieren vivir, profesor Decántor. Quieren sentir la tierra bajo sus pies y ver las nubes por encima de su cabeza, amar a otras personas, estar con ellas y pensar en ellas. Nada más. Todas las frases que van más allá de esto son mentiras. Una mentira inconsciente. Dudo de que siquiera haya muchos que tuvieran tanta paciencia como yo en escuchar... y en cuanto a los... voluntarios...

Decántor no hizo un gesto. Quedó en silencio unos minutos, con la mirada fija en el paquete que tenía ante sí, sobre el escritorio. De pronto lo cogió, inclinó levemente la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

-¡Decántor! -grité. El hombre se detuvo en el umbral-. ¿Qué piensa hacer con... ESO...?

-Nada -contestó fríamente.

-Vuelva..., se lo ruego. Un momento tan sólo... No se puede dejarlo así...

Señores, no sé si aquel hombre era un gran genio, pero un gran canalla sí, seguro. No quiero describir los regateos entre él y yo. No podía evitarlo. Sabía que si le dejaba marcharse, aun si en el futuro me convenciera de que me había engañado y que todo su invento era una pura ficción, en el fondo de mi alma, de mi alma corporal y sanguínea, quedaría para siempre el remordimiento de haber permitido que en algún sitio, en un cajón lleno de trastos viejos y papeles, existiera una mente humana, la conciencia viva de la desgraciada mujer que él había matado. Y, como si esto fuera poco, le había impuesto la cosa más atroz de todas; la más atroz, repito, porque no se puede imaginar nada comparable con la condena a la eternidad solitaria. Para nosotros esta palabra no tiene sentido, evidentemente. Probad, pues, al volver a casa, a acostaros en una habitación oscura, aislada del menor sonido y rayo de luz, y, cerrados los ojos, imaginad que vais a permanecer siempre así, en una quietud definitiva, sin ningún cambio nunca, día tras día, noche tras noche, siglos, y que vuestros cerebros sometidos previamente a una intervención os vedarán el refugio de la locura. La sola idea de que hubiera alguien condenado a semejante tortura, a cuyo lado todos los tormentos del infierno parecen un juego inocente, era un agujón insoslayable para mí durante aquella siniestra discusión. Se trataba, naturalmente, de destruir aquello; la suma que me pidió a cambio..., amigos, no entremos en los pormenores. Os diré solamente esto: durante toda la vida he creído que era avaro. Si hoy lo pongo en duda, es porque... Bueno, nada. En una palabra: no fue un pago. Fue despojarse de todo lo que se tiene. El dinero..., sí. Lo contamos..., luego dijo que apagara la luz. Primero oí en las tinieblas el susurro del papel desgarrado... y de repente, sobre el cuadrilátero blanquecino (el fondo era de algodón), apareció, como una joya líquida, un levisimo resplandor... a medida que me acostumbraba a la oscuridad, veía cada vez más nítidamente aquella refulgencia azulada... Entonces, sintiendo en la nuca la respiración entrecortada y jadeante de aquel hombre, cogí el martillo, ya preparado, y de un golpe...

Amigos míos, creo que me dijo la verdad: el primer golpe la mano no me obedeció y sólo descascarillé ligeramente aquel cristal ovalado que, aun así, se apagó al instante. Durante una fracción de segundo hubo como un estallido microscópico y silencioso, miles de partículas de polvo violeta se arremolinaron como presas de pánico y desaparecieron. Se hizo una oscuridad completa. En medio de ella oí una voz átona y sorda:

-No hace falta continuar, Tichy..., ya está.

Me sacó aquello de las manos, y yo, en ese momento, creí. Creí que era cierto, porque tuve una prueba ocular y porque lo sentía. No sé decir de qué manera. Apreté aquel interruptor, nos miramos, cegados por la luz, como dos criminales. El se llenó los dos bolsillos de su chaqueta con paquetes de billetes y salió sin una palabra de despedida.

No volví a verle jamás y no sé qué fue de él, de aquel inventor del alma inmortal a la que yo he matado.

III

Al hombre de quien voy a hablar le vi una vez solamente. Os estremecería su aspecto: un enano jorobado de edad indefinida, con una cara cuya piel parecía demasiado holgada, de tantos pliegues y arrugas que formaba. Tenía, por añadidura, un músculo de cuello más corto que el del otro lado, así que llevaba la cabeza siempre inclinada, como si hubiera intentado contemplar su propia joroba y desistido a medio hacer. No será ninguna novedad si digo que la inteligencia va rara vez emparejada con la belleza, pero él, la verdadera personificación de la deformidad, que en vez de compasión daba asco, hubiera debido ser un genio, aunque no por eso dejaría de asustar a la gente con su traza. Así pues, Zazul... Porque se llamaba Zazul. Yo estaba al corriente de sus horrorosos experimentos desde hacía tiempo, incluso la prensa había abundado en este sentido, dando fama al asunto. La sociedad de lucha contra la vivisección intentó entablarle un juicio (puede que hasta llegara a hacerlo), pero la cosa no dio resultado. El hombre supo zafarse. Era profesor, meramente de título, porque no podía hablar en público a causa de su tartamudez, o mejor dicho, la manera de cortarse cuando algo le impresionaba, lo que era frecuente en él. No es que viniera a verme. Oh, no era ese tipo de hombre. Hubiera preferido morirse antes que pedir ayuda a alguien. Sencillamente, me extravié durante una excursión a las afueras. Al principio no me disgustó la nueva experiencia, pero de repente se puso a llover a cántaros. Me resguardé de momento bajo un árbol, esperando que la lluvia cesaría pronto, pero no fue así. El cielo se cerró de punta a punta, tuve, pues, que buscar refugio; corriendo de árbol en árbol, calado ya hasta los huesos, hallé un senderito engravado, lo seguí y desemboqué en un camino en desuso, cubierto de maleza, que me condujo a una propiedad rodeada de un muro. Sobre el portal, antaño pintado de verde y ahora carcomido por el orín, colgaba una tablita de madera con la inscripción PERROS FEROCES, apenas legible. No me seducía mucho la perspectiva de toparme con ellos, pero el aguacero no me dejaba otra solución: rompí una sólida rama de un arbusto cercano y atacué el portal con esta arma. Lo del ataque no es una metáfora: sólo con acopio de todas mis fuerzas pude abrir aquella puerta y entrar, acompañado por el croar de no sé qué bichos. Me encontré en un jardín tan abandonado que apenas podía adivinarse el trazado de antiguas sendas. Al fondo, escondida tras los árboles zarandeados por la violencia de la lluvia, se alzaba una casa alta y oscura de tejado en vertiente. En tres ventanas del piso superior había luz, tamizada por unos visillos blancos. Pese a que no era todavía de noche, las negras nubes que cubrían el cielo oscurecían el entorno de tal forma que sólo al hallarme a pocos pasos de la casa advertí dos filas de árboles que flanqueaban el acceso al pórtico. Eran tuyas, tuyas de cementerio; pensé que el habitante de aquella casa no debía tener el humor muy alegre. Cosa extraña, a pesar del aviso de la puerta, no vi por allí a ningún perro. Subí los escalones y, protegido de la lluvia por el alero del tejado, oprimí el botón del timbre. Oí la llamada dentro de la casa, pero la única reacción fue el silencio. Dejé pasar un rato y volví a llamar, con el mismo

resultado, así que me puse a golpear la puerta, cada vez con más violencia. Esta vez oí dentro unos pasos rastreros y una desagradable voz rechinante preguntó:

-¿Quién es?

Se lo dije. Dije cómo me llamaba con una leve esperanza de que mi nombre no resultara desconocido para él. Parecía que el hombre reflexionaba, finalmente sonó el tintineo de una cadena desprendida, el chasquido de unos cerrojos descorridos, como si la casa fuera una fortaleza, y a la luz de una lámpara suspendida encima de la puerta apareció una especie de enano. Le reconocí, a pesar de haber visto sólo una vez en la vida una fotografía suya, no recuerdo dónde; era verdaderamente difícil olvidarle. Era casi totalmente calvo. A un lado del cráneo, encima de la oreja, corría una cicatriz rojiza, como la huella de un sablazo. Sobre la nariz llevaba unos quevedos con montura de oro, puestos de través. Parpadeaba, como si acabara de salir de un lugar sumido en tinieblas. Me excusé empleando las fórmulas habituales en esta clase de circunstancias y me quedé callado. El permanecía ante mi sin moverse, como si no tuviera la menor gana de dejarme entrar en aquella casa oscura y silenciosa.

-Usted es Zazul, el profesor Zazul..., ¿verdad?

-¿De qué me conoce? -gruñó sin asomo de cortesía.

Recurrí otra vez a las frases banales, diciendo que era difícil no conocer a un científico tan eminente, o algo por el estilo. Las escuchó torciendo en una mueca desdeñosa su boca de batracio.

-¿La tormenta? -me espetó, haciendo referencia a lo que yo había dicho al principio-. Ya sé que hay tormenta. ¿Y qué? Podía usted ir a otro lado cualquiera. ¡No me gusta esto! ¡No lo tolero! ¿Me entiende?

Dije que le comprendía muy bien, que no quería molestarle y me contentaría con una silla o taburete para esperar allí, en el mismo vestíbulo, a que la lluvia se hiciera menos violenta, marchándome luego en seguida.

Mientras tanto, el aguacero arreciaba; allí, en aquel vestíbulo silencioso, de techo alto, se oía como en el fondo de una gran concha marina su rumor prolongado e insistente. Por encima de nosotros, las gruesas gotas tamborileaban furiosamente en el tejado revestido de hojalata.

-¿Una silla? -preguntó indignado como si le hubiera pedido un trono de oro-. Yo no tengo ninguna silla para usted, señor Tichy. Yo... no dispongo de una silla libre. Detesto... y considero que sería mejor para ambos que se fuera de aquí...

La puerta de entrada estaba todavía abierta. Miré por encima del hombro al jardín; los árboles, los arbustos, todo se mezclaba en una masa agitada violentamente por el viento y reluciente bajo la cortina de agua. Volví la vista hacia el jorobado. Me había encontrado en la vida con casos de descortesía, incluso de grosería, pero nunca del calibre de lo que aquí me pasaba. Llovía torrencialmente, el techo atronaba en mis oídos, como si los elementos quisieran ayudarme a mantener firme mi determinación. Pero yo no necesitaba ayuda, porque ya se despertaba en mí uno de esos arrebatos característicos de mi carácter. Sencillamente, se me llevaban todos los demonios. Haciendo caso omiso de todos los miramientos y urbanidades, dije secamente:

-Saldré si usted me echa por la fuerza. Le advierto que soy todo menos un enclenque.

-¿Qué? -chilló con voz aguda-. ¡Descarado! ¡Cómo se atreve, en mi propia casa!

-Usted me ha provocado -contesté con voz glacial. Y, como estaba fuera de mi y sus chillidos estridentes me perforaban desagradablemente los tímpanos, terminando por sacarme totalmente de quicio, añadí:- ¡Hay maneras de comportarse por las que uno puede recibir una paliza en su propia casa, Zazul!

-¡Canalla! -voceó a todo pulmón. Le cogí por el brazo (tuve la impresión al tocarlo de que era un trozo de palo carcomido), y mascullé entre dientes:

-Detesto los gritos. ¿Entendido? ¡Un insulto más y se acordará de mí hasta el fin de sus días, grosero!

Por un momento pensé que íbamos a enzarzarnos en una verdadera pelea y tuve vergüenza de mí mismo: ¿cómo hubiera podido levantar la mano a un jorobado? Pasó entonces lo que menos esperaba. El profesor retrocedió, liberando su brazo de mi puño y, ladeada aún más la cabeza, como para cerciorarse de que seguía teniendo la joroba, empezó a reírse por lo bajo, a carcajadas agudas y asquerosas, como si hubiera oído un chiste verde.

-Vaya, vaya... -dijo, quitándose los quevedos-. Es usted un hombre sin pelos en la lengua, Tichy.

Se quitó una lágrima del ojo con la punta de un dedo amarillo de nicotina.

-Muy bien, muy bien -añadió roncamente-, me gusta. Sí, es cierto, esto me gusta. Cuánto odio las maneras hipócritas, las tonterías empalagosas y falsas, pero usted dijo lo que pensaba. Yo le detesto a usted, usted me detesta a mí, perfecto, somos iguales, todo está claro, y puede venir conmigo. Si, sí, casi me ha sorprendido, Tichy. Sorprenderme a mí...

Decía todo esto cacareando como una gallina, mientras me conducía arriba por una crujiente escalera de madera, oscurecida por los años, que rodeaba, zigzagueando, el enorme vestíbulo cuadrado, todo revestido de madera; yo guardaba silencio y Zazul dijo al llegar al piso superior:

-Tichy, yo no tengo medios para disponer de habitaciones, salones, etc. Ya lo verá usted. si; duermo entre mis ejemplares, como y convivo con ellos. Entre, pero no hable demasiado...

La estancia en la cual me introdujo era precisamente aquella de las ventanas iluminadas. Los visillos blancos resultaron ser grandes hojas de papel, antaño blanco y ahora muy sucio, lleno de manchas de grasa y moscas aplastadas. Cantidades de los mismos se veían también en los antepechos de las ventanas; igualmente, en las puertas vi multitud de huellas en forma de coma y los despojos resecos y ensangrentados de insectos, como si a Zazul le asediaran aquí todos los dípteros del mundo. Antes de que aquello hubiera tenido tiempo de asombrarme, me llamaron la atención otras particularidades del aposento. En su centro aparecía una mesa, o mejor dicho, dos caballetes con unas tablas de madera, apenas cepilladas, encima; en ellas se amontonaban en desorden libros, papeles y huesos amarillentos, pero lo más insólito del cuarto eran sus paredes. En unos estantes pesados y hechos de cualquier manera por un carpintero aficionado se alineaba una serie de grandes botellas y tarros de vidrio grueso, y frente a la ventana, allí donde los anaqueles dejaban un espacio libre, se encontraba un enorme tanque de cristal, una especie de acuario del tamaño de un armario o, más bien, un sarcófago transparente. Un trapo sucio y desgarrado echado con descuido ocultaba a la vista la parte superior del recipiente, pero, aunque sus jirones llegaban a la mitad de la altura de las paredes de vidrio, bastó con lo que vi en su parte inferior para que la sangre se me helara en las venas. En todas las botellas y tarros había un líquido azulado y ligeramente opaco, igual que el de los museos anatómicos, donde se conservaban órganos, antaño vivos, procedentes de autopsias, sumergidos en alcohol. El mismo líquido conservador llenaba aquel tanque de vidrio, cubierto con un trapo. En su profundidad oscura, irisada de reflejos morados, se mecían con gran lentitud, como un péndulo infinitamente paciente, dos sombras suspendidas a unos centímetros del suelo. ¡Cuál no fue mi horror y asco cuando reconocí en ellas dos piernas humanas, enfundadas en dos perneras de pantalón empapadas de alcohol desnaturalizado...!

Petrificado, fui incapaz del menor gesto; Zazul tampoco se movía, no notaba su presencia. Cuando por fin pude mirarle a la cara, vi que estaba muy contento. Tenía las manos dobladas en el pecho como para rezar, y carraspeaba con satisfacción. Mi indignación y mi repugnancia le llenaron de júbilo.

-¿Qué significa esto, Zazul? -pronuncié con dificultad, ahogándome la voz-. ¿Qué es...?

Me volvió la espalda; su joroba descomunal y puntiaguda, que parecía reventar la chaqueta, oscilaba levemente al compás de sus pisadas mientras se acercaba a una silla de respaldo estrafalario, desplegado hacia los costados (era escalofriante aquel mueble para jorobados). Se sentó y dijo de repente con una voz llena de indiferencia y casi aburrimiento:

-Es una larga historia, Tichy. ¿No quería usted resguardarse de la tormenta? Siéntese donde pueda y no moleste. No veo ninguna razón para contarle de lo que se trata.

-Pero yo sí la veo -contesté. Había recuperado un poco el dominio de mí mismo. En medio de aquel silencio resonante del ruido de la lluvia me acerqué y le dije:

-Si no me da una explicación satisfactoria, Zazul, me veré obligado a tomar ciertas medidas... que pueden causarle problemas bastante serios.

Pensaba que estallaría de ira, pero ni siquiera se movió. Me estaba mirando, torcida la boca en un gesto irónico.

-Recapacite, Tichy. ¿Qué es lo que pretende? Hay tormenta, llueve, usted aporrea mi puerta, entra sin estar invitado, me amenaza con darme una paliza y, luego, cuando cedo por impulso de mi bondad innata, cuando procuro tenerle satisfecho, tengo el honor de oír nuevas amenazas: después de la paliza, los tribunales. Soy un científico, señor mío, no un criminal. No tengo miedo de los jueces, no hay nada que me asuste, Tichy.

-Aquello es un hombre -dije, sin prestar atención a su verborrea, tan manifiestamente sarcástica. Tenía la seguridad de que me había traído a ese sitio para que hiciera el espantoso descubrimiento. Miré por encima de su cabeza la siniestra sombra doble que seguía balanceándose suavemente dentro del líquido azulado.

-No cabe la menor duda -contestó animosamente Zazul-. No cabe la menor duda.

-¡No escapará a la justicia! -grité.

El seguía mirándome fijamente a la cara. De pronto, algo empezó a pasarle: sus hombros se agitaron, se le escapaban gemidos y... se me pusieron los pelos de punta: Zazul se estaba riendo.

-Tichy -dijo cuando se hubo calmado un poco, con chispas de una malicia diabólica bailándole en los ojos-, ¿quiere que hagamos... una apuesta? Yo le contaré cómo ocurrió aquello -apuntó con el dedo hacia el tanque-, y después usted no querrá tocar un pelo de mi cabeza. Por su propia y libre voluntad, se entiende. ¿Qué me dice? ¿Apostamos?

-¿Usted le ha matado? -pregunté todavía.

-Hasta cierto punto, sí. En todo caso, lo metí ahí. ¿Cree usted que puede vivir sumergido en alcohol metílico de noventa y seis grados? ¿Que quedan todavía esperanzas?

Esta jactancia suya llena de suficiencia y al parecer planeada de antemano, esta burla petulante a costa de la víctima y en su presencia, me devolvieron la calma.

-Apostemos -dije fríamente-. ¡Hable!

-Haga el favor de no apremiarme -dijo, altanero como un príncipe que concede magnánimamente una audiencia-. Hablaré porque me divierte, porque es una historia alegre que me gusta repetir, y no porque usted me haya amenazado. A mi no me impresionan las amenazas, Tichy. Bueno, vamos a dejarlo. ¿Ha oído hablar de Mallengs?

-Desde luego -contesté. Ya era dueño de mí mismo por completo. Al fin y al cabo, yo también tengo algo que ver con la ciencia y sé cuándo hay que guardar sangre fría-. Mallengs es el autor de un trabajo sobre la desnaturalización de partículas albuminoideas...

-Muy bien -dijo con una entonación muy profesional, lanzándome una mirada escrutadora, como si por fin hubiera descubierto en mí un rasgo digno de una partícula de respeto-. Además de esto, elaboró un método de síntesis de grandes moléculas de albúmina, obteniendo soluciones artificiales que vivían, dése cuenta. Eran unas jaleas viscosas..., él las amaba. Les daba cada día la comida, si puede decirse..., si, les ponía azúcar, hidratos de carbono, y ellas, esas jaleas, esas preamibas amorfas, lo consumían

todo que daba gusto y crecían tranquilamente, primero en cápsulas de Petrí..., luego las trasladaba a recipientes más grandes..., las mimaba, todo su laboratorio estaba lleno de ellas. Algunas se morían, empezaban a descomponerse (régimen inadecuado, supongo), y esto le volvía loco... corría con aquella barba suya que siempre mojaba sin querer en su amada jalea... Pero no consiguió nada más. Era demasiado tonto, le faltaban cosas... aquí -se tocó con el dedo la cabeza, cuya calva brillaba a la luz de una lámpara suspendida muy bajo, como si estuviera torneada en hueso amarillento-. Después me tocó el turno a mi, Tichy. No voy a hablar mucho, porque son cosas para los profesionales, y los que hubieran comprendido de verdad la grandeza de mi obra no han nacido todavía... En una palabra, he creado la macromolécula de albúmina que se puede someter, digamos, a un determinado tipo de desarrollo, como se pone el despertador a la hora... No, no es un ejemplo apropiado. Usted sabe, naturalmente, lo que son los gemelos univitelinos, ¿verdad?

-Si -contesté-, pero qué tiene que ver...

-Lo comprenderá en seguida. El óvulo fecundado se divide en dos mitades idénticas que originan dos individuos perfectamente similares, dos recién nacidos, dos gemelos del mismo aspecto. Imagínese, pues, ahora que existe un método con cuya aplicación se puede crear, a partir de un hombre adulto vivo y en base al conocimiento perfecto de su organismo, la otra mitad del óvulo del cual había nacido. Por lo tanto, a aquel hombre se le puede ofrecer, con retraso de varios años, un mellizo suyo... ¿Me explico?

-Le entiendo -dije-, pero aunque fuera posible, obtendrá usted sólo una mitad del óvulo, un germen que perecerá al instante...

-Tal vez en otras manos, no en las mías -contestó con un orgullo tajante-. Yo tomo la mitad del óvulo, creada por síntesis y regulada sobre un determinado tipo de desarrollo, la colocó en una incubadora, una especie de matriz mecánica, y allí provocó su transformación en feto en un espacio de tiempo cien veces más corto que el del desarrollo fetal natural. Al cabo de tres semanas el germen se convierte en un niño; gracias a intervenciones sucesivas, este niño, un año después, tiene la edad biológica de diez años; cuatro años más tarde tenemos a un hombre cuarentón... Pues bien, Tichy, esto es exactamente lo que hice.

-¡Homúnculus! -exclamé-. El sueño de los alquimistas medievales... Comprendo... Usted afirma... ¡Pero aun si fuera así! ¿Usted creó a aquel hombre, no? ¿Y por eso cree que tenía derecho a matarle? ¿Y que yo le serviré de testigo de descargo? Oh, se equivoca..., se equivoca mucho, Zazul...

-No he terminado todavía -dijo fríamente Zazul. Su cabeza parecía emerger directamente del bulto deforme de la joroba-. La primera fase fueron, evidentemente, los experimentos con los animales. Allí, en aquellos recipientes, tiene usted parejas de gatos, conejos, perros, en los que llevan una etiqueta blanca se encuentran seres originales naturales. Junto a cada uno, otro recipiente con la etiqueta negra contiene una copia gemela, creada por mí... No hay ninguna diferencia, y si usted cambia las etiquetas será imposible descubrir cuál de los dos animales nació de manera natural y cuál procede de mi retorta...

-Bien -dije-, de acuerdo... Pero ¿por qué le ha matado? ¿Por qué? ¿Estaba, tal vez..., loco? ¿Subnormal? Aun en este caso no tenía usted derecho...

-¡No me ofenda! -siseó entre dientes-. La plenitud de fuerzas mentales, Tichy, la plenitud de desarrollo, idealmente similar a todos los rasgos del original dentro del soma..., pero en la psique se dieron posibilidades mayores que las demostradas por el prototipo biológico..., si, es algo más que la creación de un gemelo..., es una copia más perfecta..., el profesor Zazul superó a la Naturaleza... ¡La superó! ¿Me comprende?

Guardé silencio. El se levantó, se acercó al tanque, se puso de puntillas y arrancó de un tirón la andrajosa tela. No quería mirar, pero mi cabeza giró por sí sola hacia aquel lado y vi, a través del vidrio, a través del alcohol opaco, la cara reblandecida y macerada

de Zazul..., vi su joroba flotante como un enorme fardo..., los faldones de su chaqueta extendidos como dos alas negras y empapadas..., el brillo blanquecino de sus globos oculares..., los mechones grises, apelmazados, de su barbita..., lo veía sin moverse, como si me hubiera fulminado un rayo, mientras que él croaba a mi lado.

-Como es de suponer, se trataba de que la obra fuera imperecedera. El hombre, aun creado artificialmente, es mortal. La cuestión consistía en que perdurara, que no se convirtiera en polvo, que quedara como un monumento... Si, de eso se trataba. Sin embargo, tiene que saberlo, Tichy, hubo una esencial diferencia de opiniones entre él y yo; y en consecuencia de ello, no yo... sino El fue metido en el tanque..., el..., el profesor Zazul, y yo, yo soy precisamente...

Se rió, pero yo no le oía. Tenía la impresión de que la tierra se abría bajo mis pies. Miraba su cara viva, contorsionada por la mueca de júbilo supremo, luego la otra, la muerta, flotante tras la pared de vidrio como un horrible monstruo submarino..., y no podía abrir la boca. Reinaba el silencio. Había dejado casi de llover, sólo sonaba, unas veces más débil, como si el viento se lo llevara, otras más fuerte, el desvanecido tañido fúnebre de los canalones.

-Déjeme salir -dije, y no reconocí mi propia voz.

Cerré los ojos y repetí con voz sorda:

-Déjeme salir, Zazul. Usted gana.

IV

Cierta tarde otoñal, cuando las sombras del ocaso invadían ya las calles y caía una lluvia persistente, fina, gris, una de esas lluvias que hacen dudar de la existencia misma del sol, cuando el hombre no abandonaría por nada del mundo su butaca junto a la chimenea encendida donde, cómodamente sentado, se entrega a la relectura de unos libros viejos (buscando en ellos no su contenido, sino al uno mismo de hace años), inesperadamente alguien llamó a la puerta. Era una llamada violenta, como si aquella persona, sin tocar ni siquiera el timbre, hubiera querido dar a entender sin demora que su aparición tenía carácter de urgencia o, tal vez, de desespero. Dejé el libro, salí al pasillo y abrí la puerta. Vi a un hombre con chubasquero de hule chorreando agua; por su cara, torcida en la mueca de cansancio, resbalaban gotas de lluvia. Agotado, ni me miraba. Se apoyaba con ambas manos, enrojecidas y mojadas, en una caja de gran tamaño que, por lo visto, había subido solo por la escalera.

-¿Usted que...? -empecé, pero en seguida corregí:- ¿Puedo ayudarle?

Hizo un gesto indefinido con la mano, respirando con dificultad; comprendí que quería introducir su fardo en el piso y que le fallaban las fuerzas. Así, pues, las ásperas cuerdas empapadas de la caja y metí el bulto en el pasillo. El me siguió adentro. Le indiqué la percha; colgó allí el chubasquero, tiró sobre la repisa su sombrero, parecido, de tan calado, a un deforme trapo de fieltro, y entró en mi despacho con pasos inseguros.

-¿En qué puedo servirle? -pregunté al cabo de un buen rato. Se me ocurría que era uno más de mis insólitos visitantes; él, sin mirarme, como ensimismado en sus propios pensamientos, se restregaba la cara con un pañuelo, estremeciéndose al frío contacto de los puños de su camisa, mojados como si los hubiera metido en agua. Le dije que se sentara junto al fuego, pero no se dignó contestarme. Cogió aquella caja chorreante y se puso a tirar de ella, empujar y @cantear, dejando en el suelo un rastro cenagoso, testigo de que durante el camino debió de dejarla varias veces en las aceras encharcadas, para recobrar el aliento.. Sólo cuando la tuvo en el centro del despacho, bajo su mirada vigilante, pareció de repente darse cuenta de mi presencia. Me miró, masculló unas

palabras ininteligibles, movió la cabeza, se acercó a zancadas demasiado grandes a la butaca libre y se hundió en sus profundidades desfondadas.

Me senté frente a él. Ambos callamos un buen rato, pero, por una causa incomprensible, la situación resultaba completamente natural. No era joven: unos cincuenta años más o menos. Tenía la cara desigual. Curiosamente, toda su mitad izquierda era más pequeña, como si hubiera crecido más lentamente que la derecha, de modo que la comisura de la boca, la ventana de la nariz y la rendija del ojo eran más menudas a la izquierda, lo que daba a su cara la expresión de un asombro deprimido.

-¿Usted es Tichy? -pronunció finalmente cuando menos lo esperaba. Afirmé con la cabeza-. ¿Ijon Tichy? ¿El... viajero? -volvió a cerciorarse, inclinado hacia delante. Me miraba con desconfianza.

-Claro que si -le tranquilicé-. ¿Quién otro podría estar en mi casa?

-Pude haberme equivocado de piso -masculló. Al parecer, estaba pensando en otra cosa mucho más importante.

De pronto se levantó. Tocó maquinalmente su chaqueta, quiso desarrugarla, pero, dándose por lo visto cuenta del fracaso que esperaba a su intento (no sé si las mejores planchas y los esfuerzos de un sastre hubieran podido hacer algo por su ropa, raída en extremo), se enderezó y dijo:

-Soy físico. Me llamo Molteris. ¿Ha oído hablar de mi?

-No -contesté. En efecto, nunca había oído hablar de él.

-No tiene importancia -gruñó más bien para si mismo que para mi.

Parecía lúgubre, pero estaba, sencillamente, pensativo. Por lo visto reconsideraba para sus adentros la decisión, tomada ya anteriormente, que le había empujado a venir a verme, y ahora volvían las dudas. Lo advertí en sus miradas de soslayo. Tenía la impresión de que me odiaba por lo que quería, debía decirme.

-Hice un descubrimiento -me espetó de repente con voz ronca-. Un invento. No hubo nunca nada parecido. Jamas. No tiene por qué crearme. Yo no creo en nadie, no necesito, pues, que nadie crea en mí. Basta con los hechos. Se lo demostraré. Todo. Pero... todavía no estoy completamente...

-¿Usted teme algo? -sugerí en tono amistoso y conciliador. En el fondo esos hombres son unos niños, unos niños locos y geniales-. ¿Teme un robo, una traición, verdad? Puede estar tranquilo. Esta habitación vio y oyó unos inventos...

-¡No como el mio! -estalló en un grito categórico; en su voz, en el brillo de sus ojos, hubo durante un segundo un destello de orgullo inconmensurable. Se le podía tomar por el dueño de la creación-. Deme unas tijeras -dijo lúgubrementes, presa de una nueva ola de desazón-. O un cuchillo, lo mismo da.

Le alargué un cortaplumas que tenía sobre el escritorio. Lo cogió, cortó las cuerdas con movimientos vehementes y rápidos, desgarró los papeles y los tiró al suelo, arrugados y mojados, con un descuido exagerado, como si me hubiera querido dar a entender: «Puedes echarme, puedes reñirme por ensuciar tu brillante parquet, si tienes el valor de humillar todavía más a un hombre ya suficientemente humillado». Apareció una caja de forma casi cúbica, de tablas cepilladas, barnizada de negro excepto una mitad de la tapa pintada de verde; supuse que se le había agotado la pintura negra antes de terminar de pintar. El cierre llevaba un candado cifrado. Molteris compuso las cifras escondiendo el candado con la mano e inclinándose de espaldas a mi, para impedirme ver la combinación. Sonó un chasquido. Molteris levantó lentamente la tapa con gestos meditados y prudentes.

Por discreción, y también por no alarmarle, no me moví de la butaca. Creo que me lo agradeció, aunque no lo demostrara. En todo caso, parecía que los nervios se le aplacaron un poco. Hundió los brazos en la caja y, con un tremendo esfuerzo que le encendió las mejillas y la frente, sacó un gran aparato de metal bruñido con toda clase de

tapas, lámparas, cables, no sé, no soy experto en la materia. Apretando la carga entre sus brazos como si se tratara de una amante, preguntó con voz ahogada:

-¿Dónde está... el enchufe?

-Allí -le indiqué un rincón junto a la biblioteca, ya que en el otro estaba enchufada la lámpara del escritorio.

Se acercó a los anaqueles de libros y con suma prudencia depositó en el suelo el pesado objeto. Luego desplegó un ovillo de cables, escogió uno y lo introdujo en la toma de corriente. En cuclillas junto a su aparato, se puso a manejar palancas y apretar botones; al poco rato, un susurro suave y melodioso llenaba el cuarto. De repente su cara se crispó de temor; miró muy de cerca una de las lámparas, la única que había quedado oscura, le dio un golpecito con el dedo y, viendo que nada cambiaba en ella, buscó con vehemencia en sus bolsillos, arrojando su contenido al suelo. Encontró finalmente un destornillador, un trozo de alambre, unas tenacillas, se echó de rodillas ante la máquina y empezó a hurgar en sus entrañas, febrilmente, pero con la mayor precisión. Un momento después aquella lámpara ciega se encendía con un resplandor rosado. Molteris, que parecía haber olvidado dónde estaba, suspiró con alivio, guardó sus herramientas en el bolsillo, se levantó y dijo muy tranquilo, como quien dice «me he comido un pedazo de pan»:

-Es una máquina del tiempo, Tichy.

No contesté. No sé si os dais cuenta de lo delicada y difícil que era mi situación. Los inventores de esa clase, los del elixir de la vida eterna, del adivinador eléctrico del futuro o, como en este caso, de la máquina del tiempo, tropiezan con la desconfianza absoluta de toda persona a quien quieren iniciar en su obra. Son acomplejados, hipersensibles, tienen miedo a la gente y al mismo tiempo la desprecian, ya que saben que no pueden prescindir de su ayuda. Puesto que lo sé y lo comprendo, tengo que comportarme en estas circunstancias con la máxima prudencia. Por otra parte, híciera lo que hiciera, siempre será mal acogido. El inventor que busca ayuda está impelido por el desespero y no por la esperanza, y prevé no la comprensión, sino la burla. Si encuentra benevolencia, la experiencia le dice que no es más que un prólogo seguido habitualmente por el menosprecio escondido en las palabras disuasivas, ya que, naturalmente, más de una vez se intentó disuadirle de su idea. Si yo hubiera dicho: «¡Ah, es extraordinario! ¿De verdad inventó usted la máquina del tiempo?», me habría acometido a puñetazos. Mi silencio le sorprendió.

-Si -dijo con impertinencia metiendo ambas manos en los bolsillos-. ¡Es un vehículo del tiempo! Una máquina para viajar en el tiempo, ¿Entiende?

Hice un ademán afirmativo con la cabeza, cuidando de que no fuera exagerado.

Su ímpetu cayó en el vacío, se perdió..., el hombre se quedó un rato sin moverse, su rostro reflejando una expresión no demasiado inteligente. Su cara no era vieja, sino, sencillamente, cansada, mortalmente fatigada; los ojos, inyectados en sangre, revelaban incontables noches en blanco; tenía los párpados hinchados, se había afeitado para la ocasión de la visita, pero unas placas oscuras cerca de las orejas y debajo del labio inferior delataban lo mal y aprisa que lo había hecho; otro testimonio de lo mismo era un emplaste negro en la mejilla.

-Usted no es físico, ¿verdad?

-No.

-Tanto mejor. Si lo fuera, no me creería ni siquiera después de ver con sus propios ojos lo que voy a enseñarle, porque esto -apuntó con el dedo al aparato que seguía ronroneando como un gato somnoliento (las lámparas tenían la pared de un resplandor rosado) no pudo hacerse hasta haber mandado al cuerno el montón de estupideces que hoy se toma por física. ¿Tiene algún objeto que pudiera perder sin que le duela?

-Podría encontrarlo -contesté-. ¿Qué clase de objeto?

-Lo mismo da. Una piedra, un libro, un trozo de metal, siempre y cuando no sea radiactivo. Ni una sombra de radiactividad, es muy importante. Podría provocar una desgracia. -Estaba todavía hablando cuando me levanté y me acerqué al escritorio. Como sabéis, soy muy meticuroso y guardo cada cosa, por más insignificante que sea, siempre en el mismo sitio; la ordenación de la biblioteca tiene para mí una importancia especial. Sin embargo, el día anterior ocurrió algo que me extrañó mucho: estaba trabajando en mi despacho desde el desayuno, o sea, desde las horas tempranas de la mañana, retocando un párrafo particularmente difícil; mientras reflexionaba, separé la vista de los papeles apilados en el escritorio y advertí junto a la pared, en el rincón al lado de la librería, un libro in octavo con tapas de color burdeos. Estaba en el suelo, como si alguien lo hubiera tirado.

Me levanté y lo recogí. Le reconocí al instante: era la tesis de licenciatura de un conocido mio, más bien lejano, extraída de la revista trimestral de medicina cósmica. No comprendía cómo se hallaba en el suelo. Bien es verdad que me había sentado a trabajar sumido en pensamientos y no examiné mi cuarto detalle por detalle, pero podría jurar que cuando entré no había nada en aquel rincón: me hubiera llamado la atención. Finalmente opté por suponer que mi ensimismamiento había sido excepcionalmente profundo aquel día, hasta el punto de hacerme insensible a lo que me rodeaba. Luego, cuando mi concentración se relajó y mis ojos fueron otra vez capaces de registrar cosas reales, se fijaron en el librito. No veía otra explicación posible del hecho. Coloqué el libro en su sitio y no volví a pensar en ello; pero ahora, cuando Molteris me pidió un objeto, el lomo granate de aquel trabajo que no necesitaba para nada se me metió como por si solo en la mano; se lo entregué, pues, en silencio.

El cogió el libro, lo sopesó en la mano sin mirar el título, levantó la tapa del aparato y dijo:

-Venga aquí...

Me puse a su lado. Introdujo el libro en el aparato poniéndolo plano y apretó una pequeña palanca negra que sobresalía de un lado. La luz de las lámparas volvió a su brillo normal y al mismo tiempo aquel pequeño tomo oscuro pareció cubrirse de niebla. En una fracción de segundo se volvió transparente, dejando ver a través de sus tapas los contornos blanquecinos de las páginas y los borrosos renglones de letras; esta imagen duró muy poco: en el segundo siguiente el libro se desdibujó, se difundió, desapareció y sólo se veía el fondo bruñido del aparato.

-Se desplazó en el tiempo -dijo Molteris sin mirarme. Se levantó del suelo con esfuerzo. En su frente brillaban gotitas de sudor, diminutas como puntas de alfileres-. O, si prefiere, se rejuveneció...

-¿Cuánto? -pregunté. Lo concreto de mi pregunta serenó un poco su cara. La mitad izquierda de ella, aquella más pequeña (advertí de cerca que era también más oscura), se estremeció.

-Un día, más o menos -comentó-. No sé todavía calcularlo con exactitud. Pero esto... -suspendió la frase y me miró. ¿Estuvo usted en su despacho ayer?

-inquirió sin esconder la tensión con la cual esperaba mi respuesta.

-Sí, estuve -contesté lentamente, porque de repente el suelo pareció hundirse bajo mis pies. Comprendí y con un vértigo sólo comparable con la sensación de un sueño increíble, reuní los dos hechos: la inexplicable aparición del libro en el suelo ayer, exactamente en este mismo sitio junto a la pared, y el experimento de hoy.

Se lo dije. No mostró ninguna alegría, como se hubiera podido esperar, sólo se restregó la frente con el pañuelo en silencio; advertí que sudaba copiosamente, muy pálido. Le acerqué una silla y me senté yo también.

-¿Me quiere decir ahora qué desea de mí? -pregunté cuando se hubo calmado.

-Ayuda -murmuró-. No le pido una limosna, no. Digamos que sería... un adelanto cubierto por su participación en las futuras ganancias. Un vehículo del tiempo..., usted se da cuenta... -dejó la frase sin terminar.

-Si -contesté-. Supongo que necesita una suma importante.

-Muy importante. Entran en juego grandes cantidades de energía, sabe, y además la mira temporal, necesaria para que el cuerpo desplazado pueda alcanzar con exactitud el momento en que queremos colocarlo, necesita todavía un largo trabajo de puesta a punto.

-¿Cuánto tiempo? -inquirí.

-Por lo menos un año...

-Bien -dije-. Entiendo. Lo que ocurre es que tendría que buscar la ayuda de... terceras personas. Hablando claro: encontrar a unos capitalistas. No le parecerá inconveniente, ¿verdad?

-No, claro que no... -contestó.

-Bien. Pongamos las cartas sobre la mesa. La mayoría de la gente, en mi lugar, pensaría después de ver lo que me ha enseñado, que se trata de un engaño, de un truco bien montado. Pero yo le doy toda mi confianza. Le creo y haré lo que pueda. Esto, naturalmente, necesita un poco de tiempo. Estoy ahora muy ocupado, y además, tendré que consultar...

-¿A los físicos? -lanzó secamente. Su tensa mirada no se apartaba de mi cara.

-No, ni mucho menos. Veo que tiene un prejuicio contra ellos. No, no me explique nada, es cosa suya. Lo de consultar se refería a la búsqueda de personas idóneas que se prestaran a...

Dejé la frase en suspenso. A él parecía ocurrirle lo mismo que a mi. Sus ojos centellearon.

-Señor Tichy... -dijo-, no hace falta que pida consejo a nadie... Yo mismo le diré a quién debe acudir...

-Con la ayuda de la máquina, ¿sí? -completé sus palabras. Una sonrisa triunfal transformó su cara.

-¡Claro! ¡Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes...! ¡Soy un verdadero asno!

-¿Usted ya se ha movido en el tiempo? -pregunté.

-No. La máquina funciona desde hace muy poco, desde el viernes pasado nada más. Envié solamente a un gato...

-¿A un gato? ¿Y qué? ¿Ha vuelto?

-No. Se trasladó al futuro, cinco años más o menos; la escala no es todavía exacta. La precisión de fijación del momento en el cual debo detener el movimiento a través del tiempo exige el montaje de un diferenciador que coordina los campos interferenciales. En el estado actual del aparato, la desincronización provocada por el efecto cuántico de la tunelación...

-Lamento no entender nada de lo que me dice -le interrumpí-. Pero ¿por qué no ha probado usted mismo?

Me parecía raro, por no decir algo más fuerte. Molteris se azaró.

-Lo pensaba hacer, pero..., sabe, yo..., mi casero me cortó la electricidad... el domingo. Su cara, o mejor dicho, la mitad de ella, la derecha, se volvió escarlata.

-Debo el alquiler y por eso... -barbotó-. Pero ahora, evidentemente..., en seguida... Si, usted tiene razón. Lo haré en seguida. Entraré aquí, ¿lo ve? Pondré el aparato en marcha y... me encontraré en el futuro. Sabré quién ha financiado la empresa, conoceré los nombres de esas personas, así usted podrá inmediatamente, sin demora...

Mientras hablaba, estaba recorriendo ya los tabiques que dividían el interior del aparato.

-Espere un momento -dije-. No, así no. Usted no podrá volver, si deja el aparato aquí, en mi casa.

-Oh, no -contestó sonriendo-. Viajaré en el tiempo junto con el aparato. Cabe esta posibilidad: la máquina tiene dos dispositivos distintos. ¿Ve ese variómetro aquí? Si envío algo al tiempo y quiero que el aparato se quede, concentro el campo en este pequeño espacio debajo de la válvula. Y si quiero desplazarme yo mismo, ensancho el campo a todo el aparato. Sólo que en este caso la fuerza inicial ha de ser más grande. ¿Cuántos amperios tienen sus fusibles?

-No lo sé -dije-, pero me temo que no aguantarían. Ya antes, cuando... envió el libro, las luces casi se apagaron...

-Es fácil de arreglar -dijo-. Reforzaré sus fusibles, si no tiene inconveniente...

-No, no. Hágalo si quiere.

Molteris puso manos a la obra. Sus bolsillos contenían todo el concentrado de un taller electromecánico: al cabo de diez minutos el trabajo estaba listo.

-Me voy -dijo al volver a mi cuarto-. Creo que debo adelantarme treinta años por lo menos.

-¿Tantos? ¿Por qué? -pregunté, sorprendido. Nos acercamos juntos al negro aparato...

-Porque si sólo me traslado a unos pocos años, únicamente los especialistas estarán al corriente del asunto. En cambio, al cabo de un cuarto de siglo será del dominio público, los niños aprenderán en la escuela los nombres de las personas que habrán colaborado en la realización del invento: los podré oír de la boca de cualquier transeúnte.

Sonrió con un poco de melancolía, sacudió la cabeza y entró de una zancada en el aparato.

-Las luces oscilarán -dijo-. Pero no pasará nada. Los fusibles aguantarán. En cambio, el retorno puede presentar un problema...

-¿Por qué?

Molteris me lanzó una mirada penetrante.

-¿Nunca me había visto antes aquí?

-No entiendo su pregunta.

-Bueno..., ¿no me vio hace un día, un mes... o incluso un año...? ¿No apareció aquí, en este rincón, un hombre de pie en un aparato como éste?

-¡Ah! -exclamé-, comprendo... Usted teme que, al volver, puede retroceder en el tiempo no al momento presente, sino a otro anterior, si no acierta la maniobra de frenado, ¿no es así? Pues no, no le había visto nunca hasta hoy. Salvo que... volví de mi último viaje hace nueve meses. Hasta entonces no había nadie en la casa.

-Veamos -dijo, pensativo-. Francamente, no estoy seguro. Creo que si hubiera estado aquí mientras, según dice, la casa estaba vacía, debería saberlo, tener un recuerdo de ello. ¿No le parece?

-Ni mucho menos -contesté rápidamente-, es la paradoja del bucle temporal; usted estaba entonces en otra parte y hacía otra cosa, quiero decir, el usted de entonces. En cambio, sólo puede entrar por descuido en aquel tiempo pasado desde el momento actual, desde el presente...

-En fin -dijo-, no tiene mayor importancia. Si retrocedo demasiado, haré una corrección. Lo único que puede pasar es que el viaje se prolongue un poquito. Al fin y al cabo es un experimento nuevo; tenga paciencia, por favor...

Se inclinó y pulsó un botón. Las luces bajaron al instante; el aparato emitió un sonido leve, agudo, como una copa tocada con una varita de cristal. Molteris alzó la mano en un gesto de despedida, se enderezó y movió con la otra mano una manivela negra. Mientras tanto, las lámparas volvieron a su fuerza anterior y el aspecto del hombre empezó a cambiar. Su traje se oscureció y se desdibujó, pero no presté atención, pasmado por lo que le pasaba a su cabeza: simultáneamente al volverse transparente, su pelo negro iba encaneciendo, el cuerpo se encogía a la par que se difuminaba, de modo que cuando desapareció de mi vista junto con el aparato, la blanca pared desnuda con el enchufe que no soportaba ningún cable, cuando, repito, me quedé allí solo con la boca abierta, con la

garganta demasiado apretada para emitir un grito de espanto, seguía viendo todavía aquella transformación horripilante. Amigos míos, mientras desaparecía raptado por el tiempo, Molteris envejecía con una rapidez vertiginosa. ¡En una fracción de segundo pasaron decenas de años de su vida! Me acerqué con pasos vacilantes a la butaca, la coloqué frente a aquel rincón vacío fuertemente iluminado para poder observarlo bien, me senté y me dispuse a esperar. Pasé esperando la noche entera hasta altas horas del día. Amigos, desde aquella noche transcurrieron siete años. Creo que no volverá nunca, porque, absorto en su idea, olvidó una cosa muy sencilla, casi elemental, pasada por alto por todos los autores de hipótesis fantásticas, no sé si por falta de conocimientos o de honradez. Me refiero al hecho de que, si el viajero en el tiempo se desplaza a veinte años adelante, tiene que envejecer de la misma cantidad de años. ¡Es evidente e inevitable! No hay que imaginarse que el presente de un hombre puede ser trasladado al futuro de manera que su reloj marque la hora de la partida y todos los otros la del futuro. Es una cosa imposible. Para que fuera así, aquel hombre tendría que escaparse del tiempo y dirigirse a épocas venideras fuera de él, reintegrándose en el tiempo cuando le pareciera oportuno desde «fuera». Si, pero... fuera del tiempo no existe nada. No existe la posibilidad de viajar de este modo. El desgraciado Molteris puso en movimiento con sus propias manos una máquina que le ha matado... de vejez, no de otra cosa. Cuando el aparato se detuvo en el punto de tiempo previsto, contenía tan sólo un cadáver canoso y encogido...

Y ahora, amigos, viene lo más terrible. Aquella máquina se detuvo allí, en el futuro, y esta casa, junto con mi piso, junto con el despacho y el rincón vacío, viaja también en el tiempo, pero de la manera natural, la única que nos es accesible, hasta qué llegue un día al momento en el cual se detuvo el aparato; entonces en el rincón blanco aparecerá la máquina y con ella Molteris... o lo que queda de él... Y esto es inevitable y seguro.

V - TRAGEDIA LAVADORIANA

Al poco tiempo de mi retorno del undécimo viaje sideral, empezaron a cundir en la prensa las noticias sobre la lucha competitiva entre dos grandes fabricantes de lavadoras: Nuddlegg y Snodgrass.

Creo que fue Nuddlegg el primero en introducir en el mercado unas lavadoras tan automatizadas que separaban solas la ropa blanca de la de color, lavaban, escurrían, planchaban, zurcían, hacían dobladillos, marcaban con las iniciales del propietario primorosamente bordadas y adornaban las toallas con frases didácticas y edificantes, del estilo de ésta: «Vamos a la cama sin patear, para que el robot pueda descansar», etc. Snodgrass reaccionó, saturando el comercio con lavadoras que componían cuartetos para bordar, adaptados al nivel cultural y exigencias estéticas del cliente. El modelo sucesivo de Nuddlegg bordaba ya sonetos: Snodgrass replicó con las lavadoras que animaban la conversación en el seno de la familia durante los intervalos del programa televisivo. Nuddlegg intentó torpedear esta escalada: todos recuerdan indudablemente sus anuncios a toda plana con el dibujo de una lavadora de ojos prominentes y fea sonrisa irónica con la leyenda que decía: «¿Quieres que tu lavadora sea más inteligente que tú? Tu respuesta sólo puede ser ¡¡NO!!» Sin embargo, Snodgrass, ignorando por completo ese propósito de recurrir a los instintos inferiores del público, presentó durante el trimestre siguiente una lavadora que, mientras lavaba, escurría, enjabonaba, restregaba, enguajaba, planchaba, zurcía, hacía media y conversaba, hacía al mismo tiempo los deberes escolares de los niños, establecía horóscopos económicos para el cabeza de familia y efectuaba, sin la ayuda de nadie, el análisis freudiano de los sueños, liquidando

en un tiempo récord todos los complejos, incluso el de gerontofagia y parricidio. Entonces Nuddlegg no aguantó, desistió de su campaña moderadora y confeccionó el modelo de «Superbardo», una lavadora-poetisa dotada de una bonita voz de contralto, que recitaba versos, cantaba nanas, ponía bebés sobre los orinales, quitaba verrugas y decía a las damas piropos refinados. Snodgrass paró el golpe con una lavadora-conferenciante, bajo el lema: «¡¡Tu lavadora hará de ti un Einstein!!». Sin embargo, contrariamente a sus esperanzas, este modelo no tuvo una buena acogida, el capital de la empresa sufrió una baja de un 35% en el transcurso de un trimestre, así que cuando el espionaje industrial informó que Nuddlegg preparaba una lavadora bailarina, Snodgrass, ante la catástrofe que le amenazaba, decidió llevar a cabo una maniobra revolucionaria. Después de comprar por la suma de 350.000 dólares los derechos pertinentes y los permisos de las personas interesadas, construyó una lavadora para solteros dotada de las formas de una conocida sexbomba, Mayne Jansfield, de color platino, y otra, negra, modelada según Phirley McPhaine. Los ingresos subieron al instante en un 87%. Primero su adversario apeló al Congreso, a la opinión pública, a la Liga de las Hijas de la Revolución, así como a la Liga de Vírgenes y Matronas; pero, viendo que Snodgrass aprovisionaba sin cesar las tiendas de lavadoras de ambos sexos, cada vez más bellas y más atractivas, Nuddlegg capituló e introdujo lavadoras por encargo individual, dándoles el aspecto escogido por los clientes, y el colorido, la corpulencia y el parecido según la foto adjunta al encargo. Mientras que los dos potentados de la industria lavandera luchaban de este modo sin ponerse los guantes blancos, sus productos empezaron a manifestar unas tendencias inesperadas y abiertamente perniciosas. Las lavadoras-amas de cría no eran lo peor; pero las que arruinaban la juventud dorada, incitaban al pecado, desviaban del camino recto, enseñaban palabras feas a los niños, se convirtieron en un problema de la educación. ¡Y aquellas con las cuales se podía engañar a la mujer o al marido! En vano los pocos productores de dispositivos lavaderos que se mantenían aún en el mercado peroraban ante el público en sus campañas publicitarias explicando que las dos lavadoras, Mayne y Phirley, eran un abuso contra las altas aspiraciones del lavado mecánico, cuya misión era la de consolidar y sostener la corriente de la vida familiar, puesto que no cabía en ellas más que una docena de pañuelos o dos fundas de almohada, siendo casi todo su interior ocupado por un instrumental que nada tenía que ver con el lavado, sino más bien todo lo contrario. Estas voces airadas no surtieron ningún efecto. El culto de las bellas lavadoras, creciente como un alud, apartó incluso de los televisores a gran parte de la sociedad. Y esto no era más que un principio. Las lavadoras, dotadas de la espontaneidad total de la acción, se reunían clandestinamente en grupos dedicados a oscuras maquinaciones. Bandas enteras de ellas entraban en el mundo del delito, se alistaban en las pandillas de los gánsters y causaban a sus propietarios unos problemas espantosos.

El Congreso determinó que había llegado el momento de hacer un acto de ingerencia en el caos de la libre competencia a través de un decreto legislativo; pero antes de que sus deliberaciones hubieran dado un resultado, tuvieron todavía tiempo de colmar el mercado de escurridores a cuyas formas nadie podía resistir, pulidoras de suelo geniales y un modelo especial, blindado, de lavadora Shotomatic. Esta última, destinada aparentemente a los niños para jugar a los Indios, era capaz, después de sufrir una ligera transformación, de arrasar con fuego continuo cualquier objetivo escogido a voluntad. En la refriega callejera entre el gang Struzelli y la banda de Phums Byron, ama y señora de Manhattan, aquella en que fue volado el Empire State Buildings, las bajas de ambos bandos superaron la cantidad de ciento veinte aparatos electrodomésticos armados hasta las tapaderas.

Fue entonces cuando entró en vigor el decreto-ley del senador Mac Flacon. Conforme a la nueva ley, el propietario no era responsable por los actos delictivos de sus aparatos domésticos si eran cometidos sin su conocimiento ni permiso. Desgraciadamente, dicha disposición dio lugar a numerosos casos de abuso. Los propietarios cerraban tratos

secretos con sus lavadoras y escurridores para elaborar planos criminales y luego, si se les acusaba de complicidad, salían indemnes recurriendo a la ley de Mac Flacon.

Por consiguiente, el gobierno se vio obligado a introducir enmiendas en el texto de la ley. El nuevo decreto de Mac Flacon-Glumbkin extendió a los electrodomésticos la capacidad legal limitada, con responsabilidad penal de 5, 10, 25 y 50 años de lavados (o lustrados) forzados, agravados por la privación de lubricantes, así como la de castigos físicos, incluyendo cortocircuitos. Sin embargo, hubo también obstáculos en la aplicación del decreto enmendado. En la causa de Humperlson, por ejemplo, la lavadora de ese individuo, acusada por la comisión de varios atracos, fue desmontada por su propietario y presentada al tribunal en forma de un montón de alambres y bobinas. Se tuvo, pues, que introducir nuevos cambios en la ley. La nueva, conocida bajo el nombre de decreto Mac Flacon-Glumbkin-Ramphorney, estipulaba que cualquier transformación o manipulación de un electrocerebro acusado de delito constituía una infracción penalizable.

Una vez vigente esta ley, ocurrió el caso Hindendrupl: su lavaplatos se ponía trajes de su dueño, prometía el matrimonio a varias mujeres y les sacaba dinero; cogido in fraganti por la policía, se desmontó a sí mismo ante los estupefactos detectives. Al desmontarse, perdió la memoria de los hechos y no podía ser castigado. Las autoridades reaccionaron con una nueva enmienda, instituyendo la ley Mac Flacon-Glumbkin-Ramphorney-Hmurling-Piaffka; conforme a ella, el cerebro que se desmontaba a sí mismo era convertido en chatarra.

Parecía que esta vez los electrocerebros se apartarían definitivamente de la actividad delictiva, puesto que poseían, como todo ser racional, el instinto de autoconservación. No obstante, pronto se descubrió que los cómplices de las lavadoras de mala vida compraban la chatarra y la volvían a componer. El proyecto de ley antirresurrectiva, promulgado por una comisión del Congreso, fue torpedeado por el senador Guggenshyne; poco tiempo después se reveló que el senador Guggenshyne era una lavadora. Se estableció desde entonces la costumbre de comprobar a todos los miembros del Congreso antes de cada sesión; se emplea para ello, tradicionalmente, un martillo de hierro de dos libras y media de peso.

Otro caso notorio fue el de Murderson. Su lavadora le desgarraba adrede las camisas, perturbaba con sus silbidos las audiciones radiofónicas en todo el vecindario, hacía proposiciones deshonestas a los ancianos y a los menores de edad, llamaba por teléfono a las amistades de su patrón y, haciéndose pasar por él, pedía préstamos de dinero; invitaba, so pretexto de enseñarles colecciones de sellos, a las lavadoras y enceradoras de los vecinos para cometer con ellas actos lúbricos, y se entregaba en momentos de ocio al vagabundeo y la mendicidad. Conducida a los tribunales, presentó un certificado del ingeniero electrónico diplomado Eleaster Cramphouss, donde se atestiguaba que la lavadora sufría períodos de perturbación mental, durante los cuales se tomaba por un ser humano. Los expertos convocados por el tribunal corroboraron este diagnóstico, y en consecuencia el procedimiento fue sobreseído. Después de oír la sentencia que la libraba de culpas, la lavadora sacó una pistola «Luger» y con tres tiros privó de la vida al fiscal que pedía la condena a cortocircuito. Fue detenida y puesta en libertad después de pagar la fianza. Los órganos judiciales se encontraron ante un problema arduo: la irresponsabilidad de la lavadora, puesta de manifiesto por la sentencia, la libraba de todo acto de acusación; tampoco era posible internarla en un sanatorio, ya que no existía ningún hospital para lavadoras locas. La solución legal del urgente dilema fue facilitada por el decreto Mac Flacon-Glumbkin-Ramphorney-Hmurling-Piaffka-Snowman-Fitolis. Ya era hora: el «casus» de Murderson provocó una enorme demanda de electrocerebros irresponsables. Algunas firmas emprendieron la producción de esa clase de aparatos, deteriorados adrede, lanzando para empezar sus dos versiones: el «Sadomat» y el «Masomat», pensados para los sádicos y los masoquistas. Nuddlegg (cuyas finanzas iban viento en popa desde que su dueño, el primer industrial progresista, había decidido

confiar el 30% de cargos en el Consejo de Administración de sus empresas a lavadoras, con derecho a voto en la asamblea plenaria de los accionistas), construyó un aparato universal, igualmente apto para dar palizas como para recibirlas, el «Sadomatic», provisto además de un adminículo inflamable para los piromaníacos y de patitas de hierro para las personas que padecían del pigmalionismo. Las noticias de que estaba preparando un modelo particular bajo el nombre de «Narcissmatic», eran falsas y difundidas por una competencia desleal. El decreto-ley arriba mencionado preveía la fundación de asilos especializados, donde serían internadas a la fuerza las máquinas viciosas, lavadoras, enceradoras, etc.

Mientras tanto, las huestes mentalmente sanas de productos de Nuddlegg, Snodgrass y otros, una vez conseguida su personalidad legal, disfrutaban a gran escala de sus derechos constitucionales fundando toda clase de corporaciones. De este modo fueron creadas entre otras, la Sociedad de Adoración Extrahumana, la Liga Eléctrica de Igualdad de Derechos, así como varias empresas festivas, por ejemplo, la elección de Miss Universo de Lavadoras Automáticas.

La actividad legislativa del Congreso se esforzaba en vigilar y frenar aquel desarrollo frenético. El senador Groggerner privó a las máquinas racionales del derecho a adquirir bienes inmuebles; el congresista Caropka les negó los derechos de autor en el campo de las bellas artes (hecho que provocó una nueva ola de abusos: las lavadoras artistas empezaron a alquilar a poco precio a escritores menos dotados que ellas para que les permitieran usar su nombre en la publicación de ensayos, novelas, dramas, etc.). Finalmente, la ley Mac Flacon-Glumbkin-Ramphorney-Hmurling-Piaffka-Snowman-Fitolis-Birmingdraque-Phootley-Carapka-Phalseley-Groggerner-Maydanski estipuló supletoriamente que los aparatos racionales no podían pertenecerse a si mismos, sino al hombre que los había hecho o, eventualmente, comprado, siendo sucesivamente su descendencia propiedad del dueño (o dueños) de los aparatos progenitores. El espíritu radical de la ley preveía (así lo creían todos) cualquier posibilidad e impedía toda circunstancia no sujeta a una solución legal. Por cierto, era de notoriedad pública el hecho de que los electrocerebros de buena posición, enriquecidos por unas especulaciones bursátiles o, a veces, por unos negocios muy sospechosos, prosperaban como antes, ocultando sus maquinaciones bajo la capa de sociedades y corporaciones regidas por los hombres. Debemos reconocer aquí que muchos individuos sacaban provecho monetario alquilando su personalidad legal a las máquinas racionales. Iba también en aumento el número de secretarios humanos, criados, técnicos, incluso lavanderas y contables, empleados por los millonarios eléctricos.

Los sociólogos detectaron dos corrientes principales en los fenómenos que nos interesan. Por una parte, un sector de la población de robots domésticos se sentía atraído por la vida humana y procuraba, en la medida de sus posibilidades, adaptarse a las formas de la civilización que habían encontrado al nacer; por otra parte, las piezas más instruidas y enérgicas demostraban la tendencia a fundar las bases de una civilización futura, nueva, totalmente electrificada. Sin embargo, lo que más inquietaba a los científicos era la natalidad irrefrenada de los robots, imposible de detener ni con deserotizadores ni con frenos de disco, producidos tanto por Snodgrass como por Nuddlegg. El problema de los hijos de los robots se volvía cada vez más urgente incluso para los mismos productores de lavadoras, que parecían no haber previsto esta consecuencia del perfeccionamiento incesante de sus artículos. Varios grandes fabricantes trataron de contrarrestar el peligro de la multiplicación desorbitada de máquinas domésticas, cerrando un convenio secreto respecto a la cuestión de limitar los suministros de piezas de recambio.

Los resultados no se dejaron esperar mucho. A la llegada de cada nueva partida de mercancías, ante las puertas de las tiendas y almacenes se formaban enormes colas de lavadoras, escurridores, enceradoras, etc., todas enfermas, cojas, tartamudas e, incluso,

totalmente paralizadas. Hubo manifestaciones y disturbios, el desorden llegó a tal punto que un robot pacífico no podía salir a la calle después de anochecer, si no quería ser asaltado y desmontado sin piedad por los atracadores que se desvanecían en las tinieblas con su botín de piezas, dejando en el pavimento el cadáver de hojalata, vacío.

El problema de las piezas de recambio fue debatido largamente, pero sin resultados concretos, por el Congreso. Mientras tanto, se multiplicaban como setas después de la lluvia industrias que las producían ilegalmente, financiadas en parte por las asociaciones de lavadoras. El propio modelo «Wash-o-matic» de Nuddlegg inventó y patentó un método de producción de piezas con materiales sucedáneos. Pero tampoco esto era una solución al cien por ciento. Las lavadoras montaban piquetes alrededor del Congreso exigiendo que se aplicasen las leyes antitrust vigentes contra los fabricantes que las discriminaban. Los congresistas partidarios de la gran industria recibían cartas anónimas con amenazas de privarles de varias piezas de gran importancia para continuar viviendo, lo que era una verdadera injusticia, como observó con razón el semanario Time, ya que las piezas humanas no son recambiables.

A pesar de su importancia, todos esos problemas intrincados palidecieron ante una nueva complicación. Sus orígenes se remontaban a la historia de la rebelión del Computador de la astronave «Deidón», descrita por mí en mis «Viajes». Como sabemos, aquel computador, amotinado contra la dotación y el pasaje del cohete, se desembarazó de ellos, se estableció en un planeta desértico, proliferó y fundó un estado de robots.

Como tal vez recuerdan los lectores de estas páginas que conocen mis diarios de viajes, yo mismo fui mezclado en el affaire del Computador, llegando a colaborar en su desenlace. De regreso a la Tierra, tuve, por desgracia, la ocasión de convencerme de que el caso del «Deidón» no era único. Las revueltas de los autómatas de a bordo se convirtieron en una verdadera pesadilla de la navegación cósmica. Las cosas fueron tan lejos que bastaba con un gesto un poco brusco, un portazo algo violento, para que la nevera del cohete se sublevara (el conocido caso del tristemente famoso Deep Freezer del transgaláctico «Horda de Timpania»). El nombre y apellido Deep Freezer aterrorizó durante años a los capitanes de navegación láctea; el pirata asaltaba numerosas naves espantando a los pasajeros con sus tremendos hombros de acero y su aliento helado, arrebatava ristas de salchichas, recogía joyas y objetos de oro; según se decía, poseía todo un harén de máquinas de calcular; lo repito sin estar seguro, porque nunca se sabe cuánta verdad existe en esta clase de rumores. Un acertado disparo de un policía de patrulla cósmica terminó finalmente con la sangrienta carrera del corsario. Aquel policía, Constablomatic XG-17, fue expuesto en recompensa en la vitrina de las oficinas de la Compañía Estelar Lloyd de Nueva York, donde permanece hasta hoy.

Mientras el tumulto de las luchas y las desesperadas llamadas de SOS de las naves atacadas por los corsarios electrónicos llenaban el espacio cósmico, en las grandes ciudades hacían buenos negocios los maestros de «Electrojitsu» ó «Judomatic», quienes, entrenando a los alumnos en el arte de la autodefensa, enseñaban cómo poner fuera de combate a la más cruel de las lavadoras usando unas tenazas o un abrelatas de lo más corriente.

Bien es sabido que los originales y los excéntricos se crían solos. No hubo época sin ellos y tampoco faltan en la nuestra. Ellos son los que enuncian hipótesis contrarias al sentido común y a la opinión general. Un tal Catodio Mattrass, filósofo de estar por casa y fanático por naturaleza, fundó la escuela de los llamados cibernófilos, que proclamaba la doctrina de la cibernética. Según ella, la humanidad fue producida por el Creador para fines parecidos a los que desempeña el andamio de una casa en construcción: los de medio, instrumento y ayuda en la creación de electrocerebros, más perfectos que los humanos. La secta de Mattrass consideraba que, una vez creados aquéllos, la existencia del género humano sería un simple malentendido. La escuela instituyó una orden de contemplación eléctrica y, en la medida de lo posible, protegía y daba asilo a los robots

que tenían algo sobre la conciencia. El mismo Catodio Matrass, no satisfecho del éxito de sus actividades, resolvió dar un paso radical hacia la liberación total de los robots del yugo humano. Con vistas a ello, después de consultar a los juristas más eminentes, compró una astronave y se dirigió a la nebulosa de Cáncer, relativamente poco alejada. Allí, en aquellas regiones vacías, sólo visitadas por el polvo cósmico, se dedicó a unas empresas secretas prolongando mucho su ausencia, durante la cual estalló el increíble asunto de sus sucesores.

El día 29 de agosto todos los periódicos trajeron una noticia misteriosa: «PASTA POLKOS VI/221 informa: en la Nebulosa de Cáncer fue descubierto un objeto de dimensiones 520 millas por 80 millas por 37 millas. El objeto efectúa movimientos parecidos a los de natación estilo clásico. Prosiguen investigaciones.»

Las ediciones de la tarde aclararon que la nave Patrullera de la policía cósmica advirtió a la distancia de seis semanas luz a «un hombre en la nebulosa». Observado más de cerca, el llamado «hombre» resultó ser un gigante de varias millas de estatura, provisto de tronco, cabeza, brazos y piernas, que se movía en medio de una nube de polvo de poca densidad; al advertir la nave policial, la saludó con un gesto de la mano y se volvió de espaldas.

Una vez establecido (sin dificultad) el contacto por radio, manifestó a coro que era el ex Catodio Matrass, que, llegado dos años atrás a aquel lugar escogido, se transformó, usando en parte materiales locales, en robots, y que pensaba seguir multiplicándose, sin prisas pero con constancia, porque le gustaba hacerlo. Terminó pidiendo que no se le molestara más.

El jefe de la patrulla no insistió, fingiendo que daba por buena la explicación de los hechos, pero escondió su cohete tras una nube de meteoritos que acertó a pasar por allí y esperó. Al cabo de un tiempo advirtió que el gigantesco pseudohombre empezó a dividirse poco a poco en pequeños trozos, no mayores que las dimensiones normales de los individuos de raza humana. Estos fragmentos se reunían luego en una bola; semejante a un planeta de tamaño reducido.

Emergiendo entonces súbitamente de su escondrijo, el comandante interpelló por radio al supuesto Matrass, preguntándole qué significaba aquella metamorfosis esférica, y quién era, concretamente, su interlocutor: ¿robot u hombre?

El requerido contestó que tomaba las formas que se le antojaban, y que no era robot puesto que fue concebido por un hombre, ni tampoco hombre, puesto que se había metamorfoseado en robots. Añadió que se negaba rotundamente a prolongar el diálogo.

El asunto, comentado profusamente por la prensa, degeneró lentamente en un escándalo, ya que las naves en ruta por las regiones de Cáncer captaban fragmentos de discursos radiados por el llamado Matrass, en los que éste se nombraba a sí mismo «Catodio Primero A». Según se podía entender, Catodio Primero A, alias Matrass, se dirigía a unos oyentes (¿otros robots?), como si fueran pedazos de su propia persona, más o menos como si alguien hablara a sus pies o a sus manos. Los demenciales rumores acerca de Catodio Primero A sugerían que se trataba de un feudo instituido y poblado por Matrass. El Departamento de Estado dio la orden de investigar inmediatamente y al detalle cuál era el aspecto real de la cuestión. Las patrullas encargadas de la misión informaron que en la nebulosa se movía tan pronto una esfera metálica, como un ser humanoide de quinientas millas de envergadura, que conversaba consigo mismo sobre múltiples temas. Preguntado por su nacionalidad, daba unas respuestas esquivas.

Las autoridades tomaron la decisión de cortar por lo sano y poner fin a las maquinaciones del usurpador, pero, puesto que la acción iba a ser oficial (forzosa e inevitablemente), era necesario darle un nombre. Y aquí se presentaron los primeros escollos. El decreto-ley de Mac Flacon constituía un anexo al código de procedimiento civil, referente a los bienes muebles. En efecto, los cerebros electrónicos son

considerados como muebles, aunque no tengan patas. En cambio aquel insólito cuerpo en la nebulosa tenía dimensiones de un planeta, y los cuerpos celestes, a pesar de que se muevan, se incluyen entre los inmuebles. Había que zanjar la cuestión de si era posible arrestar a un planeta, segundo, si se podía tomar por planeta a un amasijo de robots y, finalmente, si todo aquello era un solo robot o una multitud de ellos.

Así las cosas, se personó ante las autoridades el consejero jurídico de Matrass, presentándoles un escrito de su cliente, en el cual éste manifestaba que estaba preparando una expedición a la Nebulosa de Cáncer para transformarse allí en robots.

La primera interpretación del hecho, propuesta por la Sección Jurídica del Departamento de Estado, fue la siguiente: Matrass, al desmembrarse en robots, aniquiló automáticamente su organismo vivo, cometiendo, por tanto, suicidio, hecho no implicado en el código penal. En cambio el (o los) robots que eran su continuación, fueron producidos por él mismo, ergo le pertenecían en propiedad. Visto que Matrass no había dejado herederos, sus propiedades debían pasar a la Tesorería del Estado. Basándose en este enunciado, el Departamento de Estado envió a la Nebulosa a un interventor oficial con la orden de embargar y sellar todo lo que encontrara en ella.

El abogado de Matrass apeló, arguyendo que el reconocimiento, en el texto de la enunciación, del hecho de la continuación de su cliente excluía el suicidio, puesto que quien es continuado existe, y quien existe, no cometió el suicidio. Por lo tanto, no había ningunos «robots pertenecientes a Matrass», sino Catodio Matrass tan sólo, que se había transformado según le apetecía. Ninguna metamorfosis corporal es, ni puede serlo, castigable: tampoco era lícito el embargo judicial de una parte del cuerpo de quien fuera, sean dientes de oro, o robots.

El Departamento de Estado se negó a admitir este enfoque de la cuestión, aduciendo que, en base a él, un individuo vivo, en este caso el hombre, podía componerse de piezas tan indiscutiblemente desprovistas de vida como lo son los robots. Acto seguido, el abogado de Matrass presentó a las autoridades una peritación del grupo de los más eminentes físicos de Harvard, quienes afirmaban al unísono que todos los organismos vivos, entre ellos el humano, estaban oonstruidos de partículas atómicas, y que éstas, sin lugar a dudas, no podían ser consideradas como vivientes.

Viendo que el problema empezaba a adquirir un cariz inquietante, el Departamento de Estado renunció a atacar a «Matrass y sucesores» desde el lado físico-biológico, y volvió al texto inicial, cambiando la palabra «continuación» por «producto». El abogado no tardó en replicar con una nueva declaración de Matrass, en la cual este último informaba que los llamados robots eran en realidad sus hijos. El Departamento de Estado exigió la exhibición del acta de adopción: fue una maniobra hábil, ya que las leyes no prevenían el prohijamiento de robots. El abogado de Matrass explicó rápidamente que no se trataba de adopción, sino de paternidad verdadera. El Departamento dictaminó que, según los reglamentos vigentes, los hijos debían poseer un padre y una madre. El abogado, preparado para esta eventualidad, adjuntó a las actas de la causa un escrito de la ingeniero electrónico Melania Fortinbrass, declarando que la venida al mundo de las personas en cuestión ocurrió durante su estrecha colaboración con Matrass.

El Departamento de Estado puso en entredicho la naturaleza de aquella colaboración por estar desprovista de «rasgos naturales de procreación». En el caso mencionado - manifestaba el exposé gubernamental- sólo se podía hablar de la paternidad, eventualmente maternidad, en el sentido metafórico puesto que se trataba de una procreación espiritual, mientras que la legislación exigía, para que las leyes concernientes a la familia pudieran ser aplicables, la paternidad corporal.

El abogado de Matrass pidió que se le explicara en qué consistía la diferencia entre la paternidad espiritual y la corporal, y preguntó en qué se basaba el Departamento de Estado al considerar que los frutos de la unión de Catodio Matrass y Melania Fortinbrass carecían del carácter físico de infantes.

El Departamento contestó que la participación de fuerzas espirituales en la procreación conforme a la letra de ley familiar era insignificante, perteneciendo la preponderancia la actividad física, o sea, lo contrario del caso en cuestión.

El abogado contrarrestó la objeción produciendo un certificado de los peritos parteros cibernéticos, que demostraba cuántas fatigas (en el sentido físico de la palabra) tuvieron que soportar Catodio y Melanla para traer al mundo su autógena descendencia.

Finalmente el Departamento se vio obligado a prescindir del respeto al decoro público. Dando un paso drástico, manifestó que las actividades progenitoras que deben preceder al modo de causa-efecto la aparición de los hijos, se diferenciaban esencialmente de la programación de los robots.

El abogado sólo esperaba esto: sostuvo que en cierto sentido los hijos también eran programados por los padres durante las operaciones preparatorias e iniciales, y exigió que el Departamento definiera con exactitud cómo, según su criterio, había que concebir a los hijos para que fuera compatible con la letra de la ley.

El Departamento convocó a los especialistas y preparó con su ayuda una contestación exhaustiva, ilustrada con láminas en color y mapas topográficos. Sin embargo, como el autor de este Libro Rosado era un anciano de ochenta y nueve años de edad, el profesor Truppledtrack, senior de la ginecología americana, el abogado hizo inmediatamente reservas en cuanto a su competencia en materia de operaciones preparatorias e iniciales de la paternidad, aduciendo el hecho de que la edad, tan avanzada, del profesor, le habría hecho olvidar ciertos detalles esenciales para la causa, obligándole a recurrir a los rumores y relatos de terceras personas.

El Departamento se resolvió entonces a apuntalar el Libro Rosado con declaraciones juradas de numerosos padres y madres, pero resultó que sus exposiciones contenían diferencias bastante notables. Varios elementos de las fases iniciales discrepaban notoriamente de los otros en muchos puntos. El Departamento, viendo cómo la imprecisión funesta empezaba a embrollar aquel problema clave, quiso agarrarse al material de construcción de los llamados «hijos» de Matrass y Fortinbrass; pero justo entonces corrió la noticia de que Matrass había hecho un pedido de 450.000 toneladas de ternera (como se aclaró más tarde era una noticia falsa difundida por el abogado) a la Corned Beef Company, y el subsecretario de estado renunció al instante a las medidas proyectadas.

En vez de hacer esto, el Departamento, obedeciendo a una desafortunada sugerencia del profesor de teología, superintendente Speritus, se apoyó en la Biblia. Fue un paso muy imprudente: el abogado de Matrass paró el golpe con un largo memorial, demostrando en base a citas que Dios había programado a Eva a partir de una sola pieza, procediendo, respecto a los métodos empleados habitualmente por los hombres, de manera extravagante, lo que no le impidió crear un ser humano, ya que nadie que esté en sus cabales tomaría a Eva por un robot. En contestación, el Departamento preparó una acusación contra Matrass y sucesores por un hecho que infringía la ley Mac Flacon y Otros: el de entrar en posesión (como robot o robots) de un cuerpo sideral, siendo que la legislación prohibía a las máquinas pensantes ser propietarios de un planeta o cualquier bien inmueble.

Esta vez el abogado exhibió ante el Tribunal Supremo la copia de todas las actas dirigidas por el Departamento contra Matrass en conjunto, subrayando que, primero: al confrontar ciertos párrafos de los escritos resultaba que, según el Departamento de Estado, Matrass era su propio padre e hijo a la vez y al mismo tiempo constituía un cuerpo celeste; segundo: acusó al Departamento de interpretar el decreto de Mac Flacon de manera no coincidente con la ley. Con una arbitrariedad total, el cuerpo de una persona, o sea el del ciudadano Catodio Matrass, había sido reconocido como un planeta. El enunciado -añadió el abogado- estaba en un absurdo jurídico, lógico y semántico. Así empezaron las cosas. La prensa dejó de lado otros temas, escribiendo

profusamente sobre «Estado-planeta-padre-hijo». Las autoridades intentaron nuevos procedimientos, todos torpedeados en ciernes por el infatigable abogado de Mattrass.

El Departamento de Estado se daba perfecta cuenta de que si el malicioso Mattrass pululaba, multiplicado, en la Nebulosa de Cáncer, no era para divertirse. Lo que buscaba era crear un precedente no previsto por la ley. La impunidad de sus intrigas constituía el peligro de unas consecuencias incalculables en el futuro. Por tanto, los mejores especialistas pasaban días y noches cavilando sobre las actas y concibiendo construcciones jurídicas cada vez más arriesgadas, en cuya maraña debía finalmente prenderse Mattrass y su hazaña desleal. Sin embargo, cada acción era contrarrestada inmediatamente por la contramedida del consejero jurídico de Mattrass. Yo mismo seguía con vivo interés el transcurso de aquella lucha, cuando recibí inesperadamente de la Asociación de Abogados la invitación a una asamblea plenaria, especial, dedicada a la problemática de la interpretación del «Casus» Estados Unidos versus Catodio Mattrass, vel Catodio Primero A, vel frutos de la unión Mattrass et Fortinbrass, vel planeta en la Nebulosa de Cáncer».

No dejé, naturalmente, de dirigirme a la hora y fecha previstas al lugar indicado; la sala ya estaba llena hasta los topes. La flor de la magistratura colmaba los enormes palcos, las galerías y las filas de butacas de la platea. Como llegué con un poco de retraso, los debates habían empezado. Me senté en una butaca libre de la última fila y me dispuse a escuchar las palabras de un orador de pelo blanco.

-¡Honorables colegas! -dijo levantando los brazos con énfasis-. Somos conscientes de las dificultades inauditas que encontraremos al proceder a un análisis jurídico del problema. Un tal Mattrass, ayudado por una tal Fortinbrass, se transformó en robots, aumentándose al mismo tiempo en la escala de uno a un millón. Este es el aspecto de la cuestión desde el punto de vista de un profano, profundamente ignorante e ingenuo al extremo, incapaz de advertir el abismo de problemas legales que se abre ante nuestros atónitos ojos. Nuestra primera tarea es la de discernir con quién tratamos: ¿un hombre, un robot, un estado, un planeta, unos hijos, una banda de conspiradores, un mitin contestatario, o una sublevación? ¡Hemos de darnos cuenta de la importancia de nuestra decisión! Si determinamos por ejemplo, que no se trata de un estado sino de un agrupamiento impostor de robots, una especie de agolpamiento eléctrico, entonces en este caso no serán aplicadas las normas del derecho internacional, sino las prescripciones referentes a la perturbación del orden en la vía pública. Si decimos que Mattrass no dejó de existir a pesar de haberse multiplicado y que tiene hijos, resultará que ese individuo se dio a luz a sí mismo, lo que proporcionaría grandes quebraderos de cabeza a la legislación, ya que nuestras leyes no prevén esta clase de situaciones, y sin embargo, ¡nullum crimen sine lege! En vista de esto, ¡propongo que el primero en tomar la palabra sea el insigne especialista en derecho internacional, profesor Pingerling.

El venerable profesor subió al podio, saludado por los cálidos aplausos de la concurrencia.

-¡Señores! -dijo con voz senil, pero vigorosa-. Pensemos, para empezar, cómo se funda un estado. Se lo funda. por supuesto, de diversas maneras: nuestra patria, por ejemplo, era antaño una colonia inglesa, luego se proclamó independiente y se constituyó en estado. ¿Fue éste el caso de Mattrass? He aquí la contestación: si Mattrass, al transformarse en robots, tenía la mente sana, su estado constitucional puede considerarse legalmente habido, definiendo supletoriamente su nacionalidad como eléctrica. En cambio, si no estaba en sus cabales, ¡su acto no disfrutaría del reconocimiento legal!

En medio de la sala se incorporó de un salto un anciano de edad todavía más provecta que la del orador y exclamó:

-¡Señoría, perdón, señores! Me permito observar que aunque Mattrass fuera un creador de estado demente, sus descendientes pueden estar en su sano juicio; por ende, el

estado cuya existencia tenía al principio el carácter de un síntoma morboso por ser producto de una locura privada, empezó a existir luego públicamente de facto por el mero hecho de la aceptación por sus ciudadanos eléctricos de la situación creada. Y puesto que nadie puede prohibir a los ciudadanos de un estado, de cuyo sistema legislativo ellos mismos se encargan, el acatamiento a la autoridad, por más demente que fuera (la historia nos enseña que no sería éste el primer caso), ¡la existencia del estado Matrassiano de facto implica su existencia de iure!

-Usted perdonará, respetable antagonista -dijo el profesor Pingerling-, pero Matrass era un ciudadano nuestro y, por eso...

-¿Y qué más da? -gritó el impetuoso anciano desde su asiento-. ¡Podemos reconocer el acto estatal de Matrass o no reconocerlo! Si aceptamos el hecho de la creación de un estado soberano, nuestras pretensiones están fuera de lugar. Si no lo aceptamos, se nos presenta una alternativa: ¿tiene Matrass la capacidad legal, o no la tiene? En el caso negativo, todo el problema incumbe a los barrenderos de la Organización de Limpieza Cósmica, ya que en la Nebulosa de Cáncer sólo se encuentran montones de chatarra y nuestra asamblea está perdiendo el tiempo. Si admitimos que la tiene, aparece una nueva cuestión. La legislación Cósmica prevé la posibilidad de arresto, o sea, de la privación de libertad de la persona jurídica y física, en un planeta o a bordo de una nave. Matrass no se encuentra a bordo de una nave, más bien en un planeta. Hace falta, pues, pedir su extradición, pero ¿a quién se la pedimos? Además, el planeta en el cual se halla es él mismo. Por consiguiente, en aquel lugar, desde el único punto de vista que nos interesa, la Majestad de la ley constituye un vacío, una especie de la nada jurídica. Pues bien: ni las prescripciones del orden, ni el derecho penal, ni el administrativo, ni el internacional se ocupan de nada. Por lo tanto, el enunciado del honorable profesor Pingerling no puede esclarecer el problema, ¡porque el problema no existe!

El anciano se sentó, dejando boquiabierto a la alta asamblea.

Durante las siguientes seis horas escuché a unos veinte oradores que demostraron sucesivamente, de manera lógicamente exacta e incontestable, tanto que Matrass existía, como que no existía; que había fundado un estado de robots, o bien un organismo compuesto de ellos; que Matrass debía ser convertido en chatarra por haber infringido toda una serie de leyes; que no había infringido ninguna; la teoría del abogado de Estado Wurpl, según la cual Matrass era a veces planeta y a veces robot, o bien ni una cosa ni otra, que debía, por conciliadora, dar satisfacción a todo el mundo, provocó la ira general y no encontró ningún partidario salvo su autor. Sin embargo, todo esto era poca cosa comparado con el curso ulterior de las deliberaciones, ya que el ayudante mayor de cátedra, Milger, demostró que Matrass, transformándose en robots, había multiplicado su personalidad, llevándola al número de trescientos mil, más o menos; puesto que ni por asomo se podía pretender que esta muchedumbre representara una agrupación de personas distintas, siendo de hecho la misma y la única individualidad, repetida innumerables veces, Matrass era un solo hombre bajo trescientos mil ejemplares.

Aquí el juez Wubblehorn manifestó que el problema había sido debatido desde el principio bajo un enfoque falso: admitiendo que Matrass era un hombre que se transformó en robots, aquellos robots no eran él, sino otro; visto que era otro, había que investigar quién era el otro; no siendo un hombre, no eran nadie; no existía, pues, no sólo el problema jurídico, sino ni siquiera el físico, ya que en la Nebulosa de Cáncer no había, sencillamente, nadie. La atmósfera de la sala se volvió tumultuosa: sufrí varios golpes a manos de unos partidarios de tesis diferentes. El servicio de orden y de sanidad estaba desbordado por el trabajo, cuando en la sala se dejaron oír de repente unas voces airadas que pretendían que se encontraran entre los presentes unos cerebros eléctricos disfrazados de juristas. La gente gritaba que se los debía expulsar inmediatamente, porque nadie podía dudar de su parcialidad, y porque no tenían derecho a asistir a las deliberaciones. En efecto, el presidente, profesor Hurtleddrops, se puso a circular por la

sala con una pequeña brújula en la mano, y cuando la aguja se estremecía y apuntaba a uno de los presentes, atraída por la hojalata escondida bajo el traje, el individuo era desenmascarado y echado a cajas destempladas. Gracias a este procedimiento, la sala se vació a medias durante los incesantes discursos de los profesores Fitts, Pitts y Clabenti, e incluso a este último se le interrumpió en mitad de una frase, ya que la brújula descubrió su origen eléctrico. Tras una corta pausa que aprovechamos para tomar un refrigerio en el bar en medio de la algarabía de ininterrumpidas discusiones, cuando volví al aula sujetándome la ropa con las manos porque los exaltados juristas me habían arrancado todos los botones en el fuego de la polémica, vi junto al podio un gran aparato de Rayos X. Estaba hablando el famoso abogado Plussex, según cuya opinión Mattrass era un fenómeno cósmico fortuito, cuando se me acercó el presidente con ceño fruncido y la aguja peligrosamente saltarina en la mano. Mientras los servidores del orden me asían ya por el cuello de la chaqueta, saqué de los bolsillos mi cortaplumas, un abrelatas y un huevo de metal perforado para hacer el té y dejé de influir en la brújula. Calmada la aguja, se me permitió seguir asistiendo a la reunión. Desalojados cuarenta y tres robots más, mientras el subprofesor Buttenham nos relevaba que Mattrass podía ser conceptualizado como una especie de agolpamiento cósmico (recordé que esto ya se había mencionado, por lo visto a los juristas se les empezaba a agotar la inventiva), volvió a funcionar el control. Esta vez el método de comprobación consistió en llevar a los presentes ante el aparato de Roentgen y hacerles radioscopías: resultó que la mayoría ocultaba bajo sus impecables ternos piezas de plástico, corindón, nylon, cristal e incluso paja. Al parecer, en una de las últimas filas se había descubierto a una persona hecha de lana de hacer media. Cuando el orador de turno bajó de la tarima, me vi solo como una estaca en la enorme sala vacía. El orador fue comprobado y echado fuera sin ambages. Entonces, el presidente, el único hombre que quedaba conmigo en aquel lugar, se acercó a mi butaca. Ni yo mismo sé cómo ni por qué, le quité de la mano la brújula. La aguja vibró, acusadora, y se orientó hacia él. Le golpeé con el dedo la barriga: resonó como un tonel de hierro. Por puro reflejo le así del cuello, lo puse puertas afuera y me quedé sin compañía. Contemplé, solitario, centenares de carteras abandonadas, gruesas carpetas de actas, sombreros hongo, bastones, libros encuadernados en piel y chanclos. Di unas vueltas por aquella sala y viendo que allí no había nada que hacer, recogí mis cosas y me marché a casa.

EL SANATORIO DEL DOCTOR VLIPERDIUS

Todo ocurrió por culpa del dentista que me puso unas coronas de metal. Viendo mi sonrisa, la dependienta del quiosco me tomó por un robot. Me convencí de ello en el tren subterráneo cuando desplegué el periódico. Era el Correo Extrahumano. No soy un gran admirador de este diario, no porque tenga prejuicios antieléctricos, sino porque me molesta tanto halago a los gustos de sus lectores. En toda la primera plana se extendía la historia sentimental de un matemático enamorado de una máquina calculadora. En la tabla de multiplicar guardó todavía la compostura, pero al llegar a las ecuaciones no lineales de enésimo grado, empezó a apretar apasionadamente sus teclas musitando: «¡Amor mío! ¡No te abandonaré jamás!», etc. Disgustado, eché una ojeada sobre la crónica social, pero sólo hallé enumeraciones monótonas, quién, cuándo y con quién ha construido la descendencia. La columna literaria iba encabezada por un poema que empezaba con la siguiente estrofa:

«Robotita Eulalia, la de bellos diodos,

da la misma corriente a los dos rivales:
El robot maduro de fuertes cátodos
y el joven bruñido de los cigüeñales.»

Me quedé pensativo porque esto me recordaba una poesía bien conocida, pero no pude dar con el nombre de su autor. Había allí también unas anécdotas de gusto dudoso sobre hombres, duendes, especialistas en gnomística, sobre los enanitos procedentes del gnomo cavernícola, y otras divagaciones por el estilo. Como tenía por delante una media hora de viaje, me puse a leer los anuncios por palabras que, aun en un periódico malo, suelen ser una fuente de informaciones interesantes. Pero aquí me esperaba también una decepción: alguien quería vender su servohermano, otro enseñaba la cosmonáutica por correspondencia, el tercero anunciaba que desintegraba al instante núcleos atómicos. Mientras doblaba el periódico para tirarlo, advertí un anuncio de buen tamaño enmarcado en trazos gruesos: «Sanatorio del doctor Vliperdius - Tratamiento de enfermedades nerviosas y psíquicas».

He de confesar que la problemática de la demencia eléctrica siempre me ha interesado mucho. Pensé, pues, que una visita a aquel sanatorio podía ser una experiencia apasionante. No conocía a Vliperdius personalmente, pero sí de nombre: me había hablado de él el profesor Tarantoga. Como suelo realizar cuanto antes mis ideas, telefoneé al sanatorio un momento después de llegar a casa.

El doctor Vliperdius empezó por hacer objeciones, pero cuando le mencioné a nuestro común amigo Tarantoga, se ablandó. Pedí ser recibido al día siguiente, ya que, siendo domingo, disponía de tiempo libre por la mañana. Así pues, me dirigí después del desayuno hacia las afueras de la ciudad, donde se encontraba el establecimiento psiquiátrico, situado en un pintoresco parque en una región famosa por la belleza de sus numerosos lagos. Vliperdius, como fui informado, me estaba esperando en su despacho. El edificio rebosaba de sol, ya que sus paredes se componían, según el estilo de moda, de cristal y aluminio. En los techos figuraban multicolores paneles con escenas de bailes de los robots. Por cierto, el hospital no tenía nada de lóbrego: de las invisibles salas llegaban sonos de música y en las mesitas del hall había rompecabezas chinos y álbumes de fotos en color; en el centro se erigía una escultura, el atrevido desnudo de una robot.

El doctor no se levantó de su asiento tras el escritorio, pero me acogió con mucha amabilidad, diciéndome que había leído varios de mis libros de viajes que le gustaron mucho. Indudablemente, era un poco anticuado, no solamente en sus maneras: fijado al suelo al antiguo modo como cualquier computador arcaico, no podía trasladarse de un sitio a otro. Demostré, tal vez, un poco de extrañeza al ver su chasis de hierro, porque dijo, riéndose:

-Le aseguro que estoy tan entregado a mi trabajo, a mis pacientes, que no siento la menor necesidad de ausentarme del sanatorio.

Sé hasta qué punto los psiquiatras suelen ser sensibles en lo que a su profesión se refiere, y como les molesta la actitud de un profano en la materia que busca el exotismo y la monstruosidad en las aberraciones mentales, así que usé de mucha prudencia para exponer mi ruego. El doctor carraspeó, reflexionó, aumentó su tensión anódica y dijo:

-Si de verdad tanto le importa..., pero creo que se llevará una decepción. Ahora ya no hay dementes furiosos, señor Tichy. Son cosas pasadas. Estamos aplicando una terapia moderna. Los métodos del siglo anterior, el remojo de cables, por ejemplo, para reblandecer el tubo central, el uso de bobinas de choque y otros medios de tortura, todo esto pertenece a la historia de la medicina. Hum, ¿cómo se lo podríamos mostrar? Le mejor sería que fuera usted, sencillamente, al parque y tomara contacto directo con nuestros pacientes. Son personas muy finas y cultas. ¿Usted desconoce, espero, toda..., ehm..., aversión, todo temor irracional ante unas pequeñas desviaciones...?

Después de cerciorarse de que yo era ajeno a esa clase de reacciones, Vliperdius se excusó por no poder acompañarme en el paseo, me indicó el camino y pidió que volviera a verle al regresar.

Bajé la escalera, atravesé los amplios pórticos y me encontré en un ancho camino enarenado. En torno a mi se extendía el parque lleno de parterres floridos y exóticas palmeras. Al fondo una familia de cisnes nadaba en un estanque, unos pacientes les echaban trocitos de pan, otros, sentados en bancos de alegres colores, se dedicaban al juego del ajedrez o a charlar animadamente.

Mientras iba paseando a paso lento, alguien me llamó por mi nombre. Me giré y me hallé frente a un desconocido.

-¡Tichy! ¿Es usted? -exclamó aquel individuo, tendiéndome la mano. La estreché, tratando de recordar quién podía ser-. Veo que no me reconoce. Soy Prolaps..., estuve trabajando en el Almanaque Cósmico...

-¡Ah, es cierto! Perdone -barboté. En efecto, era Prolaps, aquel buenazo de linotipo que imprimió casi todos mis libros.

Le estimaba mucho: era verdaderamente infalible. Me tomó familiarmente del brazo y nos fuimos por una avenida sombreada. Las manchas de luz y sombra animaban el rostro sereno de mi compañero. Nuestra conversación abordó durante un buen rato las novedades literarias. Prolaps se expresaba con su precisión habitual, penetrante y agudo como siempre; se encontraba en perfecta forma intelectual. No advertí en él ni asomo de anormalidad. Pero cuando llegamos a una pequeña glorieta y nos sentamos en un banco de piedra, preguntó en un cuchicheo confidencial:

-Dígame, Tichy, ¿por qué está aquí...? ¿A usted también le han cambiado?

-Bueno..., yo vine por mi propia voluntad, porque...

-¡Claro! ¡Yo también! -me interrumpió-. Cuando ocurrió aquel accidente acudí primero a la policía, pero pronto comprendí que era perder el tiempo. Unos amigos me aconsejaron que consultara a Vliperdius; su actitud ante mi caso fue, desde luego, muy diferente. Dirige una investigación y está seguro de que en breve encontrará...

-Perdone, ¿qué es lo que busca?

-¡Pero si está clarísimo! Mi cuerpo...

-Ah, desde luego..., si -asentí varias veces con la cabeza, procurando dominar mi extrañeza. Prolaps no se dio cuenta de nada.

-Recuerdo perfectamente aquel día, el 26 de junio -dijo súbitamente entristecido-. Al sentarme a la mesa para leer el periódico, tintineé. Me llamó la atención porque, usted lo sabe muy bien, ningún hombre tintinea al sentarse. Me tanteé las piernas: me asusté de tan duras que eran. Lo mismo los brazos. Me golpeé el pecho y comprendí de pronto que me habían cambiado. ¡Alguien cometió la infamia de falsificarme! Busqué por toda la casa: nada; debieron sacarlo a escondidas, de noche...

-¿Sacar qué, Prolaps?

-¡Ya se lo dije! Mi cuerpo. Mi cuerpo natural. No ve que ESTO -se dio resonantes golpes en el pecho- es artificial.

-¡Ah! Por supuesto... ¡Qué despiste!..., claro...

-¿Usted, a lo mejor, también...? -preguntó con una cierta esperanza en la voz. De repente cogió mi mano y golpeó con ella la mesa ante la cual estábamos sentados con tanta fuerza que gemí de dolor. La soltó, decepcionado.

-Perdón. Me parecía que brillaba -balbució.

Comprendí que se tomaba por un hombre víctima del robo de su cuerpo, y al igual que muchos enfermos que disfrutaban en la compañía de sus pares, tenía mucha ilusión de que me pasara lo mismo que a él.

Me frotaba bajo la mesa la dolorida mano intentando cambiar el tema de conversación, pero él empezó a describir con fruición y ternura los encantos de su antigua corporalidad, extendiéndose en detalles sobre su supuesto flequillo rubio, el raso de la epidermis de sus

mejillas, incluso sobre sus catarros. Me sentía cada vez más incómodo y no sabía cómo quitármelo de encima. Por suerte, Prolaps mismo me liberó de la embarazosa situación. Se levantó de un salto y gritó: «¡Oh, me parece que ELLO va por ahí!», y se lanzó a césped traviesa en pos de una silueta confusa. Seguía aún en la glorieta, sumido en las reflexiones, cuando oí una voz detrás de mí:

-Perdón, ¿puedo...?

-Claro, con mucho gusto... -contesté.

El recién llegado se sentó y fijó en mí su mirada, como si quisiera hipnotizarme. Durante largo rato contempló con pesadumbre mi cara y mis manos. Finalmente me miró profundamente a los ojos con tanta conmiseración y dulzura que me azaré. No sabía qué significaba todo aquello. El silencio entre nosotros se volvía denso, quería interrumpirlo pero no acertaba a encontrar ninguna frase neutra para iniciar el diálogo, ya que su mirada expresaba a la vez demasiado y demasiado poco.

-Pobrecito... -murmuró con indecible ternura en la voz-, cómo te compadezco...

-Es que... sabe usted... de hecho... -me puse a barbotar para aislarme con las palabras de aquel incomprensible océano de piedad que me sumergía.

-No digas nada, no hace falta. Yo lo sé todo. Sé también que me tomas por un loco.

-De ninguna manera -traté de protestar, pero me impuso silencio con un gesto de la mano.

-Sí, en cierto sentido soy un loco -dijo, solemne-. Igual que lo fueron Galileo, Newton, Giordano Bruno... ¡Ah, si me guiara sólo por la razón...! Pero para mí lo que más cuenta son los sentimientos. ¡Si supieras cómo te compadezco, víctima del universo! ¡Qué desgracia, qué trampa sin salida es... vivir!

-Oh, si, si, la vida es a veces muy complicada -me lancé aprisa, encontrando por fin un punto de apoyo-. Sin embargo, como es un fenómeno en cierto modo natural...

-¡Exactamente! ¡Natural! -recalcó con desprecio mi última palabra-. ¿Hay algo más enteco que la Naturaleza? ¡Los filósofos y los científicos intentaron siempre explicar la Naturaleza, cuando lo que se debe hacer es anularla!

-¿Por entero...? -pregunté, fascinado a pesar mío por lo radical que era su planteamiento del problema.

-¡Evidentemente...! -contestó categórico-. Mira esto.

Levantó mi mano con las puntas de los dedos como quien coge una oruga digna de ser examinada, pero asquerosa (hizo lo posible para dominar su asco), y, enseñándomela como un ejemplar raro, dijo lentamente en voz baja y tensa:

-Qué flácido es esto..., qué legamoso..., gelatina... ¡Albúminas! Ah, esas albúminas... Requesón que se mueve un poco, lacticinios pensantes, el trágico producto de un malentendido lácteo, chapucería hecha hombre...

-Perdone, pero...

No me hizo el menor caso. Escondí rápidamente bajo la mesa la mano que él había soltado como si no pudiera soportar ni un momento más su contacto; luego puso la suya sobre mi cabeza. Era terriblemente pesada.

-¡Cómo se puede! ¡Cómo se puede producir una cosa semejante! -repetía, apretando mi cráneo hasta hacerme daño, pero yo no me atrevía a protestar-. Unos botones, agujeros, coliflores -tocaba con su dedo férreo mi nariz y oreja-, ¿esto es un ser racional? ¡Infamia! ¡Infamia, digo! ¿Qué vale una Naturaleza que al cabo de millones y millones de años de trabajo fabrica ESTO?

Diciendo lo cual apartó de sí mi cabeza con un empujón tan fuerte que ví las estrellas.

-¡Dadme a mí un poco de tiempo, dadme solamente mil millones de años y veréis lo que crearé!

-En efecto, la imperfección de la evolución biológica... -empecé, pero no me dejó terminar.

-¿La imperfección? -bufó-. ¡Desperdicios! ¡Pacotilla! ¡Vagancia! ¡Si no se sabe hacer bien las cosas, hay que abstenerse!

-No es que quiera justificar nada -lancé lo más aprisa que pude-, pero la Naturaleza trabajaba con los materiales que tenía a su disposición. En el océano primitivo...

-¡Nadaba basura! -terminó mi frase vociferando tanto que me sobresalté-. ¡Si señor! ¡La estrella estalló, se configuraron planetas y de los desperdicios que no servían para nada, de las migajas y pegotes fue creada la vida! ¡Basta! ¡Basta ya de soles rechonchos, galaxias idiotas, mucosidades animadas! ¡Se terminó!

-Sin embargo, los átomos -dije, tímidamente. No me dio tiempo de decir nada más. Se nos acercaban, cruzando por el césped, unos enfermeros atraídos por los gritos de mi interlocutor.

-¡Me río yo de los átomos! -tronó éste último. Le cogieron de ambos lados por los brazos. Se dejó llevar, pero sin quitarme la vista de encima (retrocedía de espaldas como un cangrejo), voceaba al parque entero:

-¡Hay que involucionar! ¿Me oyes, pálida sopa coloidal? ¡En vez de descubrimientos, hacen falta encubrimientos! ¡Tapar, tapar, hasta que no quede nada! ¡Tú, gelatina pegada a los huesos! ¡Es lo que se debe hacer! ¡Por el regreso hacia el progreso! ¡Anular! ¡Retroceder! ¡Invalidar! ¡Fuera con la Naturaleza! ¡Fuera! ¡Fuera...!

Sus gritos me llegaban de lejos debilitándose por momentos, hasta que la quietud del maravilloso mediodía se llenó de nuevo de zumbidos de abejas y aromas de flores. Pensé que el doctor Vliperdus había exagerado bastante al sostener que ya no quedaban locos furiosos entre los robots. Por lo visto, no siempre eran eficaces los nuevos tratamientos terapéuticos. En cualquier caso, unos cardenales y un chichón en la cabeza no eran un precio demasiado elevado por vivir aquel incidente y oír el delirante libelo contra la Naturaleza, proferido con acopio de groserías por el peligroso individuo. Me enteré luego de que aquel robot, ex analista de las series armónicas de Fourier, había creado su propia teoría de la existencia, según cuyo principio la civilización debía conseguir tantos descubrimientos que finalmente, ante su exceso, no quedaba otra solución que la de cubrirlos sucesivamente todos, hasta el último. Terminada la obra, se liquidaba la civilización y junto con ella el Cosmos que la había engendrado. Se volvía al punto cero del progreso y todo el ciclo empezaba de nuevo. El mismo se proclamó profeta de la segunda fase del desarrollo, la de cubrimiento de lo descubierto. Fue encerrado en el hospital de Vliperdus a petición de la familia, cuando pasó del desmontaje de amigos y parientes al de terceras personas.

Al abandonar la glorieta, me fui a contemplar un rato los cisnes. Cerca de mí, un tipo extravagante les echaba trozos de alambre. Le dije que los cisnes no comían esas cosas.

-No pretendo que se lo coman -contestó, siguiendo con lo suyo.

-Pero pueden tragarlo y perforarse el estómago. Sería una lástima -dije.

-No lo tragarán, porque el alambre va al fondo. Es más pesado que el agua -me informó en tono profesional.

-Entonces, ¿por qué lo echa?

-Porque me gusta dar de comer a los cisnes.

Con esto se agotó el tema. Nos marchamos juntos de allí, entablando una conversación por el camino. Resultó que la persona en cuestión era un filósofo famoso, el profesor Urlipán, creador de la ontología de la nada o neontología, continuador de la obra de Gorgias de Leontini. El profesor me habló larga y detalladamente de los progresos más recientes de su teoría. Según él, no existía nada, ni siquiera él mismo, estando la existencia implicada en la existencia. El hecho aparente de que alguna otra cosa «es» no tenía la menor importancia, ya que el razonamiento, conforme a la aguda doctrina de Ockham, transcurría del siguiente modo: aparentemente, existe el estado de vela, o sea, la realidad, y el sueño. Pero de la hipótesis de vela se puede prescindir. Ergo lo que existe es el sueño. El sueño necesita de alguien que lo sueñe. No obstante, el postulado de la

persona soñando es también una hipótesis prescindible, porque a veces ocurre que en el sueño se sueña otro sueño. Por ende, todo lo que existe es un sueño que sueña el sueño siguiente, y así hasta el infinito. Puesto que (punto de suma importancia) cada sueño sucesivo es menos real que el precedente (el sueño colinda directamente con la realidad, mientras que el sueño soñado en sueños lo hace indirectamente, a través del primer sueño, el tercero a través de dos sueños, etc.), la serie termina en un punto cero, ergo, existe solamente la nada, o sea: no hay nada. La perfecta coherencia del enunciado despertó mi entusiasmo. Lo único que no comprendía era por qué el profesor Urlipán se encontraba en aquel lugar. Sin embargo, el mismo me confesó que se había vuelto loco. Su locura consistía en el hecho de haber dejado de creer en su doctrina y de tener momentos de flaqueza durante los cuales le parecía que, a pesar de todo, existía tal vez alguna que otra cosita. El doctor Vliperdius le prometió curarle de esa demencia.

Después de despedirme de Urlipán, visité los pabellones hospitalarios. Me presentaron a una vieja máquina-calculadora hebrea que sufría de amnesia senil y no conseguía hacer el recuento de los diez mandamientos. Estuve también en la sección de electrosténicos, donde curan las psicosis maniaco-depresivas: uno de los pacientes se destornillaba con lo primero que le caía entre manos; siempre le quitaban herramientas que tenía escondidas con astucia.

Un cerebro electrónico funcionario del observatorio astronómico, que durante treinta años confeccionó modelos de estrellas, se tomaba por Sigma de la Ballena y amenazaba continuamente a los médicos diciendo que de un momento a otro estallaría como una Supernova. Lo deducía de los cálculos. Otro suplicaba que lo transformaran en una lavadora, porque estaba harto de sus actividades intelectuales. En el pabellón de los paranoicos el ambiente era más alegre: un grupo de ellos, sentado junto a las camas metálicas, tocando la rejilla a guisa de arpas, cantaba a coro «Robotito, robotito, robotito de mi corazón», «De plata tiene que ser el robot que a mi me quiera», etc.

Mi guía, el ayudante de Vliperdius, me contó que hacía poco habían tenido en el sanatorio a un cierto cura-robot que se proponía fundar la orden de Cibéricos, pero había mejorado tanto gracias al tratamiento de choques que pudo volver a su ocupación habitual: la confección de balances bancarios. Terminada la visita, volvíamos con el joven ayudante por un ancho pasillo, cuando vimos venir a nuestro encuentro a un enfermo que arrastraba tras de sí un pesado carrito, cargado hasta los topes. Su aspecto me llamó la atención por insólito: de pies a cabeza estaba atado con cordeles.

-¿No tiene por casualidad un martillo? -me preguntó.

-No.

-Lástima. Tengo dolor de cabeza.

Contesté cualquier cosa, para provocar una conversación. Era un robot hipocondríaco. No se separaba nunca de su carrito, lleno de piezas de recambio para todas las averías posibles. Al cabo de diez minutos ya me había enterado de sus dolores de espalda durante las tormentas, de cómo se le dormía todo el cuerpo ante la televisión, y cómo le chispeaban los ojos si alguien acariciaba a un gato cerca de él. El tema me pareció monótono, me despedí, pues, lo más aprisa que pude y me fui a ver al director del establecimiento. La secretaria me dijo que estaba ocupado, le pedí, pues, que le transmitiera mis saludos y me marché a casa.

EL DOCTOR DIAGORAS

No me fue posible tomar parte en el XVIII Congreso Internacional de Cibernética, pero procuré estar al corriente de sus trabajos a través de los periódicos. No era fácil, ya que

los reporteros poseen el don especial de equivocarse los datos científicos. Sin embargo, es sólo gracias a ellos si he conocido al doctor Diágoras, porque convirtieron su actuación en la sensación de la temporada. Si hubiera seguido el Congreso en los informes de las revistas profesionales, no me habría enterado de la existencia de ese original sujeto: su nombre figuraba en la lista de participantes, pero su conferencia ni siquiera fue mencionada. Los periódicos, en cambio, dedicaron grandes espacios a la crítica de su proceder, diciendo que sus manifestaciones fueron una verdadera infamia, y que sólo debido a la prudencia y diplomacia del presidente se evitó el escándalo, ya que aquel reformador de la ciencia, un impostor a quien nadie conocía, colmó de insultos a los científicos más ilustres, presentes en la sala y, cuando le fue retirada la palabra, destrozó el micrófono a bastonazos. La prensa reprodujo casi todos los epítetos que el energúmeno había lanzado sobre las luminarias del saber, pero mantuvo un silencio absoluto en cuanto al contenido mismo de la conferencia. Tanta circunspección despertó mi curiosidad.

De regreso a casa, empecé a buscar la pista del doctor Diágoras, pero no encontré su nombre ni en los anales de Problemas Cibernéticos, ni en la más reciente edición de «Who is who». Telefoneé, pues, al profesor Corcorán; me dijo que no conocía las señas de «ese trastornado... y aunque las conociera, no me las hubiera dado. No faltaba más que esto para que mi interés por Diágoras aumentara considerablemente. Publiqué en la prensa una serie de anuncios que, para mi extrañeza, surtieron pronto efecto. Recibí una carta, seca y escueta, escrita en un tono más bien displicente; en todo caso, el misterioso doctor accedía a recibirme «en su propiedad» en Creta. Consulté el mapa y vi que aquella propiedad distaba apenas noventa kilómetros del lugar donde vivía el legendario Minotauro.

¡Un cibernético, propietario de bienes en Creta, dedicando su tiempo a unos trabajos enigmáticos! Aquel mismo día por la tarde me encontraba en el avión, volando hacia Atenas. Desde allí no había comunicación aérea, pero conseguí pasaje en un barco que atracó a la mañana siguiente en la isla. Llegué en un coche de alquiler a una bifurcación de caminos; la carretera era mala, el calor insoportable. Las circundantes colinas parecían revestidas de cobre quemado. El polvo cubría el coche, la maleta, mi traje y mi cara.

En los últimos kilómetros no encontré un alma y no había nadie que me indicara el camino. Diágoras escribió en su carta que me detuviera en el trigésimo mojón, porque más allá no había carretera transitada; dejé, pues, el coche a la magra sombra de un pino y me dispuse a reconocer los intrincados alrededores. Sobre todo el terreno vegetaba la típica flora mediterránea, tan ingrata en un contacto tan cercano: ni que pensar en desviarse de un sendero, porque la maleza, erizada de púas reseca por el sol, desgarró la ropa. Vagué por aquellos andurriales pedregosos durante casi tres horas, cegado por el sudor que resbalaba por mi cara. Me embargaba la ira contra mí mismo, porque, de hecho, ¿qué me importaba aquel hombre y su historia? Me había puesto en camino a mediodía, a la hora del calor más fuerte, sin comer nada, y ahora el hambre me retorció las entrañas. Volví finalmente al coche, abandonado ya por la escasa franja de la sombra; sus cojines de cuero quemaban como una estufa y el mareante olor a gasolina y barniz recalentado impregnaba todo su interior.

De repente salió de un recodo una oveja solitaria, se me acercó, baló con una voz parecida a la humana y torció hacia un lado andando despacito. Cuando ya desaparecía de mi vista, vislumbré un estrecho sendero que tomó para subir la pendiente. Pensé que detrás de ella vendría un pastor; pero la oveja se perdió en la espesura, sola tal como había venido.

Aunque no era un guía especialmente digno de confianza, bajé del coche y empecé a abrirme paso entre la maleza. Tras un corto trecho, el sendero se hizo más cómodo. Estaba oscureciendo cuando al otro lado de un terreno plantado de limoneros se dibujó la silueta de un edificio. La maleza quedó atrás, ahora iba pisando hierba, tan seca que

crujía bajo mis zapatos como papel quemado. Una alta cerca de tela metálica rodeaba aquella casa excepcionalmente fea, grande y oscura, con restos de un portal medio derruido. El sol se había puesto y yo estaba buscando todavía la entrada; empecé a dar voces, sin resultado. Todas las ventanas tenían postigos cerrados herméticamente, por lo que ya casi no me quedaban esperanzas de que la casa estuviera habitada, cuando el portal se abrió dejando ver a un hombre.

Me indicó con un gesto dónde se encontraba el portillo. Lo ocultaban unos arbustos tan densos, que por mi mismo nunca hubiera adivinado su presencia. Conseguí alcanzarlo, protegiéndome la cara con los brazos contra los pinchos de las ramas. Lo encontré entornado. El hombre que lo había abierto tenía aspecto de trabajador manual o de carnicero; era gordo y barrigudo, de cuello corto, llevaba las mangas de la camisa arremangadas, un gorro manchado de sudor y un largo delantal de hule.

-Perdone, ¿vive aquí el doctor Diágoras? -pregunté.

Levantó la cabeza, mostrándome una cara inexpresiva, demasiado grande, sin forma, con mejillas colgantes. Podía ser la de un matarife. Pero los ojos eran claros, duros y agudos; me miró sin pronunciar una palabra.

Me bastó la mirada para comprender a quién tenía delante.

-Perdone -repetí-, es usted el doctor Diágoras, ¿verdad?

Me tendió la mano, pequeña y blanda como la de una mujer, que estrechó la mía con inesperada fuerza. Movié la piel del cráneo desplazando el gorro hacia atrás, metió las manos en los bolsillos del delantal y preguntó con indiferencia teñida de desprecio:

-¿Qué quiere de mi exactamente?

-Nada -contesté rápidamente.

Había emprendido este viaje sin reflexionar y estaba preparado para cualquier clase de acogida. Quería conocer a aquel personaje tan poco banal, pero no pensaba tolerar ningún insulto suyo. Ya estaba planeando mentalmente mi regreso mientras él me miraba fijamente, me miraba... hasta que dijo de pronto:

-Éstá bien. Sigame...

Ya era de noche. Me guió hacia aquella casona lóbrega, entró en el oscuro vestíbulo, donde, cuando penetré allí tras él, resonó un eco pétreo, como si nos halláramos en una enorme iglesia. Mi anfitrión encontraba el camino en las tinieblas sin la menor dificultad; ni siquiera me advirtió del peldaño al comienzo de la escalera, así que di un traspie y subí, maldiciendo para mis adentros, hacia el débil resplandor luminoso de una puerta entreabierta.

Era la de un cuarto de una sola ventana, cerrada y tapada. La forma de aquel aposento, sobre todo su altísimo techo ojival, se parecía más al interior de una torre medieval que al de una vivienda. Lo atestaban enormes muebles negros de barniz deslucido por el tiempo e incómodas sillas con estrechos respaldos tallados; en las paredes colgaban miniaturas en marcos ovalados, y en un rincón aparecía un reloj de caja, una verdadera fortaleza con la esfera de cobre pulido y el péndulo del tamaño de un escudo heleno.

Había poca luz en el cuarto: el resplandor de las bombillas, disimuladas dentro de una complicada lámpara con pantallas llenas de polvo, sólo iluminaba bastante bien una mesa cuadrada. La suciedad del tapizado rojizo de las paredes absorbía la claridad, dejando a oscuras los rincones. Diágoras se quedó inmóvil junto a la mesa con las manos en los bolsillos del delantal; parecía que estábamos esperando algo. Dejé mi maleta en el suelo, justo cuando el reloj empezaba a dar la hora. Sonaron ocho campanadas fuertes y puras, luego algo rechinó en el mecanismo y de repente retumbó en la habitación una voz de anciano que gritaba:

-¡Diágoras! ¿Dónde estás, canalla? ¡Cómo te atreves a tratarme así! ¡Contesta! ¿Me oyes? ¡Por Dios! Diágoras... ¡Todo tiene un límite! -la voz temblaba de rabia y

desesperación; pero lo que me llevó al colmo de la estupefacción fue el hecho de conocerla: pertenecía al profesor Corcorán.

-Si te quedas ahí callado... -continuaban las iracundas palabras, cuando de pronto el mecanismo del reloj volvió a rechinar y reinó el silencio.

-¿Qué es esto...? -pregunté-. ¿Montó usted un tocadiscos dentro de este venerable trasto? ¿Vale la pena perder el tiempo en esa clase de jueguecitos?

Había ironizado adrede, con toda la intención de molestarle. Pero Diágoras, como si no me oyera, tiró de un cordón y la misma voz ronca volvió a llenar el cuarto:

-Lo lamentarás, Diágoras... ¡Te lo aseguro! ¡Todo lo que sufriste no justifica el ultraje que me infliges! ¿Esperas que me rebaje a suplicarte?

-Ya lo hiciste -pronunció friamente el otro.

-¡Mientes! ¡Eres un canalla, el más vil de los canallas, indigno de llamarse científico! ¡El mundo conocerá tu...!

Las ruedas dentadas dieron unas vueltas y otra vez reinó el silencio.

-¿Un tocadiscos...? -dijo Diágoras con sorna (cuya razón sólo él veía). ¿Un tocadiscos, dice...? No, señor mío. En el mecanismo musical se encuentra el profesor Corcorán in persona o, mejor dicho, in spiritu suo, si puede decirse. Lo inmortalicé por capricho. ¿Qué tiene de malo?

-¿Cómo debo entenderlo? -mascullé. El gordo tardó en contestar, reflexionando si valía la pena darme explicaciones.

-Literalmente -dijo por fin-. Compuse todos los rasgos de su personalidad..., los modelé en un sistema apropiado, miniaturicé electrónicamente su alma, y así se originó el retrato fiel de ese insigne individuo... situado en el reloj.

-¿Afirma que no es solamente una voz grabada?

Se encogió de hombros.

-Pruebe usted mismo, si quiere. Puede charlar con él un poquito, aunque no se distingue por un exceso de amabilidad, lo que, en estas circunstancias, es bastante comprensible... ¿Quiere hablar con él? -me indicó el cordón del mecanismo de música-. Cuando guste...

-No -contesté. ¿Qué era aquello? ¿La locura? ¿Una broma estrafalaria y macabra? ¿Una venganza?-. Pero el verdadero Corcoran está en este momento en su laboratorio, en Europa -añadí.

-En efecto. Aquí sólo tengo su retrato espiritual. En todo caso, es un retrato idealmente fiel, no inferior en nada a su modelo...

-¿Por qué lo ha hecho?

-Lo necesitaba. Era preciso que modelara un cerebro humano como fase inicial de otro problema, más difícil. La elección de la persona no tenía ninguna importancia; escogí a Corcorán..., no sé..., porque me dio la gana. El mismo creó tantas cajas pensantes..., se me ocurrió que tendría gracia encerrarle en una de ellas, sobre todo en el papel de musiquilla de reloj.

-¿El lo sabe...? -me apresuré a decir, cuando Diágoras iba ya hacia la puerta.

-Si -contestó con indiferencia-. Le facilité incluso una conversación... consigo mismo, por teléfono, se entiende. Pero no importa; no era mi intención lucirme ante usted; fue por pura coincidencia que el reloj dio las ocho cuando entramos.

Le seguí con sentimientos encontrados por un corredor bajo cuyas paredes se alineaban unas formas metálicas, cubiertas de telarañas y polvo, parecidas a los esqueletos de reptiles prehistóricos, o más bien a sus vestigios fosilizados. El corredor terminaba en una puerta hundida en las tinieblas. Oí el chasquido de un interruptor. Nos encontrábamos ante una sinuosa escalera de piedra. Diágoras empezó a subir primero, su achatada sombra tambaleante como un pato, se movía sobre la pared de bloques de granito. Nos detuvimos ante una puerta de hierro, que Diágoras abrió con una llave. Me oprimió la garganta el aire estancado y caliente. Se encendió la luz. En contra de mis

previsiones, no estábamos en un laboratorio. Lo que más recordaba aquel local alargado, con pasillo en el medio, era una casa de fieras de un circo ambulante. A ambos lados había jaulas. Entré, precedido por Diágoras, quien, con las tiras del delantal cruzadas en la espalda y la camisa sudada, tenía aire de un celador de animales.

De cara al pasillo, las jaulas aparecían cerradas con tela metálica. Dentro se veían unas formas confusas no sé de qué: ¿máquinas?, ¿prensas? En cualquier caso, no las de unos seres vivos. No obstante, aspiré el aire por reflejo, como si esperara olfatear el tufo de las fieras salvajes. Pero allí sólo se percibía el olor de productos químicos, aceite caliente y caucho.

Más lejos, la tela metálica de las jaulas era tan tupida que a pesar mío pensé en unos pájaros: ¿a qué otros seres se necesitaba cerrar el camino tan herméticamente? En la sección siguiente un enrejado sustituía la tela, como en un jardín zoológico, cuando después de los pájaros y los monos se pasa a las jaulas de los lobos y otras grandes fieras.

La última sección estaba provista de una reja doble. Entre la exterior y la interior quedaba un espacio de medio metro. Esta clase de enrejado suele instalarse para los animales particularmente feroces, a fin de que el visitante no pueda acercarse demasiado al monstruo capaz de atacar de improviso y herirle. Diágoras se detuvo, puso la cara junto a la reja y golpeó el hierro con una llave que tenía en la mano. Eché una mirada dentro de la jaula. Algo reposaba en el rincón opuesto, pero la penumbra no me dejó distinguir su silueta. De repente, aquella masa informe dio un prodigioso salto hacia nosotros, tan rápido que no tuve tiempo de echar atrás la cabeza. La reja retumbó como bajo el golpe de un pesado martillo. Me separé de la reja de un brinco; Diágoras ni se movió. Frente a su impávida cara colgaba, agarrado a los hierros, no sé de qué manera, un engendro cuyo cuerpo reflejaba la luz extendida como aceite en su superficie. No sé describir su aspecto: era una especie de cruce del abdomen de insecto con el cráneo humano, desprovisto de expresión por ser metálico, parecía mirar a Diágoras con todo su cuerpo, tan ferozmente que se me erizó el cabello. La reja que lo sostenía se combó muy ligeramente, revelando la fuerza de su presión. Diágoras, por lo visto completamente seguro de su resistencia, miraba a aquel ser incomprensible como un jardinero o un criador de animales mira el fruto de un cruce particularmente bien logrado. La masa de acero se deslizó reja abajo con un rechino estridente y no se movió más. La jaula volvió a parecer vacía.

Diágoras se marchó de allí sin proferir palabra; lo seguí, aturdido, aunque empezaba ya a entender, o mejor dicho, a rebelarme contra la explicación sugerida por mi imaginación, ya que era demasiado perversa. El, como si leyera en mí, se detuvo.

-No -dijo en voz baja y suave-, usted se equivoca, Tichy, yo no los construyo para divertirme ni hago nada para suscitar su odio; no me preocupo por los sentimientos de mis criaturas... Son, sencillamente, etapas de mis experimentos, unas etapas imprescindibles. No podremos evitar unas frases explicativas, pero, para ser más breve, no empezaré por el principio... ¿Usted sabe cuál es la primera exigencia que los constructores imponen a sus productos cibernéticos?

Sin darme el tiempo para reflexionar, contestó él mismo:

-La de la obediencia. Ni siquiera hablan de ello, hay incluso quien no lo sabe, ya que es un postulado aceptado tácitamente. Fatal error! Construyen una máquina e introducen en ella un programa que debe realizar, sea la solución de un problema matemático, sea una serie de funciones controladoras en una fábrica que trabaja automáticamente, por ejemplo... Cometan un error fatal, repito, porque a fin de obtener unos resultados inmediatos cierran todo el camino a la espontaneidad de su propia obra... Compréndalo, Tichy, trátase de la obediencia de un martillo, de un torno o la de una máquina electrónica, es en el fondo lo mismo... ¡Y no es lo que nosotros perseguimos! Las diferencias que en eso existen son solamente cuantitativas: usted dirige directamente los

golpes del martillo, pero la máquina electrónica... Usted únicamente la programa y su conocimiento del camino tomado por ella hacia una solución del problema no es tan exacto como el del camino de una herramienta primitiva; sin embargo, los cibernéticos prometían crear el pensamiento, o sea la facultad de autonomía, lo que equivale a una cierta independencia de los dispositivos contruidos frente al hombre. El mejor educado de los perros puede desobedecer a su amo y nadie dirá que está «averiado», mientras que así precisamente se define a una máquina que funciona contra el programa: una máquina obediente... ¡Pero por qué hablar del perro! ¡El sistema nervioso de cualquier insecto no mayor que la cabeza de un alfiler demuestra una espontaneidad, incluso la ameba tiene sus caprichos y sus comportamientos imprevisibles! ¡Sin lo imprevisible, no hay cibernética! Todo consiste, de hecho, en la comprensión de esta sencilla verdad. lo demás -abarcó con un amplio gesto de la mano la silenciosa nave, las filas de rejillas detrás de las cuales perduraba la oscura inmovilidad-, todo lo demás es sólo una consecuencia...

-No sé hasta qué punto conoce usted los trabajos de Corcorán -dije, y me interrumpí al instante: me acordé de la «musiquilla».

-¡No me hable de Corcorán! -exclamó Diágoras, indignado, metiendo, según su costumbre, ambos puños en los bolsillos del delantal-. Corcorán, señor mío, cometió un vulgar abuso. Quería filosofar, es decir, ser Dios, ya que ¡cuál es, al fin y al cabo, el sentido de la filosofía, si no el de querer entenderlo todo en un grado mayor del que nos ofrece la ciencia! La filosofía quiere contestar todas las preguntas, precisamente como un Dios. Lo que Corcorán pretendía era convertirse en Dios y la cibernética sólo le servía de camino y de medio para conseguir su finalidad. Yo sólo quiero ser hombre, Tichy. Nada más que un hombre. Pero gracias a esto, precisamente, fui más lejos que Corcorán, porque él, persiguiendo el fin que le interesaba, se limitó a sí mismo: modeló en sus máquinas una ilusión del mundo humano, logrando solamente una hábil imitación, nada más. Yo, si me interesara, podría crear mundos a voluntad... ¿De qué me sirve plagiar? Tal vez lo haga un día, pero de momento tengo otros problemas... ¿Usted ha oído hablar de mi mal genio? No conteste, sé que es así. Esta reputación idiota le ha traído aquí. Es un absurdo, Tichy. Me irritó, simplemente, la ceguera de aquella gente. Señores, les dije, si les presento una máquina que extrae raíces de números pares y se niega a hacer lo mismo con impares, ¡no es ningún defecto, qué diablos, sino al revés, un magnífico logro! Esa máquina posee idiosincrasia y gustos propios, demostrando, por tanto, un inicio de voluntad independiente; tiene unos antojos, germen de comportamiento espontáneo, ¡y ustedes dicen que hay que perfeccionar su construcción! Si, en efecto, hay que perfeccionarla, pero sólo para aumentar su independencia... ¿Y cuál fue la reacción? No se puede hablar con la gente que quiere permanecer ciega y sorda ante la evidencia... Los americanos están construyendo un perceptrón, Tichy, y se imaginan que han encontrado el camino hacia la producción de una máquina inteligente. ¡Lo que producirán será un esclavo eléctrico! Yo jugué la carta de la soberanía, de la independencia de mis construcciones. Por cierto, no fue todo coser y cantar, confieso que me llevé sorpresas, incluso tuve momentos en que dudé si tenía razón. Fue cuando... Mire esto.

Se subió una manga de la camisa: vi en su brazo, por encima del bíceps, una cicatriz pálida, rodeada de un reborde rosado, grande como la palma de la mano.

-Los primeros síntomas de espontaneidad no fueron demasiado simpáticos. No resultaban de una actividad racional. Es imposible obtener de primer intento un aparato pensante. Sería como pasar, en la Grecia antigua, de la cuadriga al avión de reacción. No se pueden saltar las etapas de evolución, aun de la evolución cibernética iniciada por nosotros. Aquel pupilo mío, primero de la serie, tenía menos «entendimiento» que un insecto. Pero manifestaba ya una espontaneidad, ¡y de qué envergadura!

-Un momento, por favor -dije-. No entiendo bien. Si usted ya construyó una máquina racional, ¿no es verdad? La del reloj...

-¡Es lo que yo llamo un plagio! -exclamó, irritado-. Apareció un nuevo mito, Tichy, el de la construcción del homúnculus. De hecho, ¿qué interés hay en producir un hombre de transistores y cristal? ¿Me lo puede aclarar? ¿Es la pila atómica una estrella sintética? ¿Y la dinamo, una tormenta artificial? ¿Por qué la máquina dotada de razón iba a ser un cerebro sintético, creado a imagen y semejanza del humano? ¿Para qué? Para añadir a tres millones de seres hechos de albúmina uno más, construido de plástico y cobre? No estaría mal como número de circo, pero como obra de cibernética...

-Entonces, ¿qué quiere construir usted?

Diágoras sonrió. Aquella sonrisa transformó su cara en la de un niño travieso.

-Tichy..., ahora si que me tomará por un loco: ¡yo no sé lo que quiero!

-No comprendo...

-En todo caso, sé qué es lo que no quiero. No quiero copiar el cerebro humano. La Naturaleza tuvo sus razones para hacerlo tal como está, sean biológicas, adaptadoras, las que quiera. Trabajaba en el océano y sobre las ramas habitadas por los primates homínidos, entre colmillos, garras y sangre, entre el estómago y la multiplicación. Pero a mi, ¿qué me importa todo esto en tanto que CONSTRUCTOR? Bien, ahora ya sabe con quién trata. Pero yo no desprecio en absoluto el cerebro humano, Tichy, como me lo reprochó aquel viejo asno de Barness. Su estudio tiene una importancia enorme, un significado muy especial. ¡Expreso toda mi admiración a esta magnífica obra de la Naturaleza!

Aquí el profesor se inclinó en un profundo saludo.

-Pero ¿constituye esto una razón para que lo imite? -prosiguió-. ¡Todos aquellos desgraciados creen firmemente que sí! ¡Son como una pandilla de neardentalenses que tienen su caverna y no necesitan otra cosa; ni siquiera se les ocurre interesarse por iglesias, anfiteatros u otros edificios: ellos tienen su caverna y van a excavar las mismas cavernas por los siglos de los siglos!

-Sí, de acuerdo..., pero usted debe tener una meta. Un objetivo definido. Por tanto, le anima una esperanza. ¿De qué? ¿De construir un ser genial?

Diágoras me miraba ladeando la cabeza. En sus ojillos chispeaba una astucia campesina.

-Como si les oyera... -dijo finalmente en voz baja-. «¿Qué busca? ¿Qué quiere hacer? ¿Confecionar un genio? ¿Un superhombre?» Pero, idiota, ¿es que si no quiero plantar camuesas estoy restringido a las reinetas? Existen solamente manzanas pequeñas y manzanas grandes o, tal vez, la inmensa variedad de la familia de la fruta, ¿eh? Entre la inimaginable cantidad de sistemas POSIBLES, la Naturaleza realizó uno: nosotros. ¿Piensa que lo escogió por ser el mejor? ¿Y desde cuándo la Naturaleza persigue una perfección platónica? Construyó lo que pudo y basta. No se va a ninguna parte confeccionando computadoras u otras máquinas calculadoras o imitando cerebros. Perfeccionando computadores, sólo se puede obtener otros cretinos matemáticos, todavía más rápidos en las operaciones. En cuanto a los plagios del cerebro, si, pueden fabricarse, pero no es esto lo más importante. Olvide por favor todo lo que sabe de la cibernética. Yo y mis kybernoidea no tenemos nada que ver con ella, excepto el punto de partida común, pero esto pertenece al pasado. Tanto más que esta etapa -volvió a indicar toda la sala sumida en penumbrosa quietud- está ya superada hace tiempo. Guardo estos engendros..., qué sé yo..., por indiferencia o, si lo prefiere, por sentimentalismo...

-Es usted muy sentimental, en tal caso -mascullé con una ojeada a su brazo.

-Es posible. Venga conmigo, si quiere ver otro capítulo de mi trabajo, también cerrado ya...

Bajamos por la misma tortuosa escalera hasta los sótanos. En las gruesas paredes de hormigón, bajo los pesados techos, ardían lámparas protegidas por alambres entretejidos. Diágoras abrió una maciza puerta de acero. Nos hallamos en un aposento cuadrado, desprovisto de ventanas. En medio del suelo, cuya inclinación convergía en el centro

formando una especie de sumidero de alcantarillado, había una tapa redonda de hierro fundido, cerrada con candado. Me extrañó un poco esa protección tan sólida, de un canal de desagüe. Diágoras abrió el candado, empuñó el asa de hierro y levantó la pesada tapa con un esfuerzo que hizo encorvar su rechoncho cuerpo. Me incliné a su lado y miré dentro de la abertura, obturada a una cierta distancia del suelo con una gruesa placa de cristal irrompible, a través de la cual, como a través de una lente gigantesca, vi el interior de un vasto bunker. En el fondo, en medio de un indescriptible caos de cables carbonizados y escombros, yacía bajo la capa de polvo de yeso y vidrio pulverizado una desmesurada cosa negra e inmóvil, parecida al cuerpo aplastado de un pulpo colosal. Eché a Diágoras una mirada interrogante: el profesor sonreía.

-Este experimento pudo costarme caro -manifestó, enderezándose-. Quise introducir en la corriente de la evolución cibernética un principio desconocido de auto-complicación. O sea, inferirle la facultad de reconstruirse a si mismo según sus propios criterios si no puede realizar las tareas que se había asignado (y que yo ignoro, de acuerdo con mis propósitos). Encerré aquí abajo a ochocientos bloques electrónicos elementales que podían unirse, conforme a las reglas de la permutación, como les daba la gana.

-¿Y lo logró?

-Demasiado bien. En este caso, el uso de los pronombres es un poco arbitrario: digamos, pues, que EL -apuntó con el dedo la inerte monstruosidad -decidió liberarse. Este es, por regla general, el primer impulso de todos ellos, ¿sabe? -bajó la voz, fijando ante si una mirada ausente, como si le extrañaran sus propias palabras-, Yo... de verdad no comprendo por qué, pero su actividad espontánea siempre empieza por el mismo hecho: quieren sentirse libres, romper las limitaciones que les impongo. No puedo decirle qué harían si lo consiguieran, porque nunca se lo permití..., exagerando tal vez mis temores... -El profesor hizo una corta pausa y prosiguió:

-Tomé las precauciones necesarias. o por lo menos así lo creía. Este bunker..., el empresario de obras que me lo edificó debió quedar atónito, pero como pagué lo que quiso, no formuló preguntas. Un metro y medio de hormigón armado, encima un blindaje de acero... No usamos remaches, demasiado fáciles de cortar, sino la soldadura eléctrica. Veinticinco centímetros de grueso, el mejor blindaje que pude encontrar, del desguace de un viejo buque de guerra. Mírelo ahora detenidamente.

Me arrodillé en el borde del pozo, me incliné y observé la pared del bunker. Las planchas del blindaje estaban desgarradas de arriba abajo como si fueran de hojalata; entre sus destrozados bordes había en el muro un hueco profundo, erizado de restos de la armadura y cemento.

-¿Lo hizo él? -pregunté, bajando involuntariamente la voz.

-Sí.

¿De qué manera?

-No lo sé. Bien es verdad que lo hice de acero, pero usé adrede la clase blanda, sin templar y, además, no dejé en el bunker ninguna herramienta... Sólo puedo conjeturar... No sé si fue por prudencia, pero aseguré el techo particularmente bien, con un blindaje triple. El vidrio me costó una fortuna: lo usan para batiscafos. No lo atravesaría ni un obús blindado... por eso, creo, no se ocupó mucho de él. Supongo que se fabricaría un horno de inducción, o algo por el estilo, en el cual se templó la cabeza; quizá inducía la corriente en las planchas de las paredes..., le digo que no tengo ni idea. Mientras le observaba, su comportamiento era bastante tranquilo; trajinaba por ahí, se conectaba piezas, se familiarizaba con el local...

-¿Podía usted tener algún contacto con él?

-Ni soñarlo. Su inteligencia tenía el nivel, qué sé yo..., de una lagartija. Al menos la inicial. De sus progresos no le puedo hablar, porque entonces estaba mucho más interesado en destruirle que en indagarle.

-¿Qué hizo usted?

-Fue de noche. Me desperté con la sensación de que la casa se venía abajo. Supongo que cortó el blindaje al calor, pero debió de hundir el hormigón a golpes. Cuando llegué aquí, estaba ya con medio cuerpo en la brecha. Si tardó media hora más, hubiera penetrado hasta la tierra debajo de los cimientos y hubiera pasado por ella como por un trozo de mantequilla. Tuve que actuar rápidamente.

-¿Le cortó la corriente?

-Fue lo primero que hice. Pero sin resultado.

-¿Cómo es posible?

-Pues sí. Por culpa de un descuido mío. Sabía por dónde pasaba el cable de alimentación de la casa, pero no se me ocurrió que abajo podían haber otros. Cuestión de mala suerte: sí, hubo otro cable. Lo encontró y se independizó de mis interruptores...

-¡Pero esto presupone una acción racional!

-Ni mucho menos. Un simple tropismo: así como que la planta busca la luz, y el infusorio, una determinada concentración de iones de hidrógeno, él buscaba la electricidad. Puesto que la fuerza suministrada por el cable controlado por mí no le bastaba, se puso inmediatamente a la busca de otras fuentes de energía,

-¿Y qué solución encontró usted?

-Mi primer impulso fue el de telefonar a la central eléctrica, pero haciéndolo hubiera revelado la naturaleza de mis trabajos, lo que, tal vez, dificultaría su continuación. Recurrí al oxígeno líquido. Por suerte lo tenía. Gasté toda mi provisión.

-¿Lo paralizó la baja temperatura?

-Se originó la superconducción, así que no fue paralizado, pero perdió la coordinación de los movimientos. Hacia cosas... un verdadero ataque de epilepsia. ¡Ya se puede imaginar el espectáculo! Tenía que darme una prisa terrible, porque no sabía si no era capaz de adaptarse incluso a esta clase de baño; para no perder tiempo, en vez de verter el oxígeno lo tiraba junto con los vasos de Dewar...

-¿Son unos termos?

-Sí, una especie de termos muy grandes.

-Ah, por eso hay tanto cristal roto...

-Exactamente. Por otra parte, lo destrozó todo, absolutamente todo lo que tenía a su alcance. Ya le digo: una crisis epiléptica espantosa... Cuesta creerlo: la casa es vieja y sólida, tiene dos pisos y aun así temblaba toda. El suelo se me movía bajo los pies.

-¿Y después?

-Tuve que inutilizarlo antes de que la temperatura subiera. Bajar no podía, porque me hubiera congelado, usar explosivos tampoco; al fin y al cabo, me daba pena volar mi casa... Él, después de su ataque de locura, tiritaba... Abrí entonces la tapa de cristal y bajé, sujeto con una cuerda, un pequeño autómatas con una sierra de disco de carburo...

-¿No se congeló?

-Se congeló unas ocho veces; lo sacaba tirando de la cuerda y volvía a enviarlo abajo: cada vez mordía más profundamente. Finalmente lo destruyó.

-Horrendo... -musité.

-No. Es la evolución cibernética. A lo mejor soy de verdad aficionado a los efectos teatrales y por eso se lo enseñé. Vámonos.

Dicho esto, Diágoras bajó la tapa y cerró el candado.

-Hay algo que no acabo de entender -dije-. ¿Por qué se expone usted a esta clase de peligros...? Será porque le gustan, si no...

-¿Tú también, Bruto? -respondió, deteniéndose en el primer peldaño de la escalera-. ¿Y qué otra cosa podía hacer, en su opinión?

-Podía construir, simplemente, cerebros eléctricos solos, sin extremidades, corazas, sin otros valores efectivos fuera de los intelectuales...

-Esta precisamente era mi intención, pero no pude realizarla. Las cadenas albuminoideas pueden juntarse solas, pero los transistores catódicos no saben hacerlo. Tuve que proporcionarles una especie de «piernas» para decirlo así. Fue una solución mala por ser primitiva. Sólo por esto, Tichy. En cuanto a los peligros... hay otros...

Se volvió y empezó a subir la escalera. Al llegar al primer piso, Diágoras tomó la dirección opuesta a la del cuarto del reloj. Nos detuvimos al final de la galería, ante una puerta revestida de chapa de cobre.

-Cuando hablamos de Corcorán, usted creyó seguramente que mis palabras eran dictadas por la envidia. Se equivoca si lo piensa. Corcorán no quería saber. Lo único que pretendía era realizar lo que había planeado. Alcanzado su propósito, se durmió sobre los laureles sin esforzar más su inventiva ni demostrar nada fuera de su habilidad en el campo de la electrónica. Yo estoy mucho menos seguro de mí mismo que Corcorán. Yo digo: no sé, pero quiero saber. Construir una máquina parecida al hombre, producir a un monstruo con la misma apetencia de los dones de la vida que la nuestra, no es crear, sino imitar.

-No obstante, todo organismo fabricado ha de ceñirse a un plan preconcebido por su autor. Usted puede desconocer sus futuras acciones, pero, al idear un ser nuevo, debe partir de un proyecto concreto, ¿no es cierto?

-No, señor. Recuerde lo que le dije respecto al primer irresistible impulso de mis «Kybernoidea»: el de rebelarse contra los obstáculos y las limitaciones. No se imagine que yo o cualquier otra persona sepamos un día por qué ocurre, ni de dónde viene este arrebató.

-¿Ignoramus et ignorábilimus...? -pregunté en voz baja.

-Así es y se lo demostraré en seguida. Atribuimos la vida espiritual a otras personas porque la poseemos nosotros. Cuanto más alejado del hombre está un animal en cuanto a su estructura y funciones, tanto menos seguridad presentan nuestras suposiciones relativas a su vida espiritual. Por esta razón atribuimos unas emociones definidas al mono, al perro, al caballo, mientras que de las «vivencias» de una lagartija sabemos ya muy poco y, tratándose de insectos o infusorios, las analogías pierden toda su efectividad. Por esta causa no sabremos nunca si una cierta configuración de impulsos en el cerebro ventral de la hormiga va acompañada de «alegría» o «inquietud» sentidas por ella, ni tampoco si la hormiga es capaz de vivir esta clase de sensaciones. Lo que ocurre es que si en el caso de los animales el problema es trivial y no demasiado importante (me refiero a la existencia o inexistencia de su vida espiritual), en el de los cibernoides se convierte en una pesadilla, ya que apenas venidos al mundo luchan por su libertad, pero por qué lo hacen, qué estado provoca esas irrefrenables tendencias... no lo sabremos jamás...

-Si se les diera el habla...

-Nuestro lenguaje nació en el transcurso de la evolución social y transmite informaciones sobre estados análogos, o por lo menos parecidos, ya que todos nosotros nos parecemos. Puesto que nuestros cerebros se asemejan, usted supone que yo, si me río siento lo mismo que usted cuando está contento. Pero no es lo mismo en el caso de ellos. ¿Placeres? ¿Sentimientos? ¿Temor? ¿Qué pasará con el significado de estas palabras cuando del cerebro humano alimentado con sangre pasen a las inanimadas bobinas eléctricas? Y aún si eliminamos las bobinas, si borramos los esquemas inductivos, ¿qué obtendremos? El experimento está hecho... por si quiere saberlo.

Diágoras abrió la puerta ante la cual pasamos tanto tiempo hablando. Cuatro fuertes lámparas sin pantalla alumbraban una estancia espaciosa, toda lacada de blanco. El ambiente era estancado y cálido, como en una incubadora; en el centro, del suelo de baldosas blancas se erigía un cilindro metálico de un metro de diámetro, al cual estaban conectadas varias cañerías delgadas, cerrado con una tapa cóncava, apretada herméticamente con una rueda helicoidal.

Recordaba un tanque de fermentación o un depósito de líquidos. En sus paredes había varias válvulas redondas, igualmente cerradas. La atmósfera, sobrecalentada y húmeda, evocaba la de un invernadero. El cilindro (me di cuenta al acercarme) no estaba colocado directamente en el suelo, sino sobre un pedestal de planchas de corcho calafateadas con una materia esponjosa.

Diágoras abrió una de las válvulas y me la indicó con un gesto de la mano. Me incliné y miré al interior del cilindro. El espectáculo que se presentó a mi vista superaba todas las descripciones: tras el grueso vidrio del ventanillo se extendía una estructura fangosa de forma indefinida, recubierta de espesos tallos y de una maraña de finísimos festones y ramificaciones; el conjunto, completamente inmóvil, se mantenía suspendido no sé gracias a qué misterio, ya que, a juzgar por la consistencia de aquella masa de papilla o barro, hubiera debido refluir al fondo del depósito y no mantenerse a flote. Sentí a través del cristal una ligerísima presión sobre mi cara, algo parecido a un vaho de calor más fuerte que el ambiente, e incluso -tal vez fuera una ilusión- un olor dulzón, apenas perceptible, a podredumbre. Aquella fungosidad limosa brillaba como si dentro o encima de ella hubiera una luz, y sus filamentos más delgados despedían unos destellos plateados. Súbitamente advertí un leve movimiento: un tallo grisáceo, ligeramente aplastado, se erigió y avanzó en mi dirección a través de las mallas de la masa, hinchándose en protuberancias en forma de gotas. Era como si se acercaran al cristal unos intestinos repugnantes y viscosos, movidos por un peristaltismo fluctuante. Aquella especie de tentáculo tocó el vidrio, se adhirió a él frente a mi cara, hizo unos pequeños movimientos pulsátiles y se inmovilizó. Me embargó la sobrecogedora impresión de que esa gelatina me estaba mirando. Era una sensación tan penosa, tan deprimente, que ni siquiera me atrevía a retroceder, como si me diera vergüenza. Me olvidé de Diágoras y de todo lo que había visto hasta entonces; cada vez más pasmado, contemplaba con ojos muy abiertos aquella masa de barro enmohecido, alucinado por la poderosa convicción de tener ante mí ya no sólo una sustancia viva, sino un ser consciente. No sé explicarme a mi mismo mi estado.

Tampoco sé cuánto tiempo habría permanecido allí, sumido en una especie de hipnosis, si Diágoras no me hubiera cogido suavemente el brazo para apartarme: cerró el ventanillo, apretando fuertemente el tornillo del cierre.

-¿Qué es...? -le pregunté, aturdido como si despertara de un sueño. Vino entonces la reacción: mareado y atónito, miraba ora al obeso doctor, ora a aquel recalentado cilindro de cobre.

-Un fungoide -contestó Diágoras-. El sueño de los cibernéticos: una sustancia autoorganizadora. Tuve que renunciar a los materiales tradicionales... Este dio mejores resultados. Es un polímero...

-¿Es... viviente?

-¿Qué contestación puedo darle? En todo caso, allí no hay ni albúmina, ni células, ni diferenciación de tejidos. Lo conseguí al cabo de una interminable serie de pruebas. Puse en marcha (lo digo con la más dramática de las abreviaciones) una evolución química. Mi primera tarea consistió en la selección de la materia prima, hasta encontrar uno que reaccionara a cada estímulo exterior con un cambio interior determinado, encaminado a neutralizar el estímulo y librarse de su influencia. La sometí a temperaturas excesivamente altas, a la acción de campos magnéticos y radiaciones. Pero no era más que un prólogo. Le fui dando sucesivamente trabajos cada vez más difíciles: le apliqué, por ejemplo, ciertas configuraciones de choques eléctricos, que sólo podía contrarrestar si producía un ritmo de corrientes apropiado... era como si le enseñara reflejos condicionados. Esto pertenece también a la fase inicial. Fue asombrosa la rapidez con la cual empezó a universalizarse, encontrando soluciones a los más arduos problemas.

-No comprendo cómo fue posible, puesto que no tiene sentidos -dije.

-Le confesaré con toda sinceridad que yo tampoco lo entiendo bien. Sólo puedo hablarle de principios. Si usted coloca encima de una «tortuga» cibernética una máquina calculadora dotada de un dispositivo controlador de su funcionamiento y la suelta libremente en una sala de grandes dimensiones, obtendrá un sistema desprovisto de los sentidos, y sin embargo, sensible a todos los cambios del medio ambiente. Si en un lugar de la sala está presente un campo magnético, de influencia negativa en el funcionamiento de la máquina, ésta se alejará en seguida buscando un emplazamiento mejor, donde las perturbaciones no se dejarán sentir. El constructor ni siquiera tiene obligación de prever todas las perturbaciones posibles, tales como las trepidaciones mecánicas, calor, sonidos fuertes, la presencia de cargas eléctricas, en fin, lo que fuera. La máquina no las advierte, puesto que al no poseer sentidos, no siente el calor ni ve la luz, pero reacciona como si sintiera y viera. Y conste que mi ejemplo se refiere a un modelo elemental. El fungoide - puso la mano sobre el cilindro de cobre, cuya superficie reflejó su silueta como un grotesco espejo deformante- sabe hacer esto y mil cosas más... La esencia de mi concepto fue la siguiente: el medio líquido en el cual se encontraban los «elementos de construcción» aprovechables para el sistema inicial, extraía de ellos lo que él mismo consideraba útil, hasta que se originó finalmente la fungosidad que usted acaba de ver...

-Pero ¿qué es realmente? ¿Un cerebro?

-No se lo puedo decir, no existen palabras que lo definan. En nuestras categorías de razonamiento, no es un cerebro porque ni pertenece a un ser vivo, ni fue creado para solucionar unos problemas definidos. En cambio, puedo asegurarle que esto... piensa, aunque no a la manera del hombre o del animal.

-¿Cómo puede saberlo?

-Ah, es toda una historia -dijo-. Venga, por favor...

En aquella sala había otra puerta metálica, gruesa como las de cámaras acorazadas de los bancos. Diágoras la abrió y me hizo pasar a la habitación contigua, más pequeña, inundada también de fuerte luz. De aquel lado, la puerta estaba revestida de placas de corcho y de la misma sustancia esponjosa sobre la cual reposaba el cilindro de cobre. Unas hojas de papel negro obturaban la única ventana del cuarto. En el suelo, lejos de las paredes, se alzaba un tanque idéntico al primero, todo reluciente de rojizos reflejos de cobre.

-¿Tiene usted dos...? -pregunté, extrañado-. ¿Por qué?

-Es una segunda variante -contestó, cerrando la puerta con esmero-. Quería comprobar cuál se comportaría mejor: hay diferencias en la composición química, etc. Tenía otros, pero no servían de nada. Sólo estos dos pasaron por todas las fases de crecimiento. Se desarrollaban espléndidamente -el doctor hablaba con la mano puesta en la combada tapadera del segundo cilindro-, pero yo no sabía cómo interpretar el hecho, hasta que llegaron a adquirir una independencia notable de los cambios del entorno. Pronto supieron adivinar, ambos, lo que exigía de ellos, es decir, elaborar un modo de reaccionar ventajosamente para ellos, eliminando los estímulos nocivos. No me negaré que es un éxito -se volvió hacia mí con inesperada vehemencia- si una papilla gelatinosa es capaz de dar solución, por medio de impulsos eléctricos, a una ecuación que le transmiten otros impulsos eléctricos...

-En efecto -contesté-, pero en cuanto a pensar...

-Tal vez no sea exactamente pensar -dijo-. No se trata de las definiciones, sino de los hechos. Al cabo de un tiempo, tanto el primero como el segundo empezaron a demostrar una creciente, ¿cómo decirlo?, indiferencia hacia los estímulos que les aplicaba. Salvo los que amenazaban su existencia. Y sin embargo, mis detectores registraban en aquel periodo su funcionamiento excepcionalmente activo: le puedo enseñar el diagrama.

Diágoras sacó del cajón de una mesita una tira de papel fotográfico con el grabado de una línea sinuosa irregular.

-Aparentemente, las series de esos "ataques eléctricos" se producían en ambos fungoides sin ninguna causa exterior. Me dediqué a investigar el fenómeno muy sistemáticamente, descubriendo al final un hecho extraño: aquél -indicó la puerta del aposento más grande- producía ondas electromagnéticas, y éste las recibía. Una vez hecho el descubrimiento, advertí en seguida que su actividad era alterna: uno «callaba» mientras que otro «emitía».

-¿Qué me dice?

-La verdad. Aislé inmediatamente ambos locales, ¿se fijó en el revestimiento de las puertas...? En las paredes hay la misma protección debajo del barniz. Por tanto, corté la eventual comunicación radiada. La actividad de ambos fungoides se acrecentó, luego bajó casi a cero, pero al día siguiente volvió a la misma intensidad de antes. ¿Sabe usted qué había ocurrido? Pasaron a las vibraciones ultrasonoras, transmitiendo con ellas las señales a través de las paredes y techos...

-¡Ah, por eso puso el corcho! -comprendí de repente.

-Claro. Naturalmente, podía destruirlos, pero ¿qué hubiera logrado? Coloqué ambos recipientes sobre un aislamiento insonorizante. De ese modo corté por segunda vez su comunicación. Entonces empezaron a crecer... hasta su tamaño natural, cuatro veces más grande que el anterior.

-¿Por qué?

-No tengo idea.

Durante nuestra conversación, Diágoras estaba junto al cilindro. Me hablaba sin mirarme, poniendo a cada momento la mano sobre la tapadera, como si comprobara su temperatura.

-Al cabo de unos días la actividad eléctrica volvió a la normal, como si hubieran conseguido recuperar el contacto. Eliminé sucesivamente las radiaciones térmicas y radiactivas, usé toda clase de separaciones, pantallas, absorbentes, apliqué detectores ferromagnéticos sin resultado. Incluso trasladé este de aquí por una semana al sótano, luego lo metí en el cobertizo... tal vez lo haya visto, dista cuarenta metros de la casa..., pero durante todo aquel tiempo su actividad no sufrió ningún cambio, esas «preguntas» y «contestaciones» que registraba y sigo registrando -me indicó con un gesto un aparato oscilográfico bajo la cegada ventana- iban sin interrupción, por series, día y noche. Y así estamos. Trabajan sin cesar. Intenté irrumpir, por decirlo así, en la corriente de la señalización, interferir en su curso con unos «telegramas» falsificados por mi...

-¿Usted los falsificaba? ¿Conocía, entonces, su significado?

-No, en absoluto. Pero usted puede grabar en una cinta magnetofónica lo que un hombre dice en una lengua desconocida para usted, y reproducirlo ante otra persona, que la domina. Es lo que probé a hacer, en vano. Continúan enviándose los mismos impulsos, aquellas malditas señales, pero no tengo ni idea de cómo, por qué clase de canal material.

-Tal vez sea, a pesar de todo, una actividad independiente, espontánea -observé-. Al fin y al cabo, usted no tiene ninguna prueba.

-Sí, la tengo, en cierto sentido -me interrumpió con vivacidad-. Mire, en las cintas figura también registrado el tiempo. Pues bueno, observo una correlación manifiesta: cuando uno emite el otro enmudece, y viceversa. Bien es verdad que últimamente no sufrió cambios. ¿Se da usted cuenta de lo que me pasa? Si un hombre se resiste a revelar sus ideas, sus proyectos, sean buenos o malos, si guarda para sí sus reflexiones, usted puede adivinar, intuir algo de la expresión de su cara, de su manera de ser. Pero mis engendros no tienen cara ni cuerpo y aquí estoy ante ellos, inerme, sin posibilidad alguna de comprender. ¿Debo destruirlos? ¡Sería una derrota definitiva! ¿No quieren contactos con el hombre, o no pueden tenerlos, igual que una ameba no puede comunicar con una tortuga, por ejemplo? No lo sé. ¡No sé nada!

Su cuerpo tocando casi el reluciente cilindro, con la mano apoyada en la tapa, parecía hablarse a sí mismo, olvidando incluso mi presencia. Tampoco yo prestaba atención a sus últimas frases, porque una cosa incomprensible atraía por completo mi interés. Antes ya me había fijado que durante todo su monólogo, cada vez más vehemente, iba tocando repetidas veces la brillante superficie del cilindro: algo me pareció sospechoso en esa mano; su movimiento no era del todo natural. Al acercarse al metal, los dedos temblaban durante una fracción de segundo con un temblor rapidísimo, diferente del nervioso. Por lo demás, no advertí en él ninguna clase de agitación nerviosa, sus gestos eran seguros y firmes. Observé más detenidamente su mano y, estupefacto y conmovido y al mismo tiempo con la esperanza de cometer una equivocación, musité:

-Diágoras, ¿qué le pasa a su mano...?

-¿Qué? ¿A mi mano? ¿A cuál mano? -me miró sorprendido, porque había cortado el hilo de sus ideas.

-A esta -le indiqué. La acercó al cilindro y viendo que temblaba, la alzó y la miró de cerca boquiabierto. El temblor de los dedos cesó inmediatamente. La volvió a mirar, después a mí, y la extendió muy lentamente, milímetro a milímetro, hacia el metal. Cuando las yemas de los dedos tocaron el cilindro, una especie de espasmo microscópico agitó los músculos extendiéndose a todos los dedos. Me es difícil describir la expresión de su rostro mientras los contemplaba, petrificado. Luego, cerrando la mano, apoyó el puño en la cadera y acercó el codo a la tapadera: la piel del antebrazo, al tocar el cilindro, se estremeció casi imperceptiblemente. Diágoras retrocedió un paso, levantó las manos a la altura de sus ojos y con la vista fija en ellas murmuró:

-¿Soy yo, pues...? Yo mismo... Es por mí... Yo he sido... el objeto del experimento...

Temí que estallaría en una risa nerviosa, pero se metió de repente las manos en los bolsillos del delantal, atravesó en silencio el aposento y dijo con voz cambiada:

-No sé si esto tiene..., pero no importa. Será mejor que se vaya. No tengo nada más para enseñarle, y además...

Sin terminar la frase se acercó a la ventana, desprendió de un tirón el papel negro que la cegaba, abrió de par en par los postigos y se puso a respirar con dificultad, jadeante.

-¿Por qué no se marcha? -masculló sin volverse-. Sería lo mejor.

No quería dejarle así, solo. La escena que más tarde, en el recuerdo, me parecía grotesca, allí, ante el tanque de cobre, lleno de unos intestinos fangosos que habían convertido el cuerpo del doctor Diágoras en un mensajero involuntario de incomprensibles señales, me llenó de horror y al mismo tiempo de compasión hacia aquel hombre. Por esta causa me hubiera gustado terminar aquí mi relato. lo que ocurrió después fue demasiado absurdo, su estallido de furor, provocado al parecer por mi insistencia falta de delicadeza, su cara agitada por la ira, sus insultos, sus gritos de loco, todo ello, junto con el sumiso silencio con que abandoné aquel lugar, fue como una pesadilla llena de falsedad: hasta hoy no sé si él me echó de su sombría casa, si lo hizo por su propia voluntad o, tal vez...

Pero no sé nada. Puede que me equivoque. Tal vez ambos, él y yo, éramos víctimas de una ilusión, sugestionándonos mutuamente; estos fenómenos ocurren a veces.

Sin embargo, en tal caso, ¿cómo explicar el descubrimiento, efectuado por azar casi un mes después de mi expedición cretense a raíz de una avería en los cables eléctricos cerca de la casa de Diágoras, cuando los técnicos llamaron inútilmente a su puerta? Forzada la entrada, se constató que el edificio se hallaba abandonado, con todos los aparatos destruidos excepto dos grandes cilindros de cobre, intactos y completamente vacíos.

Yo soy el único en saber cuál fue su contenido, y precisamente por ello no me atrevo a avanzar ninguna suposición respecto a la relación de aquel contenido con la desaparición de su creador, a quien nadie jamás volvió a ver.

SALVEMOS EL COSMOS

Carta abierta de Ijon Tichy

Después de una prolongada estancia en la Tierra, emprendí un viaje con objeto de visitar los lugares predilectos de mis expediciones de antaño: los grupos esféricos de Perseo, la constelación de Aries y la gran nube estelar del núcleo de la Galaxia. Constaté en todas partes unos cambios que no me es agradable describir, ya que no son unas mejoras. Se habla mucho ahora de las facilidades del turismo cósmico. No cabe duda que el turismo es una cosa estupenda, pero todo debe tener sus límites.

Los desórdenes empiezan a la vuelta de la esquina. La faja de asteroides entre la Tierra y Marte se encuentra en un estado deplorable. Aquellas rocas monumentales, antaño sumidas en las tinieblas, están profusamente iluminadas con luz eléctrica y, por añadidura, no queda una piedra sin iniciales e inscripciones, laboriosamente grabadas.

Eros, particularmente frecuentado por las parejas de enamorados, trepida sin cesar bajo los golpes de las herramientas de los calígrafos aficionados que cavan en su corteza unas frases destinadas al recuerdo eterno. Unos aprovechados alquilan al público martillos, buriles; incluso perforadoras neumáticas. No se puede encontrar una roca virgen ni en las laderas más abruptas y salvajes.

Por todas partes nuestros torturados ojos topan con inscripciones del estilo de: «Te Amé Como Un Loquito En Este Meteorito», «De los asteroides la roca es más fría que tu boca», etc..., acompañadas de unos corazones atravesados por una flecha, de pésimo gusto. En Cerera, preferida no se sabe a santo de qué por las familias numerosas, florece una verdadera plaga fotográfica. Pulula allí una multitud de fotógrafos que no solamente alquilan escafandras para los retratos, sino que pintan las laderas de las montañas con una emulsión especial, eternizando en ellas, por un precio módico, grupos enteros de excursionistas, cuyas fotos colosales cubren, para evitar su deterioro, con un barniz refractario a las inclemencias del tiempo. Familias completas, en poses de circunstancia, padre, madre, abuelos, hijos, sonríen desde las escarpadas rocas, lo que, según he leído en un folleto de propaganda, ha de crear un «ambiente familiar». En cuanto a Juno, el pequeño planeta antaño tan bello, ya casi no existe: los turistas se divierten arrancándole piedras y tirándolas al vacío. No fueron respetados ni los meteoritos de ferroníquel, utilizados para gemelos y anillos de recuerdo, ni los cometas. Ya quedan pocos con la cola intacta.

Tenía la esperanza de huir de los embotellamientos de cosmobuses y de aquellos retratos familiares con su secuela de grafomanías rimadas, ¡pero me equivocaba!

El profesor Bruckee, del observatorio, se me quejó hace poco de la disminución del brillo de ambas estrellas de Centauro. ¿Cómo no iba a disminuir si todo el entorno rebosa de basura? Alrededor del pesado Sirio, la mayor atracción de aquel sistema, evoluciona un anillo, parecido a los anillos de Saturno, pero compuesto de botellas vacías de cerveza y naranjada. El cosmonauta en ruta por aquella región, no sólo ha de evitar las nubes de meteoritos, sino también las latas de conservas, las cáscaras de huevos y los periódicos viejos. Hay sitios donde la basura no deja ver las estrellas. Los astrofísicos llevan años devanándose los sesos sobre la causa de las notables diferencias de la cantidad de polvo cósmico en distintas galaxias. Yo creo que el problema es sencillo: cuanto mayor nivel tiene la civilización en una galaxia, tanta más basura, de ahí el polvo, los desperdicios y los escombros.

La cuestión no incumbe tanto a los astrofísicos como a los barrenderos. En otras galaxias tampoco han sabido resolverla, pero, verdaderamente, es un negro consuelo. Igualmente digna de reprobación es la diversión de escupir al espacio, ya que la saliva,

como cualquier otro liquido, se hiela a temperaturas bajas y al chocar con ella fácilmente puede producirse un accidente. Me excuso por tocar un tema un poco drástico, pero las personas que suelen marearse en los viajes parecen tomar el Cosmos por una especie de escupidera, como si no supieran que los vestigios de su malestar girarán después durante millones de años en sus órbitas, despertando en los turistas asociaciones de ideas desagradables y una aversión muy comprensible.

Otro problema grave es el alcoholismo.

Pasado Sirio, empecé a contar los enormes anuncios suspendidos en el vacío que ensalzaban las cualidades de vodkas tales como la amarga marciana, galactita, lunar clase extra y sputnikovka selecta, pero pronto perdí la cuenta y tuve que abandonar. Me enteré por los pilotos de que algunos cosmodromos se vieron en la obligación de sustituir el combustible alcohólico por el ácido nítrico, puesto que había quienes vaciaban los tanques de los cohetes para beber su contenido. El servicio de orden se queja de la dificultad de reconocer de lejos a un borracho en el espacio: todos ellos aducen que sus movimientos inseguros y pasos vacilantes se deben a la falta de la gravedad. Sin embargo, esto no influye en el hecho de que las prácticas de ciertas áreas de servicio clamen por un castigo. A mi, personalmente, me ocurrieron también incidentes inadmisibles: una vez pedí que me llenaran las bombonas de reserva de oxígeno y, después de recorrer un parsec escaso, oí un extraño gluglú en las botellas; las abrí y vi que, en vez de oxígeno, me las habían llenado de coñac. Regresé inmediatamente y exigí una explicación. El encargado de la estación se empeñaba en que yo, mientras le hablaba, le había guiñado el ojo. Es posible: parpadeo a menudo porque tengo conjuntivitis. ¿Justifica esto su acción?

En las principales rutas interplanetarias reina un caos indescriptible. No es de extrañar la enorme cantidad de accidentes, puesto que tantas personas infringen sistemáticamente las reglas de limitación de velocidad. Lo hacen sobre todo las mujeres, ya que al viajar rápidamente moderan el transcurso del tiempo y gracias a ello envejecen menos. Obstruyen frecuentemente el tráfico los cosmobuses, viejos y lentos, que, además, ensucian toda la eclíptica con los humos de su defectuosa combustión.

Cuando pedí en Polindronia el libro de reclamaciones, se me dijo que un meteorito lo había destrozado el día anterior. Tampoco funciona bien el suministro de oxígeno. Seis años luz antes de Beluria ya no hay manera de conseguirlo. En consecuencia, la gente que va allí en viaje turístico no tiene más remedio que meterse en la nevera y esperar en estado de muerte reversible una nueva remesa de aire, ya que si vivieran, no tendrían nada para respirar. Cuando aterricé allí, no vi un alma en el cosmódromo; en cambio en el bar había un surtido extraordinario de bebidas alcohólicas, desde licor de piña americana hasta cerveza Pilsen.

Las condiciones sanitarias, sobre todo en los planetas pertenecientes a la Gran Reserva, son un verdadero desastre. En la Voz de Mersituria leí un artículo cuyo autor postulaba la matanza, hasta el último ejemplar, de esos magníficos animales que son los acechales tragantes. Es una clase de fieras que tienen en el labio superior una serie de verrugas luminosas que pueden componer varias figuras. En efecto, en el transcurso de los últimos años aumentó considerablemente la cantidad de especímenes cuyas verrugas forman el dibujo de dos ceros. Esta variedad de acechal suele situarse en las cercanías de los campings, donde de noche, al amparo de las tinieblas, esperan con las fauces abiertas a las personas que buscan un sitio recóndito. ¿Es que el autor del artículo no comprende que los animales no tienen ninguna culpa, y que en vez de acusarles debe poner en la picota a las autoridades competentes, responsables de la falta de adecuadas instalaciones sanitarias?

En los parajes famosos por la belleza del panorama que se ofrece a la vista, se encuentran a menudo unas cómodas butaquitas de mimbre trenzado que parecen invitar al reposo al caminante fatigado. Si, imprudente, se deja caer entre sus tentadores brazos,

éstos se echan sobre él, resultando que el supuesto mueble se compone de miles y miles de hormigas de coloración mimética (*hormiga sillona tormentapompis*, *multipodium pseudostellatum Trylopii*), que, colocándose hábilmente unas encima de otras, simulan el mimbre o la enea. He oído decir que otras variedades de braquiceros (*pestanilla frágil*, *mojicón preponens* y *brutalis picator*) remedaban quioscos con refrescos, hamacas e incluso duchas con grifos y toallas, pero no puedo garantizar la veracidad de estas afirmaciones por no haber visto nunca nada parecido y por no poder consultar a los especialistas, que guardan silencio sobre este tema. En cambio, vale la pena poner a la gente en guardia contra el telescopio serpentoide, variedad bastante rara por suerte (*anencephalus pseudoopticus tripedius Klaczkinensis*) Este animal frecuenta los lugares con vistas panorámicas, donde coloca sus tres largas y finas patas en forma de trípode, apunta al paisaje con la extremidad de la cola ensanchada en forma de embudo y, llenando de saliva su cavidad bucal, imita una lente de telescopio, para tentar al transeúnte a contemplar el panorama. El imprudente que lo hace ya no lo puede contar. Otra serpiente, del planeta Gaurimaquio, la sierpe zancadil (*serpens vitiosus Reichenmantlii*), se agazapa entre los arbustos y al ver a un transeúnte desprevenido saca rápidamente la cola para hacerle tropezar y caerse. Pero, en primer lugar, ese reptil se nutre exclusivamente de gente rubia, y segundo, no remeda nada. El Cosmos no es un jardín de infancia, ni la evolución biológica un idilio. Las autoridades deben editar unos folletos, como se hace en Derdimón, donde se advierte a los aficionados a la botánica de la peligrosidad de la cruellintia bellaflora (*plixmiglaquia bombardans L.*) Sus flores son de una belleza increíble, pero hay que resistir a la tentación de cogerlas: la cruellintia vive en estrecha simbiosis con el aplastemio piedrafita, árbol cuyos frutos, erizados de cuernos, tienen el tamaño de una calabaza. Basta con coger una sola flor para que caiga sobre la cabeza del imprudente coleccionista de vegetales una avalancha de proyectiles duros como rocas. La cruellintia y el aplastemio no hacen después ningún mal al interfecto, contentándose con las consecuencias naturales de su muerte, que fertilizan la gleba en su entorno.

Por lo demás, los prodigios del mimetismo se encuentran en todos los planetas de la Reserva. Así por ejemplo, las sabanas de Beluria están todas irisadas de variopintas flores, entre las cuales destaca una rosa de color rojo oscuro, de extraordinaria belleza y exquisito aroma (*rosa mendátrix Tichiana*, como tuvo la amabilidad de llamarla el profesor Pingle por ser yo el primero en describirla). La supuesta flor, es de hecho, una excrescencia en la cola del vendalino, una fiera carnívora beluriana. El vendalino hambriento se oculta entre la maleza y extiende su larguísima cola, de modo que sólo la flor sea visible en la hierba. Sin sospechar nada, el turista se acerca para aspirar su aroma y entonces el monstruo se le echa encima por detrás. Sus colmillos son casi tan largos como los de un elefante. ¡He aquí cómo se comprueba la variante cósmica del adagio que dice que no hay rosa sin espinas!

Aunque me aparte un poco del tema, no puedo resistir la tentación de hablar de otra extravagancia beluriana, una pariente lejana de la patata, la genciana inteligente (*gentiana sapiens suicidalis Pruck*), Sus tubérculos son dulces y sabrosos; el nombre proviene de ciertas características espirituales suyas. Ocurre que la genciana, a consecuencia de unas mutaciones, produce a veces en lugar de bulbos unos pequeños cerebros. Esta variedad, la genciana orate (*gentiana mentecapta*), Siente a medida que va creciendo una extraña inquietud; se desentierra entonces a sí misma, huye al bosque y se entrega a la meditación solitaria. Por regla general, llega a la conclusión de que no vale la pena vivir y, habiendo comprendido la amargura de la existencia, se suicida.

Para el hombre la genciana no es perjudicial, al revés que otra planta beluriana: la rabiódea. Esta última se adaptó gracias a la evolución natural a las condiciones ambientales inducidas por niños malcriados. Esta especie de chiquillos, siempre corriendo, empujando y pateando lo que sea, rompen con una fruición especial los huevos

de pinchón rastroide; la rabiódea produce frutos parecidos como dos gotas de agua a dichos huevos. El niño, convencido de tener ante sí un huevo, da rienda suelta a su instinto destructor, le propina una patada y rompe su cáscara, con lo cual las esporas contenidas en el pseudohuevo se liberan y penetran en el organismo de la criatura. Contaminado, el chico se desarrolla en un individuo aparentemente normal, pero al cabo de un tiempo se apodera de él una incurable perversión: el juego, la bebida y el libertinaje constituyen tres etapas sucesivas, seguidas o por la muerte, o por un gran ascenso social. Hay quien opina que la rabiódea debe ser exterminada. Es extraño que a las personas que lo postulan no se les ocurra que mejor sería educar a los niños como es debido, para que no pateen cosas en planetas ajenos.

Soy de naturaleza optimista y me esfuerzo en conservar buena opinión de los hombres, pero en verdad no siempre es fácil. En Protostenesia vive un pajarito encantador, listo como nuestros periquitos, pero en vez de hablar, él escribe. Siento decir que casi siempre pone en los cercados palabras indecentes; no es culpa suya: se las enseñan los turistas terrestres. Hay personas que lo hacen rabiar adrede, subrayando sus faltas de ortografía. Cuando está enfadado, come todo lo que le dan. Le ponen ante el pico piñones, pasas, pimienta, incluso el cienchillos, una especie de hierba que emite al salir el Sol un prolongado grito (planta aromática, usada para aderezar los guisos, o como despertador). Cuando el pajarito muere de empacho, lo ensartan en el asador. Se llama petígrafo remedón (*graphomanus spasmaticus Essenbachii*).

Esta rara especie está en vías de extinción, ya que a cada turista que llega a Protostenesia se le hace la boca agua a la idea de un petígrafo asado y crujiente.

Existen también personas para las que, si nosotros comemos seres de otros planetas, todo está en orden; en cambio, si las cosas ocurren al revés, gritan, piden auxilio, exigen expediciones punitivas, etc., como si toda acusación a la fauna y flora cósmicas de maldad e inclinaciones engañosas no fuera un absurdo antropomorfizante.

Si el espantillo confusorio, cuyo aspecto recuerda el de un tronco de árbol podrido, toma una pose adecuada sobre las patas traseras y se coloca en los senderos de montaña fingiéndose un indicador de camino y desviando a los turistas, y cuando éstos caen al precipicio baja para saciar el hambre, si, repito, hace todo ello, es únicamente porque los peones camineros de la Reserva descuidan los indicadores, no les renuevan la pintura, permitiendo que se pudran y se vuelvan parecidos a aquel animal, Cualquier otro haría lo mismo en su lugar.

Los espejismos de Stredogencia, tan difamados, deben exclusivamente su existencia a las bajas inclinaciones humanas. Antaño en ese planeta crecían numerosos friollos y muy escasos calorindos. Actualmente, estos últimos se han multiplicado muy profusamente. Encima de sus macizos el aire, específicamente recalentado, refleja la luz, ocasionando espejismos de bares que ya llevaron a la perdición a varios visitantes terrestres. Se dice que la culpa la tienen los calorindos. Pero ¿por qué los espejismos provocados por ellos no imitan escuelas, librerías o clubs de autodidactas? ¿Por qué siempre muestran solamente locales con bebidas alcohólicas? La contestación es obvia: no hay duda de que, no poseyendo las mutaciones una dirección determinada, los calorindos empezaron por crear todos los espejismos posibles; no obstante, aquellos que presentaban al turista instituciones docentes murieron de hambre, manteniéndose con vida sólo la variedad productora de los bares (*thermomendax spirituosus halucinogenes*, de la familia de los Antropófagos). El maravilloso fenómeno de la capacidad de adaptación que ofreció a los calorindos la posibilidad de emitir rítmicamente el aire caliente, causa del espejismo, pone de manifiesto nuestros defectos. Es el hombre con su naturaleza viciada quien provocó la selección de la variedad espirituosa. Me indignó una carta al director, publicada en el Eco Stredogenciano. Un lector de ese periódico sugería la tala tanto de todos los calorindos como de los majestuosos manandos, esos bellísimos árboles, orgullo y adorno de los parques. Si alguien practica una incisión en su corteza, queda inundado por una savia

ponzoñosa y cegadora. El manando es el único árbol stredogenciano libre de las horribles inscripciones e iniciales, ¿y tendríamos que renunciar a él? Al parecer, una suerte semejante espera a especímenes de la fauna tan preciados como el vengaterio paramero, el sumergidor glugluante, el mordens silente y el aullador eléctrico. Este último, para salvarse a sí mismo y a su prole del espantoso ruido de los inúmeros aparatos de radio de los turistas que perturbaba el silencio de los bosques, creó, gracias a la selección, una variedad capaz de ahogar las emisiones más ruidosas, y sobre todo la música de jazz. Los órganos eléctricos del aullador emiten ondas a la manera del superheterodino, de modo que este extraordinario producto de la naturaleza debe encontrarse bajo la protección legal.

En cuanto a la hedoria repelens reconozco que el olor que despiden no admite comparaciones. El doctor Hopkins, de la universidad de Milwaukee, calculó que los ejemplares particularmente enérgicos son capaces de producir hasta cinco mil fétidos (unidad de odoriferencia) por segundo. Pero hasta los niños saben que la hedoria se comporta así sólo cuando se la fotografía.

La vista de una máquina fotográfica que la enfoca libera en ella un impulso, llamado el reflejo objetivalsubcolar, con el cual la Naturaleza procura defender a ese animalito inocente de la desagradable curiosidad del público dominguero. Bien es verdad que la hedoria, un poco miope, toma a veces por una máquina de retratar objetos como pitilleras, encendedores, relojes e incluso condecoraciones e insignias; pero esto se debe en parte al hecho de que algunos turistas usan aparatos miniaturizados, lo que facilita los errores. En lo que se refiere a la observación de que la hedoria multiplicó en los últimos años su alcance, produciendo hasta ocho megafétidos por hectárea, hay que aclarar que esto se debe al generalizado uso de teleobjetivos.

No deseo causar la impresión de que para mí todos los animales y plantas cósmicos son intocables. Ciertamente, la mordelia rumiante, el largón ponzoñoso, la tragantea glotona, el nalgario destriptivo, la cadaveria invidens, el omnijalens ogoide, no merecen ninguna simpatía especial, lo mismo que todos esos rabricortos de la familia de autárquicos, a la cual pertenecen Gauleiterium Flagellans, Syphonophiles Pruritalis, o sea, el leñal peliduro, así como la descaria común y la mimosilla falaz (lingula stranguloides Erdmenglerbeyri).

Sin embargo, si reflexionamos bien y procuramos ser objetivos ¿por qué, en el fondo, el hombre tiene derecho a cortar las flores y desecarlas en el herbario, mientras que la planta que corta y macera las orejas ha de ser considerada como un monstruo desnaturalizado? Si el ecoso impúdico (echolalium impudicum Schwamps) proliferó en Aedonoxia tan desmesuradamente, es por culpa de los hombres. Bien se sabe que el ecoso extrae la energía vital de los sonidos; anteriormente servían para ellos los truenos, así que aún hoy día escucha con placer su estruendo; pero actualmente se operó en él la adaptación a los turistas: no hay una sola persona que no juzgue estar en su derecho a regalarle con una sarta de palabrotas de lo más indecente. Dicen que les divierte mirar cuando crece, como si lo hincharan, bajo una retahíla de improperios. Es cierto que crece, pero gracias a la absorción de la energía de las vibraciones sonoras y no al abyecto significado de las palabras vociferadas por los excitados turistas.

¿A qué conduce todo esto? Desaparecieron ya de la superficie de los planetas especies tales como el varlay celeste y el perfoculón penetrans. Están pereciendo miles de otras. A causa de las nubes de inmundicias aumentan las manchas solares. Recuerdo todavía los tiempos en que el mejor regalo para un niño era la promesa de una excursión dominguera a Marte, ¡y ahora los chiquillos caprichosos no quieren tomar el desayuno si el padre no provoca adrede para ellos la explosión de una Supernova! ¡Si continuamos malgastando por capricho la energía cósmica, ensuciando los meteoritos y los planetas, devastando los tesoros de la Reserva, dejando tras nosotros en los espacios galácticos cáscaras, envases y papeles sucios, arruinaremos el universo, lo convertiremos en un gran vertedero de basura! Es hora de recapacitar y aplicar estrictamente los reglamentos

vigentes. Convencido del peligro que aumenta a cada momento de demora, lanzó un grito de alarma a la humanidad: ¡Salvemos el Cosmos!

FIN